

BIBLIOTECA PREDICABLE,

por

D. FELIX LAZARO GARCIA

CURA PARROCO DE SANTA EULALIA DE LA CIUDAD DE SEGOVIA.

y

CATEDRATICO DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA

(que ha sido)

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LA MISMA,

y

otros señores sacerdotes.

TOMO 9.

MADRID: 1848.

Imprenta de D. Tomás Aguado,
calle de la Encarnación núm 17.

BIBLIOTECA PREDICABLE.

SÉRIE TERCERA.

SERMONES MORALES Y HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS.

TOMO 4°.

Contiene las Dominicas de Pentecostés, Solemnidad del Santísimo Corpus Cristi y todas las de despues de Pentecostés.

SERMON

PARA EL DÍA PRIMERO DE PASCUA DE PENTECOSTES.

El Espíritu-Santo nos enseña todas las cosas concenientes à nuestra salvacion,

Spiritus Sanctus docebit vos omnia, et suggeret omnia: quaecumque dixerit vobis, El Espíritu Santo os enseñará todas las cosas y os declarará todo lo que os he dicho.
Jean, c. 14, v. 26,

Venid naciones del mundo: escuchad habitantes de la tierra: prestadme atencion criaturas todas: porque os voy à anunciar cosas inauditas; à referir prodigios estupendos; à daros parte del cambio supremo que sufrió el universo cuando en él se verificaron los sucesos que me obligan à hablar en este día. Bajó, amados míos, el Espíritu-Santo

sobre los apóstoles, como tantas veces se lo había prometido su divino Salvador y Maestro; los llenó de una luz celestial y divina que los hizo celestiales y divinos; fueron revestidos de una fuerza tan sobrenatural, que ellos solos atreviendo al infierno, llenando de espanto á la sinagoga y de admiracion á los hombres todos, sujetaron y pusieron á todo el orbe bajo el suave yugo del evangelio. Esta venida del Espíritu Santo completó la grande obra del cristianismo, segun los designios adorables de su Autor divino: trajo á la tierra el sagrado fuego que había de encender los corazones de los fieles y elevarlos hácia las regiones de los serafines en donde el Dios de bondad les prepara un destino eterno de felicidad sin fin: fecundizó á la iglesia inmaculada para dar una prodigiosa multitud de santos capaces de llenar al mundo de héroes esclarecidos en virtud y ciencia: transformó completamente á los hombres haciéndolos de pecadores, justos; despreocupados, fanáticos é ilusos, sábios é ilustrados con las luces que derramó sobre ellos; de tímidos y pusilánimes, fuertes y animosos; contra las potestades terrenas é infernales; de sensuales pervertidos é idólatras, adoradores del verdadero Dios, fieles observadores de su ley santa y dignos de ejemplares de esas virtudes evangélicas destinadas á hacer de la tierra un nuevo cielo. Fuente inexhausta de bienes y gracias del Espíritu Consolador que con las formas misteriosas de aire impetuoso y de fuego descendió de los cielos y reposó en este día en los apóstoles que lo habían de comunicar á los fieles de todos los tiempos y lugares hasta la consumacion de los siglos enriquece nuestras almas con los dones de *sabiduría* de *entendimiento* y

de *atención* en las cosas que conducen á nuestra salvacion; de *consejo* ó de *prudencia* que nos hace tomar el mejor medio para justificarnos en el estado en que nos coloca la divina providencia; de *fortaleza* que nos dá valor para resistir á los peligros y superar las tentaciones; de *piEDAD* que nos hace amar las prácticas del servicio de Jesucristo, y el de *temor de Dios* que nos aparta del pecado dejándonos espeditos los caminos de la gracia. El profetizar, hacer milagros, penetrar los secretos del corazon, confundir á los seductores y profetas falsos como Moises confundió á los Magos del Egipto, son dones que dispensa el Espíritu-Santo á los fieles segun las necesidades de la iglesia, y este es el poder extraordinario que tenemos de reserva los cristianos para demostrar con él que no hay Dios como nuestro Dios, que nuestra santa y adorable religion es la única verdadera que llena de virtudes la tierra y de santos el cielo.

¿Os parecen de poca monta estos beneficios? ¿No son los mas á propósito para hacer ángeles de pecadores? El real profeta los vió á lo lejos y no pudo menos de decir de los cristianos: «he dicho que sois Dioses, y todos hijos del Escelso» (1). Sí, amados míos; son Dioses, é hijos del Escelso los cristianos que como los apóstoles reciben el Espíritu-Santo y obran inspirados por él: porque con su virtud serán poderosos en obras maravillosas, entenderán todas las cosas conducentes á la gloria eterna; y compren-

(1) Ps. 81. v. 6.

derán las doctrinas celestiales que nos comunicó el hijo del Altísimo, como él mismo lo asegura, y yo voy á demostraros. *Spiritus Sanctus docebit vos omnia, et suggeret omnia quaecumque dixerit vobis.*

Espíritu consolador: purificad mis labios: poned en mi boca palabras llenas de fuego celestial; haced que todos conozcan los maravillosos efectos que producen vuestros dones en las almas que los reciben, é inspiradnos un deseo ardiente de vivir y morir abrasados en el amor divino que infundis en los corazones de los justos. Este, Dios mio, es el favor que os pedimos por medio de vuestra Esposa María Santísima á quien saludamos llena de vuestra gracia diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Spiritus sanctus docebit vos omnia, et suggeret omnia quaecumque dixerit vobis.

En cuanto los apóstoles recibieron el Espíritu-Santo se vieron en ellos señales tan manifestas de la divinidad de la religion que predicaban, que á millares se convertian á ella aun los mismos que habian aborrecido y crucificado á Jesucristo lo confesaban por su Dios bendiciéndole y glorificándole. Ellos eran rudos, idiotas, sin crianza, sin letras ni

ciencia alguna: no entendian las palabras mas sencillas del Salvador, ni aun llegaban á conocer las parábolas que su mismo Maestro les explicaba. Pero en cuanto los poseyó el espíritu consolador, se dejaron ver muy superiores á los sabios de la antigua Grecia, y á los que tan fastuosamente figuran en el siglo de Augusto. Los misterios mas profundos, las verdades mas sublimes de la religion, las profecías, las figuras del antiguo testamento, lo pasado, lo presente y lo futuro, todo se les revela y declara: entienden y hablan todos los idiomas, de su boca sale un torrente de sabiduria celestial que confunde á los doctores de la ley, hace callar á los filósofos del gentilismo, disipa las tinieblas de la idolatría, humilla á las testas coronadas, avergüenza á los vicios y pasiones desbordadas, ilustra á las gentes, abre los ojos de los hombres de todas clases y condiciones, de todos los paises y regiones del universo, y aun los precisa por decirlo asi, á buscar en la cruz de Jesucristo los tesoros de la verdadera ciencia y de la sabiduria. ¡O espíritu de verdad que habeis traído á la tierra un rayo de aquella luz eterna que llenando de virtud y poder á los discípulos del evangelio pueden llamarse «¡Dioses y todos hijos del Excelso!» Dichos los que instruidos por vos en vuestros oráculos se dejan inspirar por vuestra gracia! Vos solo podeis disipar nuestras dudas, destruir nuestros errores y derramar en un instante sobre los misterios de la fé y de la naturaleza mas luces que las que podemos adquirir con la mas trabajosa investigación. Con vuestros dones se disipan las tinieblas, se desvanecen las ilusiones, se aclaran y revelan las verdades mas importantes, y ellas nos obligan á someternos al

suave yugo de una fé cierta, segura, sencilla, consoladora y necesaria para comprender la importancia de nuestra salvacion y ocuparnos siempre de ella. Sin su direccion y guia son los hombres víctimas de una confusion babilónica que los degrada, y el mundo es una sentina de vicios, un pais de desastres, un infierno dominado por el crimen.

En efecto, hermanos míos: mirando todas las cosas con los ojos de la fé y juzgando de ellas segun sus principios, descubrimos en Dios un abismo inmenso de infinitas perfecciones y nos inclinamos á venerarlas; nos convencemos de que su grandeza es incomprendible, de que no puedo llegar á ello nuestro entendimiento, y de que escede nuestra capacidad, y nos humillamos ante la Magestad del sol de justicia que no pueden ver nuestros ojos carnales sin el *lumen gloriæ* que Dios reserva para los que han de verlo cara á cara en la mansion de los bienaventurados. De aqui el que guiados por el Espíritu-Santo escudriñamos y vemos en nuestro corazon un abismo de ceguedad y corrupcion, un receptáculo de émulas pasiones, un seminario de vicios y miserias, un manantial de desdichas que nos deshonoran, humillan y abaten, deduciendo de esta ciencia intuitiva y experimental la necesidad de recurrir al Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion que nos consuela en todas nuestras tribulaciones como lo dice el apóstol (1). Ved

(4) II. Corinth. c. I. v. 3.º 4.º

aquí el primer paso que dan los fieles en el camino de la perfeccion á que los conduce el Espíritu-Santo que preside, gobierna y dirige á la iglesia que salió del costado de Jesus. Conocer nuestra mísera condicion, la benignidad de nuestro Salvador, y la dulzura con que se presta el espíritu consolador á favorecernos, á inspirarnos y á conducirnos por la senda recta de la virtud en que se hallan los que se hacen dignos de llamarse Dioses é hijos del Excelso: esto es necesario á todo el que quiera salvarse. Desconfiemos de nosotros mismos y confiemos en la bondad de nuestro Dios, renunciemos á todo lo que no nos una y estreche con nuestro Redentor amable: pidamos el espíritu de humildad, y concedido que sea por el que nada niega al que le pide rectamente, no dudemos de que él imprimirá en nuestros corazones la base y fundamento de las virtudes que hacen á los cristianos dignos de obrar maravillas, de entender las cosas concernientes á la salvacion y de comprender muchos prodigios de la gracia, como se vió en los apóstoles, tipos, modelos y ejemplares de los que siguiendo á Jesus merecen que los posea el Espíritu-Santo.

¿Qué no hicieron doce hombres escogidos de entre las heces del vulgo, luego que recibieron el Espíritu Santo que les habia prometido su divino Maestro? Sin mas ciencia que la del evangelio, sin otro libro que la cruz de Jesucristo, sin mas talentos que los de la paciencia y mortificacion, sin otras armas que las del divino espíritu y el sopro omnipotente con que eran impelidos, corren el mundo, destruyen los templos de los falsos dioses, hacen enmudecer á los oráculos, menosprecian los vanos simu-

lacos, estirpan los errores, destruyen la iniquidad, hacen reinar las virtudes y ellos solos consiguieron mas triunfos que todos los conquistadores que menciona la historia de sesenta siglos. El Espíritu-Santo los anima, el da á sus palabras una fuerza, una dulzura y un atractivo todo divino que rinde los corazones, suaviza las costumbres; muda los hombres mas feroces en mansas ovejas, y los soberbios y altaneros en simples palomas, y ofrecen al mundo el grande espectáculo que anunciaron los profetas cuando trazaron el reinado del Principe de la Paz, padre del futuro siglo y Dios de las virtudes. Este espíritu combate al mundo, al demonio y á las pasiones; vence todos los obstáculos, triunfa de todo poder; y los que cuentan con él como los apóstoles y buenos cristianos ¿no podrán llamarse *Dioses é hijos del Excelso* en el sentido en que los llamó así el real Profeta? Ah! Apenas recibieron los primeros fieles el Espíritu-Santo cuando se les vé revestidos de una fuerza sobrenatural tan admirable que ella sola es una de las pruebas mas brillantes de la divinidad de nuestra santa y adorable religion. Amaban con toda su alma, con su mente, con todas sus potencias y sentidos á Dios, y al prójimo como á sí mismos, y no: no les disgustaban las penitencias, no les conmovian las tentaciones, no decian de ánimo por la severidad del evangelio; antes bien confian en la gracia que los conforta, y el furor de los tiranos, la rabia de los verdugos y la crueldad de los suplicios no hacian mas que aumentar su fortaleza y constancia y demostrar que no eran hombres, sino «*Dioses é hijos del Excelso*» porque Jesucristo vivia en ellos; porque el Espíritu-Santo

los poseía, dirigía y animaba; porque aunque con sus cuerpos estaban en la tierra, sus almas anhelaban y suspiraban por el cielo.

¿Como nosotros despues de haber recibido el Espíritu-santo en los santos sacramentos vivimos tan helados, tan indiferentes, tan retraidos, y aun tan lejos de Dios, que parece que en lugar de cristianos somos idólatras de nosotros mismos del mundo sus pompas y vanidades? ¿Han pasado para no volver aquellos dias de triunfo y de gloria para la iglesia en que los fieles no pensaban mas que en derramar su sangre por Jesus y en obrar segun las inspiraciones del Espíritu-Santo? Se acabó ya la virtud inmensa y omnipotente del espíritu consolador que en forma de aire impetuoso y de fuego cayó en este dia sobre los Apóstoles?

No, amados míos, no se acaba lo infinito: el mismo Espíritu que llenó la casa de Jerusalem y reposó en los apóstoles persevera en la iglesia santa para consuelo de los fieles. No porque no sean ruidosos los milagros que fueron necesarios en los primeros siglos dejan de ser importantes las maravillas que todos los dias está obrando entre nosotros el divino espíritu que vivifica á los hijos de la gracia. Se os figura por ventura que pueden mudarse los corazones y convertirse nuestras almas sin el impulso del Espíritu-Santo? No es maravilloso ver á un hombre mundano esclavo de sus pasiones entregado á los devaneos del mundo, sin pensar mas que en convites, glotonerías y galanteos, cuyas miradas, conversaciones y modismos no respiran mas que orgullo, gallardía, vanidad y dissipacion, mudado repenti-

namente en un hombre nuevo; que dando de mano á todas las cosas carnales y terrenas aborrece al vicio y ama la virtud, deja el regalo y practica la penitencia, se convierte como Santo, y todo es en él gravedad, modestia, recogimiento, piedad, mortificacion y virtud? No dice el real profeta que esta prodigiosa mutacion es obra de la diestra del Excelso? y el santo concilio de Trento, que no puede convertirse el pecador á Dios sin «una pia mocion del Espíritu-Santo? Pues se ven afortunadamente entre nosotros ejemplares de verdadera conversion, amados mios. Se ven verdaderas conversiones entre nosotros. Preguntad si no á vuestros párrocos, á los directores de las almas, y á los misioneros, y seguro estoy de que no habrá uno siquiera entre todos ellos que no haya visto de estas mudanzas con sus propios ojos: que haya tenido el consuelo de ver reinar la virtud en aquellos corazones en donde antes dominaban los vicios y pasiones criminales; que no sea testigo de los milagros que obra el Espíritu-Santo en los hijos de los hombres. Hacese casto el deshonesto: humilde y modesto el orgulloso y soberbio: paciente y pacífico, el furioso y bestial: devoto y piadoso el impío, y dedicado á las prácticas de nuestra religion el incrédulo, blasfemo y enemigo del culto sagrado! ¿Quién obra estos imposibles á las fuerzas de la naturaleza? Con qué virtud se vencen todas las pasiones, se muda la voluntad, se sujeta el corazon y se hace uno dueño de todos sus movimientos y afectos sino con la del espíritu omnipotente que desde que cayó sobre sus apóstoles no ha hecho mas que mudar los lobos en corderos y los perseguidores de Jesus en vasos de eleccion para predicar

su nombre y religion por todas las naciones del universo? Dar al hombre flaco el ánimo suficiente para abrazar con gusto las austeridades de la penitencia; la fuerza capaz de romper la cadena de las malas costumbres, y la virtud de vencer lo que hay de mas repugnante en la naturaleza, á aquel que no sufre otra ley que la de las pasiones desordenadas ¿puede ser cosa de esa pobre ciencia humana, que flutuando entre mil dudas y errores está dando el escándalo de no crear mas que espíritus discolos y revoltosos encargados de poner á las sociedades en el conflicto en que las vemos? No, hermanos míos, no busqueis fieles que por sus virtudes merezcan llamarse «Dioses ó hijos del Éxcelso,» entre los oráculos de la sabiduría humana, entre los grandes y poderosos de ese mundo entregado á la disipacion mas espantosa, ni entre los que formulan proyectos de disciplina eclesiástica basados sobre la deleznable arena de un espinacho ó de una imaginacion vertiginosa indigna de los hombres que se forman en la escuela del evangelio dirigida por el divino espíritu que la sostiene. Buscadlos mas bien entre los hijos de la gracia que humillados ante la Magestad de su Dios desconfian de sus propias fuerzas y todo lo esperan del espíritu consolador enviado por Jesucristo á su iglesia para llenarla de dones, gracias y beneficios importantes. Buscadlos, para asociaros á ellos y seguirlos, en los discípulos de los apóstoles, en los que dedicados por entero á la ciencia de la cruz en que se obró nuestra redencion nada quieren tener de comun con esos bolliciosos hijos de la carne que viven tiranizados por sus vicios y pasiones, en los que perseverando en la oracion se proponen vivir bajo las ins-

piraciones del divino espíritu que vino al mundo para llevar fieles al cielo. Entre estos y con estos sereis, como los apóstoles, los «Dioses de la tierra y los hijos del Excelso;» vuestra virtud os hará poderosos en maravillas; entenderéis todas las cosas concernientes á vuestra salvacion, y el Espíritu-Santo os enseñará todo lo que debeis saber; él os sugerirá las especies que necesiteis para comprender las doctrinas celestiales que nos trajo del cielo Jesucristo como él mismo lo aseguró cuando dijo: *spiritus sanctus docebit vos omnia, et suggeret omnia quaecumque dixerit vobis.*

Pidamos, amados míos, con el mayor fervor que nos posea el Espíritu-Santo para que dirigidos é inspirados por su virtud seamos del número de aquellos fieles á quienes lo ofreció nuestro Redentor para purificarlos y hacerlos dignos de acompañar á los ángeles en el cielo. Pidamos.... Pero para pedir es necesario que entendais, que el divino espíritu no se comunica á los soberbios que confían en sus fuerzas, á los que buscan su propia satisfaccion, ni á los que pretenden encontrar su felicidad en las criaturas. Hogamos, imitando á los apóstoles, que baje sobre nosotros el Espíritu consolador, á la voz y atractivos de unos deseos ardientes de poseerlo, de un fervor perseverante en la oracion, de sinceros propósitos de dejarlo todo por seguir sus inspiraciones y ser verdaderos hijos del Excelso. Asi, divino espíritu, fuente de bondad y manantial secundo de gracias, no podeis negaros. Bajad á nuestros corazones y llenadlos de vuestro amor: fortificadnos contra nosotros mismos, y mudadnos como á los apóstoles haciéndonos humildes, celosos,

sábios en las cosas de nuestra salvacion , caritativos y virtuosos, para que siendo en la tierra dignos miembros de vuestra esposa la iglesia santa tengamos la dicha de ir conducidos por Vos á la triunfante Jerusalem de la gloria que á todos desco. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL DIA PRIMERO DE PASCUA DE PENTECOSTES.

Lo que es el Espíritu-Santo para los fieles.

Paracletus autem Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecumque dixerō vobis. El Espíritu Santo paraclito que os enviaré en mi nombre mi Padre os enseñará todos los misterios de que os he hablado. Joann, cap. 14. v. 26.

Apenas subió el Hijo de Dios al trono de su gloria en los cielos despues de haber triunfado de todos sus enemigos, cuando envió á los hombres dónes magníficos de su liberalidad y propios de su magnificencia. ¿Qué dónes? El *Espíritu-Santo*, pregunta y se responde á sí mismo el padre san Agustin. Para hacer ostentacion de su magestad y grandeza en los dias de su exaltacion y sus triunfos los reyes

de la tierra conceden gracias, dispensan favores y los señalan con dónes á sus pueblos y á sus allegados correspondientes á su potestad y sus riquezas: pero estos dónes son terrenos porque los reyes son tambien reyes de la tierra. ¿Qué puede dar el Rey del cielo que sea digno y correspondiente á su divinidad sino á Dios? Jesucristo da á los hombres el Espíritu-Santo, Dios con él y que desde la eternidad procede del Padre y del Hijo.

¿Cómo habíamos de creer, ni podíamos esperar, hermanos míos, que despues de agotados los tesoros de Dios, si puedo esplicarme así, despues de habernos dado á su propio Hijo, habia de darnos otro dón tan grande, tan eterno, tan poderoso como el Hijo, enviándonos el Espíritu-Santo? No solamente nos envia un dón, sino al autor de todos los dónes; no solamente nos envia una gracia, sino la fuente y el principio de todas las gracias; no sola una prenda de su amor, sino á su mismo amor para que sea el lazo que nos una á la divinidad y el vínculo que nos haga participantes de la naturaleza divina.

¿Cómo podré yo manifestar, ni concebir siquiera, la grandeza, la esclencia, el poder y virtud del Espíritu-Santo, de este dón que envió el Señor á la tierra para renovarla y darla vida? Aunque yo recibiera una de aquellas lenguas de fuego que se dejaron ver sobre los apóstoles al descender sobre ellos el Espíritu-Santo en este venturoso dia, jamás podría explicar lo que es el Espíritu-Santo, este dón del cielo, este regalo incomparable, esta persona de la santísima Trinidad tan incomprendible, tan eterno, tan poderoso como el Padre y Dios

con el Padre y el Hijo. Este es el don riquísimo y precioso que hoy envía el cielo á la tierra después que volvió al cielo el que antes le había venido del mismo cielo. Hoy segun las promesas de Jesús, bajó este divino espíritu para dar testimonio de la divinidad del Padre, para aumentar lo que á costa de su sangre había adquirido el Hijo; para completar nuestra bienaventuranza, y ser el recurso en todo cuanto necesitemos. Este es el espíritu de pureza que nos santifica, el espíritu de verdad que nos instruye y enseña, el espíritu de caridad que nos anima, de fortaleza que nos sostiene, de sabiduría que nos encamina, de temor que nos corrige, de piedad que nos une con Dios y hace habitar con él. Este es el espíritu que nos consuela y provee en todas nuestras necesidades con abundancia y llena todos nuestros justos deseos. ¿Somos pecadores? Nos absuelve. ¿Somos extraños? Nos adopta. ¿Somos huérfanos? Nos protege. ¿Estamos tristes? Nos consuela. ¿Somos pobres? Pide por nosotros. ¿Estamos desterrados? Nos señala y nos conduce por el camino de nuestra patria.

Insensiblemente, hermanos míos, voy diciéndoos lo que es el Espíritu-Santo en cuanto nos es dado el conocer este don divino, que no menos que á sus apóstoles ha prometido el Señor á todos los fieles; pero no digo ni puedo explicar lo que es en sí; sino lo que es para nosotros. Conviene y es necesario que sepamos todos que en sí y considerado en sí mismo es una de las tres personas de la Santísima y adorable Trinidad igual al Padre y al Hijo digna de igual respeto y adoración. Sería una falta que no

puede perdonarse á un cristiano el ignorar quien es el Espíritu-Santo, pero no podemos profundizar en este impenetrable misterio superior á nuestra capacidad: nos basta creer y confesar que es Dios con el Padre y el Hijo sin que las tres personas distintas sean mas que un solo Dios verdadero: conviene tambien y es necesario que sepamos todos lo que es el Espíritu-Santo para nosotros, lo que obra en nosotros, los fines para que el Señor nos le dé, y sobre esto quiero llamar vuestra en este rato.

El Espíritu-Santo consolador dice Jesucristo en el evangelio de este dia hablando á sus discípulos; El Espíritu-Santo consolador que el Padre os enviará por mí y mis merecimientos para que haciendo mis veces os dirija, os confirme y os consuele, él os enseñará interiormente todos los misterios de mi venida, os dará la perfecta inteligencia que ahora no teneis y os traerá á la memoria todo cuanto yo os he dicho. *Paracletus autem spiritus sanctus quem mittet pater in nomine meo ille vos docebit omnia et suggeret vobis omnia quaecunque dixeris vobis.* Asi nos descubre Jesucristo lo que el Espíritu-Santo habia de ser en nosotros y para nosotros.

Asistidme divino espíritu con los dones de vuestro consejo para que yo acierte á esplicar las maravillas que obraís en los fieles, en aquellas almas en quienes descansáis y aspiremos todos á llenarnos de vos, á hacernos vuestra mansion y vuestro templo á recibirlos como los apóstoles, á vivir con vuestro espíritu y vuestra vida. La oracion hermanos míos, la oracion constante y unánime nos dispone para recibir al Espíritu-Santo; y nos dispone mas en la compañía y con ayuda de Ma-

ria Santísima pidamos su intercesion saludándola con el angel.

AYE MARIA.

Paracletus autem.

El recibir al Espíritu-Santo no es una de aquellas gracias á que no deban aspirar sino aquellas almas perfectas y dedicadas esclusivamente á la observancia de los preceptos y consejos del evangelio, es necesario que le reciban todos los que quieran santificarse, todos los que quieran caminar á su salvacion. Como en el órden natural no podemos vivir, ni obrar cosa alguna sin el espíritu que nos anima, así en el órden de la gracia el Espíritu-Santo es el alma que nos vivifica y dá aliento y sin él nada obramos, quedamos espiritualmente muertos, así como faltándonos el alma queda muerto, sin accion y sin vida nuestro cuerpo. La santificacion y la gracia es la vida del alma, y el Espíritu-Santo es el autor de la gracia y de la santificacion. Por él son regenerados los hombres en el bautismo y entran en el gremio de los fieles formando parte del cuerpo místico de la iglesia cuya cabeza es Jesucristo. Por él son robustecidos en el sacramento de la confirmacion, son renovados y vueltos á la gracia y amistad de Dios en el sacramento de la penitencia; se unen íntimamente con Jesucris-

to en la eucaristia: por él son consagrados en el sacramento del orden y reciben la gracia de vivir en union y paz en el matrimonio. Este divino espíritu es general y comun para todos sin dejar de ser propio y peculiar de cada uno; por él se forma y sostiene la comunión de los santos; es el vínculo sagrado é indisoluble que une entre sí á los miembros de la iglesia y á todos á su cabeza que es Jesucristo, de modo que podemos decir que es el alma de este cuerpo místico que constituyen los fieles. Es la fuente de todas las gracias. La fé, la esperanza, el amor, el entendimiento, la sabiduría, la unción, la piedad, el gozo, la paz, la paciencia, la humildad, la bondad, la lenidad, la templanza, la santidad y temor de Dios son los frutos que proceden de su bondad y que podemos recibir de sus tesoros. Siendo este divino espíritu el que santifica las almas es por una consecuencia natural el que las guia y conduce como las conviene. Si hemos de orar, él ora por nosotros con gemidos y súplicas inesplicables. Si hemos de entender y penetrar las divinas verdades, él es el que nos dá la luz para conocerlas y esPLICARLAS. Si hemos de ser instruidos, él es el espíritu del Padre que habla en nosotros. ¿Es preciso que caminemos adelante en la carrera de nuestra salud espiritual á pesar de estar rodeados de enfermedades? Pues no debemos desmayar ni retroceder porque este Espíritu consolador ayuda á los débiles y confirma á los que desfallecen. ¿Es preciso pelear y sostener una guerra continua contra nuestros espirituales enemigos? Pues este divino espíritu es la fortaleza y virtud del Altísimo. Huesped, esposo de las almas, Maestro y Redentor de la iglesia, don del

Padre y del Hijo, vida de las almas, caridad subsistente, estos y otros semejantes son los nombres con que se llama en la Escritura Sagrada al Espíritu-Santo, y por ellos podemos conocer la relación que tiene con nosotros y lo que obra en nosotros.

Es uno é indivisible en sí mismo y sin embargo obra de muchos y diversos modos en los que le reciben, y de aquí es que le llamamos unas veces espíritu de vida, cuando saca á los pecadores de la muerte de la culpa: espíritu de verdad, cuando los instruye y destierra su ignorancia: espíritu de consejo, cuando aclara sus dudas y dá el acierto á sus resoluciones: espíritu de fortaleza cuando los dá valor en sus debilidades. Este espíritu divino es, dice el padre san Bernardo, el que nos amonesta, nos enseña, nos escita, nos inspira el bien que debemos obrar y nos dá al mismo tiempo las gracias y los auxilios que necesitamos para obrarle. En nosotros es como un Padre de familia que rije y gobierna su casa; como un rey en su imperio; como un juez en su solio. ¿Nos volvemos á Dios arrepentidos y contritos de todas veras? Entonces se nos dá para nuestra salud. ¿Resistimos á las tentaciones que nos presentan sin cesar nuestros enemigos? Entonces se nos dá para nuestra ayuda. ¿Caminamos por las sendas de los mandamientos de Dios á pesar de las sugerencias, los peligros y calamidades de esta vida? Entonces se nos comunica para aumentar nuestro fervor y llenarnos de consolaciones interiores. En una palabra, dice san Agustín, permaneciendo en nosotros este divino espíritu nos llena, nos anima, nos rige, nos vivifica, nos mueve y persuade á que cumplamos todos nues-

otros deberes, no ya por el temor de los castigos, sino por el amor del de la justicia: pone tan en claro la verdad á nuestras almas que no podemos menos de conocer lo que debemos obrar, y derrama en nuestros corazones un gozo tan puro y celestial que nos hace practicar llenos de júbilo, de placer, de una alegría santa todo lo que hemos aprendido por sus inspiraciones que debemos obrar.

No nos es lícito dudar que haciendo bajar el Señor á su Espíritu-Santo á la tierra, no solo quiso dar este dón inestimable á su religion, sino tambien que por él se santificasen todas las almas. Este divino espíritu se nos está uniendo y comunicando sin cesar. El disipa las sombras y mentiras con que nuestros enemigos nos seducen. Entre las tinieblas que nos presenta el humo y el fuego de nuestras concupiscencias cuántas veces nos ha hecho conocer su indignidad y tiranía? Entre las impresiones lisonjeras y los deleites culpables á que nos arrastran los objetos de la vida presente, en medio de los placeres y diversiones del mundo cuántas veces nos ha hecho conocer y recordar la vanidad, la incertidumbre, la brevedad; el sepulcro á donde todo ha de parar y concluir, los bienes y males eternos, la recompensa y el castigo que tiene preparado el Señor para después de la vida presente y de que no podemos huir?

Pero no solo santifica á los fieles con las inspiraciones y consejos saludables, sino tambien comunicando una fuerza y una constancia divina para que obren y arreglen su vida conforme á las inspiraciones con que los ilustra, lo que se nos dá á conocer por el símbolo de fuego bajo el que descendió sobre los apóstoles en este dia. Este fuego no es una

simple luz que alumbra, es un fuego lleno de poder que enciende, que llena de ardor, que inflama y penetra hasta el corazon y el alma de los apóstoles y se manifiesta en lo que se los vé obrar así por su propia santificacion como por la de sus hermanos los hombres de todos los pueblos y naciones. Ignorantes, antes de ser inflamados con él, cobardes, débiles hasta el extremo de negar á su Maestro Jesus á la voz de una criada portera del pontífice, son despues atrevidos, intrépidos, no temen echar públicamente en cara á sus enemigos el crimen horrendo de haber quitado la vida á su mismo Dios y Salvador: se ofrecen con el mayor gusto á los tormentos y arrostran con placer por la causa de Jesus crucificado los mayores desprecios y no con menor gozo sufren los mas atroces y crueles suplicios. En todos ellos despues que han recibido el Espíritu-Santo se vé igual ardor y las mismas disposiciones. Conocen lo que deben obrar para sí y su propia santificacion y aunque se presentan los mayores obstáculos están prontos á vencerlos y á sacrificarlo todo por cumplirlo. Descubren lo que deben practicar en beneficio de los demas hombres y lo ejecutan con prontitud sin temor á los peligros, á las pérdidas, al mundo ni á potestad alguna. Así obra el divino espíritu en las almas que le reciben; tal es la disposicion del alma fiel que se inflama en su ardor divino. Jamás halla estorbos para obrar el bien, jamás cree que ha hecho bastante, siempre está dispuesta á emprenderlo todo, nada halla árduo, nada difícil, nada imposible.

En una palabra, hermanos míos, todo lo que se cumplió en los apóstoles al bajar solemnemente sobre ellos el

Espíritu-Santo en el día de pascua se ha de cumplir también en nosotros, si como aquellos nos disponemos debidamente para recibir este don celestial. Nuestro Redentor y Salvador Jesús le ha merecido igualmente para todos los fieles y á todos nos le ha prometido. Limpiemos nuestro corazón; esté vacío de todo amor desordenado é impuro, pidámonle por una oración humilde y constante y nuestra alma se llenará de este divino espíritu, se inflammará en este fuego del cielo; y como el Espíritu-Santo siempre es el mismo, obra los mismos efectos y todos los que le reciben experimentan igual fruto. Es el espíritu de verdad que nos ilumina. El espíritu de santidad que nos limpia y purifica. El espíritu de fortaleza que nos anima y por el que superamos todas las dificultades y todos los estorbos. Destierra de nosotros los errores; rompe y deshace las ligaduras que nos atan al pecado, y nos dá el valor necesario para triunfar de todas nuestras flaquezas. No es un maestro, como son los hombres que nos enseñen algunas verdades, sino que nos instruye y enseña todo lo que nos conviene: *suggeret vobis omnia*. Es más. Es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las obras de la gracia. Es el alma de la vida espiritual y sin el que no pueden vivir las almas para Dios. Por él somos reengendrados en el bautismo; por él volvemos á la gracia de Dios en la penitencia; por él se difunde la caridad de Dios en nuestros corazones, de él procede la pureza y el fervor de la piedad; el amor y el celo que dá tanto aliento y generosidad para practicar las virtudes y engendra la perseverancia; no puede bajar sobre un alma sin enriquecerla y hacerla producir frutos abundantes de santidad.

y virtud. De aquí es que no hay ni puede darse al hombre mayor bien en este mundo que darle la posesion del Espíritu-Santo paráclito. Ni las riquezas, ni los honores, ni los placeres, ni los deleites, ni la salud, ni los reinos; ni aun los dones gratuitos de obrar milagros, hablar las lenguas, penetrar los secretos del corazón, anunciar los sucesos que han de venir valen cosa alguna ni hacen feliz al hombre si están separados de la gracia santificante que es la que dá el Espíritu-Santo y por la que el hombre se une estrechamente á su Dios sin que nada le quede que desear, ni nada que temer.

¿Qué es pues lo que obra el Espíritu-Santo uniéndose y comunicándose por sus gracias á nosotros? Obra en cierto modo en nosotros lo que el Verbo divino uniéndose á la naturaleza humana que no obró sino segun las impresiones y movimientos que recibió de la divinidad. ¿Ha descendido sobre nosotros el Espíritu-Santo? ¿Habita en nuestras almas y descansa en ellas el Espíritu-Santo? Pues este divino espíritu quiere obrar en nosotros en cuanto á la vida cristiana; espiritual é interior, lo que obra nuestra alma en orden á la vida natural; quiere regirnos, animarnos y vivificarnos de tal modo, que él sea el principio único de los movimientos de nuestro corazón: de todos nuestros votos, de nuestros juicios, de nuestros pensamientos y de nuestras obras. El vivir, el pensar, el obrar de otro modo que no sea conforme al Espíritu-Santo, no es vivir del Espíritu-Santo, ni haber recibido al Espíritu Santo.

Entrad ahora en exámen y reflexionad entre vosotros mismos ¿qué es lo que obráis con este divino espíritu? ¿Cómo

recibis sus inspiraciones y los llamamientos que os hace? ¿Con qué fidelidad correspondeis á sus consejos? ¿Con qué virtudes procurais hacerle venir y conservarle en vosotros? ¿Cuál es vuestro celo por destruir los pecados que le apartan y le arrojan de vuestro corazon? Examinad vuestra vida interior y descubrid con sinceridad si dais cabida y preparais en vuestras almas una mansion para el Espíritu-Santo, ó si mas bien le resistís y negais constantemente la entrada. Examina! si vivis con la vida y el aliento del Espíritu-Santo.

Hé aqui, hermanos míos, el mal del mundo que no podemos llorar bastante. Los hombres todos lejos de estar dominados y poseidos del Espíritu Santo, estan llenos del espíritu del mundo, y podemos decir que no es el espíritu de Dios el que todo lo modera, lo domina, lo dirige y al que todos se arreglan para obrar, sino el espíritu del mundo.

Al mundo se consulta en los negocios y empresas que se toman cada dia. El espíritu del mundo reina en las conversaciones; el espíritu del mundo es el que une las compañías y estrecha las amistades; los usos y costumbres se arreglan al espíritu del mundo. Segun el espíritu del mundo se juzga, se habla, se obra, todo se compone y acomoda al espíritu del mundo y para todo se atiende al mundo: quisiéramos hasta servir á Dios segun el espíritu del mundo y hacer una religion acomodada á su espíritu; y como este espíritu del mundo es un espíritu de mentira, de error, de calumnia, de finjimiento y de hipocresía, se sigue por necesidad y nos lo manifiesta la experiencia que nada hay en el mundo sino falsedad y mentira; placeres amargos y falsos, honores falsos, gozos

falsos, prosperidades falsas, alabanzas falsas, virtudes falsas, prudencia falsa, probidad falsa, justicia falsa. De aquí es, que los hombres que se alimentan y viven de este espíritu del mundo no parece que tienen otra ciencia que la de engañar á los demás y engañarse á sí mismos; la de ocultar lo que son, y aparecer lo que no son ni tienen en manera alguna. De aquí es que en el mundo no se halla nada sólido, nada real. En todas partes se descubre la adulacion, se aborrece la sinceridad y buena fé, se cubren con engaño los descos torpes, se habla con atrevimiento la mentira y se la llama política y prudencia, se mufa y escarnece la sencillez y la modesta verdad está cautiva y condenada al silencio. Espíritu pernicioso que cuanto mas se le atiende tanto mas se ahogan y sofocan no solamente las luces y las inspiraciones de la religion, si no hasta los sentimientos de la probidad natural.

Hermanos ¿le qué sirve que el sol estienda su luz sobre unos ojos que se apartan y se cierran por no recibirla? En vano es que el Espíritu-Santo nos envíe sus inspiraciones saludables, nos ofrezca sus amonestaciones y consejos, nos quiera dirigir y gobernar si no otros no queremos oírle ni recibir sus benéficas influencias: él quiere entrar en nuestras almas y difundirse en nuestros corazones; pero quiere que nuestras almas y nuestros corazones le esten sujetos y sean dóciles; que esten prontos y dispuestos para recibir las gracias que se digne comunicarlos. Diré mejor, quiere que nos desprendamos de nuestra alma y de nuestro corazón para ser él solo el Dios y Señor de nuestras almas y nuestros corazones: para que vivamos solo de su espíritu.

Ahora bien. ¿No podré yo preguntar con el Profeta: *quis est homo qui vult vitam?* ¿Quién es el hombre que desea la vida? No esta vida que nos es comun con los animales y los insectos que miramos con desprecio; no esta vida que san Agustín compara á un torrente que pasa y que lleva consigo la devastación y lo reduce todo al polvo, sino ¿quién quiere y busca esta vida divina y sobrenatural cuyo principio es el Espíritu-Santo, y cuyos movimientos, cuyas obras tienden y se dirigen todas á Dios? ¿No puede decirse á cada uno lo que los apóstoles á los judíos, que estamos siempre resistiendo al Espíritu-Santo? ¿Qué ha sido toda nuestra vida sino una serie continua de momentos en que hemos obrado todo lo contrario y opuesto á lo que nos inspira, enseña y aconseja el Espíritu-Santo? Le hemos contristado, le hemos arrojado de nuestras almas, hemos roto nuestra union y nos hemos divorciado de este divino espíritu por nuestros pecados; nuestras iniquidades han levantado un muro de separacion entre Dios y nosotros; nos hemos abandonado enteramente al espíritu de mentira y corrupcion que domina en el mundo y nos hemos separado del Espíritu de verdad; bien merecíamos quedar privados de él para siempre. Pero ¡O bondad inmensa del Espíritu-Santo! Esta misma confesion que hacemos de nuestra maldad; este conocimiento de nuestro injusto proceder, esta reprehension que nos hacemos de nuestros desaciertos es una nueva gracia del Espíritu-Santo, es un llamamiento que nos hace para que reparemos todo lo pasado y nos unamos de nuevo á él y vivamos segun él.

Desentendámonos hermanos míos; de las voces que dan

contiguamente á nuestro alrededor el mundo lleno de lazos y asechanzas para perdernos, el demonio con sus astucias y la carne con sus viciadas inclinaciones. Demasiado han ocupado nuestro corazón estos tiranos de nuestras almas; oigamos los clamores inefables del espíritu de consolación y de verdad que procede del Padre y nos envía su Hijo Unigénito, las inspiraciones con que nos llama y no atendamos en adelante á otras inspiraciones que las suyas, ni vivamos de otro espíritu que el suyo.

Hé aquí un bien mayor que recibir al Espíritu-Santo. Aunque este, como he manifestado sea un bien inestimable y superior á la posesión de las riquezas, de los honores y de los imperios, es todavía mayor el retenerle y conservarle una vez recibido y hacer por su virtud lo que obraban por una estúpida superstición los gentiles con sus ídolos, amarrarlos con cadenas para que no se apartasen de ellos, unirnos á él con el vínculo del amor y caridad que hoy difundido sobre nosotros. ¿Qué nos aprovecha unirnos por algunos dias al Espíritu-Santo y apartarnos despues de él? ¿De qué nos puede servir empezar bien si concluimos mal? ¿Poder un gran tesoro y perderle despues? Uniéndose á nosotros el Espíritu-Santo quiere permanecer siempre con nosotros y ser nuestro consuelo y la seguridad de nuestra esperanza. Jamás nos abandonar si nosotros no le abandonamos primero. No apaguemos el fuego divino que ha encendido en nuestras almas, no seamos descuidados y negligentes, procuremos tener ardiendo las lámparas de nuestras almas con el aceite de nuestras buenas obras, con la ayuda de las prácticas religiosas, con todo lo que contribuya á conservar

y aumentar la caridad. No basta no obrar el mal y no vivir del espíritu del mundo y del pecado, es preciso evitar hasta la tibieza, la flojedad el no dar frutos y no adelantar en la vida del Espíritu.

Vivamos de la vida del Espíritu-Santo; procurando agradar siempre al Espíritu-Santo y este divino espíritu nos instruirá, nos dirigirá, nos hará fuertes y poderosos contra nuestros enemigos, nos llenará de gozo, de paz, de sabiduría divina como á los apóstoles nos hará llevaderos y dulces los trabajos de esta vida, nos llevará de consolación en consolación hasta darnos los bienes eternos de la gloria y hacernos entrar en los gozos del Señor. Amen.

F. L. G.

SERMON

· PARA EL SEGUNDO DIA DE PASCUA DE PENTECOSTES ·

No puede ver el reino de Dios sino el que renace de nuevo en el bautismo y lleva la imájen del segundo Adán celestial J. C. viviendo segun su ley santa.

Nisi quis renatus fuerit denuo non potest videre regnum Dei. No puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo. Joan. c. 3. v. 3.

Católicos:

En el evangelio de este dia se nos dice que habia un fariseo llamado Nicodemus que siendo príncipe de los judios, doctor de la ley y miembro del *Sanhedrin*, ó consejo de la nacion fué de noche á hablar con Jesucristo para oir sus doctrinas celestiales y quedar instruido en el importante

negocio de su salvacion. Este hombre sábio, pio, discreto y prudente habia conocido que Jesucristo no podia hacer los milagros estupendos con que acreditaba su mision divina sin que Dios estuviera con él: que sus obras maravillosas eran indicio de que podia ser llegado el cumplimiento de los tiempos y el reino del Mesias anunciado por los profetas: y en fin, que le era necesario oír al que habia convertido el agua en vino en las bodas de Caná de Galilea; al que con valor sobrenatural y celo santo habia echado del templo á los que en él traficaban; al que se hacia admirar no solo de las turbas sino aun mas de las inteligencias y capacidades que reflexionaban sobre la grandeza y sublimidad de sus doctrinas, sobre los ejemplos y santidad de su vida. Llegóse pues este hombre á Jesus y le dijo: «Señor, sabemos que eres Maestro venido de Dios porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él. Quisiera Señor que me dijeras y aclararas los medios seguros para poder entrar en el reino eterno de los cielos de que tan frecuentemente hablas.» Nuestro Redentor que conocia perfectamente el buen interior del que le preguntaba le respondió diciéndole: «en verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino el que renaciere de nuevo.» Es, decir: así como para ver la luz de este mundo es necesario nacer por el orden natural y ordinario, del mismo modo para entrar en el reino de Dios es necesario nacer espiritualmente por el agua y el Espíritu-Santo. El hombre por su primer nacimiento aparece sobre la tierra como descendiente de Adán con pensamientos é inclinaciones terrenas y carnales: pero por el nuevo renacimiento es purifica-

do invisiblemente lavado con el agua del bautismo en que el hombre queda renovado, hecho espiritual y enumerado entre los hijos de Dios. De manera, que sin el bautismo que quita el pecado y llena de gracia al que lo recibe en que se verifica el nuevo renacimiento de que habló Jesucristo á Nicodemo; nadie puede ver el reino de Dios, nadie puede salvarse, nadie entra á reinar con Jesús en la gloria que nos mereció á costa de su misma sangre. *Nisi quis renatus fuerit denique non potest videri regnum Dei.*

Esto hermanos míos, es de fé; y vosotros, que habéis tenido la dicha de ser reengendrados en el bautismo que es lo que os hizo cristianos lo sabéis muy bien. Solo es de desear, que renovados ya con la gracia que infundió en vuestras almas el divino espíritu, os convenzois mas y mas de que sin el Espíritu-Santo que bajó del cielo, tomó asiento en los apóstoles y persevera en la iglesia santa para dirigirnos por los caminos de la virtud á la gloria eterna es imposible nuestra salvación. Na pertenecemos ya al primer hombre que salió de la tierra y es terreno, sino al segundo que habiendo venido del cielo es celestial, como lo dice el apóstol (1). Al hombre celestial y divino debemos seguir si queremos ser celestiales y divinos. Si seguimos al primer hombre terreno, terrenos seremos: y si al celestial seremos celestiales, segun el mismo apóstol, que añade: «Por lo cual, asi como trajimos la imágen del terreno, llevamos

(1) Corint. a. 46. v 47.

también la imagen del celestial.» (1) Sin esto amados míos, no podemos ver el reino de los cielos preparado por Dios á los que se dirigen por las inspiraciones del Espíritu-Santo, como voy á demostraros en el discurso que espera vuestra devoción en este día.

Espíritu vivificante que habeis justos de pecadores, y ángeles de los que renovados con vuestra gracia dejaron la corrupcion y vileza con que vinieron al mundo; haced que seamos dóciles á vuestras inspiraciones y sigamos la senda recta de la virtud que nos dejó trazada el Hijo del Altísimo. Os lo pedimos inspirados por Vos mismo, de quien proviene la confianza que tenemos en vuestra Esposa y Señora nuestra María Santísima, á quien saludamos llena de vuestra gracia diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Nisi quis tenatus fuerit diuino non potest uidere regnum Dei.

Todo lo carnal y terreno que recibimos del primer hombre fue purificado por el Espíritu-Santo cuando con la gracia bautismal nos comunicó los dones y virtudes que hacen el

(1) Ibid. c. 48 y 49,

adorno del cristiano. Entonces fuimos emancipados de la cruel dominacion del mundo, del demonio y de la carne; libres de la esclavitud del pecado, declarados hijos de Dios, hechos miembros de la iglesia y herederos de la gloria que nos adquirió Jesucristo con su sangre preciosísima. Desde el feliz momento en que fueron disipadas las tinieblas de la culpa con la luz que ilumina á los que habitan en la escogida tierra de Geseu la iglesia santa dejamos de mirar á la tierra llena de vileza y corrupcion, levantamos la vista hácia objetos mas gratos, y viendo en el cielo nuestro destino eterno á él nos proponemos dirigir nuestros pasos ayudados del divino espíritu sin el que seríamos como el pájaro sin alas, como el militar sin armas, como el cuerpo sin alma; como un cadáver que no tiene vida. Sin el divino espíritu quedaríamos reducidos al estado y condicion de los hijos de la carne en que no sembrándose mas que corrupcion corruptibles y de perdicion tendríamos que ser todos los frutos, como lo dice san Pablo. No lo estamos viendo en todos los que despreciando la regeneracion ó nuevo nacimiento de que habló Jesucristo á Nicodemus, se entregan á sus pasiones sin pensar mas que en adquirir riquezas, en vivir entre la molicie de una vida brutal, indigna del hombre justo; dominados del orgullo, de la soberbia y de la altivez mas insufrible, y sin otros fines y proyectos que los de los que ocupados en trastornar el mundo tienen aterrada y llena de consternacion á la sociedad? Todos estos que se niegan al segundo renacimiento del bautismo, por no vivir segun la ley del segundo Adán celestial, y se hallan como en su elemento, en la del pecado que habita en sus miembros se-

¿guin el apóstol podrán ir con sus propias fuerzas hasta la patria celestial teniendo por innecesarias la gracia, las virtudes y la imagen del Redentor con quien deben conformarse en tanto quieran ver el reino de Dios? Estos absurdos e imposibles los rechaza la misma razón humana, los condena la religión y los previene nuestro divino Maestro, que no contento con decir que el que no renazca del agua y del Espíritu-Santo no puede entrar en el reino de los cielos, se estiene á probar que el que renace del Espíritu-Santo no debe vivir según la carne, sino según el espíritu; que le es necesario renunciar al pecado y vivir una vida del todo nueva. Si Nicodemo aun después de haber oído de la boca de Jesús estas palabras no acababa de entenderle, el glorioso Salvador para hacerse comprender con más distinción se explicó de un modo bastante claro sobre su misión, sobre su muerte, sobre la vida eterna que había de dar al mundo y sobre el juicio final diciéndole, que sería levantado en la cruz para salvar al mundo, así como Moisés había levantado la serpiente en el desierto para curar la ponzoñosa mordedura de las serpientes. Es pues de fé que el alma no puede entrar en el reino de Dios si no está libre de todas las pasiones y afectos carnales; y que el cuerpo no es capaz de gozar la vida eterna y gloriosa sin ser despojado de lo que ahora tiene de grosero y corruptible. En una palabra, es necesario que así como tragimos la imagen del primer hombre terreno, llevemos también la del segundo celestial, que es Jesucristo como lo dice el apóstol.

¿Y cómo, hermanos míos, llevaremos la imagen de Jesucristo para entrar con ella en el reino de los cielos?

Diciendo san Pablo (1) que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios: y que la corrupcion no poseerá la incorruptibilidad: ¿cómo podremos disponernos para emprender y seguir el viaje á la felicidad eterna? Reflexionen sobre esto los que tienen en algo su salvacion y entiendan, que llevar la imagen de Jesus no es otra cosa que vivir segun las leyes del evangelio en que se designan los deberes de todos los hombres segun el estado en que los haya puesto la divina providencia. Sepan tambien, que vivir segun el evangelio es implorar la asistencia del Espíritu Santo para cumplir con ella la ley santa que hace á los hombres espirituales y celestiales, virtuosos y dignos por su nuevo renacimiento de ver el reino de Dios. Yo soy la vid, dijo Jesucristo á sus apóstoles, y vosotros los sarmientos: el que está en mí y yo en él, este lleva mucho fruto..... El que no estuviere en mí será cortado como el sarmiento; se secará, lo cogerán, y lo meterán en el fuego y arderá (2). Es decir; que los que no viven unidos con Jesucristo por la fé animada de una ardiente caridad, serán separados de él y echados en el fuego. Se secarán como miembros que no participan del fuego de la gracia, y arderán en las llamas eternas del infierno. Si permanecemos en Dios por la caridad, y ponemos sus palabras en el fondo de nuestro corazon para no pecar, como lo dice el Salmista (3) consegui-

(1) I. Corint. c. 15. v. 50.

(2) Joan, c. 15. v. 5.^o y 6.^o

(3) Ps. 118, v. 11.

remos sin duda todo lo que le pidamos; porque en este caso no queremos ni pediremos sino lo que fuere conforme á la voluntad de Dios que es el que nos hace pedir, segun san Agustin. El mismo Jesucristo dice á sus apóstoles y á todos los fieles: Vosotros sois mis amigos si hiciereis las cosas que yo os mando (1). Y para llevar la imágen del hombre celestial necesaria para ver el reino de Dios segun san Pablo: ¿hay espediente mas cierto y seguro que el ser amigos de Jesucristo haciendo todo lo que nos manda?

Seámoslo, pues, una vez que ya hemos sido regenerados en el bautismo: sigamos los ejemplos y doctrinas de Jesus para mostrarnos sus discípulos: glorifiquemos á Dios con una vida evangélica digna de los hijos del segundo Adán celestial que nos ha redimido, salvado y llenado del divino espíritu que nos fortalece, anima, conforta y dirige por los caminos de la gracia, y confiemos en la bondad y misericordia del que no quiere que perezcamos; sino que nos salvemos y consigamos la vida eterna. Así, aun podremos esperar el remedio que reclama nuestra aflictiva situacion; aun podremos experimentar la dulzura de los interiores consuelos que infunde el Espíritu-Santo en el alma fiel que camina por la senda de los santos mandamientos, y confiar en que nuestro Dios nos favorecerá con la gracia de llevar la imágen de Jesucristo en que se asegura nuestra salvacion. Pero si aunque regenerados en el bautismo y hechos cris-

1) Juan, c. 15 v. 15.

tianos no seguimos los ejemplos y doctrinas de Jesucristo; despreciamos su evangelio, y vivimos entregados á los vicios y pasiones haciendo alarde de nuestro desenfreno, como si la religion fuera una farsa, la moral una mentira, y la ley eterna una preocupacion, siendo el escándalo de los fieles vejados y oprimidos con nuestras demasias insultantes y opresoras ¿qué esperanza podrá ser la nuestra? Si la regeneracion espiritual tan necesaria para nuestra salvacion, no es para nosotros mas que una vana ilusion, y somos tan sectarios del mundo como los mundanos mismos ¿de qué nos sirve la fé? De qué la religion? ¿De qué Jesucristo, Dios Padre y Dios Espíritu-Santo? De hacer nuestra condenacion infalible, de poner el sello á nuestra reprobacion, de poner en claro la infamante decision con que alirazamos los caminos del hombre carnal y terreno con abandono del celestial y divino que nos ofrece su gracia para caminar magistruos por las sendas de la virtud,

No hay que alucinarse, amados mios, los que aficionados al mundo siguen sus pompas y vanidades teniendo por fin sus intereses, por regla sus pasiones, por objeto de todos sus anhelos los bienes, las honras y los gustos de esta vida llevan la imágen del primer hombre carnal y terreno y con ella es imposible que vean el reino de Dios en que nada impuro tienen entrada. Los mundanos hacen profesion de profanar las cosas santas, de despreciar las máximas de Jesucristo, de burlarse de los devotos y virtuosos, de hacer chacota de todo lo que suena á piedad, de hacer vanidad de los desórdenes, de no tener en fin religion y vivir estacionados en la vida del primer nacimiento en que todo es

carnalidad, miseria, corrupción y pecado. Estos son los que forman el mundo que aborreció el hijo de Dios, al que venció en la cruz, contra el que declamaron los santos; y el que es tenido con razón por enemigo de nuestras almas. Ser de este mundo y ser del número de los réprobos; amarle y declararse enemigo de Dios es una misma cosa. Para salvarnos es necesario dejar este terreno de maldición; renacer á la vida de la gracia y llevar la imagen del hombre celestial siendo justos, y virtuosos, santos y perfectos como conviene á los hijos de Dios. Es preciso seguir las máximas de Jesucristo siempre contrarias á las del mundo, y romper resueltamente con el espíritu mundanal incompatible con el del Dios de la santidad. Debemos estar alerta contra los lazos y artificios de los mundanos de cuyos alhagos están emponzoñados; son menester muchas precauciones para librarse de su contagio, y convencerse de que en el mundo es necesario vivir como en un país enemigo sembrado de peligros. Esto es lo que se nos enseña en nuestra regeneración espiritual; lo que han practicado cuantos han seguido á Jesucristo y llevado su imagen en el sentido del apóstol, y lo que yo os recomiendo para que seáis comprendidos entre los que renaciendo de nuevo como dijo Jesucristo á Nicodemo, son los que pueden ver el reino de Dios. *Nisi quis renatus fuerit denuo non potest videre regnum Dei.*

Opongamos, hermanos míos, el renacimiento nuevo que pide Jesucristo para ver el reino de Dios, al primero envuelto en el pecado; y descendientes de Adán nos transformaremos en queridos hijos de Dios, de soberbios en humildes, de terrenos y carnales en espirituales, y celestiales,

que es lo que tantas veces nos repite el apóstol de las gentes. A la ciencia del mundo llena de simulacion, adornada de brillantes y pomposas apariencias; y ocupada en fingir, engañar y fascinar á los sencillos oponed la sabiduría que descende de arriba y la da Dios al que se la pide, porque esta sabiduría segun el apóstol Santiago (1), desecha en primer lugar las lisonjas y aliagos de la carne y de la sensualidad, después es pacífica, modesta, dócil; llena de misericordia y de buenos frutos, no juzga temerariamente las acciones de sus prójimos y es sincera, sin ficciones ni hipocresías. Si la divina providencia os fijó en el mundo conservaos en él sin ser mundanos; vivid dentro de él sin que se os pegue su espíritu; sin haceros parciales de sus máximas, sin ser esclavos de sus extravagancias. Sed enhorabuena atentos, cortesanos, bien criados, urbanos y sociales; pero en todas estas cosas que reine la imagen del hombre celestial que es la que todo lo hace virtuoso y meritorio. Atended siempre á lo que exige de vosotros la regeneracion en que recibisteis las gracias y dones suficientes para vivir como buenos cristianos, y no olvideis que con el Espíritu-Santo que mandó Jesucristo, á la tierra para inflamar los corazones de los hombres en amor divino se hacen dulces los trabajos de esta vida, fáciles los imposibles de los mundanos y deliciosos los caminos de la mortificacion y penitencia que reducen la carne á una justa servidumbre y nos proporcionan la hermosa libertad

(1) Jacob. ii. 3. v. 47.

del pecado que nos alcanzó nuestro Salvador y Maestro. Vivid en suma, de modo que pueda decirse que llevais la imagen de Jesucristo siendo vuestras prácticas y costumbres conformes con las doctrinas y enseñanzas del nuevo renacimiento en que fuisteis hechos hijos de Dios y herederos de su reino y no dudeis de la bondad y clemencia del que se dignó instruir á Nicodemus y á todos los que quieren salvarse.

Y vos divino espíritu que haceis sabios de los ignorantes; virtuosos de los viciosos y santos de pecadores, poseed nuestras almas, infundid en nuestros corazones deseos eficaces de vivir segun las máximas de nuestro segundo Adán celestial espresas en el evangelio, y haced que conozcamos y amemos los bienes inmensos de la regeneracion espiritual á la vida de la gracia, con que nos llamamos y somos verdaderos hijos de Dios. Dirigidnos, auxiliándonos, protegednos; no nos degeis; porque atendidos á nuestras propias fuerzas nos perdemos sin remedio, y sostenidos por vos es segura nuestra felicidad eterna en la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA EL DÍA TERCERO DE PASCUA DE PENTECOSTES.

La propagación prodigiosa de la religión de Jesucristo nos dá á conocer su divinidad.

Amen, amen dico vobis, quia ego sum ostium ovium. En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta por donde han de entrar las ovejas. Joann c. 10.

Jesucristo anunció repetidas veces que él era el camino único de salud y de vida, que era preciso seguir su doctrina para salvarse; que no había otra entrada para hallar los pastos saludables sino por él y su ley; que había venido para formar de todos los pueblos un solo rebaño y formarse un pueblo del que él fuese el Pastor y conductor. Publicó y

enseñó su ley santa, de amor y de confraternidad, la anunció al pueblo hebreo, la confirmó con sus milagros y con sus discursos irresistibles y la selló con su sangre. Contemplemos aquel número cortísimo de apóstoles y discípulos, aquel pequeño rebaño que perdido su Pastor se quedó expuesto á la ferocidad de los lobos que por todas partes le buscan para devorarle. El suplicio en que inurió el Pastor dispersó las ovejas y sin guía, sin defensa, sin voz que las llame, consternadas de temor, amenazadas de los peligros apenas aciertan á reunirse y ocultarse para ponerse á salvo de sus perseguidores. Por el mas cruel de todos los tormentos quedaron los discípulos de Jesus sin Padre que los ayude y los sostenga, que los alimente con su doctrina, que los nutra con sus milagros, que los anime con sus ejemplos, que los console con su dulzura y su presencia. ¿Qué ha de ser de la ley que ha de dominar en todos los estrechos de la tierra, de la ley santa que ha enseñado Jesus para todas las gentes y que ha de formar un solo pueblo de todas las naciones, como ha de ser Jesucristo la puerta por donde han de entrar todas las ovejas del Pastor divino y fuera de cuyo rebaño no pueda hallarse la salud ni vida eterna? Condenado Jesus como un fanático, reputada su doctrina como una ilusión y mentira, prevenidos contra ella y dispuestos á perseguirla los sacerdotes, los filósofos, los gobernadores y los Césares; sin poder, sin recursos, sin apoyo y llenos de temor y sobresalto los discípulos ¿no pasará la ley de Jesus como una impostura que se sepulta y se olvida con la muerte de su autor? ¿Quién se atreverá á anunciarla y á proponer á los hombres que la abracen como necesari-

ria, como santa, como enteramente sobrenatural y divina?

Necesario era Señor todo vuestro poder y vuestra sabiduría infinita; pero anunciásteis que erais el único camino de salud y de vida, la única puerta para hallar los pechos saludables; que no habria salud para los hombres fuera del gremio de vuestra iglesia y de aquellos que abrazasen vuestra ley; así habia de cumplirse y como misericordioso y Dios de toda consolación dispusisteis que se anunciase solemnemente á todo el mundo. El Espíritu-Santo bajó á la tierra en el dia de Pascua de Pentecostés para anunciar y publicar esta ley de amor, esta ley despreciada y abatida. Se dejó ver en forma de lenguas de fuego sobre cada uno de los apóstoles y los comunicó una sabiduría, una fortaleza, un poder irresistible para llevar á todas las reiones del mundo el nombre y la ley de Jesus sin temor á los peligros, á las persecuciones ni á los tormentos. En toda la tierra se oyó su voz y en todos los confines del mundo se publicaron sus palabras.

No fué este uno de aquellos milagros particulares y secretos que pasaron en la obscuridad, sino público, universal, obrado en favor de los discípulos de Jesucristo á quienes el miedo conservaba ocultos; en favor de unos discípulos tan rudos é ignorantes que hasta aquel momento no habian sido capaces de entender los misterios de la religion, que ignoraban la ley y los profetas y nada entendian de las figuras y sentencias misteriosas con que estaba anunciado el Mesías. Este milagro no se obró en oculto sino á la luz del

medio dia, en el dia de la solemnidad de la pascua con cuyo motivo se habian reunido en Jerusalem millares de hombres de todas las naciones y todos fueron testigos de lo que no pudieron menos de oir y ver. Un sonido fuerte é impetuoso como de un trueno admirable que se oyó en toda la ciudad, pero que llenó solamente la casa donde estaban congregados los apóstoles, condujo á ella á los naturales y estrangeros para que todos igualmente fuesen testigos del milagro. Se dejan ver los discípulos de Jesus, hacen manifesto el milagro, explican los misterios, interpretan los sentidos de la escritura y los profetas, y anuncian en todos los idiomas las maravillas de Jesus. Asi se promulgó una ley que emanaba del calvario y que el mundo miraba como una necesidad y locura; una ley que era necesaria á todos los hombres, ¿qué prueba ni demostracion mas clara, mas fuerte, mas sensible y de que menos sea permitido dudar, de la verdad de nuestra religion y de su divinidad? Pero esta religion la han abrazado todos los pueblos, se ha extendido por todas las naciones, ha pasado por todos los siglos, ha llegado hasta nosotros, se ha propagado milagrosamente por el ministerio de los apóstoles asistidos de la virtud del Espíritu-Santo.... Hé aquí hechos de que nosotros mismos somos testigos y de que voy á valarme y poner de manifesto en mi discurso para haceros con ellos y por ellos una demostracion de que la ley de Jesus es divina y que por consiguiente él es la única puerta por donde debemos entrar si queremos conseguir la salud.

Asistidme y ayudadnos á todos con vuestros dones Espíritu dador de todo bien, favorecednos con los auxilios de

vuestra gracia que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Amen, amen dico vobis...

Bajó el Espíritu-Santo sobre los apóstoles y emprenden estos en seguida una obra tan grande, tan superior á las fuerzas humanas, tan desproporcionada á sus talentos y recursos que el emprenderla solo y mucho mas y llevarla á cabo manifiesta bien que fué obra de Dios y que estuvieron asistidos de la virtud del Todopoderoso. Con unos pobres pescadores, unos hombres sin estudios ni ciencia, unos hombres reputados por viles y despreciables en el mundo, y se proponen convertir y reformar al mundo entero y anunciarle la religion de Jesucristo su Maestro á quien los judios han negado, despreciado y hecho morir en una cruz. ¿Qué tienen pues estos hombres que los haga capaces de acometer esta empresa? ¿Qué tesoros poseen? ¿Qué fin se proponen? ¿Qué ciencia ó qué política aprenden? ¿De qué armas se valen? De nada mas que de la virtud que los ha infundido el Espíritu-Santo y con la que triunfan en todas partes. No anuncian cosas claras, sino misterios incomprensibles; no imponen ni mandan una moral y unas costumbres libres y del gusto del

hombre carnal, sino rigida y que contradice á los sentidos y refrena las pasiones; no se valen de la persuasión y la elocuencia porque no tienen otro estudio ni otros conocimientos que los escasos de su profesion: no de sus riquezas ni de la elevacion de sus destinos porque son unos pobres y estan perseguidos y odiados de todos y se tiene por un obsequio á Dios el quitarlos la vida por los judios y los gentiles, Sin embargo todo lo sujetaron y sometieron á la ley que publicaban. Los dóctos y los ignorantes, los pueblos civilizados y las naciones bárbaras, los príncipes y los súbditos, los ricos y los pobres, todos los oyen y los siguen.

Esta nueva ley por el ministerio de los apóstoles atraviesa los mares, penetra hasta los lugares mas remotos é inaccesibles, se establece en los pueblos, en las provincias, en los reinos, en los imperios, en la capital del mundo y jamás han estendido tanto sus triunfos los mas famosos conquistadores ayudados de sus riquezas, su poder y sus numerosos ejércitos. Estan asistidos de la virtud del Espíritu-Santo, estan llenos del Espíritu-Santo y con su poder consiguen tan dilatadas victorias. Ha descendido sobre ellos y los ha comunicado toda la ciencia, toda la santidad y toda la fortaleza necesaria para desempeñar el ministerio para que han sido elegidos. Habian de vencer y renovar al mundo, y el Espíritu-Santo los proveyó abundantemente contra todos los esfuerzos y la resistencia poderosa que los habia de oponer el espíritu del mundo. El mundo es un seductor y se vale del engaño y la mentira; y el Espíritu-Santo proveyó á los apóstoles contra los engaños y las ilusiones del mundo comunicándolos el espíritu de verdad, instruyéndolos en los

misterios divinos y dándolos á conocer los errores del mundo y las doctrinas celestiales. El mundo es impuro y llena de corrupcion y pecado á los que se familiarizan con él, y el Espíritu Santo llenó á los apóstoles del espíritu de santidad y pureza y los preservó en adelante de las obras de corrupcion. El mundo es un enemigo, y perseguidor declarado del evangelio y un tirano de la virtud. Habia llenado de terror á los apóstoles en tanto grado que no se atrevian á llamarse ni ser tenidos por discípulos de Jesucristo por el miedo de los judíos, y habia de levantar contra ellos las persecuciones mas terribles y el Espíritu Santo los comunicó una fortaleza superior á la tiranía y crueldad del mundo.

¿Quién puede decir lo que eran los apóstoles antes que bajase sobre ellos el Espíritu Santo? Unos hombres rudos, terrenos, sin talentos, sacados del comun del pueblo, sin estudios, idiotas; y estos mismos despues que descende sobre ellos el Espíritu Santo y los infunde el espíritu de verdad de repente y sin ninguna disposicion conocen las ciencias mas sublimes. Pedro en un solo sermón espone la economía de los eternos consejos, las dificultades de la escritura, los oráculos de los profetas. Asi él como todos los demas apóstoles hablan en todos los idiomas y entienden á todos en el suyo, penetran los secretos de los corazones, obran prodigios estupendos, y no dejan duda alguna de que la religion y nueva ley que anuncian es verdadera y divina. Defienden y hacen ver la divinidad de Jesus y su ley de un modo tan irresistible que el mundo á pesar de los grandísimos estorbos que presenta y de su fuerte repugnancia se ve precisado al fin á hacerse cristiano. ¿Qué milagro mayor

que el ver á unos pobres pescadores tímidos y llenos de flaqueza y decaimiento predicar públicamente delante de todo un pueblo, disertar de unos asuntos llenos de una profunda doctrina, aclarar como no lo habían sabido hacer los doctores de la ley, los lugares oscuros de la escritura, echar en cara á los judíos la muerte injusta de Jesús y ver convertidos á tres mil hombres en el primer sermón, deponiendo todos sus afectos, su educación, y hasta sus intereses y su vida por abrazar la nueva ley? ¿Qué mayor milagro que entenderlos todos los que los oían? Los Partios, los Medos, los Arabes, los Persas, los Romanos y los hombres de otras varias naciones y preguntarse unos á otros, ¿qué es esto que oímos á estos Galileos cada uno en nuestra lengua propia?

La ciencia de los apóstoles después que recibieron el Espíritu-Santo no se redujo á conocer algunas verdades, fue una ciencia íntegra y perfecta de todas las verdades correspondientes á la religión y al arreglo de las costumbres. Penetran los secretos que jamás se habían conocido ni habían sido revelados, ni hubieran podido conocerse si el Espíritu-Santo no hubiera quitado el sello de la escritura y los hubiera puesto de manifiesto su misterioso y admirable sentido. Conocen los sucesos de todos los siglos; hablan de cuanto ha sucedido desde Adán hasta Jesucristo, manifiestan las promesas hechas por Dios y su cumplimiento, saben los acontecimientos de las cosas y los tiempos en que sucedieron. Están impuestos de lo perteneciente al nacimiento y vida temporal de Jesucristo, y lo están y explican también su generación et érnæ. Ni aprenden sucesivamente estas verdades. El

Maestro divino que los enseñó, no es como los maestros de la tierra que tenga necesidad de ir con lentitud y por grados disponiéndolos para recibir sus inspiraciones, ilumina su entendimiento de una vez y de repente inflama sus corazones. Apenas recibieron el Espíritu-Santo, comenzaron á hablar : *Repleti sunt omnes spiritu sancto et ceperunt loqui*. No medió tiempo alguno entre la presencia del Espíritu-Santo y sus operaciones. Así proveyó á los apóstoles el Espíritu divino contra los errores y las ilusiones del mundo, comunicándoles el Espíritu de verdad que los enseñó cuanto debían saber para establecer en el mundo la ley de Jesús.

Los llenó también del espíritu de santidad y pureza. Demasiado habían manifestado que eran terrenos y dominados de las pasiones. Unas veces altercaron entre sí sobre quién de ellos era mayor. En la tempestad que se levantó en el mar despertó á su Maestro para que los salve como si no tuviera igual poder estando dormido. Pedro tan dispuesto á defender á Jesús, le niega á la primera pregunta de una criada. Tomás que ofrece con resolución ir á Jerusalén y morir con Jesús no quiere creer que ha resucitado sin embargo de que Jesús había dicho terminantemente que resucitaría el día tercero. Viviendo el Salvador unas veces creían en él, otras desconfiaban, esperaban un reino terrenal y en su muerte huyeron todos y le abandonaron cobardemente. Eran hombres espuestos á todos los deseos y miserias humanas y en ellos se vió unas veces la arrogancia y presunción, otras el miedo, la vanidad y la debilidad, la temeridad y la pereza, la desconfianza y la incredulidad. Por

Por lo que recibieron el Espíritu-Santo estos hombres tan carnales y terrenos se hicieron otros distintos de los que eran, hombres celestiales y enteramente santos, de modo que el mundo ni pudo corromperlos, ni pudo echarlos en cara sus faltas. Se los vió confesar con una sincera humildad que ellos nada eran, que nada tenían, que nada podían por sí, y solo por la gracia de Dios, y que con esta lo podían todo y nada tenían que temer. Sin ser temerarios ni cobardes, aparecen sábios y firmes en todas sus obras y la misma rectitud se advierte en todos y en toda su vida.

Ni es bastante para los apóstoles el santificarse á sí mismos si no santifican al mundo entero y comunican á todos los hombres los ardores divinos del Espíritu-Santo de que estaban llenos. Cuanto mas conocen y aman á Dios, tanto mas quieren que todos le amen y conozcan. El celo por la honra y gloria de Dios y la salud de las almas los lleva á los extremos del mundo para ganar adoradores de un Dios que nunca puede ser dignamente alabado; para buscar almas que entren por la puerta estrecha al redil de Jesucristo, que abracen su ley sin la que, y fuera de la que no hay salud eterna. Conocen bien que no es verdadera piedad ni santidad la que mira con indiferencia la impiedad ajena y que no desea salvarse el que no se aflije por la condenacion de los otros y procura que se salven tambien. Aman y sirven de veras á Dios, y no les parece bastante darle sus corazones y ofrecerle sus respetos, buscan los corazones de todos para unirlos á los suyos y ofrecerlos juntos al que es el criador de todo. Ya no viven para sí, viven

para Dios y para bien de los hombres y no conocen dificultades, peligros, distancias, privaciones, ni molestias; su caridad lo todo emprende, todo lo sufre, todo lo vence.

El mundo entero se levanta contra ellos, declara la guerra á una nueva ley opuesta á las antiguas costumbres y preocupaciones, á los intereses y á la licencia: á una ley de rigor y severidad que refrena las pasiones, que anuncia misterios incomprensibles y contiene preceptos cuyo cumplimiento resiste el amor propio, á una ley que ninguna recompensa ofrece en esta vida. Las potestades de la tierra hacen asunto de política el sofocarla en su principio y los castigos, las cárceles, las hogueras y la muerte se publica por todas partes contra los que abracen y publiquen la ley de Jesus. El mundo intenta con todo su poder llenar de terror á los apóstoles y obligarlos á callar, pero el Espíritu-Santo los ha provisto del espíritu de fortaleza. Aquellos mismos dice San Juan Crisóstomo que, antes de recibir el Espíritu-Santo eran tan cobardes y llenos de miedo, se arrojaron después á los peligros y con una intrepidez y arrogancia nunca vista se ofrecieron á los tormentos y la muerte; y como admiraba el ver á unos hombres rudos y sin estudios disputar con atrevimiento, no admiraba menos el verlos emprenderlo todo, despreciarlo todo y hacerse superiores á todos los peligros, las miserias y tormentos de esta vida. Lo que no puede negar la incredulidad mas obcecada porque el mundo todo lo ha visto y lo está presenciando, es; que los ídolos y el culto de los falsos dioses de la gentilidad han sido destruidos y han quedado sepultados entre las ruinas de sus

templos, que sus altares y sus aras han sido demolidos, que los filósofos con toda la hinchazon de su ciencia fueron confundidos y quedaron sin poder ni tener que responder, que los tiranos y verdugos, que el fuerte y poderoso número de perseguidores ha sido vencido, que la ley de Jesus ha sido establecida en todo el mundo á pesar de todas las contradicciones y obstáculos del mundo y del infierno, y que despues de diez y nueve siglos permanece y la tenemos recibido nosotros.

Lo que la impiedad no puede negar es; que esta ley de Jesus se anunció sin proteccion alguna de la tierra, que no acompañaban á los apóstoles grandes ejércitos para hacerse oír á viva fuerza, que no llevaban ni disponian de riquezas ni tesoros para hacerse lugar por el interés, que no ofrecían una ley de licencia y libertinaje, que no podían prometerse los que la anunciaban comodidad alguna temporal, que nada tenía á propósito para ser admitida en el mundo, ni tuvo proteccion alguna del mundo. Y si como vemos se estendió, se anunció por todas partes, el mundo la abrazó y la siguió, los apóstoles la predicaron y defendieron hasta perder su vida, es preciso confesar que fué obra del cielo, que los apóstoles la anunciaron instruidos, santificados y robustecidos por la virtud del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es espíritu de verdad. Diremos, sino queremos cerrar los ojos á la luz, que una ley que se estiende tan milagrosamente, que se anuncia en todo el mundo por unos idiotas, sin ciencia, sin poder, sin recursos, no puede ser sino sobrenatural y divina, y que seria un milagro inconcebible el que se hubiese propagado y llegado hasta nosotros

sin la ayuda de Dios; y sin ser obra enteramente suya. Diremos, que sin entrar á profundizar sus misterios, su moral y sus preceptos, sus recompensas y sus castigos, nos basta su propagacion milagrosa para reconocerla por divina; y que sola esta propagacion por el ministerio de sus apóstoles y sucesores nos convence de que ella sola es la puerta de las ovejas, la entrada para el rebaño escogido y para hallar los pastos saludables de gracia y de gloria.

Nosotros, hermanos míos, hemos recibido esta ley de salud; hemos tenido la dicha de que haya llegado á nosotros la voz de los que evangelizan la paz; hemos entrado por la puerta del rebaño de Jesucristo y somos sus ovejas desde que recibimos el santo bautismo. Contemplemos nuestra dicha y alabemos las misericordias de nuestro Dios, y siendo ovejas del rebaño escogido apetercamos los pastos saludables, vivamos segun la ley de Jesus y sigamos sin declinar á la diestra ni á la siniestra el camino que hemos comenzado. Pidamos los auxilios al Espíritu-Santo y nos proveerá como á los apóstoles contra el mundo, sus engaños, su corrupcion y sus peligros y amenazas del espíritu de verdad, de santidad y de fortaleza; encenderá en nosotros el fuego del amor divino que Jesucristo vino á traer á la tierra y con él amaremos al Señor, obraremos por amor del Señor y todo lo emprenderemos y lo sacrificaremos tambien si es necesario por el amor del Señor. Sin este amor de nada sirve ser suyos y haber abrazado su ley que toda se reduce al amor de Dios. De nada sirve ser cristianos y tener un corazon frio, duro, perezoso, un corazon que no ame á Dios. Este amor, así

como nos ha infundido la fé y conocimiento de la ley de Jesus, nos lo infunde tambien el Espíritu Santo. No apagueis pues, os diré con el apóstol, no apagueis este espíritu de Dios, no resistais á sus gracias, no desprecieis sus inspiraciones, no dejeis de obrar segun sus impulsos.

Apagar el Espíritu-Santo en nosotros es, inflámarnos en otro amor que no sea el amor de Dios, estar animados de otro espíritu que no sea el de Dios, dejarnos arrastrar y cautivar del espíritu del mundo, del espíritu de la ambicion, de la avaricia, de la envidia, de la licencia, de la lascivia, encendernos en nuestras concupiscencias, en el apego á las riquezas, las comodidades y bienes terrenos, y tener en poca estima y mirar con indiferencia los celestiales. Hermanos míos, si así hubieran sofocado los apóstoles el fuego del Espíritu-Santo, no hubieran sido testigos de Jesucristo y hubieran anunciado su evangelio en Jerusalem, en Judea, y Samaria y hasta los extremos de la tierra, sin temor á los tormentos ni á los tiranos. Dejémoslos conducir por el Espíritu-Santo, no tengamos otra ley, otra política, otra prudencia, ni otra regla para conducirnos que la ley promulgada por los apóstoles sostenidos de la virtud de lo alto.

Venid espíritu consolador, venid en nuestra ayuda, ilustradnos con vuestras luces, venid amparo de los débiles, sostenednos con vuestra fortaleza, huésped dulcísimo de nuestras almas y dador de todo bien, refrigerio y consuelo de nuestras aflicciones favorecednos con vuestros dones para que no nos extraviemos por los ca-

minos de la corrupcion y los vicios, para que sigamos por la ley de Jesus que es la entrada única y segura de las ovejas escogidas, para que inflamados con el fuego celestial le amemos y sirvamos sin temor al mundo, y lleguemos por fin al término feliz de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL MISMO DIA TERCERO DE PASCUA DE PENTECOSTES.

No hay otra entrada para llegar á salvarse que la verdadera fé, y la fé verdadera es la que Jesucristo nos enseña.

Amen, amen dico vobis: qui non intrat per ostium in ovile ovium sed ascendit aliunde, ille fur est et latro.... Ego sum ostium ovium. De verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas sino que salta por otra parte es un ladron.... Yo soy la puerta de las ovejas. Joann. cap. 10.

¡Con qué palabras mas afectuosas, con qué espresiones mas llenas de dulzura nos manifiesta Jesus su escetivo amor á los hombres! Valiéndose de una semejanza clara y perceptible nos dice: en verdad, en verdad os digo, que el que no entra en el aprisco de las ovejas por la puerta sino que sube

por otra parte es un saltador y ladrón, pero el que entra por la puerta es el verdadero pastor de las ovejas. Yo soy la puerta, todos cuantos han venido sin entrar por mí, ni ser enviados por mí son ladrones, y las ovejas no los escucharon; el que entrare por mí será salvo, entrará y saldrá libremente y hallará saludable pasto; el ladrón no viene sino para matar y perder, yo vine para que las ovejas tengan vida y reciban los pastos buenos y abundantes. ¿Qué es pues, lo que nos dice y significa el divino Jesus, sino el amor, la solicitud, el deseo del bien y salud eterna de todos los hombres que ardía en su santísimo corazón? Nos declara que él es la puerta única de nuestra salud, él mismo nos llama y convida á llegarnos á él y nos ofrece la seguridad y la abundancia, y nos advierte también, que no podemos entrar por otra puerta y llevar otro camino que nos conduzca á la salud sino por él.

¿Con que ni un paso podemos adelantar, ni empezar siquiera el camino de nuestra salud eterna si no entramos por Jesus? ¿Con que sin entrar por Jesus que es la única puerta, no podemos salvarnos?

Hermanos míos, no solamente es necesario que exortemos á las buenas costumbres y al ejercicio de las virtudes cristianas; lo es también y de mas urgencia que avivemos la fé y hagamos ver los ministros del Señor la necesidad de la fé; y valiéndome del evangelio de este día voy á manifestaros con la posible brevedad, que no hay otra entrada para llegar á conseguir la salvación eterna que la fé. *Qui non intrat per ostium in ovile ovium sed ascendit aliunde, ille fur est et latro.* Ni hay otra fe verdadera que la

que nos ha revelado Jesucristo. *Ego sum ostium ovium.*

¡Señor, que veis los peligros y la indiferencia detestable con que se mira nuestra fé! ¡Espíritu divino, espíritu dador de la suficiencia, del celo y la sabiduría de los apóstoles! Comunicadme la vehemencia y solidez de sus discursos, la sublimidad de sus ideas, la noción de sus expresiones y la celestial energía de su elocuencia para confundir y postrar á las furias que aborta cada el infierno embravecido tan furiosamente contra el Señor y su Cristo. Para aniquilar tantas impiedades como llegan á nuestros oídos con escándalo de nuestra religion, y para fortalecer y consolar á las almas fieles que lloran en la amargura de su alma, el descaro con que os niegan, os desconocen y os insultan y desprecian los hombres en el seno mismo del cristianismo. Os lo pedimos por la intercesion de la Reina de los ángeles y Señora nuestra María Santísima á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Amen, amen dico vobis.....

Basta dar una ojeada por los estravíos de los gentiles y su bárbaro culto para convencernos de la poca confianza que podemos tener en las luces naturales de nuestra razon para dirigirnos en el conocimiento y el culto de nuestro

Dios. Si la razon luego que se introdujo á dirigir el culto inventó la idolatría, si los sabios que mas cultivaron la razon han fomentado las abominaciones de unos dioses profanos y viciosos; si las naciones mas civilizadas y mas diestras en las ciencias y las artes: si Egipto, Grecia, Roma han sido las mas corrompidas en su religion, y quanto mas sabias han sido, mas ridiculo y deshonesto ha sido su culto, ¿nos alentaremos con la reflexion de que tenemos bastantes luces y bastantes fuerzas para servirnos de las criaturas para conocer y dar á conocer al criador? ¿Esperaremos que la razon mas experimentada, mas advertida y atenta tendrá mayores y mas despejadas luces para guiarnos? Pero cabalmente observamos que los primeros errores lejos de servir de escarmiento, han sido principios de otros mas desatinados; que quanto mas ilustrada la razon en el conocimiento de las criaturas, tanto mas ciega ha sido en el de su criador, y quanto mas ejercitada en las obras de las artes, tanto mas torpe y mas extravagante ha sido en las funciones del culto. Seria menester una ceguedad como la de los idólatras mismos para no conocer que la razon humana por las tinieblas que la ofuscan, porque se apartó desde los principios del camino verdadero, porque dejó la tradicion antigua y se sumergió en el lodo de sus vicios es insuficiente para dirigir al hombre en el conocimiento y culto de su Dios y que el hombre no puede llegar á su Dios por otro camino que por la fé: es decir, sometiéndose y sujetando su corazon á creer las verdades que el mismo Dios ha querido revelar y nos enseña por medio de la iglesia y sus ministros.

Pero que, el hombre libre por su naturaleza: enriquecido mas que todos los seres de la tierra, mas noble que los mismos cielos ¿ha de sujetar su razon á una bárbara cadena de misterios que lo son impenetrables é inconcebibles, y de preceptos rigurosos é imposibles de cumplir? ¡Ay hermanos míos! Asi declama néciamente el incrédulo vano y arrogante sin ser mas que corrupcion y miseria, y aqui es donde quiero yo vuestra atencion para haceros ver que la fé es solo un conocimiento libre y piadoso con que la razon misma voluntariamente se sujeta á creer cuando todas las reglas de una prudencia ilustrada la dictan que debe creer y someterse. Y si en todas las artes y ciencias, aun en aquellas en qué se procede por demostraciones evidentes se comienza á aprender creyendo al maestro que enseña; si los filósofos que mas se glorian de discurrir, por lo comun abrazan una secta prefiriéndola á las demas antes de tener un conocimiento de todas ¿cuánto mas preciso será á nuestra razon seguir con docilidad por donde la guie la fé si quiere adelantar en los elevados y difíciles conocimientos de Dios? En toda la conducta de la vida civil y social nos gobernamos y caminamos sobre ciertos principios, que no los sabemos sino por una prudente creencia. Creemos que hay un supremo legislador y primera potestad aunque no le hayamos visto, y con esta creencia acomodamos y arreglamos nuestra conducta. ¿Cómo sembraria el labrador si no creyese que habia de coger? ¿Quién navegará si no quiere fiarse á la direccion del piloto? ¿Cuántos hubieran perecido si no hubieran creído lo que los dijo su médico? Es evidente que el comun de los hombres no

tiene capacidad ni tiempo para examinar y juzgar por sí todo lo que ha de obrar y resolver, y le es indispensable creer á los otros, fiarse á su direccion y gobernarse por la fé. Pues si en nuestro trato y comunicacion con los hombres es tan necesaria su direccion y nuestra fé á cuanto nos digan ¿quién duda que en nuestro trato con Dios, en el culto que le debemos tributar nos es aun mas necesario que el mismo Dios nos dirija y que nosotros obremos por la sencilla fé y creencia en el Señor que nos enseña? Si en tantas ocasiones es tan conforme á razon el creer sin exámen lo que nos dicen los hombres ¿cuánto mas justo y racional será que nuestra razon se rinda dócilmente á la autoridad divina y crea sin mas exámen?

El hombre es libre..... ¿Y dejará de serlo porque crea razonablemente á un Dios que le habla y le instruye? ¿Dejará de serlo porque el Señor por su bondad infinita le muestre el camino recto y seguro por donde puede dirigirse? ¿O consiste acaso la libertad en abandonarse á todo género de delitos y desenfrenos? Y un Dios que destierra y alumbra nuestra ignorancia ¿nos quita la libertad ó nos la perfecciona?

La fé nos enseña misterios incomprensibles. ¿Y qué, todo lo puede comprender la razon? ¿Será repugnante creer á un Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y no lo será creer tantos misterios naturales que vemos, que palpamos y que no entendemos? Si Dios nos pidiese el consentimiento y la fé de lo que entendemos y sabemos ¿qué merito tendria nuestra creencia? Los preceptos del Señor son impracticables. ¿Y no lo son tantas extravagancias ridículas, tantas obscenidades, tantas locuras con que os esforzais á obsequiar á una deidad que ha fabricado vuestra pasion? ¿Pero

quién ha de creer habiendo tantas sectas y tantas herejías envueltas en una misma creencia? Entre vosotros también, ó Judíos, decia Clemente Alejandrino, hay muchas sectas, y entre vuestros filósofos, ó Gentiles, hay mucha variedad de opiniones, y no por eso dejais de abrazar el judaismo y de respetar á los filósofos. El mismo Jesucristo profetizó que entre la verdad nacerian herejías como entre el buen trigo la cizaña, y preciso es que se cumpla su profecía: pero ¿dejareis acaso de tratar con los hombres porque los hay también que fingen y mienten? por mas division que haya entre los médicos, ¿deja el enfermo de buscar quien le medicine? ¿Cuando al caminante se le ofrecen muchos caminos de los que sabe que uno es el real y derecho, y que los demas guian á los precipicios, no se informa con cuidado, se separa de estos y toma el camino real y seguro? Pues si por causa de las herejías se nos dan varios informes del camino de la verdad, no por eso debemos apartarnos y suspender el entrar en él, sino poner mas cuidado para asegurarnos del camino mejor y seguirle. Es pues indispensable la fé, la sumision, el rendimiento á las verdades que Dios nos ha revelado y la iglesia nos enseña, no hay otra puerta que la fé, y los que no entran y se someten á ella van enteramente perdidos. *Qui non intrat per ostium in ovile ovium set accendit aliunde ille fur est et latro.* Y no hay otra fé ni otra puerta para el camino de la verdad que el mismo Jesucristo y su doctrina. *Ego sum ostium ovium.*

Si lo permitieran los estrechos límites de un discurso, me detendria con gusto á comprobar la verdad de la doctrina de Jesucristo con sus milagros, con sus profecias, con

lo maravilloso de su propagacion, con la fortaleza de sus mártires, con el vigor sobrenatural con que ha resistido y resistió á los furiosos ímpetus de la persecucion y de las calumnias, con su duracion hasta nosotros á pesar de tantos y tan poderosos enemigos, pero voy á valerme solamente del fondo de su misma doctrina.

La doctrina de nuestro Salvador, decia á mi mismo propósito san Justino, es la única verdadera; lleva consigo cierto aire de magestad y terror muy á propósito para con-
mover á los que viven disipados, y difunde al mismo tiempo una suavísima tranquilidad en los que la meditan: con ella se vive con felicidad y se consigue la verdadera salud. No solo instruye á los ricos sino tambien á los pobres; no solo á los hombres sino tambien á las mugeres; no solo á los ancianos sino tambien á los niños. Entre nosotros todos pueden filosofar: un sencillo artesano entre los fieles conoce á Dios mejor que los mas sabios gentiles y le dá á conocer á los otros con celo y con facilidad, cuando los filósofos ocultan al pueblo lo poquísimo que saben y conocen: y con respecto á las costumbres mirense los filósofos mas alabados, compárense con el comun de los fieles y se verá, que infinitamente, si así puede decirse, escenden estos en la castidad, en la modestia, en la humildad, en la paciencia, en la sencillez, en la mansedumbre en todas las virtudes,

Vuestra filosofía, decia Tertuliano, alaba á los que murieron por la patria, por el imperio, por la amistad; pero la nuestra nos enseña que aun es mas laudable y debido el morir por Dios; que la inocencia y la pureza debe preferirse á la vida. Esta filosofía es la que nos mantiene fieles á Dios

á pesar de vuestros suplicios, la que nos dá valor para oponer á vuestra crueldad un tranquilo sufrimiento, y la que nos hace considerar los montones de leña en que habeis de abrasarnos y los palos en que hemes de ser clavados como adornos de nuestro triunfo.

Que diga el filósofo de la razon mas perspicaz si ha visto ó ha podido jamás imaginar el entendimiento del hombre una doctrina mas suave, mas análoga, mas conforme con la razon del mismo hombre que la doctrina de Jesucristo. La experiencia, la triste y desgraciada experiencia, nos ha hecho ver ya, que al paso que las naciones y los imperios han abandonado esta doctrina y esta fé han perdido también sus riquezas, su esplendor, su union, su paz, y lo que es peor, sus buenas costumbres, aun políticas y sociales; y que por el contrario las naciones se han civilizado, ennoblecido y aumentado su poder al paso que han abrazado la doctrina del evangelio. Luego, diremos con la mayor seguridad y confianza que una doctrina tan propia y acomodada para todos, tan análoga á todós, que tanto bien hace á los hombres y á los pueblos que se gobiernan por ella y que tan maravillosamente arregla y dirige sus costumbres, no puede ser sino doctrina del mismo Dios, y si es de Dios, es la verdadera.

Concluiré hermanos míos con una sencilla reflexion que debe servirnos para el buen arreglo de nuestras costumbres. Es necesario entrar por la puerta de la fé porque sin entrar por ella no se consigue la salud eterna ni se emprende la carrera de la salvacion: la fé verdadera es la que Jesucristo nos enseñó: luego por necesidad tenemos que con-

formarnos con la fé y la doctrina de Jesucristo. Luego es verdad cuanto se nos dice en el evangelio acerca de la importancia de la salvacion, de ¡la terribilidad de los juicios de Dios, de la gravedad del pecado, de la eternidad del infierno. Luego es verdad cuanto se dice en el evangelio acerca del cáliz de furor y de indignacion preparado por un Dios ofendido para hacerle apurar á ese hombre sacrilego que vierte y propaga la ponzoña de sus errores y escandaliza con sus vicios, que está sentado y habla con magisterio desde la cátedra de pestilencia; para ese cristiano prevencido que no solo se avergüenza de la fé que profesa sino que la ultraja, la mira como ilusion y mentira y quiere arrancarla de los corazones de los fieles sin perdonar medio ni ocasion oportuna é importuna; para ese cristiano cobarde y vilmente condescendiente que con su silencio le dá nuevas fuerzas, para ese cristiano tibio sin amor ni celo por su Dios que disimula, teme y rehusa oponerse á las impiedades y blasfemias que oye y las irreverencias que vé; para ese hombre que le aplaude, le apadrina, le sigue y le dá aliento: luego es verdad cuanto nos dice el evangelio acerca de la necesidad de una vida penitente y mortificada, de una vida de oracion y soledad interior, de una vida modesta y humilde, de una vida de paz y caridad. Luego es verdad cuanto se nos dice en el evangelio acerca de los peligros de las riquezas y de la grandeza y prosperidad humana, acerca de lo espuesto de una vida de profanidad y de lujo; luego es verdad cuanto se nos dice acerca de la venida repentina del hijo del hombre y de la necia temeridad del pecador que dilata de dia en dia la conversion de su vida estragada y licenciosa.

Sea pues, hermanos míos, nuestro primer cuidado, nuestra única ocupación ya que por la misericordia de Dios hemos entrado por Jesucristo al rebaño de sus ovejas, por la puerta de la verdadera fe cuando recibimos el santo bautismo, conservarnos y perseverar en ella creyendo y obrando según ella. Aquí hallaremos los pastos saludables con que nos fortaleceremos para triunfar de los peligros y persecuciones del mundo y de las rebeldías de las pasiones. Conservémonos en ella, que en ella está la vida y la abundancia. Apartémonos de los demás caminos que no son sino de ladrones y matadores. Sigamos por esta entrada, estrecha, sí, pero segura, por la puerta de Jesús, puerta del verdadero Pastor que nos encaminará y conducirá al término dichoso de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Debemos bendecir, alabar y glorificar á la santísima Trinidad como nos lo enseña la fé.

Sanctus, sanctus, sanctus dominus Deus omnipotens qui erat, qui est, et qui venturus est. Santo, santo, santo el Señor Dios Omnipotente, el que era, el que es, y el que ha de venir. Apocalíp. cap. 4. v. 8.

Orgullosa razon humana.... Filosofía altanera, ambiciosa, carnal y terrena hija del diablo.... Hombres ampullosos que os teneis por sábios sin conocer que no sois mas que miseria barnizada con las apariencias de grandeza, humillaos: porque os voy á hablar del Dios uno y trino en cu-

yas, alabanzas se ocupan sin cesar los serafines que vió Isaías (1), y los ancianos que decían según el ángel de Patmos: «digno eres Señor Dios nuestro de recibir gloria, honor y virtud: porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad existe todo lo criado (2).» Escuchadme; y vosotros hijos de la gracia prestad atención á mis palabras; pero sin creer ni pensar que os voy á decir mas que lo que nos enseña la fé acerca del Omnipotente que era, que es, y que ha de venir: pues que aunque tuviéramos la llave de la ciencia y de la mas profunda sabiduría; aunque fuéramos llevados al tercer cielo como el hijo de Tarso, y habiésemos como los ángeles, no seríamos capaces de expresar la luz inaccesible en que Dios ha puesto su trono, de atravesar las nubes adorables que rodean su eterna magestad, de comprender el altísimo misterio de un solo Dios en tres personas que adora la iglesia con especial solemnidad en este dia. Todos los que con temerario orgullo han pretendido investigar la naturaleza de la divinidad han quedado oprimidos con el peso inmenso de su gloria, y caído en la ignominiosa ceguera de los heterodoxos. Traslado sino á los gnósticos, á los ebionitas, á los carpocracianos, á Savelio, á Praxeas y á los modernos socinianos, y ellos nos dirán con sus aberraciones, que el hombre sin las luces de la fé no hace mas que delirar.

(1) Isai. c. 6

(2) Apocalip. cap. 4. v. 11.

El sol alumbra, calienta y vivifica: penetrando la tierra con sus rayos la hace producir lo necesario para la vida y recreo de los que en ella habitan: nosotros gozamos de innumerables bienes por ese astro luminoso heraldo de la gloria del Señor que lo crió, y sin embargo no nos detenemos á mirarlo de hito en hito á fin de comprender su naturaleza: sabemos que el que quiere fijar en él sus ojos queda deslumbrado con la fuerza de sus rayos esplendentes de radiante luz, y nos contentamos con admirar su virtud sin tratar de comprenderlo. Así con Dios: vemos en la magnificencia de sus obras una prueba de su omnipotencia, en el orden admirable del universo su profunda sabiduría, su providencia en atender á todas nuestras necesidades, su inmensidad en que jamás podemos conocer el número de sus perfecciones y su eternidad como consecuencia de su esencia perfectísima, y nos rendimos ante su Magestad augusta sin atrevernos ni aun á levantar nuestros ojos para mirarla, porque escrito está: «que no verá el hombre á Dios en esta vida y vivirá (1).» En esta especie de necesidad recurrimos á la fe, que es con la que podemos entrar en los abismos de la divinidad y descubrir arcanos de inmensa consecuencia, ¿y qué es lo que nos revela acerca del Dios que es el objeto de nuestros cultos, y el fin de nuestras esperanzas y deseo?

(1) Exod. c. 33, v. 20.

Ella nos dice que Dios es uno en tres personas: el Padre que nos crió con su poder; el Hijo que nos ha redimido con su sabiduría; el Espíritu-Santo que nos ha significado con su gracia: que estas tres personas son realmente distintas y que iguales en todo, solo son un mismo Dios que nos ha criado; un solo Dios, que nos ha redimido, y un solo Dios que nos ha santificado. Gocemos, amables oyentes, de los bienes que la Santísima Trinidad derrama sobre nosotros, pero no pretendamos comprenderla. Esclamemos mas bien y digamos con los espíritus angélicos: «santo, santo, santo, es el Señor Dios Omnipotente que era, que es, y que ha de venir; los cielos y la tierra están llenos de tu gloria.» *Sanctus, sanctus, sanctus: Dominus Deus Omnipotens, qui erat, qui est, et qui venturus est. Pleni sunt caeli et terra gloria tua.* Esto es lo que exige de sus hijos la iglesia santa; esto es lo que debiera ocuparnos día y noche para vivir en la tierra armonizados con el cielo, esto es á lo que nos estimulan las criaturas todas que predicán la gloria del Señor que con su poder las sacó de la nada para que lo bendigan y alaben sin cesar, y esto es lo que procuraré inspiraros en este breve rato.

Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu-Santo, desatad mi lengua, purificad mis labios, dad á mi voz aquella fuerza que persuadiendo suavemente convenza á mis oyentes de la obligacion que tienen de alabaros, bendeciros y glorificaros, y todos os engrandezcan, amen y respeten como es justo. Os lo pedimos poniendo por intercesion á vuestra Hija, á vuestra madre y á vues-

tra Esposa Maria Santísima á quien decimos con el ángel.

AVE MARIA.

Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus Omnipotens qui erat, qui est, et qui venturus est.

¡Unidad simplícsima, y trinidad verdadera! ¡El Padre no ser el Hijo, y el Espíritu Santo no ser el Hijo ni el Padre, y sin embargo, ser estas tres personas distintas un solo Dios verdadero, sabio, santo, fuerte, omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, eterno, é infinito en sus inmensas perfecciones!! ¿Qué dicen á esto las ciencias humanas? La lógica que se encoge de hombros, por decirlo así, y nada nos asegura acerca del origen de las ideas: la física que no sabe explicarnos las causas del magnetismo, de la atraccion y de la electricidad: las matemáticas que no nos hacen ver claramente la aproximacion perpétua de dos líneas que no se junten jamás: la botánica que tampoco nos explica los misterios de la vegetacion: la historia natural y la medicina que se dedican á conocer los principios de la vida humana y no acaban de señalarmos el verdadero sistema con que el todo Poderoso hace, que POR EL, CON EL y EN EL tengamos el ser, la vida y el movimiento, el saber humano en fin: ¿tiene algo de comun con la ciencia de la

fé, principalmente cuando se trata del profundo misterio de la Santísima Trinidad? La ciencia de la gracia ocupada en la salvacion del hombre: ¿no se diferencia de las ciencias naturales fundadas en principios ciertos é infalibles derivados de la sabiduría eterna? Si, amados míos. La ciencia del cristiano no consiste en entender, sino en creer: el mérito de los fieles no está en raciocinar, sino en someterse: la religion divina no enseña á tener una idea clara de los misterios, sino á venerarlos con una fé pura: el objeto sublime en fin del misterio de la Santísima Trinidad no está sujeto á las reglas de la sabiduría humana; es sobre todo lo que se puede decir ni pensar. Nuestro Dios nos lo propone para que nos humillemos ante su Magestad inmensa y bendigamos, ensalcemos y glorifiquemos al que venera la iglesia llamándolo tres veces santo despues del prefacio de la misa. «Repetimos esta teologia sagrada, dicesan Cirilo de » Jerusalem, que es la que cantan los serafines, y que hemos » recibido por tradicion para comunicarnos con la sublime » milicia del cielo, por medio de esta milicia celestial (1). » San Ambrosio dice que se canta el *trisagio* en el Oriente y en el Occidente para honrar la unidad y trinidad de Dios (2). En las mismas «Constituciones apostólicas» se sustituyen las palabras del «Santo, Santo, Santo» por estas «Bendito sea por los siglos, «Amen» y san Juan Crisóstomo las repetia con frecuencia.

(1) 1. Ciril. Jerosolim. Catet mystag.

(2) Lib. 3, de Spiritus sancti. c. 42.

Posteriormente se adoptó otra fórmula concebida en estos términos: «Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, » libranos Señor de todo mal.» La iglesia latina la canta el viernes santo antes de la adoracion de la cruz, pero en la iglesia griega se repite todos los dias. El Concilio calcedonense la adoptó en el año 451. San Juan Camasceno dice que los católicos se servian de ella para espresar su fé en lo relativo á la santísima Trinidad, añade, «que santo » Dios designa el Padre, santo fuerte el Hijo, y santo inmortal al Espíritu-Santo.» Este trisagio atribuido á san Proclo se conserva íntegro en las liturgias *latina, griega, etiópica, copta, siríaca, mozarabica*, y otros segun Bingham (1); y sabido es que la iglesia universal quiere que sus oraciones sean la espresion de su fé. Es pues la ciencia cierta, sencilla, consoladora y única necesaria del cristiano, la de caer en el santísimo misterio de la Trinidad gloriosa del modo que nos lo manda y enseña la Maestra de la verdad, el órgano de la sabiduría eterna, el pregon y la voz del Espíritu-santo, la iglesia nuestra madre fuera de la que no hay salud para los hombres.

Las luces de la sabiduría humana son tinieblas cuando trata de mirar á la divinidad; los hombres con las fuerzas de su razon son como los reptiles que se propusieran escalar el empyreo: no pueden conocer á Dios sino por sus obras. Pero el dios de los filósofos no se halla á la altura del Dios de los cristianos. A este no se puede llegar sino por Jesu-

(1) Orig. eccles. tit. 6. libet. 44, c. 2, §. 3.º

cristo, por la fé, por la santidad de los hijos de la gracia, por la humildad y las demas virtudes que se aprenden en la escuela de la cruz. Estas son verdades eternas é infalibles como el que se dignó revelárnoslas para nuestra dicha y felicidad. Son verdades que abraza, respeta, admira y acata la recta razon humana, la filosofia verdadera, la ciencia del hombre recto. Son verdades contra las que nada pueden los sofismas y altiveces de los impíos. Estos ¿no se ven precisados á creer todos los dias cosas que no pueden entender? ¡Cuántos hechos sorprendentes en la historia! ¡Cuántos fenómenos en la naturaleza! ¡Cuántos acontecimientos singulares en el curso de la vida de los particulares y de las naciones! ¡Qué anomalias y laberintos incomprensibles en ese curso providencial que dirige al Universo y todas las cosas á su destino! ¿Sabrán esos sábios orgullosos, con que se envanece el mundo, darnos razon de las maravillas que nos circuyen para escitarnos á bendecir y alabar al Autor de ellas? ¿Quién supo mas: los sábios del siglo de Augusto que se nos proponen como maestros y modelos de la ciencia; ó la madre de los siete macabeos que inspirada por la fé los animaba á morir con gloria diciéndoles: hijos míos: yo no sé de qué modo os formasteis en mi seno: porque yo no os dí el espíritu, el alma y la vida, ni coordiné los miembros de cada uno de vosotros. Dios hizo estas cosas. Suyo es el ser que teneis; alabadlo y bendecidlo (1). ¿Quién, vuelvo á repetir ha manifestado mas ciencia: los sá-

(1) 2 Machab. cap. 7. v. 22 y 23.

bios del mundo entregados á su propia capacidad y al estudio de las cosas naturales; ó aquella Madre sobre manera admirable y digna de la memoria de los buenos que enseñó á sus hijos la ciencia del cielo, y venció al tirano mas cruel que menciona la historia del antiguo pueblo escogido? Pues comparad si queréis y entended, que los fieles dirigidos por la gracia saben del misterio de la Santísima Trinidad mucho mas que los que sin la fé pretenden saberlo, entenderlo y explicarlo todo. «Dios dá su gracia á los humildes y resiste á » los soberbios,» dice el Príncipe de los apóstoles (1). » Doy gloria á tí Padre, Señor del cielo y de la tierra, de- » cia Jesucristo, porque escondiste estas cosas á los sábios y » entendidos, y las has descubierto á los párvulos y hu- » mildes (2).»

Creemos, hermanos míos, el misterio de la Santísima Trinidad, no por otra razon, que por la que para nosotros es mas que una demostracion perfectísima; porque Dios nos lo ha revelado, y Dios es la misma verdad que no puede engañarse ni engañarnos: porque él solo es infalible: porque el que prohíbe la mentira no puede mentir ni engañar: porque, como lo dice san Hilario, es tanto mas creíble cuanto es mas inconcebible, y Dios no seria Dios si pudiéramos comprenderlo. Cuando creemos, bendecimos, adoramos y glorificamos á la Santísima Trinidad nos dirigimos á una realidad que es la fuente perenne de todas las realidades, á

(1) 1 Pet. c. 5, v. 5.

(2) Mat. c. 11. v. 25.

una verdad que tiene la plenitud de lo verdadero de que se derivan y proceden todas las verdades; á una oscuridad, si se quiere, llena de luz: porque aunque es cierto que el misterio de la Santísima Trinidad es incomprensible, ¿no lo es tambien que Dios sujetó á él los entendimientos mas altivos y los ingenios mas arrogantes? ¿Qué otra voz que la omnipotente de nuestro Dios pudo publicarlo en tan poco tiempo hasta los confines de la tierra? ¿Qué otro dedo que el de Dios pudo grabarlo é imprimirlo con los mismos tormentos que se emplearon para borrarlo y destruirlo? Su creencia, y las alabanzas con que los fieles han glorificado al Dios uno y trino han producido la caída del imperio del demonio, la abolición de los sacrificios bárbaros con que se daba culto á divinidades impuras, insensatas é impotentes, la propagacion de las luces de la fé, la fundacion de un culto puro y santo, la proscripcion de todos los vicios, y las prácticas de las virtudes mas heroicas. Y todas estas cosas, ¿no vierten torrentes de luz para decir con los oráculos sagrados, que los testimonios de Dios son evidentemente creibles? Estoy hablando con fieles que creen y confiesan las verdades reveladas y no es cosa de fatigarlos con demostraciones que no necesitan para convencerse de que el misterio de la Santísima Trinidad es creible y adorable. Vosotros sabeis que la iglesia bautiza á los que entran en su gremio en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo; que los enseña el signo de la cruz en el nombre de las tres divinas personas, y que en el mismo los fortalece en la fé. Ahora siendo como sois católicos quisiera que reflexionais sobre

los pensamientos que os inspira la Santísima Trinidad.

¿Puede un cristiano pensar en Dios Padre sin acordarse de que es nuestro Padre: de que es nuestro criador y conservador? Puede pensar en un Dios Hijo sin acordarse de que se hizo hombre por nuestro amor, de que habitó entre nosotros para instruirnos y edificarnos, de que dió su vida por nosotros, de que está con su iglesia para asistirle hasta la consumacion de los siglos, y de que asiste á cada fiel en particular con gracias conformes á su estado? Puede pensar en el Espíritu-Santo sin acordarse de que habita en los justos, de que ora, obra, combate y gime en nosotros, de que nos inspira, de que nos juzga, absuelve y condena? Pues estos pensamientos sirven para arreglar nuestra conducta echándonos en los brazos de la fé. El pensamiento del Padre engendra confianza: porque si por una generacion necesaria produjo al Hijo, á nosotros nos ha elegido hijos suyos por una predestinacion gratuita. El pensamiento del Hijo robustece nuestra esperanza, porque siendo Dios como el Padre, tambien es hombre como nosotros; siendo la imágen de la sustancia y de la gloria del Padre, es tambien el rescate y el precio de nuestras almas; siendo el Verbo eterno del Padre, es tambien nuestro alimento y nuestra vida. El pensamiento del Espíritu-Santo nos alienta y consuela, porque orando en su nombre, ora en nosotros, con nosotros y por nosotros, es un manantial fecundísimo de caridad que produce el amor del Padre y del Hijo y llena de gracias nuestras almas. Siendo el término de las emanaciones divinas, es en nosotros el principio de todo sentimiento piadoso y saludable. Fortalecido, alentado y lleno de vigor

el cristiano que se ocupa en estos pensamientos que le sugiere la fé acerca del profundo misterio de la santísima Trinidad, se convence de que practicando la caridad podemos estar unidos todos los hombres, así como lo están entre sí las divinas personas por un comercio continuo de estimación y de amor que se halla entre el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo: por la santa comunicación de sus perfecciones; por la concordia de su voluntad y por la unidad perfecta de su ser. Se persuade de que en los brazos de la fé podemos llegar hasta engolfarnos en los abismos de la gloria de la santísima Trinidad y sacar de ellos la virtud necesaria para poder decir con los veinte y cinco ancianos del Apocalipsi. «Santo, santo, santo, el Señor Dios omnipotente, » el que era, el que es, y el que ha de venir.» *Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Meus omnipotens, qui erat, qui est, et qui venturus est.*

Ved amables oyentes, como el profundo misterio de la santísima Trinidad considerado con las luces de la fé nos conduce hasta unirnos con los espíritus angélicos, y poder alternar con los serafines en las alabanzas con que de continuo debemos bendecir al Dios uno y trino que nos ha criado, redimido y santificado. Consagremos pues todos los instantes de nuestra vida, á la gloria del Padre por una humilde sumision: á la gloria del Hijo por una entera conformidad con sus divinos ejemplos: á la gloria del Espíritu-Santo por una fidelidad inviolable á sus divinas inspiraciones, y nuestra muerte será tranquila, nuestro porvenir eterno, delicioso, nuestra felicidad como la que tienen las angélicas potestades quando dicen al

Dios uno en tres personas. SANTO, SANTO, SANTO.

Que sean estos nuestros acentos por eternidad de eternidades, Trinidad santa, adorable y augusta. Que os unamos con todas las veras de nuestro corazón en esta vida para participar de las gracias que derramais sobre los que os alaban, bendicen y glorifican en espíritu y en verdad. Que con las virtudes cristianas que nos inspirais lleguemos á ser vasos de vuestra gracia tan puros y sin mancha que podais consumir y coronar vuestras obras colocándonos en los esplendores de aquella gloria inmensa, infinita y eterna que teneis preparada para los que dicen llenos de fé, de esperanza y de caridad. «Santo, santo, santo, el Señor Dios » omnipotente, el que era, el que es, y el que ha de venir.» Digámoslo así en todas las horas de nuestra vida para ser dignos de alabar á la santísima Trinidad eternamente en la gloria. Amen.

A M.

SERMON

PARA LA DOMINICA DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

De la limosna.

*Estote ergo misericordes, sicut et Pater vester misericors est.
Sed misericordiosos, así como lo es vuestro Padre celestial.
Duc. cap. 6. v. 36.*

Jamás se han oído con mas frecuencia que en nuestro siglo, ni se han repetido con mayor ardor y entusiasmo por todas partes los nombres de beneficencia, prosperidad, utilidad pública, mejoras, progreso, civilizacion.... Sin embargo jamás se han oído mas clamores, ni se han visto mas calamidades y miserias, mas abalimimiento, mas pobreza, mas necesidad, mas desconsuelo y abandono. ¿Por qué? Por

que en medio de tantas teorías y proyectos no se atiende á las máximas de salud y consuelo que nos enseñó Jesucristo en la simplicidad de su evangelio. Porque jamás producirá la hinchazón y prudencia de la sabiduría humana tanto bien para los hombres como el precepto que tenemos grabado en nuestro corazón y nos intimó de nuevo Jesucristo: «sed misericordiosos así como lo es vuestro Padre celestial.» ¿Qué más necesitaríamos para ver enjugadas las lágrimas de los infelices y para que los hombres toles gozasen de la posible prosperidad y bienestar en esta vida, que el que los ricos y poderosos y todos según su condición tuviesen compasión y misericordia de los pobres y supliere la abundancia de los unos á la escasez é indigencia de los otros según los designios de la divina providencia? ¿Y para qué ha depositado el Señor esos bienes de fortuna, esas riquezas y abundancia en las manos de los unos, sino para que distribuyan á los otros y se conserve por este medio admirable la sumisión, el respeto y los servicios y atenciones que forman la unión y la tranquilidad de la vida social? ¿Será posible que familias enteras vivan sumergidas en la miseria, obligadas á arrastrar los tristes residuos de una vida moribunda sin esperanza de otro alivio ni descanso que el del sepulcro al que los conduce aceleradamente su indigencia, y que lejos de alargar las manos una mano benéfica y compasiva que los consuele y vivifique solo sirva su opulencia y ostentación para aumentar el dolor, para provocar la irritación, para insultar su miseria con el demasiado lujo, con los gastos superfluos y vanos y con los contratos y negociaciones indignas que consumen y absorben la sustancia del pobre? ¿Será po-

sible que el rico sea la mayor calamidad del pobre y que las manos de un escaso número de personas á que se han trasladado todas las riquezas sean como los árboles elevados y corpulentos que absorven y consumen todo el jugo de la tierra y sofocan y aniquilan á las que tienen bajo de sí lejos de darlas una sombra benéfica? Desgraciadamente es así, hermanos míos, y contra este desorden ageno de la religion nos manda Jesucristo, ser misericordiosos, asi como lo es nuestro Padre celestial, y yo voy á levantar mi voz para que llegue á la altura de esos seres privilegiados y encumbrados como los cedros del Líbano y penetre en sus corazonas de piedra y entiendan para su bien y el de la humanidad la obligacion que tienen de atender al pobre, de socorrer á los indigentes, de acallar los clamores del desamparado y desvalido, de ser misericordiosos y dar limosna.

Difícil es Señor, conmover el corazon de los ricos y despertar en estos otros deseos ni otras inclinaciones que las de su avaricia. Aunque presencien las escenas del dolor y abatimiento, no se mueven á compasion ni piensan por lo comun en dar los abundantes despojos de su mesa á los mendigos que están cubiertos de llagas á sus puertas sobre quienes no quisieran estender su vista; pero oigan y sepan lo que la naturaleza, la razon y la religion que profesan los manda, y obrad vos con vuestra divina gracia en sus almas para que se resuelvan á ser misericordiosos y compasivos. Suplid, Señor, lo que no es dado obrar á vuestros ministros. Os lo pido por la intercesion de vuestra Madre, que es Madre de misericor-

dia y consuelo de los afligidos á quien saludamos con el ángel.

AVE MARIA.

Estote misericordes.....

No hay cosa que mas se nos encargue ni repita con mas frecuencia en el evangelio que la limosna, la necesidad de aliviar y socorrer á nuestros prójimos necesitados, la caridad que es todo el fondo, todo el resumen y el precepto á que se reducen todos los de la ley de Jesucristo. No intento sin embargo recordar en este rato las sentencias de la escritura santa, ni los testimonios de los santos Padres que con tanta viveza y energía inculcan este deber y hacen presentes los peligros de los ricos, no menos que los bienes y consueos de que se privan por no ser misericordiosos y limosneros. Voy á considerar y poner á vuestra consideracion al rico y al pobre en sí mismos y su estado respectivo, y quedará con esto demostrada la necesidad que tiene el rico de dar limosna y el derecho que tiene el pobre á los bienes del rico.

Cuando digo que el pobre tiene derecho á los bienes del rico, no hablo de esos bienes adquiridos por medios injustos, de esas riquezas acumuladas por medio de una usura escandalosa, de unos empréstitos que arruinan y empobrecen porque socorren por un corto tiempo á costa de no de-

jar medio para poderse jamás levantar. No hablo de esas riquezas adquiridas con tratos fraudulentos, negociaciones injustas, manejos reprobados, de esas riquezas improvisadas en nuestros días con general admiración cuyo origen se avengüenzan de manifestar los mismos que las poseen y que para ser legítimas las falta el estar conformes con las leyes del cielo y de la tierra. No hablo de esa fortuna adquirida en el desempeño de una magistratura, en la administración de los negocios públicos, en una pendencia injusta; de esa fortuna acumulada muy pronto y que por lo mismo se deja conocer claramente que no lo ha sido con pureza y por los medios honestos y lícitos. No hablo en fin de las riquezas adquiridas por malos medios y contra las que reclama el sudor del pobre, del huérfano y la viuda con la voz de la justicia. Ni puedo ni debo reclamar para la misericordia lo que se debe á la justicia, ni tienen ni pueden tener otro destino las riquezas que son fruto del pecado que el de reparar los daños con ellas, y el que las posee ni puede retenerlas, ni disponer de ellas á su arbitrio. El que es rico por medios injustos está obligado á la restitución como manda la ley de Dios, y es un error el creer que satisface y cumple con su conciencia haciendo algunas limosnas, y yo faltaría á mi deber si invocase en favor del pobre lo que el rico no puede dar sino á su legítimo dueño.

Hablo de las riquezas que son y pueden llamarse justas y bien adquiridas, de las que se deben á la felicidad y buen éxito de un comercio de buena fé, á la prudencia y vigilancia de una industriosa economía, al desempeño de un empleo cuyas atenciones se han desempeñado con fidelidad y justi-

cia, á la opulencia de una casa enriquecida cuyas haciendas os han llegado por un legítimo derecho: hablo en fin de las riquezas inocentes que Dios concede y en las que ni los ojos de Dios, ni de los hombres descubren vestigios de injusticia ni usurpacion. Ricos y cuantos poseeis por estos lícitos medios, vuestros son los bienes que Dios ha querido dispensaros, pero de esos bienes estais obligados á dar limosnas por lo mismo que teneis bienes; y el pobre por serlo tiene un derecho natural á que le socorrais con parte de los bienes que teneis.

¿Por qué no dispuso el Señor que todos los hombres fuesen igualmente ricos? Esto, hermanos míos, es lo mismo que preguntar al artífice de un órgano, por qué no hizo todos los cañones iguales, sino que hizo unos sutiles, otros gruesos, unos suaves, otros ásperos, unos sonoros y otros roncacos, unos capaces de recibir mucho aire y otros muy poco. Ha procedido en esto con todas las reglas del arte, porque de esta desigualdad resulta la armonía que no se podría hallar entre los cañones que fuesen en todo iguales. Pues del mismo modo ha querido que en la tierra unos sean ricos y otros pobres; para que resulte una armonía maravillosa y admirable, cual es la que se mantiene cuando el pobre sirve al rico, y el rico sustenta al pobre, y el uno con el ejercicio de la paciencia y el otro con el de la misericordia dan unidos gloria á Dios. *De uno y otro*, dice el Espíritu-Santo (1), *es criador el Señor*, y él es quien reparte la abundancia y

(1) Prov. cap. 22. v. 2

envia la pobreza para unir por este medio los corazones de todos. No se olvidó de los pobres como Padre de todos, sino que los unió á los ricos con el vínculo de la necesidad que tienen de ellos y constituyó á los ricos para que hiciesen sus veces en la tierra y fuesen sus conservadores. Según esto, los que poseen lícitamente bienes son suyos, porque el Señor se los concede, pero son también del pobre porque Dios se los ha dado con la carga de que socorran con ellos al pobre. Bien puede el Señor repartir sus bienes y que lleguen al pobre, pero quiere que para alcanzarlos dependa del rico y los reciba por su mano, y según esto diremos también que los bienes del rico no son suyos exclusivamente sino que son también del pobre que tiene un derecho á reclamarlos. Diremos con san Agustín, que los ricos por la cualidad de serlo son deudores de los pobres porque las sobras de los unos son el sustento necesario de los otros. *Superflua divitum necessaria pauperum sunt.* Que los pobres por el hecho mismo de serlo tienen un derecho legítimo á los bienes superfluos de los ricos y que estos pueden llamarse usurpadores de lo que no es suyo desde el momento en que retienen lo que no les es necesario y miran con indolencia y sin entrañas de compasión las necesidades que afligen á los pobres: *res alienæ retinentur, cum superflua possidentur.*

¿Por qué, pregunta el padre san Basilio confirmando esta misma doctrina, por qué vives tú nadando en la abundancia tan feliz y descansado, mientras que tu hermano lleva una vida trabajosa, y arrastra una existencia que mira casi sin aprecio porque no le proporciona sino molestias, amar-

guras. y llantos? *¿Cur tu dives es, et illé pauper?* El Señor que es Padre de todos y distribuye con tanta desigualdad sus bienes entre sus hijos ¿es por ventura injusto, ó procede segun los antojos de una ciega ó apasionada preferencia? *¿Nunquid injustus est Deus, qui in æqualitér diviserit?* ¿O ha querido hacer tu felicidad mas completa y ostensible contraponiéndola á las miserias del pobre, y hacer mas insuportables sus infortunios con la ostentacion de tu opulencia? Su providencia y sabiduria eterna gobierna con mas consejo las fortunas y las condiciones de los hombres; y su intento es, santificar al rico con sus bienes y al pobre con su pobreza; ha criado al pobre para hacer respetable su providencia, y al rico para justificarla; ha destinado al pobre á glorificar la autoridad suprema con su sumision y al rico á imitar la misericordia infinita con sus beneficios; ha querido dar al uno el mérito de la paciencia, y al otro el mérito de la caridad: *ut tu benignitatis mercedem recipias; ille patientiæ præmiis honoretur.* Mírese y considérese el rico á sí mismo y segun su opinion y las ideas falaces del mundo como un ser privilegiado y de una naturaleza distinguida y superior, como un hombre destinado para las fiestas y espectáculos, para alimentar el fausto y el lujo, como un hombre ocioso é indolente á quien es lícito entregarse al juego, á los pasatiempos, al regelo, á la delicadeza, al deleite, á la sensualidad; pero entienda que segun la Providencia de Dios y las máximas de su adorable religion, un rico debe ser el consolador, el amparo del pobre, el tutor, el padre del pobre, un hombre en fin encargado y destinado á hacer la felicidad de los pobres.

El mismo Dios es el autor y criador del rico, y las riquezas que deposita en los hombres nos representan una imagen de su independencia, de su felicidad, de aquella abundancia y plenitud por la cual Dios para ser feliz no necesita sino de sí mismo. El mismo Dios es el que comunica á los ricos el privilegio mas augusto de la divinidad, que es el derecho de recibir el obsequio de nuestros corazones, de nuestra confianza, de nuestro agradecimiento y de nuestro amor. Ninguno es, ni puede ser rico por sí mismo si Dios no le concede las riquezas; luego no siendo rico por sí mismo, no puede serlo para sí mismo: no puede serlo sino segun las cargas y condiciones que le impone el que le concede las riquezas; no puede serlo sino para cumplir las ideas y fines de Dios, que es la fuente y origen de toda riqueza; luego abusa de sus bienes el rico é incurre en la indignacion de Dios tanto mas, cuanto se entregue con mas escuso á ser rico para sí mismo, á nutrir su ociosidad, su delicadeza y molicie, su sensualidad, su ambicion, su amor propio. Síguese naturalmente de estos principios que constituyen segun la ordenacion divina, la paz y tranquilidad de los pueblos y sin los que se hundiria y exterminaria la sociedad, que el pobre tiene un derecho á la compasion, á las limosnas y beneficios de los ricos; y que los ricos que no socorren las necesidades de los pobres abusan de sus riquezas que solo les han sido dadas para que las administren y repartan en nombre de Dios; que desde el momento en que dejan de cumplir esta condicion son indignos de su opulencia, y que es un robo que hacen á los pobres cuanto malgastan en su lujo excesivo y sus vicios perjudi-

ciales, y que si el mundo los tiene por dueños verdaderos y señores de lo que emplean en tales destinos, delante de Dios y en el tribunal de su justicia son reputados por defraudadores.

Verdad que es necesario repetir porque los ricos no la quieren reconocer obcecados por su codicia. Jamás reflexionan ni piensan sobre el fin para que el Señor los ha dado los bienes de fortuna; y necinamente persuadidos de que son señores y árbitros libres é independientes de lo que poseen, se lisonjean de gastar pródigamente en los excesos de la vanidad, en los espectáculos, en la ostentacion del lujo, en los juegos y diversiones, en la delicadeza esquisita de su mesa, en galas costosas y brillantes, en los proyectos de ambicion con perjuicio y detrimento del pobre, en dar cumplimiento á sus estragados y viciosos deseos mas de lo que pueden sus fuerzas. Conocen alguna vez y se culpan á sí mismos del mal uso que han hecho de sus riquezas, pero lo que no conocen y de lo que no se culpan jamás es, de que al pecado de valerse de sus bienes para conceder á sus pasiones la licencia y satisfacción que no debían, deben añadir el pecado de malgastar lo que no es suyo y que defraudan á los pobres. Con razon pueden levantar sus clamores los pobres y decirlos: bárbaros y crueles, destructores inhumanos de unos bienes que no son vuestros, nosotros somos las víctimas de unos gastos desatinados y criminales, á costa de nuestras lágrimas y de nuestra sangre satisfacéis vuestros apetitos, y lo que concedéis pródigamente á vuestras fingidas necesidades y locos antojos, lo defraudais á nuestras necesidades verdaderas y reales. *Nostrum est quod*

effunditis, nobis crudeliter subtrahitis quod inaniter expenditis, dice el padre san Bernardo.

Inventad recursos para justificar vuestra codicia y esas entrañas de bronce para con el pobre. Siempre será una verdad que pesará sobre vosotros y de que no podreis desentenderos: que si el Señor os ha regalado con la prosperidad y la opulencia, no ha sido para que la goceis á vuestro antojo y para insultar y oprimir con ella á la pobreza sino para facilitaros los medios y el mérito de hacer limosnas. Siempre será una verdad, que cuando el pobre implora vuestra compasion y vuestros auxilios, no tanto es un beneficio el que pide, y mucho menos una gracia la que vosotros le haceis cuanto un deber que cumplis; y una deuda de que os descargais. Siempre será una verdad que si negais vuestras limosnas al pobre, seréis reos y responsables de la muerte de vuestro hermano. En hora buena que no levanteis la mano para herirle, que no le hagais sorber el veneno, ni busqueis asesinos que le quiten la vida: pero no le alimentasteis, ha muerto sumido en la miseria y la indigencia y desfallecido de hambre; el sepulcro ha cubierto su cadáver escuálido y saldrá de él algun dia para producir sus quejas delante del universo entero y provocar la ira del Señor vengador de las leyes de la humanidad y del evangelio sacrificadas á vuestra codicia. *Non pavisti, occidisti.* (San Ambrosio).

El estado, pues, y la cualidad de rico lleva consigo la necesidad y obligacion de hacer limosnas segun las disposiciones de la divina providencia y las leyes de la razon y el evangelio, por mas que el mundo y la corrupcion de eos.

tumbres digan lo contrario. Sus bienes son suyos en el sentido y bajo las condiciones que el Señor se los ha dado y segun estas el pobre tiene un derecho á los bienes del rico.

Consideremos al pobre en sí mismo y veremos que su cualidad y situacion de pobre le dan tambien un derecho fundado á las limosnas de los ricos. No busquemos la ley de la limosna sino en nuestro mismo interior donde la llevamos impresa. Entremos en la casa de un infeliz á quienes sus desgracias han reducido á la miseria, oigamos los suspiros mal comprimidos en el día que buscan su desahogo en el silencio de la noche: observemos los semblantes oprimidos de pesadumbre y de tedio que se rinden poco á poco al grave peso de los trabajos y que parece no esperar otro consuelo en la tierra que llevar á ocultar cuanto antes al sepulcro la vergüenza de su necesidad y miseria. Contemplad á una viuda infeliz en lo mejor de sus días, escondida durante el día en una habitacion donde acaso no llega la luz ni consuelo alguno humano. Ved á su lado unos hijos tiernos y desgraciados que con sus llantos quebrantan el corazon de su afligida madre que no puede remediarlos ni amortiguar su hambre y cubrir su desnudez, ni darlos otro alivio que sus reciprocas lágrimas y suspiros: allí vereis tambien una hija modesta y vergonzosa que por la escasez de recursos ni puede vivir en el mundo ni puede tampoco dojarle; espuesta á luchar entre el hambre y su honestidad. ¿A qué intento presentaros el cuadro de la miseria y pobreza cuando los descubrimos en todas partes y á todas horas? Ricos, crueles é inhumanos, vosotros apartai

la vista de estos objetos y negais vuestros oídos á los lamentos del pobre. Temeis á vuestro corazon y no quereis que lleguen á vuestra noticia los infortunios ajenos y perturben los gozos que os proporcionais con vuestra opulencia. No podriais esterbar que vuestro corazon se condoliese. Si ocupáseis alguna vez el lugar que ocupamos los ministros de Jesucristo, si os vieseis á la cabecera de un infeliz á quien su miseria y tal vez las usurpaciones de un poderoso ponen á las puertas de la muerte; si presenciáseis como nosotros la miseria de los infelices que carecen de lo mas necesario, conoceríais bien que vuestro corazon, que el corazon del hombre no puede ser insensible á la miseria del pobre, que ningun afecto abriga mas fácil y espontáneamente nuestra alma que el del dolor y compasion benigna y virtuosa; que jamás experimenta el hombre una sensacion mas agradable que quando socorre al afligido é indigente y mezcla sus compasivas lágrimas con las del desgraciado que pretende enjugar. Experimentad y ved; y dejareis de correr á los teatros á buscar sensaciones gratas del momento y las buscareis mas sólidas y lisonjeras reparando los infortunios de vuestros infelices hermanos.

¿Qué son estas sensaciones, estas complacencias de nuestra alma al hacer bien al pobre, sino la ley de la limosna impresa en nuestro interior, la ley que nos habla en favor del pobre y nos manifiesta que por serlo tiene un derecho á los bienes de los ricos? No busqueis ya reglas y distinciones para arreglar la pobreza ajena y los grados de indigencia con los de vuestros bienes; dejad obrar á vuestro corazon, oid la ley impresa en vuestras almas y nada mas necesitais;

ni sabréis negaros á socorrer segun vuestras fuerzas y las necesidades ajenas. Tal vez, tendreis que templar el fervor de vuestra caridad y los impulsos de vuestro corazon.

He hablado al hombre en jeneral y no he recordado sino una ley de la naturaleza, ley de la razon y del corazon que jamás han borrado las pasiones; pero hablando al hombre cristiano no podré menos de recordarle que la caridad es la esencia y el alma de su ley; que la compasion y la limosna es la señal mas cierta de ser cristiano; que no queda la caridad de Dios en el que cierra sus entrañas á los clamores del pobre; que el pobre en la religion del evangelio no es un hombre que pide sino Jesucristo mismo que pide en la persona del pobre: que lo que se dá al pobre se dá á Jesucristo y lo que se le niega, se le niega á Jesucristo; que Jesucristo toma á su cargo el recompensar hasta la limosna de un vaso de agua, y que condenará con todo el furor de su indignacion apartando de sí y arrojando á los fuegos eternos á los malditos de su padre que no le dieron de comer ni beber en la persona del pobre en quien padeció hambre y sed, que no le vistieron cuando le vieron desnudo, que no le visitaron cuando estuvo enfermo y encarcelado. Un pobre, pues, es un hombre en quien el cristiano debe ver la persona y los derechos de Jesucristo.

Ricos, ¿me direis ya que á qué propósito descarga Dios en vosotros el cuidado de sustentar al pobre? ¿Qué gravadas las riquezas con esta pension, no son gustosas ni apetecibles, que son mas bien peligrosas, y que en vez del sosiego y regalo que al parecer prometen, solo llevan consigo cuidados enfadosos, solicitud, molestias é importunidades? Y ¿qué

diré al pobre que me pregunte tambien: porque ha dejado Dios el alimento y bienestar de tantas familias desvalidas al arbitrio del rico, de ese rico tan altivo, tan desdeñoso, tan inicuo y autojaidizo, tan duro é inhumano, tan perezoso, tan sensual y regalado? ¿De ese rico que jamás tiene lo bastante porque malgasta en sus vicios mas de lo que tiene por sus riquezas? ¡Pobres desvalidos y menospreciados! La religion está en vuestro farvor; y sus ministros, cuando no podamos alargar otro remedio á vuestros males, os daremos nuestros consuelos y os acompañaremos á llorar. Segun la doctrina benéfica y consoladora del evangelio que profesamos os contesto y recuerdo: que Dios es el Señor supremo de todos, que es indispensable sujetarse rendidamente al imperio de sus leyes, adorar en silencio la profundidad de sus juicios, seguir sin quejas ni murmuraciones los caminos por donde nos conduce y no aumentar á la miseria de vuestro estado la desgracia de una impaciencia, soberbia y rebeldia criminal. Que la voluntad de Dios es el probaros y reduciros á ese estado de abatimiento que cierra la entrada á tantos vicios y la abre á tantas virtudes: que para suavizar vuestro sentimiento y pesar, basta que recordeis los peligros de que os liberta; que Jesucristo eligió para sí el estado de pobreza, que sufrió y padeció mas que vosotros; que es preciso seguirle en los trabajos para acompañarle en los gozos; que bien pronto pasará esta vida miserable y bendeciréis al Señor en el cielo porque eligió para vosotros el camino de menos estorbos, porque os quitó el peso para que caminaseis mas ligeros y sin lo que acoso, no seriais tan dichosos.

Y vosotros ricos, con vosotros habla y para vosotros es el precepto de la limosna. Bien puede Dios remediar al pobre, y el que le sacó de la nada podrá igualmente proveerle de cuanto le sea necesario. Dios no necesita de vosotros para dar á gustar sus dulzuras á los pobres, mayores sin comparacion que las que vosotros experimentais en vuestros placeres; pero ha querido encomendarle á vuestro cuidado para que os sean útiles las riquezas y podais comprar con ellas el reino de los cielos. «Dad y se os dará. Haced limosnas y vuestros pecados serán entregados al olvido.» Esas casas de beneficencia, esos hospitales públicos, esos asilos que la religion ha dispuesto para los frutos desventurados del pecado, para la ancianidad, para el huérfano y desvalido.... ¡Ah! La piedad cristiana de nuestros mayores habia provisto abundantemente para su conservacion y sustento. Yo no intento hacer inculpaciones, ni recordar la historia de nuestras desgracias. Sus productos no existen, han pasado á otras manos. Esos edificios estan por lo general próximos á arruinarse y la iglesia que ha sido siempre su apoyo, el clero está tambien pidiendo y sumido en la indigencia. No tienen otro punto los pobres y sus establecimientos, los pobres en comun y en particular, no pueden digo, volver sus ojos sino á vosotros, y reclamaros si teneis algun resto de humanidad y religion el socorro que la humanidad y la religion concede al miserable. ¿Sereis indolentes? ¿Destinareis al lujo y profanidad los bienes que debeis al pobre? ¿Continuareis nutriendo con ellos vuestro regalo, vuestra ociosidad, vuestra altanería, y vuestros vicios con perjurios y con desprecio del pobre? ¿Cerraréis vuestros oídos y

apartareis vuestra vista de la miseria pública porque no se muevan á piedad vuestros corazones? ¿Dejareis morir de hambre á los pobres, que se cierran y arruinan las casas de beneficencia, y que no se halle en la tierra consuelo alguno para el necesitado y afligido, mientras vosotros ensanchais vuestros graneros, unís una casa á otra casa y un campo á otro campo y solo meditais en proyectos de codicia y en reducir al pobre y la desesperacion con vuestro lujo excesivo é insultante? Temed por vosotros si no entraís en los sentimientos de la religion. No os fatiguis en buscar la prosperidad y felicidad pública, en abrir fuentes al bien comun y bien estar de los pueblos, en discurrir sistemas de fomento y circulacion. En dos palabras os lo enseña el evangelio: «sed misericordiosos.» *Estote misericordes.* ¿Quereis ser humanos, benéficos, filantrópicos, y contribuir á la civilizacion y felicidad de vuestros conciudadanos? Pues no es por cierto el camino fomentar el lujo, abrir nuevos teatros, inventar diversiones, desparramar en los vicios, oprimir y vejar al pobre, aumentar sus cargas y obligarle con tiranía á pagar hasta el último cuadrante. «Sed misericordioso.» Hé aqui la mejor leccion de política y humanidad. ¿Quereis vivir tranquilos en vuestra abundancia, no escitar los celos ni la envidia de los que os conocen y rodean, gozar vuestros bienes con gusto y con una satisfaccion inocente sin sobresaltos ni temores; quereis, que lejos de miraros el pobre con desprecio, de murmurar de vosotros y tal vez de procurar vuestro descrédito y vuestra ruina, os respete y sirva con amor, os llene de bendiciones, estienda vuestro buen nombre y se sacrifique por vosotros?

Pues, «sed misericordiosos.» ¿Queremos en fin, que el Señor nos atienda, nos favorezca con sus auxilios, nos dé sus bienes espirituales y temporales, nos recompense y tenga en su amistad y nos dé una sentencia favorable poniéndonos á su diestra en el último día y destinándonos á gozar su reino para siempre? Pues partamos nuestro pan con el hambriento, demos abrigo al desnudo, visitemos y ayudemos al enfermo, admitamos en nuestra casa al peregrino y pasajero, jamás miremos sin piedad á nuestros hermanos infelices. «En una palabra: seamos misericordiosos así como lo » es nuestro Padre celestial:» *Estote misericordes sicut et Pater vester misericors est.*

F. L. G.

SERMON

PARA LA MISMA DOMINICA.

Del juicio temerario.

Estote misericordes, sicut et Pater vester misericors est.

Nolite judicare et non judicabimini: nolite condemnare et non condemnabimini. Luc. cap. 6. v. 36. et 37.

«Sed misericordiosos, así como lo es vuestro Padre que » está en los cielos.» El complemento y perfeccion de nuestra religion, hermanos míos, consiste en imitar al mismo Dios á quien adoramos. Veneramos y adoramos á un Dios sumamente misericordioso, benigno y benéfico no solamente para con los buenos sino tambien con los malos y los ingratos, y siendo sus hijos por la gracia de la adopcion que ha hecho de nosotros debemos imitar su misericordia, y el evangelio de este día nos instruye del modo con que debe-

mos hacerlos, á saber: no juzgando temerariamente de nuestro prójimo; no condenándole por sus obras cuando dudamos del fin y motivos porque las hace, y cuando sus pecados son manifiestos, no exagerando su malicia, no divulgándolos; sino ocultándolos, disminuyéndolos, escusándolos en cuanto permitan la verdad y la justicia; no conservando odios, rencores, ni malas voluntades, sino perdonando las injurias que nos hiciere; y por fin socorriendo con nuestros bienes á nuestros prójimos necesitados. «No juzgueis y no » sereis juzgados. No condeneis y no sereis condenados. » Perdonad para que Dios os perdone. Dad y recibiréis.»

No podría estenderme sobre todos estos preceptos que abraza la misericordia y que en tan breves palabras contienen todos los deberes que tenemos para con nuestros prójimos sin alargarme mas de lo que permiten los límites de un discurso y molestar vuestra paciencia y atencion, y he resuelto hablaros únicamente del primer medio que nos propone el evangelio para ser misericordiosos: «no juzgueis » y no sereis juzgados.» *Nolite judicare et non judicabimini.* Asunto tanto mas necesario, cuanto menos se considera y se hace menos escrúpulo en faltar á él. Con facilidad conocemos aquellos pecados exteriores que nos atestiguan nuestros pasos, nuestras manos, el sonido de nuestras voces y sus funestos resultados, cuando no quisiéramos oir los remordimientos de nuestra conciencia; pero hay pecados tambien que se consuman en nuestro interior, de que solo tenemos por testigo á nuestra conciencia, y de que por lo comun nos cuidamos muy poco, quedamos con tranquilidad

despues de haberlos cometido; y no pensamos ni en evitarlos, ni en arrepentirnos de ellos.

Tenemos dentro de nosotros mismos un tribunal secreto adonde citamos, juzgamos y condenamos á nuestro prójimo como si fuviéramos algun derecho para ello, y sin otra regla que nuestro capricho y nuestras sospechas, y lo peor es que de estos juicios temerarios tan comunes y frecuentes en todo género de personas casi ningun escrúpulo se hace y se cometen y repiten como si no se faltase con esto á la caridad. Es preciso reconocer, hermanos míos, que la caridad y misericordia que el Señor nos manda tener para con nuestros prójimos, se estiende mas allá de lo que á nosotros nos parece: no está reducida solamente á no hacerles daños exteriores en sus personas ó en sus bienes con nuestras obras, ó nuestras palabras sino que ni aun debemos ofenderlos con nuestros pensamientos, y el mismo Señor que nos manda amarlos, hacerlos bien, socorrerlos y nos prohíbe severamente el injuriarlos ó hacerlos algun daño, nos manda tambien que no los ofendamos dentro de nuestra alma, que los juzguemos benignamente y que no formemos jamás juicios que los sean desfavorables. *Nolite iudicare et non judicabimini.* ¡Quiera el Señor, que yo os cierte á manifestaros la gravedad y malicia de los juicios temerarios y os haga concebir un odio santo y detestacion de esa facilidad en juzgar las obras de los demas, de ese desorden tan comun con que nos erijimos en jueces de nuestros semejantes! ¡Quiera el Señor, que yo os haga entender que sin movernos, antes de desplegar nuestros labios, dentro de nosotros mismos consumamos un atentado contra Dios y contra nuestro prójimo cuan-

do le juzgamos contra las reglas de la caridad evangélicas! Que los juicios temerarios de que tan poco escrúpulo hacemos nos hacen reos delante de Dios.

Pidamos antes los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Estote misericordes....

No pretendo que jamás juzguemos á nuestros prójimos ni formemos concepto de sus obras, quiero solo que los juzguemos con justicia y rectitud y para juzgar con rectitud y justicia es necesaria la autoridad, el conocimiento y la integridad en el que ha de juzgar. Tres cosas dice mi anjélico doctor santo Tomás, son necesarias en la persona del juez para que pueda ser justo el juicio que forma, á saber: la autoridad en la persona que juzga, el conocimiento en el entendimiento, y la integridad en la razon. La autoridad para poder, el entendimiento para saber y la integridad para juzgar con acierto. Si el que juzga no tiene poder ni autoridad legítima; si no tiene un exacto conocimiento de la causa, y si le falta la integridad, su juicio será de ningun valor, errado y vicioso. Ved aquí las faltas que se hallan en los juicios que nosotros hacemos de nuestros prójimos y la causa de que sean temerarios. Nos falta en primer lugar, la autoridad.

¿Qué potestad ni jurisdiccion tenemos los particulares sobre nuestros hermanos? Solamente Dios tiene por sí mismo y por su ser autoridad lejitima para juzgar á los hombres, porque él solo es su criador y por consiguiente él solo es su Soberano y su dueño. Ni aun el mismo Jesucristo, dice san Agustin, á pesar de ser tan sábio y tan santo considerado como hombre podrá jamás juzgar á los vivos y los muertos sino en virtud de la comisiou que para ello tiene recibida de su Padre. ¿Qué es pues lo que hacemos cuando nos tomamos la libertad de juzgar á nuestro prójimo atropellando esta regla que no podemos desconocer? Queremos usurparle á Dios su autoridad y alzarnos con sus derechos; nos tomamos, ó pretendemos tomarnos un poder que se ha reservado para sí y es esclusivamente suyo; intentamos y hacemos lo que Jesucristo no hará sino como delegado de su Padre; lo que Dios le concedió por privilegio como á hijo suyo, se lo usurpamos impunemente y sin titulo ni autoridad alguna. Hé aquí, hermanos míos, el primer titulo porque son temerarios la mayor parte de los juicios de los hombres acerca de sus prójimos y sus obras. Como el apóstol, podemos preguntar á cada uno: ¿quién eres tú para juzgar y condenar al siervo de otro? *¿Tú quis es, qui judicas alienum servum?* Si él cae ó está firme, no es de tu conocimiento, sino de aquel á quien está sujeto y que como dueño le juzga. *Domino suo stat aut cadit.* Es decir, segun la explicacion que hace el padre san Juan Crisóstomo: ¿por qué juzgas tú lo que no te pertenece y alargas tu vista más allá de los términos á que te han ceñido la providencia y tu condicion? Ese hombre cuya vida censuras y en quien no sola-

mente condenas las acciones, sino acaso tambien hasta sus mas intimas ietenciones; ¿es acaso súbdito tuyo? ¿tienes alguna autoridad sobre él en este mñdo, ó has de dar cuenta de su vida? ¿Te ha de hacer á tí Dios cargo de ella? Si así fuera; enhorabuena que le juzgaras y yo mismo te daría instrucciones para que obraras con acierto: pero si reconoces tú mismo que todo te falta; si tú mismo confiesas; que la persona de quien haces estos juicios ni está á tu cuidado y direccion, ni eres responsable de ella delante de Dios ni de los hombres; ¿por qué te tomas una autoridad propia en su causa y le introduces á juzgarla? Déjala al que es su juez natural, y respeta en tu hermano el derecho que tiene de no ser juzgado sino de Dios y de aquellos solamente á quien Dios ha confiado el cuidado de velar sobre él. Si obra bien, tendrás parte en su merecimiento, y si obra mal, no recaerá sobre tí el vituperio de sus acciones. Pero en cualquiera sentido que obre tú serás siempre culpable si le condenas, porque si obra bien y le juzgas mal le haces una injusticia; y aunque él obrare mal, porque le condenas haces una injusticia contra Dios, porque usurpas y te tomas una autoridad que es propia de solo Dios.

Animado de celo y ansioso de la paz y la unión entre los fie'es inferia el apóstol de esta doctrina y amonestaba á todos con estas palabras: *non ergo amplius invicem judicemur*: Hermanos míos; no nos juzguemos ya mas los unos á los otros: *Omnes enim stabimus ante tribunal Christi*. Hay un tribunal donde todos hemos de comparecer, que es el tribunal de Jesucristo. Todos los tribunales particulares que levantan los hombres por su propia autoridad para juzgar á

sus prójimos son incompetentes y sin jurisdicción alguna, y por lo mismo el Señor anula y reprueba las sentencias que se dan en ellos. Este poder de juzgar á los hombres, y especialmente á sus corazones y conciencias, se le ha dado por Dios solamente á Jesucristo, y se debe tener por un usurpador á cualquiera otro que se alzase con él, aunque sea un ángel, aunque sea el mas dotado de luz entre los espíritus celestiales:

Es pues, dice san Gerónimo, un atentado contra el Hijo de Dios el juzgar á vuestro hermano, porque es quitarle la prerogativa de que está en posesión; y si nos es lícito juzgarlo todo sin diferencia ¿qué dejamos para el juicio de Jesucristo? Este hombre Dios, observa san Agustin, mientras estuvo en el mundo con todo de ser su jurisdicción tan soberana, nunca usó de ella para juzgar á los pecadores. Los escusó, los defendió, los sufrió, los hizo favores; los consoló, y los amó, pero no los juzgó, y tan lejos de esto que protestó públicamente que no habia venido á juzgarlos: *Non venit filius hominis ut judicet mundum*. Habiendo tomado los oficios de Salvador y de Juez, ejerció el primero mientras vivió entre nosotros y remitió el segundo para el fin de los siglos. ¿Tenemos nosotros mas autoridad que Jesucristo? ¿Se extiende mas nuestra jurisdicción que la suya? Pues no salgamos de los términos que Jesucristo se impuso á sí mismo. Amemos mientras estamos en esta vida á nuestros hermanos como el mismo Jesus los amó, sufrámoslos como los sufrió, escusémoslos como los escusó, defendámoslos como los defendió y compadezcámonos de sus flaquezas como él se compadeció. Esto es lo que nos toca hacer, y el

anticipar nosotros el juicio de Dios, pretender indiscretamente hacer justicia en el tiempo que solo usó Jesus de misericordia, sea el que fuere el motivo que quisiéremos alegar, es presuncion, es soberbia, es una temeridad insufrible; dice san Gregorio Magno:

Este desorden reprehensible y universalmente condenado por Dios, es sin comparacion mas criminal y digno de castigo quando nos atrevemos á las mismas potestades, y tenemos la osadia de juzgar á los mismos que son nuestros superiores, á los que Dios ha puesto para que nos rijan y gobiernen; á los que nos ha dado por pastores y maestros, á los prelados y ministros de la iglesia. En estos hay un carácter particular que debemos respetar muy especialmente y no podemos llegar á él sin herirle á Dios en las niñas de sus ojos. *Qui tetigerit vos tangit pupulam oculi mei* dice el Señor por el profeta Zacarias. *Nolite tangere christos meos, et in te prophetis nolite malignari* nos dice por el profeta rey. No toqueis á los ungidos del Señor y guardaos bien ejercitar en ellos la malignidad de vuestros juicios. Desorden opuesto esencialmente á aquella subordinacion que tiene por autor y conservador y vengador al mismo Dios. En el momento que censuramos la vida y los procedimientos del que tenemos sobre nosotros nos hacemos superiores á él, nos hacemos jueces del que lo es nuestro, invertimos el orden en que Dios nos ha colocado, y nos ponemos al riesgo de las desgraciadas consecuencias que nos hace temer el apóstol por semejante inversion. Desorden que disminuye y enflaquece, diré mejor, que arruina y aniquila la obediencia de los inferiores, porque es imposible que esta

facilidad en juzgar y juzgar mal, no produzca poco á poco un oculto desprecio de el que es juzgado, y que este desprecio interior no origine contradicciones, quejas y rebeldías del espíritu y del corazón.

Bien sé lo que soleis responder, y es: que lo que os obliga á pesar vuestro á hacer este género de juicios son las imperfecciones y las faltas, ó si gustais, los desórdenes y excesos de las personas que Dios ha constituido en dignidad: que cuando condenais sus acciones, no dejais de respetar su ministerio y no juzgais de ellas mal sino porque su porte no deja lugar para que podais juzgar bien. Asi se suele hablar en el mundo, pero yo debo aseguraros que no basta esto para justificáros, y que cuando en el Exodo pronunció Dios este oráculo en forma de ley: *Dñs non detrahēs*. No juzgarás ni hablarás mal de los dioses de la tierra, esto es, de las potestades espirituales ó temporales, no hizo esta abstraccion ó division del ministerio y la persona que le ejerce, porque sabia muy bien que al desprecio de lo uno se habia de seguir muy de cerca el desprecio de lo otro, y que nunca habian de tener los hombres una discrecion tan ajustada á las reglas de la equidad que los bastase para respetar sinceram ente la dignidad y el oficio estando mal impresionados de la persona que ejerce el oficio y está revestida de la autoridad. Confieso que es muy fácil que las personas que se hallan elevadas á los primeros puestos, los príncipes, los magistrados, los pastores de las almas y demas autoridades tengan sus vicios, pasiones y defectos como hombres que son, y que no ha sido la voluntad de Dios el hacerlos impecables con el fin santo de que sus yerros y

y flaquezas sirvan para el ejercicio de nuestra fé y humildad de unos y otros: pero ¿es esta suficiente razon para que tengan por lícito los particulares el hacerse censores de su vida y de aquello que ordenan? Sin embargo éste es el abuso que domina y se sanciona, en nuestros dias se hace vanidad en ser los primeros, no digo ya en advertir y descubrir las faltas de nuestros superiores, sino en imaginarlas por las señales mas leves, en suponerlas y asegurarlas como cosa incontestable y evidente. Aunque sea el hombre mas cabal y mas irrepreensible ha de ser visto y juzgado, y en fuerza de observarle se descubrirán ó se pensará que se descubren imperfecciones en él. No parece sino que esta libertad de juzgar y condenar es una especie de consuelo de la necesidad en que nos hallamos de obedecer y estar sujetos á nuestros mayores. Pero ¡infelices de nosotros si asi lo discurremos! ¡Infelices si damos oidos á un sentimiento caprichoso que nos incita á censurar las obras de los que Dios ha puesto sobre nuestras cabezas en vez de observar exactamente la importante regla de una sumision respetuosa y humilde como nos manda el apóstol! Porque para reprimir esta licencia tiene el Señor castigos que sabe descargar sobre los delinquentes cuando su justicia lo pide.

Falta tambien en nuestros juicios ademas de la autoridad, el entendimiento. No hay cosa mas comun en el mundo que juzgar por las apariencias, juzgar de las intenciones por las acciones ajenas y juzgar por las relaciones que otros nos hacen; y cuando uno haga el juicio por si mismo ¿qué cosa mas frecuente que hacerle precipitadamente, hacerlo

con una certeza llena de presuncion, dar á unas simples sospechas el peso de razones demostrativas y evidentes, abusar de los propios conocimientos gobernándonos demasiadamente por ellos, adelantando nuestros juicios mas de lo que es razon y alargándonos mas de lo que nuestra vista propia nos descubre? Pues todos estos son otros tantos principios de donde nacen los juicios errados que hacemos y que turban y arruinan la buena armonía y correspondencia entre nosotros.

Hacemos juicio de los hombres por las apariencias, y claro está que este es un medio demasiado equivoco y peligroso para juzgar con acierto: ¿cuántos bajo un exterior alegre y festivo siguen el camino de la virtud? ¿Y cuántos por el contrario, bajo las apariencias de santidad viven en el desenfreno de sus pasiones? Dios juzga á los hombres y si son pecadores los juzga para condenarlos; pero ¿cómo? Este Dios que posee la plenitud de la ciencia, en quien no hay ignorancia ni tinieblas cuando trata de juzgar y condenar al hombre ¿se contenta con una vista superficial que no le manifiesta mas que las apariencias del hombre? No hermanos míos, entra hasta los senos mas retirados del alma, penetra hasta las junturas y lo interior de los huesos, sondea hasta los mas profundos abismos del corazon, examina y no omite diligencia alguna. *Scrutans corda et renes Deus.* Así procede un Dios con todo de ser infinitamente sabio, y nosotros siendo inconsiderados y ciegos juzgamos á nuestro hermano y hacemos nuestros tiros contra la virtud de aquel y la reputacion de la otra fundándonos en apariencias nada mas; debiendo reflexionar que la persona sobre quien recae

nuestra censura y creemos digna de reprension y desprecio, es la que estimaríamos mas si la conociésemos bien: que bajo esas apariencias que nos deslumbran hay tal vez un tesoro de gracia y de inocencia, y que aquel exterior que nos ofende puede ser un velo de humildad con que ha querido Dios tener ocultos sus mas excelentes dónes. ¿Cuántas veces hemos confundido la virtud con el vicio? ¿De cuántas culpas nos hallaríamos reos delante de Dios si quisiéramos de buena fé reconocer la lijereza reprensible que en nuestros juicios nos ha hecho tomar unos fantasmas imaginarios por verdades?

Las intenciones las juzgamos por las acciones, pero este camino no ofrece mas seguridad que el primero. Que, ¿una misma accion no puede egecutarse por diversas intenciones? El Salvador mismo sufría el trato y compañía de los pecadores por ganarlos para Dios, y los fariseos sospechaban que era indigno y reprensible el trato que tenia con ellos. Vemos continuamente, dice san Agustin, unas mismas acciones ya alabadas y ya condenadas por el Espíritu Santo segun la diversidad de las intenciones que las dirigen. Los impíos obraban sacrilegamente cuando daban una muerte cruel á los profetas y los profetas hacian unos sacrificios agradables á Dios cuando acababan con los impíos. El eterno Padre puso á su hijo en manos de los judios y Judas le entregó tambien á los mismos; pero el eterno Padre en esta entrega hizo que se ostentase su misericordia, y Judas vendiendo á su Maestro se hizo reo de la perfidia mas atroz. Habremos pues de decir, que la intencion es el alma de las acciones humanas. Y si estas solo, Dios es quien

puede conocerlas, ¿no será un exceso de temeridad en nosotros el intentar discernirlas aunque nos gloriemos de tener una grande penetracion?

Juzgamos otras veces por las relaciones que otros nos hacen y aunque de esta suerte se juzga con menos seguridad se cree que puede hacerse mas libremente, como si el juicio que se hace no fuera pecado sino en el que le hizo primero que nosotros y nos le comunicó despues. El mismo Dios nos confunde con su ejemplo en este proceder. Las abominaciones de Sodoma y Gomorra habian llegado á ser públicas, el ruido que hacian, se habia esparcido por todo el mundo y aun habian llegado al trono de Dios segun la expresion de la Escritura Sagrada. *Clamor Sodomorum multiplicatus est nimis.* ¿Qué hace Dios? ¿Juzga y condena desde luego á aquellos desventurados? Oid las medidas que toma su sabiduría, no para dar mas peso á su juicio dice san Bernardo, sino para servir de ejemplar para los nuestros: *descendam et videbo utrum clamorem qui venit ad me opere compleverint.* El pecado de esta ciudad dá gritos al cielo pidiendo venganza y sé que han llegado á lo sumo de la maldad, pero aun esto no me basta, yo mismo bajaré, yo iré, yo los visitaré por mí mismo y antes de pronunciar la sentencia como juez me entraré por mí mismo como testigo en la causa. Podemos decir de algun modo, dice el mismo san Bernardo, que no se fia Dios de su providencia ordinaria en esta materia y que quiere conocerla mas inmediata y distintamente. *Descendam et videbo.*

Nosotros hermanos míos, no tomamos estas prudentes

medidas. Se esparcen por la ciudad algunas voces injuriosas que ajan el crédito de un sugeto y manchan su reputacion, lo que debemos hacer es, decir como Dios: Yo me informaré, yo procuraré entresacar lo verdadero de lo falso, yo iré hasta el origen de las cosas, ahondaré bien en ellas, y menos que con todas estas diligencias me guardaré de decidir. Pero por desgracia, no obramos así. Por frívolas que sean estas voces hallan favorable acogida: una maligna curiosidad hace que sean bien admitidas, y una credulidad perniciosa hace que hallemos probabilidad y verosimilitud en ellas. Damos crédito á hambres, que unos son maldicientes, otros demasiado ligeros, poco avisados, poco sinceros, tal vez obcecados por su envidia y sus encontrados intereses, y sobre su palabra nos aventuramos á juzgar sin reflexionar que somos nosotros los que hemos de dar cuenta á Dios de nuestros juicios. ¿No nos servirá de modelo la conducta del mismo Dios?

Direis acaso, que si juzgais es por lo que veis, y el ver ó no ver no está en vuestra mano. Hé aqui otro abuso tanto mas peligroso y digno de llorarse cuanto es mas incorregible porque lleva consigo cierta obstinacion y pertinacia. ¿Hay cosa mas frecuente que tomar cada uno sus conjeturas por evidencia? ¿Qué cosa hay tambien mas temible que un genio que hace evidencia de cuanto le parece y que cree que ha visto cuanto ha juzgado? No habeis podido dejar de ver lo que visteis y condenasteis, es una verdad; pero estaba en vuestra mano el no aplicaros á esas vistas que muchas veces son imaginarias; estaba en vuestra mano el apartar de ellas vuestro pensamiento, el no fiaros de vuestra vista y tenerla

por sospechosa. Si así lo hubiéseis hecho, esas vistas que os han ocasionado tanto desprecio de vuestro prójimo se hubieran quedado á lo mas, en los términos de una simple duda. Es lícito que veais lo que veis, pero no lo es que para condenar á vuestro hermano soliciteis, veleis, y os detengais en esa vista, porque si llevais esa disposicion es indudable que vereis lo que no hay, que un átomo, será una viga de lagar á vuestros ojos, que una falta leve se os hará un vicio de costumbre porque el ímpetu de vuestra alma os arrebatará, y os engañarán las apariencias. Vosotros mismos podeis manifestar que muchas veces se ha hecho juicio de vuestras acciones por lo que se ha pensado haber visto en vosotros y que vosotros no creéis que se haya visto jamás y os habeis quejado de esos juicios precipitados y sin fundamento. Pues lo mismo sucede á los demas cuando vosotros los juzgais. La falta de conocimiento, como veis, es un motivo muy frecuente de que juzguemos temerariamente de nuestro prójimo.

Lo es tambien la falta de integridad y de justicia. Por lo comun, no juzgamos segun las luces de nuestro entendimiento sino conforme á los deseos de nuestro corazon; se juzga segun el odio, el interés y otros motivos que estragan la mas sana y recta razon. Los fariseos reusaron el reconocer á Jesucristo. Estaba tenido en Judea por una persona llena del espíritu divino, pero los fariseos le tenian por un pecador. Lo sabemos bien, decian, y no nos queda la menor duda: pero se los replicaba: este hombre es oido de Dios, obra milagros, es irreprehensible en sus costumbres..... No importa, es un pecador y nosotros sabemos que lo es. Nos

scimus quia hic homo peccator est. ¿Y por qué lo saben? Porque querian y se interesaban en que lo fuese, porque veian en él un estorbo de sus deseos, un enemigo de su hipocresia, y la ruina de su secta. Si Jesus se hubiera declarado por ellos, ellos tambien se hubieran declarado por Jesus, y sin que fuese mas justo ni mas santo cuanto hubieran dicho de él hubieran sido eloijos. Pero como condenaba sus falsas doctrinas y desengañaba al pueblo deslumbrado con una falsa piedad era un pecador por mas virtudes que tuviese. Ved una idea muy natural de los juicios del mundo. Juzgamos de los hombres, no por las prendas en que sobresalen, sino por el interés que nos domina; no por lo queson, sino por lo que son para nosotros, no por sus buenas ó malas cualidades, sino por el bien ó mal que á nosotros se nos sigue de ellas. ¿Se interesa un hombre por nosotros, ó nosotros tenemos interés en que sea un sujeto grande y apreciable? Pues basta para persuadirnos que vale mucho y sin otro título es para todo, capaz de todo y digno de un aprecio general. Al contrario; si el interés no nos hace estar bien con él, nada vemos que no sea digno de desprecio. Si ha caído en nuestra desgracia, basta esto: bien podrá hacer prodijios, sus mismos prodijios no servirán sino para que nos sea y nos aparezca mas odioso. Bien pueden concurrir en él todas las virtudes, las virtudes tomarán en nuestra imaginacion el color y tinte de los vicios. Si tiene devocion, diremos que es hipocresia; si no la tiene, le acusaremos de impiedad; si es humilde llamaremos bajeza á su humildad; si es generoso, diremos que es arrogante, vano y soberbio; si es discreto y cauteloso será en nuestra opinion un hombre

de artificio y poca sinceridad; si es sincero y franco, le tendremos por ligero é imprudente. Bien pueden los demás hacerse lenguas de sus talentos, pero el interés de que estamos preocupados nos hace creer que todos los elogios son lisonjas y mentiras. Luego fuera preciso, infiere san Juan Crisóstomo, que para juzgar del prójimo estuviéramos libres de toda preocupacion, de todo afecto, de toda pasion, esentos de todas las enemistades, inclinaciones, deseos, temores, en una palabra, de todos los intereses. ¿Y quién puede jactarse de hallarse en esta disposicion? ¿Quién puede asegurarse de sí mismo y salir por fiador de su corazon? Pues si es tan difícil hallarse en este estado, es consiguiente que siempre que nos falte, nuestros juicios no son integros, son defectuosos, son temerarios y nos hacen reos delante de Dios.

Al juzgar temerariamente se siguen un sin número de funestos males que debemos evitar; porque el que juzga temerariamente tiene el camino andado para la murmuracion, la murmuracion es causa de las disensiones, estas engendran las enemistades; de las enemistades nacen las venganzas, las guerras, las anarquías y todo género de males.

Citad sino una enemistad, indagad el orijen que la produjo y hallareis su principio en un juicio temerario que se formó sin el menor escrúpulo. Pues todos estos delitos y terribles consecuencias tomas sobre tí hombre temerario! cuando juzgas á tu prójimo. ¿Qué medio pues deberemos tomar? El que el Señor nos marca en su evangelio como primera obligacion de la caridad y misericor-

dia : *Nolite judicare. No juzgueis.* No nos impone grandes austeridades , peregrinaciones , estudios ó tareas que no esten al alcance de todos , sino lo que todos podemos hacer ; que no juzguemos ni condenemos á nuestros hermanos. Y como si fuera poco el prohibirnoslo con su autoridad suprema , nos lo pide, nos lo ruega por nuestro bien y nos recuerda la recompensa. No juzgueis y no seréis juzgados. *Nolite judicare et non judicabimini.*

¿Es verdad, Señor, pregunta el padre san Bernardo, que esto solo puede librarnos de los formidables rigores de vuestro inflexible juicio? ó por mejor decir, ¿es verdad que esto solo basta para comparecer con confianza en vuestro adorable tribunal? ¿Con que aquel juicio que hace temblar á los santos y cuya sola idea infundió tanto terror á los Hilarioses y Jerónimos, aquel juicio en el cual hemos de ser pesados en la balanza de vuestra rigurosa justicia; no ha de ser temible para nosotros y con solo guardar este precepto tenemos en nuestra mano el modo de no temer los decretos de vuestro tribunal? Quejémonos despues de esto de la severidad de nuestro Dios; pero teniendo al mismo Jesucristo por fiador de la promesa que nos hace ¿hemos de ser tan enemigos de nosotros mismos que perdamos su fruto enteramente?

Señor, desde ahora nos reducimos á juzgarnos severamente á nosotros mismos dejándonos de juzgar á los demas. Asi es como mereceremos que useis con nosotros de misericordia y hallaremos gracia en vuestra presencia. Asi prometemos todos hacerlo. Si nos juzgan dejaremos que nos

juzguen sin quejarnos, pero nosotros no juzgaremos á los demás, ó juzguemos siempre á su favor para que en el último dia merezcamos un juicio y sentencia favorable que nos ponga en posesion de la gloria. Amen .

F. L. G.

SERMON

EN LA FESTIVIDAD DEL SANTISIMO CORPUS-CRISTI.

La Eucaristía es un don del amor infinito del Dios que tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres.

Ecce, ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi. Mirad, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Math. c. 28. v. 20.

Venid, amables oyentes, venid y alegrémonos en el Señor. Regocijémonos con el Dios que es nuestra salud; postrémonos ante el trono de su divina magestad, y prorumpamos en himnos de júbilo y alegría, en general accion de gracias: porque este es el día grande, el día solemne, el día de gloria y de magnificencia entre los fieles. Un Rey en medio de su pueblo, un padre rodeado de sus hijos, un Pastor eterno que visita á su rebaño, un Salvador que se goza con los que ha salvado, redimido y santificado, y lo

que es mas, un Dios que da su cuerpo en comida y su sangre en bebida á los que adoran aquella sagrada hostia es el que sale por vuestras calles y plazas para llenaros de gracias y bendiciones.

¿Pudiera imaginarse prodigio de amor mas estupendo? Ningun padre, dice san Juan Crisóstomo, sustenta á sus hijos con su misma carne: ningun pastor alimenta á sus ovejas con su sangre: ninguna madre se da en comida y bebida al hijo de sus entrañas. Esto solamente lo hace Jesucristo de un modo tan maravilloso que hace asombrarse á todas las inteligencias creadas y prosternarse á las angélicas potestades ante la magestad de aquel sagrado tabernáculo en que tenemos los católicos un alimento mucho mas precioso que el del Maná de los hijos de Israel, mas admirable que el pan subcinericio del profeta Elias, y mas digno de nuestros ansias y deseos que el milagroso con que fortaleció Jesus á los cinco mil hombres que tuvieron la dicha de comer de los cinco panes y dos peces en el desierto de Betsaida: Allí tenemos el pan consustancial que ha bajado del cielo para dar la vida al mundo: la fuente de agua viva que resalta hasta la vida eterna, la piscina saludable en donde todas las enfermedades del alma hallan eficaz remedio. El mismo Jesucristo que está sentado en los cielos á la diestra de Dios Padre, su carne adorable y su sangre preciosísima, la bondad infinita de nuestro Dios, su ciencia y sabiduría, su santidad y pureza, su amor inmenso y su caridad incomprendible.... Todo, todo lo que es Dios está á nuestra disposicion en aquel santísimo sacramento del altar digno objeto de las adoraciones de la milicia celestial y del solem.

nísimo culto con que lo veneramos los fieles en este día.

¿De dónde á nosotros tanta dicha y felicidad amados míos? ¿De dónde tanta dignacion por parte del Dios que nos dá todo cuanto puede darnos en aquel santísimo sacramento, en que Jesucristo, sacerdote y víctima, reconcilia el cielo con la tierra: en el que dá gloria infinita á su eterno Padre: en que unidos á él prestamos á Dios homenajes dignos de su divinidad; y en que se derraman á torrentes las riquezas de la redencion sobre los fieles? Yo os lo diré al demostraros que la Eucaristía es un don del amor infinito de un Dios que según el sabio (1) tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres; de un Dios que no dudó entregarse en manos de sus crueles enemigos por salvarnos y redimirnos; de un Dios que para consolar, animar, fortalecer y calmar el dolor de sus apóstoles cuando vieron que iba á padecer les dijo abrasado en amor divino: mirad, hijos míos, yo estoy con vosotros en el sacramento del altar hasta el fin del mundo. *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

Padre de las luces: amantísimo Redentor nuestro cuya real presencia veneramos rendidos en el augusto sacramento de vuestro amor bajo el velo de esos humildes y cándidos accidentes: ilustrad mi entendimiento y purificad mis labios para hablar dignamente de la caridad ardiente con que nos amais, á fin de que unidos con vos seais nuestro Señor y nosotros seamos vuestro pueblo. Os lo suplicamos por medio

(1) Prov. c. 8. v. 34.

de la Madre de la divina gracia por la que os amó hasta merecer que de vuestra parte lo saludase un ángel diciéndola.

AVE MARIA.

Eecce vobiscum sumi omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.

Al ver de lejos el real Profeta el adorable misterio que veneramos los fieles en el santísimo sacramento del altar, exclamó y dijo lleno de asombro y admiracion. «El Señor misericordioso hizo un memorial de todas sus maravillas, con solo darse en comida á todos los que lo temen (1).» Servir de manjar al hombre el mismo Dios: poder comer y recibir en su pecho á Jesucristo tan glorioso como está en los cielos, y que viviendo en la tierra, viva y se sustente con los que viven y se sustentan los ángeles en el cielo, como lo dice mi melifluo padre san Bernardo (2), es el milagro de los milagros, el compendio de todos los prodigios de Dios, la suma de los beneficios que ha hecho su amor inmenso á los hijos de los hombres. Hay acaso ni puede haber mas bienes que demuestren las grandezas de

(1) Ps. 111. v. 4.

(2) Ad. sororem. serm. 28,

nuestro Dios, que los que se hallan en aquella sagrada hostia gloria y honor del pueblo cristiano? En ella está Dios, y con él todas sus perfecciones y atributos, su magestad, su grandeza, su hermosura, su justicia y su misericordia. En ese santísimo sacramento resplandecen «la sabiduría infinita» que en su tesoro halló medio de estar con los hombres todos los días hasta la consumación de los siglos; «la bondad inmensa» en comunicarse graciosa y amorosamente á los que redimió y santificó; «la caridad esencial» con que se une á los justos hasta elevarlos al ser divino que los hace hijos y amigos de Dios teniendo la dicha de poder decir con el evangelista que Dios está con ellos, y ellos con Dios (1); «la liberalidad mas incomprensible» en darse todo, á todos, en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las ocasiones y circunstancias de la vida; «la divina providencia» en cuidar del sustento de las almas llenándolas de cuantas gracias y beneficios necesitan para vivir con virtud y caminar placidamente al lugar de las delicias y del descanso eterno; y sobre todo, «la omnipotencia» cuyas obras quiso Dios compendiar en el santísimo sacramento de su amor. El pan convertido en cuerpo vivo, glorioso é inmortal! El mismo cuerpo presente en mil lugares de la tierra, y en todas partes invisible para no oprimirnos con la magestad de su gloria! El cuerpo adorable de Jesucristo todo entero en las infinitas partes que la division produzca, y la separacion mística del cuerpo y de la sangre en virtud de las palabras

(1) Joan. I. c. 14. v. 16

del sacerdote á cuyo imperio baja á sus manos el Pastor eterno que se nos dá en comida y bebida! ¿Qué novador se hubiera atrevido jamás á contar este misterio en el número de sus dogmas? Dios solo podia lograr que se admitiese y venerase con tanto respeto: que en este día hiciesen ostentacion de sus riquezas para obsequiar y rendir justos homenajes al Dios del amor hermoso, los reyes, los príncipes, los pueblos y gentes de la tierra ocupadas hoy en confesar pública y solemnemente la dignacion de ese Dios que se ha puesto á la cabeza de los católicos para llevarlos suave y dulcemente á la gloria celestial.

¡Qué dicha la nuestra amados míos! Poseer el cuerpo, sangre, y persona de nuestro divino Maestro, verlo espuesto en nuestros altares, recibirlo en nuestras casas, cuando mas necesitamos de sus gracias, para vencer triunfar y pasar con él á la gloria, y alimentarnos con el pan de ángeles sin el que no hay vida en nosotros como lo dice el autor de tantas maravillas (1). ¡Cuán rica eres, iglesia santa! ¡Qué felices son tus hijos! *Sion amada*, podremos decir con Isaías; «levanta la voz y dá á conocer tu placer y regocijo. » Resuenen en tus muros cánticos de alegría y de acción de gracias; porque el Dios de la magestad, el Dios de Israel habita dentro de tí (2). »

Así siente la iglesia nuestra madre en todo tiempo, pero en este día solemniza con extraordinaria pompa la fiesta des-

(1) Joan c. 6. v. 54.

(2) Isai. c. 42 v. 6.

tinada y consagrada á celebrar el misterio del cuerpo y sangre del Señor. Hoy la vemos marchar en triunfo rodeada de toda su gloria, y llevar entre numerosas tropas del pueblo santo, no el maná corruptible dado á los hijos de Israel; sino el verdadero pan venido del cielo, el pan de los ángeles, el cuerpo y sangre del divino verbo hecho carne y manjar de nuestras almas: no la vara de Aron, sino el mismo Jesucristo, el Pontífice santo é inmaculado sublimado sobre los cielos de quien solo fué figura é imagen el gran sacerdote hermano de Moises. Y al salir, vos Dios nuestro, por nuestros barrios, calles y plazas, recordaremos vuestra vida mortal, traeremos á la memoria aquellos días en que ibais en alas de vuestro amor inmenso por las ciudades, aldeas y campiñas derramando gracias y bendiciones sobre todas las gentes, los necesitados os dirán como los dos ciegos y diez leprosos «Jesus hijo de David, ten piedad de nosotros» y no, no los dejareis sin consuelo, porque ese adorable sacramento es una fuente abundantísima de gracia; y el que bebe de ella no tendrá mas sed, como lo dijiste á la Samaritana (1).

Hagámoslo así, y no sea para nosotros la presente solemnidad una ceremonia inútil. Asistamos á la procesión del santísimo sacramento con una fé viva, con una esperanza firme y con una caridad ardiente: reunámonos como los primeros cristianos teniendo todos un corazón y una alma y procedamos en paz con una decencia y gravedad, con

(1) Joan. c. 4. v. 43.

una modestia y recogimiento capaces de confundir á los impíos y de asfrentar á los pecadores, y Jesus sacramentado nos infundirá una alegría interior semejante á la que transportó al Rey David á la vista del arca del testamento por haber vislumbrado en medio de las sombras este dia de triunfo y de gloria para el pueblo cristiano. Tratemos á nuestro Redentor, á nuestro Padre, á nuestro Maestro, á nuestro insigne Bienhechor, á nuestro Médico celestial y á nuestro Pastor eterno con el respeto y veneracion que tuvo Obededon al arca de la alianza, y nuestras casas serán llenas de bienes, como la de aquel religioso israelita. Miremos á Jesucristo sacramentado como lo miró Zaqueo, y mereceremos que nos diga su divina Magestad: «Ven alma fiel y humilde, ven: porque he determinado permanecer hoy contigo, y hacerte participante de los bienes eternos con que quiero pagar el honor que me tributas.» Sigamos la loable costumbre de entapizar las calles, de erigir en ellas altares, de esparcir flores y de quemar incienso por donde ha de pasar Jesucristo: pero con corazon recto, puro y religioso dando gracias, y cantando himnos de alabanza en honor de aquel Dios que por adaptarse á nuestra fragilidad ha elegido un culto exterior y sensible inspirando á su iglesia santa el augusto aparato de las ceremonias que hacen tan magestuosa esta solemnidad, y mantienen nuestra fé, avivan nuestra piedad y elevan nuestros sentidos y deseos hasta el trono de gloria en que nuestro Dios dejándolos ver cara á cara de sus escogidos hace la felicidad de los que en esta vida comen y beben dignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo.

De este modo nos haremos dignos de recibir las gracias necesarias para poder corresponder á los inconmensurables favores y beneficios que nos hace Jesucristo realmente presente en aquel santísimo sacramento, «memorial de las grandezas de Dios:» porque el Rey y Señor del universo se halla en él escondido y disfrazado bajo el velo de humildes accidentes como lo dice mi doctor melifluo (1): porque nuestro Redentor es el manjar de nuestras almas, y con él, no solo nos sustenta y conserva la vida: no solo aumenta las virtudes dándonos fuerzas para llevar sin fatiga la carga de nuestra mortalidad congojosa: no solo se une á nosotros y nosotros á él, sino que mucho mejor que el Maná del pueblo escogido es para los que lo comen, tan dulce y sabroso, y les causa tantos deleites y dulzuras como quiere cada uno que le cause, puesto que según las disposiciones individuales se dan en la sagrada eucaristia las gracias, los gustos y consuelos, como lo enseñan los teólogos. En aquel santísimo sacramento hace nuestro Jesus divino los oficios de *Amigo*, de *Padre* y de *Esposo*: de *Amigo*, porque cuando nos convida á la sagrada mesa y nos ofrece en ella su carne y su sangre para que la comamos y bebamos lo hace llamándonos amigos, y amigos muy estrechos y queridos: *Comedite amici, et bibite, et inebriamini charissimi*: «Comed amigos y bebed, embriegaos carísimos muy amados (2):»

(1) Serm. Bernard. in cena Domini.

(2) Caol. c. 5. v. 4º,

de *Padre*, porque así mandó á sus apóstoles que lo llamasen y así es; pues que se porta con nosotros como con el Hijo Pródigo, con ser tan malo, tan ingrato y desconocido. Mirad si noto que le sufrió, lo que le disimuló, lo que le aguantó y lo que le perdonó. Como lo recibió cuando volvió á su casa reconocido y pesaroso de su vida criminal y depravada. Como lo vistió y adornó con tantas joyas. Qué banquete, qué fiestas y regocijos hubo por haber hallado al que se tenia por perdido, y convencernos de que todo esto salió de la boca de Jesus para significar sus entrañas de padre para con los que se acercan reconocidos á ese santísimo sacramento: de *Esposo* en fin; porque el amor que Dios tiene á nuestras almas es siempre fino, fervoroso, fuerte y nuevo como el de los esposos. Este amor llevado hasta el último grado de ternura, tan incomprensible como el mismo Dios tan sin límites como sus divinos atributos, tan activo que lo hace trastornar las leyes de la naturaleza, y tan generoso que haciéndole darnos todo cuanto pueda el mismo Dios, fué el que, á nuestro modo de percibir, recurrió á la eterna sabiduría y omnipotencia para que sacasen de sus tesoros infinitos el medio inefable de estar todos los días hasta el fin del mundo con su esposa nuestra alma, sin apartar sus ojos de ella, como amante cariñoso, enamorado y *celoso* como se le llama en el Exodo (1). Imagina, pues, católico

(4) Exod. c. 20. v. 5

que me escuchas, imagina que recibiendo el divino esposo Jesucristo tu alma por esposa la ha hecho tan una consigo mismo, que se verifica de los dos lo que dijo el apóstol. *Erunt duo in carne una*. «Serán dos en una «misma carne» (1). Eres pues carne de la carne y hueso de los huesos de Jesús, y estás en el caso de hacer mil propósitos de perder la vida antes de ofenderle; en el de decirle como la esposa santa. «Mi amado para mí y para él entre mis brazos y en mi corazón lo tendré perpetuamente y no lo dejaré jamás: ni la misma muerte me hará dejarlo. «Dile todo cuanto te sugiera tu afecto, seguro de que no puedes excederte en términos de amor y cariño con aquel Dios que quiere hacerte una misma cosa contigo mismo; pues, como dice mi dulce san Bernardo «Comer el cuerpo de Jesucristo no es otra cosa que hacerse Jesucristo el que lo come (2).»

¿Puede decirse mas? Teniendo por causa, todos los prodigios y maravillas que resplandecen y admiramos los católicos con sumisa veneración en ese santísimo sacramento, el amor inmenso con que nos ama Jesucristo ¿no podremos decir y publicar con transportes de alegría, que la «eucaristía es un don del amor infinito del Dios que tiene » sus delicias en habitar con los hijos de los hombres» como me propuse demostraros? Así, amados míos, lo crea

(1) I. Corinth. v. 46.

(2) De natura divini amoris, c. 32

y enseña la iglesia santa: así lo han predicado los santos Padres; así lo confiesan los fieles; así lo demuestran aquellas palabras amorosas con que dijo Jesús á sus apóstoles «Mirad, hijos míos, yo estoy con vosotros, en el sacramento de mi amor, todos los días hasta la consumación de este siglo» *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.*

Siendo estas palabras y cuanto os dejó espuesto capaces de penetrar y mover los corazones mas insensibles ¿será posible que acompañemos á ese Rey inmortal que se nos da á conocer en aquel santísimo sacramento como *Amigo*, como *Padre* y como *Esposa* de nuestras almas, sin las disposiciones propias de los fieles dirigidos por el Espíritu-Santo? Hemos de ir de calle en calle con Jesús sacramentado, sin percibir, por culpa nuestra, una centella de gracia que dé vida y fuerza á nuestras almas para vivir como amigos, como hijos y como esposos del que quiere hacerse una misma cosa con nosotros? Reflexionad sobre estas contradicciones en que incurren los pecadores que no aman á nuestro Redentor mas que con los labios, y formad votos de union, estrecharos, y abrazaos con los lazos de la caridad mas acendrada, con el que os convida con su amor desde aquel trono de magestad en que se nos da en comida y bebida para hacernos espirituales y celestiales.

Y vos divino Señor sacramentado, haced que la procesion de este día, con los himnos, instrumentos, velas y demas pompas sagradas inflame nuestras almas con el amor divino que vos solo sabeis infundir en los corazones de los

fieles. Avivad nuestra fé, llenadnos del profundo respèto que debe inspirarnos vuestra real presencia en esa sagrada hostia, y conducidnos con vuestra gracia hasta los tabernáculos eternos de la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA INFRA-OCTAVA DEL CORPUS.

*Amor de Jesucristo sacramentado para con los hombres,
é ingratitud de estos para con Jesus.*

*Homo quidam fecit cœnam magnam et vocavit multos. Dis-
puso un hombre una cena grande y convidó á muchos.
Luc. cap. 14.*

El modo mas atento y espresivo con que en el mundo se suele honrar á un hombre á quien se tiene el mayor aprecio y estimacion, es, traerle á su casa, amueblar con gusto y comodidad la habitacion, poner criados para su servicio, disponer los manjares mas esquisitos y regalados, y sentarle consigo á la mesa, y asi tambien honra y manifiesta el mismo Dios su infinito amor á los hombres convidándolos á su casa, trayéndolos á su iglesia, sentándolos á su mesa sacro-

san'ta y dando's á comer el manjar mas esquisito el celestial maná, el pan de los ángeles, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad,...

¡O favor inestimable! ¡O amor infinito! ¡O gracia celestial! ¿Quién no creerá que oprimido el hombre con el peso de tanta preferencia, estremecido y admirado al contemplar tanta honra exclamaría poseído de la mayor gratitud hácia su Dios como el convidado del evangelio: ¡bienaventurado el que comiere el pan en el reino de Dios! *Beatus qui manducabit panem in regno Dei*. Pero esta es la desgracia del hombre y los motivos de queja del Señor; que se desprecia su convite, se huye de su mesa, se abandona el pan de la vida, dejan los hombres las fuentes de agua corriente y cristalina y buscan las cisternas de aguas corrompidas y pantanosas. Oigamos lo que el mismo Señor nos dice por san Lucas y hoy nos recuerda por su esposa la iglesia.

«Un hombre dispuso una gran cena y convidó á muchos. A la hora de cenar envió á su criado para que dijese á los convidados que viniesen porque todo estaba preparado; pero todos como de concierto empezaron á excusarse. El primero dijo: he comprado una quinta y necesito salir á verla, ruégote que me excuses. Otro dijo, he comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas, ruégote que me excuses. Otro dijo, me he casado y no puedo ir. Vuelto el criado refirió estas excusas á su señor. Irritado entonces el padre de familias dijo á su criado: sal luego por las calles y plazas de la ciudad y trae acá á los pobres, á los débiles, los ciegos, y los cojos. Dijo despues el criado; señor, se ha hecho lo que mandaste y

» aún resta lugar. Respondióle el Señor: sal á los caminos y
» los vallados y obliga á las gentes á entrar para que se lle-
» ne mi casa. Porque os aseguro que ninguno de aquellos
» hombres que fueron convidados probará mi cena.»

En esta breve parábola del divino Salvador se manifiesta el ardiente amor de Jesucristo sacramentado para con los hombres y la ingratitud y mala correspondencia de los hombres para con su Dios. Así procuraré manifestarlo ayudado de vuestros auxilios, soberano Señor, que imploro por la intercesión de otra Madre.

AVE MARIA.

Homo quidam....

Las obras son las pruebas inequívocas del verdadero amor... Digo hermanos míos, que las obras son el distintivo del amor verdadero y del amor aparente, y cuantos más favores, más beneficios y más obsequios se reciben, tanto mayor es el amor de quien los dispensa. Si Jesús sacramentado ama á los hombres dispensándoles bienes á manos llenas, su amor es verdadero, eficaz y real. ¿Y cómo podremos dudar que es así? Fijemos nuestra consideración en la parábola de este día y en ella descubriremos las acciones más heroicas del amor de nuestro Dios en el augustísimo sacramento de la Eucaristía.

Homo quidam fecit cenam magnam. «Un hombre dis -

» puso una gran cena.» Aunque muchos intérpretes sagrados entien len por esta cena grande la gloria eterna que nos ganó Jesucristo y á que convida á todos los hombres, sin embargo, la iglesia la aplica con otros muchos espositores al adorable sacramento de la Eucaristía. Jesucristo mismo es el hombre que dispone esta cena instituyendo este santo sacramento en la noche que precede á su pasión y quien la repite todos los dias sobre nuestros altares: cena grande por parte del manjar: á pesar de Jesucristo ser Dios al mismo tiempo que era hombre, no pudo darnós mas que lo que nos dió en este alimento; no hay casa mas grande en el cielo que la divinidad, y no la hay mayor en la tierra que la humanidad de Jesucristo Señor nuestro, y todo se recibe en este adorable sacramento. *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo*: cena grande de parte de la duracion porque ha de durar lo que duraren los siglos. *Eccc ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi*; grande por parte de los convidados que son todos los fieles, *et vocavit multos*: grande de parte de quien convida que es el mismo Dios. Almas fervorosas, alumbradas y favorecidas del Señor que en la participacion de la mesa santa os habeis enriquecido de los tesoros del cielo; vosotras pudierais decirnos algo de la grandeza, de la dulzura, de la suavidad, del hambre misteriosa que causa el pan divino al mismo tiempo que sacia y llena todos los deseos del corazon: de la fortaleza, del consuelo, de la estimacion de los bienes eternos, del desprecio de todos los bienes de este mundo que infunde el manjar celestial de esta gran cena en las almas que le reciben con santas

disposiciones. *Qui manducat hunc panem vivet in æternum.*

No se contenta Jesucristo con disponernos esta gran cena, sino que nos invita á ella, nos llama, nos insta por medio de sus criados. *Misit servum suum hora cæne dicere invitatis ut venirent, quia jam parata sunt omnia.* A la hora de cenar envió á su criado para que digese á los convidados que vinieran porque todo estaba preparado. Estos criados del Señor, dice el padre san Gerónimo, son sus apóstoles, sus doctores y sus predicadores que incesantemente nos avisan á nombre del Señor que veagamos á su convite: destierran de nosotros el temor y la cobardía, difunden en nuestra alma el aliento y la confianza, nos ruegan y nos dicen: *jám parata sunt omnia*: todo está cumplido y dispuesto, Jesus sacramentado está incesantemente en nuestros sagrarios deseando el momento de unirse con el hombre; sus ministros están autorizados para abrirnos las puertas á este divino convite; ellos tienen poder para quitarnos las ligaduras que os impiden llegar á él, y en sus manos están las ricas vestiduras con que os podéis adornar para entrar en las bodas del Esposo Rey. *Jám parata sunt omnia.* Justos, el Señor os alienta y oculta su magestad bajo esos místicos incidentes para hacerseos mas accesible; tibios, el Señor os inflama, os esfuerza, os convida á que gustéis siquiera la suavidad del pan de esta cena: pecadores, el Señor ha muerto por vosotros quitando así el decreto de vuestro estérmino y dando con su sangre fuerza y virtud á los santos sacramentos fuentes vivas para vuestra salud. Cristianos todos, no vivimos ya bajo el yugo de una ley enferma y sin fuerzas

para sanar, ya todo está consumado, Jesús nos salvó; todos los días se ofrece por nosotros, y nosotros podemos llegar a él, él nos llama, nos convida, nos espera, *jam parata sunt omnia*.

Si es ingratitud no corresponder á los beneficios, lo es mucho mas el despreciarlos y este fué el porte de los convidados á esta cena del Padre de familias y el mismo que tienen los hombres con Jesús sacramentado. *Et ceperunt omnes simul excusare*. Todos como de concierto empezaron á excusarse. Si en los ángeles y bienaventurados pudiera caber espanto, se admirarian al ver el fastidio con que mira el hombre á este divino banquete, su locura en dejar las riquezas del cielo, el bien eterno, la suavidad inesplicable ¿y por qué? Por unos bienes terrenos, por unos bienes efimeros y llenos de amargura, por unos deleites que terminan en llanto. *Villam emi et necesse habeo exire et videre illam, rogo te habe me excusatum*. He comprado una quinta y necesito salir á verla, ruégote que me excuses.

Habla el sacerdote á nombre de Jesucristo, convida á la mesa del altar y responde al ambicioso que es primero cuidar de sus haciendas, aumentar su capital, juntar una casa á otra casa y un campo á otro campo, hacerse respetar y temer de sus domésticos, que es indecoroso á su persona presentarse en la iglesia sin la correspondiente ostentacion como si Jesucristo no se diera igualmente á los monarcas mas encumbrados que á los mas abatidos vasallos, y como si le importara mas su vanidad, su soberbia, su ostentacion que el ser participante de la mesa santa. *Villam emi... habe me excusatum*. Habla el sacerdote en nombre

de Jesucristo, convida á la mesa del altar, y responde al avaro que le es necesario to lo el tiempo y toda la atencion para ganar el sustento. *Iuga boum emi quinqué et eo probare illa, rogá te habe me excusatum*; he comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas; ruégote que me excuses: De tal suerte se adhiere el avaro á los bienes terrenos que jamás se acuerda de los celestiales, engendra la codicia una sed rabiosa de adquirir siempre mas y mas. Si alguno tiene sed, dice Jesucristo; que venga á mí y que beba, pero el que padece sed y hambre de las cosas de la tierra; tiene fastidio de las del cielo, busca incesantemente los manjares amargos y desabridos, y se niega á la dulzura del manjar de los ángeles. *Iuga boum emi...* Las riquezas; dice el padre san Agustín, son la liga y el betun del infierno, y como las aves adheridas á estos materiales no pueden volar, así los hombres oprimidos con los deseos de las cosas terrenas no pueden dar un paso hácia los tesoros del cielo, *Iuga boum emi*. Habla el sacerdote en nombre de Jesucristo, convida á la mesa del altar, y responde el voluptuoso que él no pueda venir: *uxorem duxi non possum venire*: que las costumbres y cumplimientos del mundo le ocupan el tiempo, que las diversiones, los espectáculos, los pasatiempos son primero que las atenciones con Dios, que tiempo le queda para servirle, que no ha de pasar la primavera de sus dias sin gozar del mundo, ni dejar de coronarse de flores antes que se marchiten *uxorem duxi....* Los deleites del mundo, dice el Señor por el profeta nos roban el corazon: *fornicatio et ebrietas auferunt cor*, y de aqui es, dice el padre san Agustín: que estos vicios apagan el pensamiento para cual-

quiera otro bien, ni conocen, ni desean, ni hallan los voluptuosos otros bienes ni dulzuras que las sensuales. *Uxorem duxi.*

¿Qué mayor ingratitud puede darse en los convidados? ¿Qué ha de hacer el padre de familias al ver tan altamente despreciado su convite? ¿Qué ha de hacer Jesucristo al ver la loca temeridad de los hombres, que le abandonan, le desprecian siendo el alimento de vida eterna, por correr presurosos en pos de sus locos desvarios? Se irritará fuertemente *Reversus servus nuntiavit hæc Domino suo tunc iratus est pater familias.* ¿Cuánto debemos temer la ira del Señor? Terremotos, diluvios, ejércitos, el infierno mismo en sentir de Job es menos penoso que la presencia de un Dios irritado. Y si hasta tanto grado se irrita el Señor con los que se niegan á su mesa por entregarse á unas ocupaciones como las que cita el evangelio, lícitas de suyo y solo reprehensibles por el desordenado amor con que se anteponen á Jesucristo sacramentado ¿cuánto mas se irritará con esos incrédulos partidarios del error y sectarios del libertinaje que ansiando dar ensanche á sus pasiones á pesar de la iglesia que nos lo enseña y los infinitos milagros que lo testifican niegan su real y divina presencia en ese adorable sacramento? ¿Con esos malos cristianos que le mofan en su misma presencia, le niegan el justo respeto y veneración que se merecen y traen la irreverencia y la abominacion al lugar santo? ¿Con esos sacrilegos que profanan la sagrada mesa acercándose á ella con un corazón corrompido, con una conciencia imputa, con....? De aquí, dice el apóstol, de aquí provienen las enfermedades, las dolencias, las

muertes repentinias; efectos de la ira de un dios ofendido con los ultrajes que recibe en el sacramento del altar: *iratus est Pater familias*.

Otro que no amara como Dios; se apartaria totalmente de los hombres y los dejaria abandonados á sus locos deseos; pero este manso cordero todo lo lleva y sufre con paciencia por el ansia de estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos; y si unos le desprecian se consuela con llamar con más instancia á otros. Como si este Señor no pudiese estar sin el hombre, así se abate y humilla hasta traerle á su mesa. *Exi cito in plateas et vicos civitatis et pauperes ac debiles, et caecos et claudos introduc huc*. Sal, dijo el padre de familias á su criado y dice á sus ministros Jesucristo, sal luego por las calles y las plazas de la ciudad trae acá á los pobres, á los débiles, á los ciegos y los cojos. ¡O bondad! ¡O amor! Jesus sacramentado, el Rey de cielo y tierra, el criador de cuanto tiene ser; el Dios por esencia, aun despues de experimentar la ingratitud de los hombres no solo admite sino que ruega y convida á su mesa indistintamente á pobres y á ricos, á enfermos y sanos; á grandes y pequeños. En el pecho humano merecen la preferencia la magestad, la grandeza; la fortuna; pero en pecho divino no importa mas la corona que el arado, ni el manto imperial; que la capa miserable de un pastor. *Pauperes.....* A todos se franquea, á todos convida y si aun quedan asientos vacios en su mesa, manda á sus criados salir á los caminos y vallados y obligar á todos cuantos encuentren á entrar en su casa hasta que se llené del todo. *Exi in vias et sepes et compelle intrare ut impleatur domus mea*. Tan grande es el amor que Jesucristo

to nos tiene que se vale hasta de la fuerza para traernos á su cena. Se vale de beneficios y mercedes para vencer nuestro corazon, de enfermedades y desgracias convirtiéndolas en nuestro provecho; reparte la prosperidad quando conviene, el hambre y la pobreza, del amor, de las amenazas, del castigo, de todo se vale para traer al hombre á su mesa: él mismo entra en su casa en los momentos últimos de su vida sin distinguir al pobre del rico, se le dá su alimento para robustecerle para el viaje de la eternidad. *Compelle eos intrare*: con los cristianos indolentes, tibios y perezosos, se vale de la voz de su esposa y sus ministros para compelerlos bajo la pena de excomunion á que al menos una vez al año reciban la sagrada comunión y se alimenten de su divino cuerpo y sangre. *Compelle eos intrare*.

Un Dios, deduzco de toda esta doctrina, un Dios que se queda con nosotros, que nos dá su alimento, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, que nos convida, que está siempre á nuestra disposición sobre nuestros altares, que nos llama incesantemente por sus ministros, que todo nos lo allana para que podamos llegar á recibirle, que llama indistintamente á ricos, pobres, sanos y enfermos, que nos atrae á su convite con promesas, con beneficios, con ruegos, que se vale de amenazas, de castigos, de las enfermedades, de la fuerza para que nos lleguemos á él, que con ser Dios no pueda darnos más que lo que nos dá en el sacramento de su cuerpo, que no se cansa de sufrirnos y que á pesar de nuestras ingratitudes é irreverencias estará con nosotros hasta la consumación de los siglos; que en los instantes del último

desfallecimiento, cuando el mundo todo nos desampara, nos visita, nos consuela, nos fortalece, nos alimenta con su misma sustancia ¿qué ha de ser sino un Dios sacramentado encendido en el amor mas ardiente de los hombres? Y unos hombres que desprecian el convite del Señor, que anteponen su ambición, su avaricia, sus deleites á la participacion de la mesa santa, que siguen en pos de un mundo corrompido y engañoso, y desatienden la voz del Padre celestial, que le niegan, le desprecian, le ofenden, le insultan en su misma casa y en su divina presencia, que dilatan cuanto pueden el recibirle, ó le reciben en un pecho impuro y corrompido, ¿qué han de ser sino, lo que no creeríamos jamás á no experimentarlo, unos hombres ingratos y desatentos para con su Dios?

Concluyo, hermanos míos, con la amenaza del Señor en esta parábola. *Dico autem vobis, quod nemo vrorum illorum qui vocati sunt quatabit cœnam meam.* Ninguno de los que han sido convidados probará mi cena. Vivamos con temor y con recato; el Señor nos ha llamado á su convite, nos ha sufrido hasta aquí, y acaso no nos sufrirá mas; no nos fiemos en los beneficios con que nos ha enriquecido; en la amistad, con que nos ha honrado; porque de todo nos privará en castigo de nuestra indolencia y de nuestra tibieza. *Nemo vrorum.....* Enviadnos Señor todos los males del mundo antes que privarnos del manjar de vuestra cena.

Estos son los días de propiciación y de salud, esta es la ocasión de desagruar al Señor. Todo el día está espuesto en esta santa iglesia para recoger nuestras lágrimas, óir

nuestros suspiros y recibir en olor de suavidad nuestro culto y nuestra adoracion: vaya, pues, lejos de nosotros ese espíritu de veleidad, de bullicio profano, de indevotion que convierte una solemnidad tan tierna y religiosa, en fiesta de distraccion y curiosidad mundana, ese espíritu afeminado con que se asiste al templo mas por oír los conciertos que por ofrecer los homenajes al Dios vivo, ese espíritu de fé amortiguada ó de devocion inconstante con que despues de haber obsequiado algunos momentos á Jesucristo, vuelven presurosamente al vano ejercicio de sus pasatiempos los mismos que adoran á Jesus.

La ocupacion pues de un cristiano en este tiempo debe ser la leccion de libros devotos, oraciones fervorosas, apartarse del mundo y de sus ocasionados concursos y diversiones, asistir al augusto sacrificio del altar, visitar á Jesus sacramentado, edificar al prójimo asistiendo con devocion á las procesiones y culto público, dedicar un rato cada dia para conversar con Dios en el santísimo sacramento en esta iglesia que por desgracia suele estar tan sola. Pero especialmente no dejeis pasar esta octava tan solemne sin acercaros si es posible á la sagrada mesa del altar sin entregaros á un Dios que os espera, sin recibir á un Dios que os ofrece en sacrificio por vosotros. Si esta comunión no es comunión de precepto como la pascua, no por eso dejará de ser una comunión que tendrá mas señales de gratitud.

No os habla hoy la iglesia por su precepto, pero os convida, os ejecuta en sus deseos. *Pauperes ac debiles cœcos et elaudos introduc huc.* Obedientes, pues, á su voz es-

forcémonos á volver amor por amor y ¡permita el cielo que nuestro amor no dejenere sino que se aumente cada vez mas y adoremos con fervor á Jesus sacramentado, hasta que lleguemos á ver á Dios claramente en los cielos! Amen,

F. L. G.

SEMON

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PENTECOSTES.

Los que murmuran de los virtuosos y se escandalizan de la santidad se declaran en guerra abierta contra el evangelio y su Autor divino.

Hic peccatores recipit, et manducat cum eis. Este recibe á los pecadores y come con ellos. Luc. c. 15, v. 2.

En el evangelio de este dia se dice, que acercándose los publicanos y pecadores á Jesus para oírle, murmuraban los escribas y fariseos de nuestro tierno y amantísimo Salvador diciendo «Este recibe á los pecadores, y come con ellos.» ¡Qué depravacion esta, católicos! ¡Qué instinto tan fecundo en males el de los que tienen el mal por bien y el bien por mal, llamando vicio á la virtud y pecado á la santidad! La benignidad con que recibia Jesucristo á los que con corazon sencillo, sin malicia ni doblez acudian á oír su divina palabra, era un motivo de murmuracion para aquellos pérfidos doctores de la ley, que

se escandalizaban de la bondad infinita de nuestro divino Redentor que no vino á buscar á los justos, sino á los pecadores para curarlos como médico celestial. Los milagros estupendos que obraba nuestro divino Maestro en confirmacion de sus doctrinas celestiales, la santidad de su vida, su piedad y misericordia, su sabiduría eterna, y su poder infinito: todo, todo lo que hacia patente y manifiesta la divinidad del Hijo del Altísimo, era para sus enemigos objeto de desprecio, de odio, de murmuracion y de escándalo. Y por qué? Porque no sabian que el que hizo á todos los hombres no podia dejar de amarlos: porque ignoraban voluntaria y maliciosamente, que el que está sano, no debe insultar á los enfermos, sino compadecerlos, curarlos, ó contribuir del modo posible á su curacion.

Para establecer estas verdades, é infundir en nuestros corazones la caridad que, siendo benigna, paciente y misericordiosa, todo lo sufre y lleva con paciencia, confundió nuestro Redentor amable á sus detractores proponiéndoles tres parábolas las mas interesantes, consoladoras é instructivas por la saludable doctrina que contienen. En la primera les dice: « ¿ Quién de vosotros teniendo cien ovejas, » y habiendo perdido una de ellas, no deja las noventa y » nueve y va á buscar la que se ha perdido? Y si la halla » y pone en sus hombros para volverla al redil ¿ no con- » voca á sus amigos y vecinos para que se alegren con él, » porque ha hallado la oveja que habia perdido? Pues asi » os digo yo, que habrá en el cielo mayor júbilo por un » pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve » justos que no tienen necesidad de arrepentirse. » En la

segunda, continuando en su propósito de establecer la piedad entre los hombres, dice: «¿Qué mujer teniendo
» unas monedas y habiendo perdido una no enciende
» una luz, barre la casa y la busca hasta encontrarla? Y
» despues de hallarla ¿no se congratula con sus amigas y
» vecinas porque ha encontrado la moneda que habia perdido? Asi os digo yo, que habrá mucho gozo entre los
» ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.» En la tercera, insistiendo en la idea de hacernos entender lo que agrada á nuestro Redentor la conversion del pecador se explica de este modo: «Un hombre tuvo dos hijos de los
» cuales el mas mozo le dijo «Padre, dame la parte de
» hacienda que me toca.» Se la dió, y dueño de la porcion que juntó, marchó á un pais distante, dispó allí
» todo su caudal viviendo en la mayor disolucion, y empezó
» á tener necesidad. Se puso á servir á un ciudadano de
» aquella tierra, y este le mandó ir á guardar una manada de puercos. Aqui deseaba llenar el vientre de las
» legumbres que comian aquellos animales, pero nadie se las daba. Entonces volviendo en sí, dijo: cuántos criados
» en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo
» estoy aqui pereciendo de hambre! Saldré de aqui, é iré
» á buscar á mi padre y le diré: padre, pequé contra el
» cielo y contra tí. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo:
» trátame como á uno de tus criados. Marchó pues á buscar á su padre; pero habiéndolo visto este venir, movido á compasion, corrió hácia él, se echó á su cuello,
» lo abrazó tierna y cariñosamente y lo besó. El hijo pidió
» perdon á su padre, y este dijo á sus criados: traed luego

« el mejor vestido; vestidle, ponedle un anillo en el dedo
» y los zapatos en los pies. Traed tambien un ternero ce-
» bado y matadle para que todos comamos y nos regale-
» mos: porque este hijo estaba muerto y ha resucitado;
» se habia perdido, y lo he hallado.»

¿Podiera nuestro Jesus divino condenar de un modo mas directo, eficaz y concluyente la injusta y maliciosa murmuracion de los hipócritas y fantásticos fariseos? Murmurar y escandalizarse de la verdadera virtud, de las obras de la gracia, y de las doctrinas, prácticas y costumbres de los fieles que viven segun los preceptos y máximas de nuestra santa y adorable religion! No es esto *diabolizar* con el desiguiño infernal de resistir al Omnipotente? Si: « esto es declarar la guerra abiertamente al evangelio y á mi Autor divino;» y así os lo voy á demostrar en este discurso para que seais fieles discípulos de Jesus, no secuaces perversos de los fariseos, como los que escarnecen y se burlan de las virtudes cristianas.

Virgen adorable: sedme propicia. Alcanzadme la gracia que necesito, y no desecheis las súplicas de los que siempre tienen un placer en decirnos con el Angel.

AVE MARIA.

Hic peccatores recipit, et manducat cum eis.

En las parábolas con que Jesucristo manifestó á los fariseos el placer y gozo que tenia en tratar con los

pecadores se nos enseña lo mucho que nuestro Redentor nos ama, la alegría que causa en el cielo la conversión del pecador, y lo que pasa con el que dejando la vida espiritual, de la gracia por la sensual del pecado se entrega á discreción de sus vicios y pasiones haciéndose esclavo del demonio, hasta que visitado por el médico celestial es santificado por la misericordia del Señor. *La oveja erranta* y *la moneda perdida* son en sentir del Crisólogo (1) el género humano desterrado del paraíso, y perdido para siempre si el Hijo de Dios no hubiera bajado del cielo á buscarle y redimirle á costa de su misma vida. También segun Tertuliano (2) pueden significar el alma de cualquiera pecador, por quien no hizo menos Jesucristo que por todo el género humano, y cuya conversión causa mas gozo en el cielo que la santidad de los justos. Con respecto al Hijo pródigo os diré con san Ambrosio, con san Geronimo, san Agustín y san Pedro Crisólogo: que en la parábola con que nuestro divino Maestro nos lo dió á conocer para nuestra instrucción y consuelo, el *Padre* es Dios: los *dos Hijos* representan uno á los justos que perseveran en el servicio de Dios, y el otro á los pecadores que despues de recibir de mano de Dios muchos beneficios le abandonan y sacuden el yugo de su obediencia. *El país distante* es el olvido de Dios y de la virtud. *La disipacion de la hacienda* es la pérdida de la gracia, y el abuso que en este estado se hace de los dones

(1) Serm. 268.

(2) Lib. de Penitén, cap. 8.º

del Espíritu-Santo. *La servidumbre* es la miseria de una alma esclava del demonio y entregada á los vicios y pasiones mas vergonzosas representadas en los *puercos*, en donde inútilmente desea saciar el hambre de la concupiscencia que la devora. La resolución que el hijo extraviado toma *de volver á su padre* representa los diversos grados de la conversión de un pecador. *Primero*: Entra en sí mismo y conoce su miseria, y la felicidad que hay en servir á un Padre aun en calidad de criado. *Segundo*: toma la resolución de dejar aquella vida y de volver al Padre. *Tercero*: promete confesarle humildemente que ha pecado, y pedirle por gracia que lo admita, no entre sus hijos, de que se reconoce indigno, sino entre sus siervos. *Cuarto*: en fin, ejecuta sin dilaciones ni respetos su resolución, y en alas de su arrepentimiento y de la esperanza que le inspira la bondad paterna vuela hácia el Autor de sus días, y en él halla muchos mas bienes que los que podía figurarse. «El Padre que » sale á recibir á su Hijo», es Dios infinitamente misericordioso que previene al pecador con su bondad y misericordia. *El primero, ó mejor vestido* es la gracia santificante. El *anillo* es la imágen de Dios, y el sello del Espíritu-Santo borrado con los pecados y renovado con la gracia. El *ternero cebado* es la participación de la sagrada Eucaristía. *La alegría y regocijo* con que el Padre celebra la vuelta de su Hijo significa la alegría de los ángeles y santos en la conversión del pecador, que era el asunto de Jesucristo en las tres parábolas con que demostró á los fariseos que el recibir á los pecadores y comer con ellos era efecto de la bondad y misericordia con que venia á buscarlos para eu-

rarlos de sus vicios y pasiones, llenarlos de bienes espirituales y causar en el cielo una alegría especial.

Ved aquí, hermanos míos, como nuestro amable Redentor se defendió contra los detractores que murmuraban de sus virtudes, y se escandalizaban de su santidad. Bien sabían aquellos pérfidos lo que pasaba entre Jesucristo y los pecadores con quienes trataba y comía. No ignoraban que el divino Maestro señalándoles el camino de las virtudes evangélicas con el amor y dulzura que formaban su carácter, manifestaba un deseo ardoroso de sacarlos de la esclavitud del pecado, de darles la libertad propia de los hijos de Dios y de adornarlos con las vestiduras de la gracia para que fuesen dichosos y felices dando honor y gloria al Omnipotente, satisfaciéndose á sí mismos con el testimonio de una buena conciencia, y amando á sus prójimos en conformidad con sus divinos preceptos. Conocían también aquellos infames murmuradores de Jesús que los que se convertían y seguían las doctrinas y ejemplos del Hijo del Altísimo tenían una vida morigerada, virtuosa, edificante y digna de los que aprerian. do las influencias de la gracia esclamaban y decían en los éxtasis de su reconocimiento: «todos los bienes me han venido juntamente con ella.» Pero justamente aquella ciencia y este conocimiento son los que hacían á los fariseos no solo inexcusables, sino enemigos declarados de Jesucristo y de su religión santa y divina. Convencidos de la santidad de Jesucristo confirmada con los milagros mas públicos y notorios resolvieron en un vértigo de infernal audacia resistir al Omnipotente, y con pretesto de restablecer la gloria de Dios entre los hombres destruir los fundamentos de toda

virtud, suministrat armas al impío y escusas al desenvuelto y abrir las puertas al pecado. Fijos y parapetados en sus materiales intereses predicaban la necesidad de amar á Dios haciendo imposibles sus mandamientos y enseñando con sus doctrinas y ejemplos á aborrecerlo: predicaban ostentadamente la tolerancia y la caridad; pero no consentían oposición á sus falsos é infernales principios, despedazaban la fama de los verdaderamente virtuosos, echaban de la sinagoga y escomulgaban á los que confesaban la divinidad de Jesu-cristo: por conseguir sus fines, empleaban alternativamente, segun las circunstancias, la temeridad, la astucia y la fuerza, el rigor, las preocupaciones del pueblo, la credulidad de los idiotas, las pasiones, la inclinacion y los errores de los que pudieran hacerles sombra, por defenderlos con su crédito y autoridad. Dios mio! De cuántos males no fueron causa los que resistiendo al Escelso murmuraban de vuestras virtudes y se escandalizaban de vuestra santidad! *¡Quánia malignatus est inimicus in sancto!* (1)

Pero yo sin pensar mas que en los fariseos murmuradores de la misma santidad, á quienes compará el sabio á una serpiente que muerde en silencio (2), he hecho el retrato de los incrédulos, impíos y pecadores de nuestros dias, que escarnecen á los justos y se burlan de las virtudes cristianas. Cómo haria yo para convencerlos de sus errores y atraerlos al redil del divino Pastor en que todo es virtud, caridad y

(1) Psalmo. 73. v. 3.

(2) Eclesiastes. c. 10. v. 44.

gracia? Pidiendo á Dios un rayo de aquel amor y dulzura con que arrastraba tras sí á los mayores pecadores haciendo de la Samaritana y de los moradores de Sica^r adoradores del Dios vivo; de Zaqueo un discípulo, de Mateo un apóstol y de la Magdalena un serafín.

Inspiradme; Dios de bondad, y no permitais que salga de mis labios palabra manchada con el olin de las pasiones á que estamos espuestos todos los mortales. Hablad por mi boca: resplandezca vuestro poder inmenso en mi pequeñez y sed conmigo para decir con vuestra autoridad á estas gentes.

Señores: los que dominados por un espíritu de desobediencia y de rebelión murmuran de la sabia providencia que nos dirige; se empeñan en afe^r el evangelio santo; oprimen; bejan y escárneen á los que viven sóbria, justa y piadosamente, como lo manda el apóstol; y miran con desprecio y desdeñ las costumbres y prácticas piadosas de los fieles, declaran abiertamente la guerra á nuestro Dios y son peores que los mismos fariseos. Son como los israelitas de dura cerviz que cuantos mas favores y beneficios recibían de Dios, otro tanto mas murmuraban de su bondad, cuando les amenazaba con alguna adversidad. Ellos murmuraron de Moises y Aarón en la tierra de Jese cuando el Rey de Egipto aumentó sus trabajos (1); en las orillas del mar rojo, cuando se vieron perseguidos por el ejército de Fa-

(1) Exod. c. 5. v. 24.

raon (1); en Mará por la amargura de sus aguas (2), en Sin, porque les faltaba la comida (3); en Rafidín, porque no tenían agua (4); en Farán, cuando se disgustaron del Maná (5); y después de la vuelta de los exploradores de la tierra de promisión.

Ni los prodigios que obró Moises en el Egipto, ni el paso á pié enjuto por el mar bermejo, ni la columna de fuego con que el ángel conducia al pueblo de Dios; ni la dulzura de las aguas de Mará con un leño misterioso, ni la prodigiosa multitud de codornices con que fueron alimentados en el desierto, ni el Maná; ni la admirable conservación de los vestidos y calzados; nada, nada era capaz de contener la infernal mania de aquella generacion perversa empeñada en murmurar de su Dios, en hostilizarlo con sus pérdidas deserciones, en apartarse de la dominacion del Omnipotente que lo engendró, y en idolatrar por dar en rostro al que con mano fuerte y poderosa lo habia sacado de la esclavitud de los egipcios cuidándolo con mas solicitud y ternura que la madre mas sensible al hijo de sus entrañas. Aquellos rebeldes parece que tenían ostio á las obras del cielo, que estaban reñidos con la bondad infinita, y que les desagradaban los favores y beneficios del Dios que los pro-

(1) Ibid. c. 14. v. 14.

(2) C. 15. v. 24.

(3) C. 16. v. 2.

(4) C. 17. v. 2.

(5) Numen, c. 14. c. f.

teja en su misericordia para hacerles amable su imperio. Pero conducta tan sediciosa é infernal; ¿qué lo por ventura impune? ¿Pasaron aquellos murmuradores diabólicos sin los castigos que merecían? ¡Ay amados míos! Abrid la sagrada historia y en ella vereis, que Dios los castigó abati donándolos á un réprobo sentido; que no sólo quitaron la vida á los profetas santos que les envió el Señor, sino que dieron el escándalo de escandalizarse de Jesucristo y de murmurar de su santidad diciendo: «este recibe á los pecadores y come con ellos.» *Hic peccatores recipit, et manducat cum eis.* De aquí esa espantosa reprobación del pueblo ingrato entregado al desprecio, al oprobio y abyección de todos los pueblos de la tierra; en que vivien lo sin Rey; sin leyes; sin altar; ni sacrificios están dando un claro y sensible testimonio de la verdad de nuestra religion y de su Autor divino. De las murmuraciones en fin, y de las abominaciones que les acompañaban; así como de los escésos que les segñian; el ver á los judios cómo los vemos hoy en todo el mundo, aborrecidos de Dios y de los hombres: destinados; si no se arrepienten; á arder en los fuegos sempiternos con los demonios, de quienes se dejan inspirar y dirigir.

Igual es la suerte de los que engreidos; ufanos y arrogantes; viven orgullecidos en medio de sus escandalosos desórdenes sin pensar mas que en sus escesos y abominaciones que creen justificar, murmurando de la divina providencia porque no diviniza el crimen; porque no premia la maldad, porque prescribe la virtud para ser santos y entrar en el reino de los cielos. Perecerán infaliblemente los que murmurando de Dios y de sus hijos, se declaran abiertamente

en guerra abierta contra el Dios de la santidad sin reparar en que son una pavesa á quien dará Dios una desastrosa eternidad para que arda eternamente en los infiernos. ¡Si os creereis aludidos algunos de los que me escucháis! ¡Si pensareis que predico en general por dirigirme á los particulares! En el caso de que el testimonio de vuestra conciencia os acuse de murmuradores de las virtudes cristianas y de las prácticas, usos y costumbres pías de los fieles, teneis razon, habeis acertado: porque contra vuestras infernales murmuraciones, hijos de perdicion, contra vuestros abominables desacatos, perfidias é infamias hablo. A vosotros me dirijo; para que os reconozcais y os enmendeis he predicado. ¿Quereis que el Dios que os ha criado y redimido tenga con vosotros la alegría que tuvo el que perdió la oveja y la volvió á hallar; el gozo que experimentó la muger que encontró la moneda perdida; ó el indecible placer del padre que vió volver á su casa al hijo que tanto lo habia ofendido? Pues volved sobre vosotros mismos y conoced vuestra miseria: resolveos á dejar la vida desastrosa que teneis, y volved á vuestro padre celestial: prometed confesarle humildemente vuestros pecados y pedirle la gracia de que os perdone y admita como siervos en su casa: ejecutad en fin sin tardanza estas resoluciones, y no dudeis de la bondad y misericordia del que recibia con gusto á los pecadores y comia con ellos, porque los amaba y deseaba santificarlos para llevarlos al cielo. Alabad á vuestro Redentor: bendecidlo y glorificadlo: implorad su clemencia y no salgais de este santo templo sin proporcionar á los ángeles y santos del cielo el gozo

que les causa la conversion de un pecador. La gracia hermanos míos, será en este caso vuestro adorno; con ella sereis justos y virtuosos en la vida, santos en la muerte, y eternamente felices en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PENTECOSTES.

Del modo de asegurar la salvacion eterna.

Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cæpimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado un solo pez, echaré la red en vuestro nombre. Luc. c. 5, v. 5.

El Señor que por su infinita bondad ha querido redimirnos y salvarnos no quiere darnos parte en su reino ni admisión á la participacion de su gloria sino en premio y recompensa de nuestros méritos y buenas obras. No es el reino de los cielos una posesion hereditaria, ni basta solamente el ser cristianos para conseguirle y tomar posesion de él. Tenemos que atravesar el mar borrascoso de este mundo, y es

necesario navegar con destreza y acierto para llegar al puerto seguro evitando los escollos. Tenemos que andar el camino de la peregrinacion y el destierro, y es menester esforzarnos, ayudarnos y caminar. Tenemos que sostener una guerra cruel con enemigos poderosos y diestros, y es preciso pelear, vencer y alcanzar un completo triunfo. Tenemos que ganar el salario y es preciso trabajar. Las buenas obras han de acompañar y seguir al nombre de cristiano, y debemos poner nuestro cuidado y diligencia en hacer cierta con ellas nuestra eleccion y vocacion si no queremos que nos sirva de mayor confusion y afrenta y para ser mas fuertemente atormentados.

Sin embargo nada podemos por nosotros mismos y tenemos que empezar á obrar por el reconocimiento de nuestra miseria, de nuestra debilidad y de nuestra nada. Trabajaremos en vano, si no trabajamos en el nombre del Señor y ayudados de la gracia del Señor. Consumiremos nuestras fuerzas, ocuparemos en remar y sudar toda la noche y todo el tiempo de nuestra vida, y al amanecer el dia eterno que ha de seguir á nuestra muerte ningún fruto habremos sacado y nada tendremos sino cansancio y un tardío desengaño.

No hablo de aquellos que olvidados enteramente de Dios y del negocio de procurar su salvacion trabajan en aumentar su haciendas, en adquirir honores, en recrearse y satisfacer sus apetitos y pasiones con los placeres del mundo, y que en todo piensan y trabajan menos en su santificacion. Pasan en vano la noche y viven en la oscuridad porque no los alumbraba la luz de justicia y no sale para ellos el sol de

la inteligencia. No hablo de aquellos infelices que viven sumergidos en los errores de las herejías y falsas sectas, quienes trabajan en vano en sus peregrinaciones, sus ayunos y su culto, porque no abrazan y siguen la fé que es la entrada única para el camino del cielo y fuera de la que no se consigue la salud eterna porque sin ella es imposible agradar á Dios. Conocerán al fin que después de trabajar y fatigarse erraron el camino de la verdad y trabajaron en vano sin quedarlos lugar al escarmiento, á la enmienda, ni al perdón. Aun las obras buenas de los mismos cristianos, son inútiles y vacías si no se hacen en nombre de Dios, dirigidas á Dios y en la gracia y amistad de Dios. Bien puede un cristiano ayunar, orar, mortificarse, hacer limosnas, llorar sus culpas, hacer penitencia de ellas, hacer profesion de pobreza, de obediencia, de castidad; pero si no van estas obras enriquecidas con la gracia de Dios, trabajará en vano, no tendrán valor alguno, no se pagará de ellas el Señor y no podrá prometerse en recompensa de ellas la gloria de los justos.

¿Qué haremos pues, para asegurar nuestra salvacion y que nuestros esfuerzos y trabajos sean útiles y provechosos? Si trabajamos de nuestra cuenta y confiados en nuestras propias fuerzas, nuestro trabajo y nuestra industria no valdrá cosa alguna y nos veremos precisados á decir con san Pedro: «Maestro: toda la noche hemos estado trabajando y » no hemos pescada un solo pez.» Pidamos y obremos con el favor divino, obremos con la ayuda y en el nombre del Señor. «En vuestro nombre Señor extenderé la red.» El mismo mar, el mismo barco, las mismas redes, los mismos

pecadores que han pasado toda la noche sin pescar un solo pez no estando allí Jesucristo, las estienden una sola vez en su presencia, y es tanta la abundancia que no pueden con ella y tienen que pedir ayuda, segun que nos refiere para nuestra instruccion el evangelio de este dia. Es decir: hermanos mios, que donde no está Dios los sudores y trabajos del hombre son en vano. Es decir; que debiendo encaminar nuestros trabajos para conseguir nuestra salud y salvacion eterna debemos trabajar asistidos de Dios, ayudados de su gracia, sostenidos de su benéfica asistencia, si no queremos trabajar en vano. ¿De qué medios nos hemos de valer para este fin? ¡Quiera el Señor, que así como lo deseo acierte yo á manifestároslos y vosotros seáis dóciles en admitirlos y ponerlos en ejecucion! Dispensadnos, Dios mio, vuestra divina gracia, que os pedimos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Præceptor per totam noctem.....

Si nosotros nada tenemos, ni valemos, si nada somos sin la ayuda y asistencia de Dios, lo primero que debemos hacer es buscar y pedir esta ayuda y asistencia, recurrir continuamente al Señor y pedirle que nos favorezca, que no se aparte ni ausente de nosotros, recurrir á la oracion; y de aquí es que

se nos encarga con tanta frecuencia y es tan necesaria para todos. No te embarace el orar siempre, nos dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico. No hay cosa que te impida el encomendarte continuamente al Señor. Orad siempre sin intermision dice el apóstol. Os ruego ante todas cosas, nos dice tambien, que os encomendeis con grandes instancias al Señor. Y mas claramente nos explica por su misma boca Jesucristo la necesidad que tenemos de orar cuando nos enseña con sus palabras y su ejemplo el modo de orar, y nos dice: que conviene encomendarse siempre á Dios y no faltar. Esta palabra conviene, dice el padre san Juan Crisóstomo, induce una necesidad, de tal manera que aquel que nunca se encomendase á Dios haria imposible su salvacion. Y de aqui es que la oracion en sentir comun de los teólogos, no solamente es necesaria con aquella necesidad que se llama de precepto, sino tambien con la mas urgente que se llama de medio; y así no solo pecaria contra el precepto divino el que nunca invocase el favor de Dios, sino que se imposibilitaria tambien de conseguir su salvacion eterna privándose de un medio necesario para conseguirla.

Para que mejor conozcáis la necesidad de la oracion, conviene que sepáis: que tanto para recobrar la gracia de Dios perdida por el pecado, como para conservarse en ella es necesaria una ayuda y asistencia especial del Señor; y que esta ayuda de la gracia tan importante solo nos viene de Dios, segun la ley ordinaria de su providencia por medio de nuestros ruegos y oraciones. No pudiendo conseguirse la salvacion sino con las obras de la gracia, claro es que nos es indispensable valernos del medio de la oracion. Nada

podeis hacer sin mí, nos dice Jesucristo (1). Ni poco, ni mucho, espone san Agustín, se puede hacer sin aquel, sin quien no puede hacerse nada. Y siendo la gracia divina tan necesaria aun para la mas pequeña de las obras buenas sobrenaturales, lo será mucho mas para la mayor de todas ellas que es la perseverancia final, la victoria de las últimas y mas furiosas tentaciones sin la que no se consigue la salud eterna. Pues á esta gracia; á que el Señor nos dé su ayuda y asistencia nos abre la entrada la oracion, y hacemos que venga sobre vosotros por la oracion. Es verdad que la primera gracia la dá Dios, aun al que no la pide; que el pedir y recurrir á Dios en busca de sus auxilios es ya una gracia que el Señor dá y que no podemos jamás llegarlos á él, si él no viene primero á nosotros: pero tambien lo es que las segundas gracias, el conservarnos en su amistad y aumentar la gracia que nos ha dado, es menester ganarlo y alcanzarlo del Señor con nuestras súplicas. A la manera que el jardinero abriendo el surco hace que llegue el agua á las plantas desde la fuente, asi nosotros con la oracion formamos un canal para que nos lleguen las divinas misericordias y no se contengan y dejen de venirnos de Dios. El Señor nos ha prometido su ayuda y sus bienes, pero no quiere dárnoslos sino por este medio. Quiere el Señor, dice el padre san Gregorio, que orando y suplicando merezcamos recibir en tiempo, lo que determinó darnos antes de todos los tiempos. Asi quiere el Señor que suplicándole, le tengamos y reco-

(1) Joann. cap. 15.

rozcamos, como lo es, por fuente de todos los bienes. Lo quiere y es muy conveniente respecto de nosotros, porque con la oracion nos ejercitamos en muchas virtudes, en la fé, la confianza, la religion, y de esta suerte nos enriquecemos al tiempo mismo de confesar nuestra necesidad y pobreza, y nos son mas apreciables los dones de Dios con el deseo que en nuestras súplicas manifestamos de ellos.

Al mismo tiempo que el Señor ha dispuesto que sus gracias nos vengan por medio de nuestras oraciones y las ha hecho tan necesarias para que recibamos sus beneficios, ha hecho también que la oracion sea sumamente eficaz y consigamos por su medio lo que pedimos, no solamente por aquella fuerza para impetrar que tienen por su naturaleza las súplicas, sino principalísimamente por la palabra que tiene empeñada el mismo Dios, por la promesa que nos ha hecho de oírnos y concedernos cuanto le pidamos, si le pedimos como conviene. Prometiendo, se hizo deudor, dice san Agustin. Aquel gran Dios que es Señor y dueño de todo, se hizo deudor obligado á las instancias y oraciones de sus fieles.

Habremos pues de decir, segun esta doctrina, que si la oracion es tan necesaria como un medio para conseguir la salvacion, y es tambien tan eficaz para conseguir los beneficios del Señor, se conoce con toda claridad que el camino para asegurar nuestra salvacion es la oracion; pedir sin cesar al Señor, invocarle en nuestra ayuda y no trabajar en vano confiados en nosotros sin buscar su proteccion: no contentarnos con algunas oraciones apresuradas y dichas con distraccion de tarde en tarde; sino orar sin intermision, que

la oracion sea el ejercicio principal de nuestra alma; que oremos en los tiempos debidos y que fuera de ellos no apartemos nuestro espíritu de la presencia de Dios. Si para una gracia particular quiere el Señor que llamemos, que instemos, que roguemos sin intermision haciéndonos importunos, ¿cuánto mas deberemos instar, con cuánta mas frecuencia deberemos invocarle para no perecer y concluir felizmente el negocio de nuestra salvacion?

No es bastante que nos apliquemos á pedir la gracia y ayuda del Señor, es menester que nos ayudemos nosotros mismos con las fuerzas que Dios nos dá, que obremos y estendamos nuestra red como san Pedro; que trabajemos y no recibamos en vano las gracias del Señor, sin cesar por eso de pedirle el refuerzo para poder continuar la pelea hasta conseguir el completo triunfo.

Es cosa demasiado lamentable, hermanos míos, ver lo poquísimo que hacen muchos cristianos para salvarse como si nada los interesase, ó como si estuvieran en una completa seguridad de que habian de ir al cielo. Todo género de oracion los enoja; las devociones y prácticas piadosas los fastidian, y aquellos mismos que sin causarse jamás ni perdonarse medio alguno corren dia y noche detrás de los bienes y los intereses de la tierra, no digo ya que se burlen y miren con desprecio y como una insensatez los bienes del cielo, pero á lo menos y formando una idea mas favorable, si á la noche han de rezar un rosario; rehusan arrodillarse y lo hacen con precipitacion; si por la mañana han de oir una misa, están en ella con inquietud deseando que se concluya. El hallarse uno fatigado

sin hacer nada, es mala señal en sentir de los médicos. La pesadcz de todo el cuerpo, de las manos y los pies es pestilencial y síntoma de muerte. ¿Qué juicio podremos formar de los que quieren entrar en el reino de los cielos sin tomarse la mas pequeña molestia, que relusan la mas pequeña penitencia, el mas leve padecimiento, que están pesados para obrar el bien y que se fatigan con la práctica de cualquiera obra buena? Ni Jesucristo, ni los santos han entrado en el cielo por este camino; no han pensado así, ni han procedido de este modo. Han creído y han afirmado siempre, que la salvacion es una obra que necesita á todo el hombre y que no basta cualquiera fatiga leve para salvarse, y á estos es á quienes debemos atender y no á las sugerencias de nuestros enemigos que buscan nuestra ruina. Los santos no meditaban otra cosa en su entendimiento, no deseaban ni apetecian otra cosa en su corazon, no pedian otra cosa mas vivamente en sus oraciones que salvar sus almas, y no obraban cosa alguna con mas ansia y mas ardor que las prácticas de la religion y la piedad, como si á todas horas oyeran resonar en sus oidos aquella exortacion espantosa: velad en todo tiempo, pidiendo ser dignos de libraros de todas estas fatalidades que han de venir y de estar delante del Hijo del Hombre (1). ¿Cómo pretenderá salvarse el hombre que nada desprecia mas que su alma, que en nada piensa menos que en su alma, que vive como si su alma fuera mortal y concluyera con el cuerpo, y aun la estima en me-

(1) Luc. cap. 21. v. 36.

nós que á su cuerpo á quien complace, conserva y defiende con esmero? No, hermanos míos, no es la pereza y flojedad el medio para salvarse ni es el que llevaron los santos. Es preciso trabajar, ejercitarse, obrar el bien y ser amantes de la cruz. Es preciso multiplicar las buenas obras y perseverar en ellas hasta el fin. No basta un ayuno, una limosna de tarde en tarde, asistir á un rosario, visitar á un enfermo, y tal vez con el pecado en el corazón. Es preciso antes de todo volver al estado de gracia y amistad de Dios, porque mientras esteis ausentes de él, mientras seais enemigos suyos trabajareis en vano y no tendrán mérito alguno vuestras obras por buenas que os parezcan, porque todo su mérito nace de que esteis unidos con Dios como hijos queridos suyos por su gracia y amistad. Es preciso que multipliquéis y repitais vuestras buenas obras. No basta un solo remo para llevar la barca contra el agua, son necesarios muchos; y habiendo de caminar y llevar nuestra alma al puerto de su eterna salvacion venciendo la corriente impetuosa de los vicios, de las pasiones rebeldes, de las tentaciones importunas, no es suficiente algun acto bueno que hagamos en contrario, es necesario hacer muchos y hacerlos sin cesar y con una perseverancia invencible sino queremos quedar parados ó volver atras. ¿Qué fruto podemos esperar de un árbol que se trasplanta muchas veces al año? Ninguno, si ya no es que se seca y solo viene á servir para el fuego. Pues semejantes á él son los que comienzan á cada momento y despues no perseveran; los que apenas se han arrepentido del pecado, cuando parece que se arrepienten del arrepentimiento volviendo á pecar por que antes. Su inconstancia

parece que los señala como víctimas destinadas para el fuego de la divina justicia. Es necesario, pues, si se ha de procurar sinceramente la salud eterna de nuestra alma y con ánimo de conseguirla, pedirla á Dios en la frecuente oracion, pero en una oracion que sea fecunda de buenas obras, en una oracion que nos haga prontos para obrar y acometer las austeridades y penitencias. Es necesario que nos pongamos en la gracia de Dios, que obremos el bien despues de reconciliarnos con el Señor y que le obremos con frecuencia y con perseverancia.

Acaso os pareceré demasiado exigente si os digo que es menester algo mas para salvarse; pero yo os lo diré en la confianza de habérnoslo dicho antes Jesucristo, y es: que el cuidado de salvarnos debe ser nuestra única y principal ocupacion, que es lo que únicamente nos interesa y nos es necesario. ¡Qué necedad, ó qué obcecacion y delirio mas bien, el de tantos cristianos que no se avergüenzan en decir que las muchas ocupaciones que traen entre manos los quitan el tiempo para hacer obra alguna buena y negociar su salvacion! No hay mas negocio, ni mas ocupacion que el de salvar el alma. Solo una cosa es necesaria. Este es el negocio que importa; todos los demas son telas de araña, son nada y todos se han de concluir. Para sola esta ocupacion nos ha puesto Dios en el mundo, y para ella nos conserva; y si no nos empleamos de ella trabajamos en vano cuanto nos afanemos en lo demas. No quiero que todos abandonen sus casas, sus campos, el cuidado de sus familias y que en vez de trabajar cada uno en sus destinos los abandonemos todos por dedicarnos á rezar y orar como los que huyeron del

mundo y vivieron solos con Dios y ocupados de la contemplacion de Dios en los desiertos. El buscar únicamente nuestra salvacion, el ocuparnos únicamente de este negocio consiste en pedir la salvacion eterna de nuestras almas á Dios y buscarla antes que todo lo demas, y con preferencia á todos las demas cosas: en no hacer cosa alguna que pueda servir de estorbo para conseguir la salvacion; y en pedirla como fin último enderezando á ella todos los demas negocios. Comenzad en todas vuestras obras por Dios y su culto. Si os levantaiis por la mañana comenzad invocándole. Si quereis hacer un contrato informaos antes si es de tal naturaleza que le permita la ley de Dios. Si emprendeis un negocio, rogad antes á Dios que le dé buen suceso y sometedle á su divino beneplácito. Los que teneis hijos y familias ofrecedlos á Dios y cuidad que se eduquen en su santo temor mas bien que dejarlos honores y riquezas. Hé aquí lo que es el procurar únicamente la salud eterna de nuestras almas. No consiste en hacer oraciones sin cesar, en hacer ofrendas á Dios, en no pensar sino en Dios y en las cosas del cielo; obrad cuanto querais; dedicaos á las ocupaciones y negocios que mas os agraden ó á que os haya destinado la divina providencia, en todos los estados y destinos podeis conseguir vuestra salud eterna; pero ordenad y arreglad todas vuestras obras de modo que se encaminen y dirijan todas á conseguir vuestra salvacion, y sirvan de medios para lograrla. El capitán que tiene puesto sitio á una plaza, duerme, come, camina, piensa, discurre; y sin embargo se puede decir que hace siempre una cosa sola que es, procurar la toma de aquella plaza; porque si duerme ó se alimenta, es para

tener fuerzas con que continuar su empresa; si camina, es para registrar los puestos oportunos para acometerla; si piensa, es para disponer los asaltos; si habla, es para intimarlos; en una palabra, sus ocupaciones todas se dirigen á conseguir el fin y lograr la victoria. Hé aqui amados mios; lo que Dios pide de vosotros y lo que debe servir de regla en vuestras operaciones. Continuad en los trabajos y negocios que trais entre manos, vended, comprad, cuidad de vuestras casas y vuestros campos, pero que no sea la avaricia la que os mueva al trabajo, sino el mantener una vida que Dios os ha dado para que ganeis en ella la gloria. Amad y procurad el bien de vuestros hijos; pero contemplad en ellos unas almas que el Señor ha puesto á vuestro cuidado para que las encamineis al puerto de su eterna salud. El apostol al anunciar á los fieles la doctrina de Jesus intimó desde el principio este deber diciendo: sea que comais ó que bebais, que esteis descansando ó trabajéis, en todo cuanto hiciéreis y emprendiéreis, dirigillo todo á la honra y gloria de Dios y la salvacion de vuestras almas. Hé aqui como sin faltar á vuestros deberes, podeis y debeis ocuparos únicamente del negocio de vuestra salvacion.

Examinad ahora si os habeis encomendado frecuentemente al Señor, ó si habeis dejado pasar los dias, y tal vez las semanas enteras sin acordaros de él y como si no tuviérais Dios. Si habeis invocado su ayuda en todo tiempo y mas particularmente en vuestros tentaciones y peligros. Examinad qué obras hacéis y cómo os ayudais y esforzais para salvar vuestra alma; si os afanais y trabajais por los bienes eternos, asi como sois infatigables en trabajar dia y noche

por los bienes de la tierra. Examinad si dirijis todas vuestras operaciones, vuestros cuidados, y vuestros deseos al negocio de la salvacion que es el único que interesa y para el que vivimos en este mundo; si cuidais de no obrar cosa alguna que os retrase ó entorpezca el caminar adelante en la senda del cielo; y si hallais que es así, yo os doy toda la seguridad que puede tener un buen cristiano en esta vida de que conseguireis vuestra salvacion, porque este es el camino para lograrla en medio de tantas ocupaciones como nos rodean. Estos son los medios para obrar en nombre de Jesus y con la ayuda y asistencia de Jesus; y obrando ayudados de sus gracias y beneficios, trabajando en su nombre y con su asistencia, no trabajaréis en vano en la noche de esta vida, sino que cogereis frutos abundantes de gracia, con los que caminareis, adelantareis y os hareis dignos del premio y felicidad eterna de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PENTECOSTES.

Sufriéndonos Dios, justo es que nos suframos los unos á los otros.

Qui dixerit fratrem suum, reus erit gehennæ ignis. El que digiere á su hermano insensato, será reo del fuego eterno. Math. c. 5. v. 22.

Todos, católicos: todos hemos sido concebidos en pecado. Todos contragimos en el vientre de nuestras madres una porcion de miserias que inficionan las acciones de nuestra vida. Al nacer, todos nos hallamos con la precisa obligacion de domar viciosas inclinaciones, de reprimir y sofocar el funesto germen de crímenes que la primera culpa sembró en nuestros corazones, de vencer en fin pasiones

furiosas que con tenacidad constante nos arrastran hácia el mal. Semos semejantes á ciertos terrenos que solo producen abrojos, sin dar otro fruto que el que se les arranca á costa del mas improbo trabajo. ¿Hay acaso quien no conozca experimentalmente estas verdades latentes y palpitantes en nuestra frágil naturaleza? Reconoceos: registrad vuestras almas, sondead vuestras tendencias, vuestras dudas y conflictos y decidme, si no es una milicia la vida del hombre sobre la tierra como lo dice el santo Job (1).

Y en tan difícil situación: ¿qué remedio, Dios mio, qué remedio nos dais en vuestra misericordia para vencer y triunfar salvando nuestras almas? El que se expresa en el evangelio de este dia, católicos. En él manifiesta nuestro Redentor con la mayor energia el deseo que tiene de que nos amemos y suframos los unos á los otros. En el evangelio es en donde debemos ver nuestras manchas é imperfecciones para labarlas con las aguas saludables de los santos sacramentos. En el evangelio es en donde podemos aprender á conocernos, á humillarnos, á no mirar en nuestros hermanos mas que un fiel retrato nuestro, cuando se estravian cediendo á la fuerza de las pasiones. En el evangelio; en esa nueva con que se ha dignado Jesucristo ilustrar á los que su amor ha redimido, podemos ver la imagen de la bondad infinita que nos sufre, nos espera, nos previene, nos ama y no cesa de llenarnos de beneficios, aunque pecadores é imperfectos: en el evangelio, en fin,

(1) Job. c. 7. v. 4.º

podemos aprender á sufrirnos, á amarnos, á ayudarnos mutuamente como hijos de una misma familia, como ovejas de un mismo rabaño, como miembros de un mismo cuerpo, pues que Jesucristo es nuestro Padre, nuestro Pastor y nuestra cabeza. Infelices y desgraciados los que despreciando las doctrinas que se enseñan en la escuela de las virtudes se dejan arrebatar del odio, de la cólera, de la envidia ó de cualquiera otra pasión contraria á la caridad que debe ser la vida de nuestras almas, porque estos serán reos de fuego eterno. Así lo asegura la sabiduría eterna en el evangelio que acabais de oír. En él dice Jesucristo que el que desprecia á su hermano injuriándolo, y diciéndole con intencion de ofenderlo gravemente, *insensato, loco, ó fatuo*, es reo de los fuegos eternos del infierno. *Qui dixerit (fratri suo) fatue, reus erit gehennæ ignis.*

Para que ninguno de vosotros injurie, oseuda ni desprecie á su hermano con palabras, modos ó maneras capaces de lastimar su honor y fama con perjuicio de la caridad cristiana, y os libreis del fuego eterno en que arderán los que contristan á los que son carne de su carne y hueso de sus huesos, vengo decidido á hacer un esfuerzo para demostraros, que sufriendonos Dios como nos sufre con tanta bondad y paciencia, aunque somos tan perversos y criminales, con mas razon debemos sufrirnos los unos á los otros nuestros defectos, nuestras impertinencias, nuestros despropósitos, nuestras impaciencias y genialidades si no queremos ser pasto del fuego devorador y penetrante en que habitarán eternamente los que con dañina intencion y ánimo de contristar y ofender á su hermano le dicen dando muerte

á la caridad. *Insensato, loco, ó sùtuo*, como lo dice Jesucristo.

Virgen santa: que no salgan de nuestros labios mas que palabras edificantes, de virtud y de consuelo para todos los que las oigan. Que os imitemos en la caridad y dulzura que formó vuestro carácter, y seamos dignos hijos de una Madre que jamás supo mas que amar. Alcanzados esta gracia por la que celebró en vos el ángel cuando os dijo.

AVE MARIA.

Qui dixerit fatue reus erit gehennæ ignis.

La bondad de nuestro Dios no solo se deja ver en la benignidad con que sufre los enormes pecados que avergüenzan á la humildad, conmueven la naturaleza, y hacen llorar á los justos, sino que tambien resplandece en la paciencia con que tolera las infidelidades de sus siervos, las faltas escesos de los que hacen profesion de observar su ley, y las inconsecuencias de los que reciben mayores gracias y beneficios. No son las idolatrías de los Bonzos, Lamas y Brachmanes de la India, ni las supersticiones del Islamismo los pecados de que se queja nuestro Redentor; sino de la infidelidad, perfidia é infamia de sus mismos hijos rebelados contra el Padre mas amante que puede imaginarse. Si un enemigo

mio, dice el mismo Dios por el Salmista (1); si un infiel, un pagano, un gentil ó un ateo que no me conocen, me mal-digeran, blasfemaran mi nombre y me insultaran, lo sufriría con paciencia. Pero un amigo mio, un discípulo de mi evangelio, un hijo querido objeto de mis caricias que se sienta conmigo á la mesa para comer las dulces viandas del cielo, ¿paga mis favores con ultrajes; injuriando, contristando, y llenando de amargura al hermano con quien debería estar unido con los lazos de la caridad mas acendrada? Un cristiano que la echa de católico, ¿despreciar temerariamente mis doctrinas y ejemplos, y atreverse á herir de muerte á la caridad para asesinar á su prójimo con la espada de la maledicencia, de la murmuracion, de las injurias, desacatos, denuestos é improperios que tan mal parecen aun entre las gentes que ignoran á Dios! ¡Ah! Esto es estremadamente sensible. Ese hermano á quien ofenden los cristianos con palabras injuriosas prohibidas por la ley, es obra de mis manos; me ha costado treinta y tres años de anhelos, de sudores, trabajos y humillaciones; me dejó prender, arrastrar, azotar, coronar de espinas y crucificar por hacerlo mio; es la niña de mis ojos; su destino es el de la gloria, y su mortalidad se vestirá con la inmortalidad que le merecí para su eterna felicidad y dicha. Este, este hijo de mis entrañas á quien amo hasta el extremo de alimentarlo con mi cuerpo y con mi sangre es el objeto de la mordacidad de los que lo llaman *insensato*, *loco* ó *fatuo* con intencion de afligirlo y

(1) Ps. 54, v. 12.

contristarlo: en él soy escarnecido é injuriado mas oprobiosamente que en el calvario; sufre un miembro, y con él todo el cuerpo de que soy cabeza, y no; no puedo serme indiferente el que opriman y llenen de amargura al que he salvado y redimido. Perecerán todos los que no amen de todo corazón á sus hermanos; irán al fuego eterno los que digan á su prójimo. *Insensato. Qui dixerit fatue, reus erit gehennae ignis.*

Estas, hermanos míos, son las quejas con que manifiesta Jesucristo el desagrado que le causan los que ofenden á sus prójimos con palabras, modos y maneras despreciativas é insolentes indignas de los que se han educado en su escuela de dulzura, de amor y caridad. Así amenaza á los que deshonran el nombre de cristianos obrando como enemigos de la cruz y partidarios de Lucifer, en la infernal sevicia con que tratan á sus hermanos. ¿No bastará esto para que reprimiendo los movimientos de la ira, de la envidia y de la soberbia, demos entrada en nuestros corazones á la caridad que es benigna, paciente y misericordiosa, para amar, bendecir y fraternizar con los que nos rodean, y tienen como nosotros un mismo Dios, una misma fe y un mismo bautismo? Destinados todos á vivir eternamente unidos en la gloria en que es imposible la menor mancha y arruga ¿os parece regular el infernal proyecto de despedazarnos con injurias impropias de los hijos de Dios? A dónde van á parar en este caso las doctrinas y ejemplos de nuestro Maestro celestial? Sed justos y contestad. Decí dme si los que se declaran injustamente contra sus prójimos tratándolos como los gentiles á los parias é ilotas, no son reos del fuego eterno

á que los condena el que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, y echad vuestras cuentas para decidiros en la alternativa de gloria ó infierno que la religion os propone.

Pero, amados de mi alma; siendo tan sentidos los lamentos con que Jesucristo manifiesta su justa indignacion contra los que afligen y contristan á sus hermanos con esas burlas y desprecios insultantes con que los bejan y oprimen ¿qué conducta tiene su divina magestad con los que así lo improperan y ofenden? ¿Cómo trata Jesucristo en esta vida á los pérfidos que martirizan á sus prójimos con los malos tratamientos é injurias mas procaces é insensatas? Ah! Los trata con piedad. Los sufre; y con esto les enseña á sufrir. Los llama con su paciencia infinita y con su caridad inmensa; y este es el modo que usa nuestro Dios misericordioso para atraer á los pecadores y hacerles formar votos de amor, de beneficencia, de dulzura y afectuosa amistad con sus hermanos. ¿No deberemos imitarlo? Nuestro Dios sufre á los pecadores; hace nacer el sol para los justos y para los que no lo son; á todos ama; á todos quiere; por todos ha muerto; á todos dice: «Venid á mí los que estais cargados con el peso de la culpa, y yo os fortaleceré.» Es santo, perfectísimo, y lleno de santidad, y á nadie excluye su infinito amor. ¿Con cuánta mas razon deberemos nosotros amar y sufrir á nuestros hermanos por discolos, impertinentes y desagradables que ellos sean, siendo como somos tan defectuosos é imperfectos como ellos, si es que no lo somos mucho mas? Nosotros conocemos y confesamos que estamos llenos de miserias, de defectos é imperfecciones: sabemos

la necesidad en que nos hallamos de que se nos disimule, de que se nos aguante, de que se nos sufra y se nos trate con caridad: y ¿no hemos de estar dispuestos á hacer otro tanto con los que se hallan en igual caso?

¡Hombres y mugeres que con la mayor facilidad prorumpis en imprecaciones é improperios, apurando las palabras del diccionario de las desvergüenzas contra vuestros prójimos inocentes ó culpables; ¿teneis algun privilegio para que se os trate con dulzura, se os sufra, y se os escuse, no queriendo vosotros sufrir á los otros? Si esto no os parece ridículo é injusto, gritad enhorabuena contra vuestros convecinos y convecinas, insolentaos con cuantos os salgan al encuentro, y armad esas riñas y pendencias escandalosas con que turbais el sosiego y tranquilidad de los pueblos y familias: pero temed entendido, que ireis á pagar vuestros atrevimientos y destemplanzas á los fuegos eternos del infierno.

Herid; matad con vuestras lenguas viperinas á vuestros prójimos, y quitadlos la fama y el honor que debírais defender: pero creed que no teneis religion. No; no teneis religion: porque no la tiene el que falta á la caridad con su prójimo censurando sus faltas en vez de disminuirlas; acrecentándolas, exagerándolas, agravándolas, ó acaso suponiéndolas, en lugar de excusarlas, cubrirlas y ocultarlas. No tiene religion y es un impío, el que lleno de altivez y soberbia dice en los transportes de su amor propio, como el fariseo: «Os doy gracias, Señor: porque no soy como los demas hombres: yo ayuno dos veces á la semana, doy limosna, pago á mis acreedores, soy justo y virtuoso, y me

veo libre de los pecados con que os ofenden los demas. «Semejante ostentacion hija del orgullo y de la vanidad desagrada al Dios que se ha propuesto resistir á los soberbios y dar su gracia á los humildes segun los oráculos sagrados, y es necesario que no se vea entre nosotros.

Imitemos mas bien al publicano que arrepentido de sus culpas y pecados no se atrevia á mirar al cielo por reputarse indigno, sino que confiado en la divina clemencia decia con la mayor humildad «Señor: tened misericordia de mi.» Esto lo justificó; Dios le concedió su gracia, y Jesucristo nos lo propone como modelo de la sumision, respeto y humildad con que debemos orar y pedir gracias al omnipotente. Pidamos nosotros con humildad y rectitud de corazon á nuestro Jesus divino, que infunda en nuestros corazones un destello de aquella caridad con que nos mandó amarnos los unos á los otros, como él nos habia amado, y resolvámonos á amarnos mutuamente, á sufrirnos nuestras impertinencias, defectos y genialidades para que no nos comprenda la sentencia del fuego eterno á que son condenados por Jesucristo todos los que afligen á sus prójimos con palabras ofensivas incompatibles con la caridad cristiana. De este modo, todos nos convenceremos de que somos defectuosos, imperfectos y criminales; conoceremos la necesidad en que todos nos hallamos de amarnos, sufrirnos y conllevarnos; y no se oirán en este pueblo las palabras que con tanta energia prohíbe Jesucristo en el evangelio de este dia.

Es necesario hermanos míos, que tengais muy presente que el que no ama á su hermano anda en tinieblas; está

en estado de reprobacion, y no conoce al Dios verdadero, como lo dice san Juan (1). Que si alguno piensa que es religioso, sin refrenar la lengua, que es como un caballo fogoso indómito de donde proceden los males que condena Jesucristo en el evangelio de este dia, debe tenerse entendido, que la religion de este tal, es vana, de puro aparato, y reprobada por la eterna sabiduría, como lo demuestra el apóstol Santiago (2): y en fin, que lo que no queremos para nosotros no lo hagamos á los demas. Con estas nociones de moralidad, y la gracia que debemos pedir con humildad al dador de todo don perfecto, podremos agradar á Dios y á nuestros prójimos, enmplir con los divinos preceptos, formar una sociedad digna de los discipulos del evangelio y dar á la Iglesia santa el gozo y placer que le proporcionaron las conversiones de los Pablos, Ciprianos, Agustinos, Pelagias y Egipcias, modelos de penitencia y de las virtudes que debemos practicar para agradar al Señor y complacer á nuestros hermanos, segun las leyes de la caridad cristiana.

Hagamos pues un esfuerzo: sea nuestro lema «Hacer bien á todo el mundo y mal á nadie», y Dios nos dará su gracia para vencer los peligros de esta vida, para vivir santamente en el estado de nuestra vocacion, para no ser reos del

(1) Epist. I. Joann.

(2) Jacob. c. I. v. 26.

fuego eterno como los que ofenden á sus hermanos llamándolos *Insensatos, locos y fatuos*, y para ser hijos queridos del Padre celestial escritos en el libro de los escogidos que han de reinar eternamente en la gloria que os deseo.
Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA VI DESPUES DE PENTECOSTES.

Contra la vida cómoda y deliciosa.

Et manducaverunt et saturati sunt. Comieron y se saciaron todos. Marc. cap. 8.

Por segunda vez obra Jesucristo el milagro de alimentar á la multitud de gentes que le siguen desde lejos hasta el desierto. Despues de anunciarlos su doctrina celestial, movido de misericordia viendo que llevaban ya tres dias en su seguimiento sin tener que comer, multiplica con su bendicion los únicos siete panes y algunos peces que parecieron entre todos, y todos comieron y quedaron hartos, sobrando siete canastos de fragmentos. Jesucristo alimentó y sació con el manjar multiplicado en sus benditas y poderosas manos,

pero ¿á quiénes? No á los ociosos y que se quedan gozando las comodidades y regalos de la ciudad y de sus casas, nos hace observar el padre san Ambrosio, no á los que se están de asiento disfrutando el fruto de sus empleos y dignidades, sino á los que le siguen hasta el desierto arrojando las incomodidades y molestias por oírle y privándose hasta del alimento necesario.

No son pues, los favorecidos de Dios y los que pueden prometerse saciarse de los bienes y consolaciones del Señor los que pretenden vivir en una vida dulce y cómoda, una vida gustosa y agradable y evitan con esmero hasta la mas pequeña molestia y no se perdonan deleite ni placer alguno. Por desgracia esta vida es demasiado comun y en el mundo se tiene por inocente, por licita y se vive en ella con una conciencia tranquila; pero por mas estendida y autorizada que se halle por el mundo y las costumbres, yo debo decirlos que es contraria al espíritu del evangelio, que no es vida de un cristiano que debe ser de trabajos y de cruz; que eso es el camino ancho y espacioso que parece al hombre que es el camino derecho y seguro y concluye en la muerte y perdicion eterna; que no podemos ser felices en este mundo y en el otro; que no participaremos del alimento de Jesus ni seremos satisfechos si no le seguimos padeciendo hambre y abandonando las comodidades y regalos.

Contra la vida blanda, deliciosa y regalada voy á hablaros en este dia con tanto mayor motivo y mas necesidad, cuanto que es la mas frecuente y se la mira no solo con agrado y sin conocer sus riesgos y peligros, sino tambien como una vida de una bondad exacta, como una vida regu-

larizada y ejemplar, como una vida irrepreensible y propia de un cristiano.

¡Quiera el Señor que yo acierte á sacaros de ese adormecimiento y sueño mortal y acepteis la vida de trabajos y mortificacion, el camino estrecho que conduce á la gloria! Imploramos antes los auxilios divinos por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Et manducaverunt....

No entiendo por vida deliciosa y regalada una libertad de costumbres, un desenfreno y licencia de las pasiones en que no se perdonan los mas detestables excesos, una vida resuelta á llevar adelante sus antojos por ilicitos y reprobados que sean; una vida dedicada esclusivamente á los placeres, que no conoce otros límites ni otra ley que la de sus deseos. Semejante vida, ni es la mas comun, ni es la que el mundo justifica. Jamás es menos peligroso el mal que cuando se presenta con toda su fealdad. El mundo mismo le detesta, los hombres le apartan de sí y no apetecen manchar su honor y reputacion con la nota degradante que llevan consigo los vicios. Hombres viciosos, libertinos y desenfrenados hay y por desgracia con demasiada abundancia, pero

el evangelio y las leyes los condenan, y el mundo mismo á pesar de su corrupcion, los aborrece y los persigue, huye de ellos y se tiene por envilecido admitiéndolos en sus reuniones y concurrencias. Entiendo por vida cómoda y deliciosa una vida enemiga de todo freno y mortificacion; en que no se quieren los placeres que la ley prohíbe, pero no se quiere tampoco carecer de ninguno de los que la ley permite: un estado en el que cada uno se propone no hacerse reo de grandes vicios, ni aspirar tampoco á grandes virtudes: un estado en el que no se busca el aplauso ni la murmuracion y mala nota; en el que no se quiere ser penitente, ni culpado á los ojos de los hombres y cada uno se tiene á sí mismo por hombre honrado y virtuoso, por un hombre de bien: un estado sin grandes vicios y sin grandes virtudes; que hablando con toda propiedad no es otra cosa que una alternativa de juegos y comidas, una continua tela de ocupaciones que agradan y el mundo llama diversiones y recreos inocentes. Hablo en una palabra de aquel género de vida en que se procura huir de todo lo que puede alterar el reposo, y se busca y apetece todo lo que sin faltar á la decencia puede lisonjear los apetitos y sentidos. Este es el género de vida mas comun y ordinario; esta es la vida que se procura el rico y el pobre segun sus facultades; la vida que llamais honrada y pacífica y en la que creéis que os es lícito continuar porque veis que en ella viven los demas. Pues yo os digo que no es esa una vida propia de un cristiano, que es una vida reprobada por Jesucristo, que con ese género de vida cómoda y deliciosa arriesgais vuestra salvacion eterna. ¿Sabeis por qué? Porque no obraís

bien alguno y os esponéis á cometer muchos males.

No basta al verdadero cristiano, al que es soldado de Jesucristo y está rodeado de enemigos con quienes pelear, al que vive en el destierro y tiene que seguir sin cansarse hasta llegar á su patria, el vivir en la ociosidad y el descanso, el no obrar el mal, ni hacerse reo de grandes vicios, es necesario que pelee, que se esfuerce, que camine adelante, que dé frutos y contraiga méritos. El árbol infructuoso ocupa en vano la tierra, y si pasado algun tiempo no dá fruto será arrancado y arrojado al fuego, nos dice Jesucristo. Las vírgenes necias, no quedaron excluidas de la entrada en las bodas por sus delitos sino por su descuido en no tener sus lámparas encendidas. Para entrar en el cielo es necesario esforzarse, entrar por el camino estrecho, llevar la cruz y seguir á Jesucristo por la mortificacion, por la penitencia; es necesario obrar bien y dar frutos de buenas obras. ¿Qué diremos segun esto, de un método de vida en que solo se procura el placer y descanso, en que no se cuida sino de no sufrir molestias y de proporcionarse las comodidades y regalos posibles? Hablo con todos porque no son los ricos solamente sino los pobres tambieu, los que segun sus fuerzas y posibilidad atienden á sus placeres y se olvidan de emprender las molestias de la virtud. Examinad si no todo el dia y señaladme al fin de él alguna pequeña parte que hayais destinado para Dios y el cuidado de vuestra salvacion. ¿Dónde la hallareis? ¿Dónde está el tiempo destinado á la oracion, á la lectura de algun libro devoto, al examen de vuestra conciencia, al alivio de los pobres, á la instruccion de vuestros hijos y domésticos? Por mas que aumentéis

vuestras diversiones y vuestros negocios y afanes terrenos siempre teneis tiempo para todo. ¿Son necesarias horas enteras para vestiros y adornar vuestros cuerpos, para un entretenimiento ó diversion que os agrada, para leer un libro que os recrea, para una visita que os gusta ó para un juego que os divierte? Pues para todo hallareis tiempo y todos los días estareis desocupados. Esto es lo que llamais tiempo, el que podeis emplear en las comodidades propias ó en las diversiones del mundo. Pero el tiempo de ofrecer á Dios, en levantándose las obras del día; de rendirle nuestros homenajes y respetos, de pedirle gracias, de asistir con reverencia al santo sacrificio de la misa, ¿Dónde se halla? ¿Dónde encontraremos el tiempo de la restitution, de la limosna, del ayuno, de la abstinencia, de la reconciliación y la paz con vuestros enemigos? ¿El tiempo de entrar en vosotros mismos y hacer serias reflexiones de que la vida es corta, de que de la noche á la mañana os puede llamar el Señor á su terrible tribunal, del amargo pesar que tendremos de no haber tenido una vida mas cristiana y haber estado siempre dispuestos para cuando nos cogiese la muerte? ¿Dónde está este tiempo tan precioso y tan necesario para vuestra salud? ¿Este tiempo que os pesará algún día haber dejado pasar inútilmente y deseariais recobrar con tanto ardor que estimaríais en poco el dar por él mil vidas? ¿Dónde está el tiempo destinado para obrar el bien y servir al Señor?

Pensamiento triste y desconsolador, hermanos míos; pero es una verdad amarga la que al tender nuestra vista por todas partes nos vemos obligados á confesar con el pro-

feta rey: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* No hay quien obre el bien; no hallamos siquiera uno. Examine se y entre cada uno en su conciencia y díganos: ¿qué virtudes, qué méritos, qué grandes obras ha hecho para poder pedir á Dios la glôria en recompensa? ¿Podreis acaso persuadiros que despues de dormir con todo el descanso y reposo posible; despues de pasar algunas horas en dar al cuerpo las perfecciones que no tiene ó que ha consumido la edad; despues de oir una misa, que tal vez se deja de oir; muchas se pasan en distracciones, ordinariamente se oye con una postura, si no indevota, al menos cómoda y nada penitente, y siempre la última ó la mas ligera que se puede encontrar; despues de algun sermon que se oye con espíritu de crítica ó de curiosidad: despues de algunas confesiones hechas de tarde en tarde, de prisa, por costumbre, por el respeto del mundo, por conservar buena reputacion, y sin dolor, sin propósito y en las que creéis que está hecho todo con decirlo todo: despues de haber hecho algunas limosnas pomposamente distribuidas y que solo sirven para aumentar vuestra vanidad, ó en las que no se ha interesado la virtud y el amor de Dios sino la compasion natural y tal vez el cálculo y la prudencia humana, ¿os podreis persuadir, repito, que con esto cumplis los deberes de cristianos y estais en carrera de salvacion? ¿Podreis persuadiros que despues de comer y beber sin mortificar jamás vuestro gusto, de una conversacion en la que se ofende la caridad y muchas veces se hieren tambien la justicia, la verdad y otras muchas virtudes; despues de una lectura, en que como si no tuviérais bastante con vuestras pasiones propias os apropiáis las age-

nas; despues de un paseo en que no buscaís sino ver y ser vistos; despues de asistir á uno s espectáculos y diversiones de donde salisteis mucho peores de lo que entrasteis; despues de una cena en qua nada os falta y un juego prolongado hasta la media noche ó el dia siguiente; despues de una vida pasada en la disipacion del espíritu y en la que no podeis afirmar que habeis domado y sujetado una sola pasion, adquirido una virtud, practicado una austeridad y penitencia ni hecho una sola accion que haya mirado á Dios como á su último fin; despues de este método de vida ¿os podeis persuadir y aun os atreveréis á lisonjear de que al fin de ella os concederá el Señor la gloria? ¿Os podreis persuadir que para ir al cielo basta no hacer mal á nadie; no molestar ni perturbar á nadie y procurar honradamente el ganar la vida, que es todo lo mas con que pretendéis justificaros? Pero entonces no será necesario para salvarse orar é interponer la mediacion de los santos que vosotros menospreciáis; no será necesaria la frecuencia de sacramentos que vosotros abandonáis, las gracias que despreciáis y los buenos ejemplos que no quereis seguir. Entonces no será verdad que el camino del cielo es áspero y estrecho y que es necesario hacer grandes esfuerzos para entrar por él. Que son pocos los que le siguen; que el que ha de salvarse ha de renunciarse á sí mismo, tomar su cruz y caminar con ella en seguimiento de Jesucristo. Entonces no será verdad que la felicidad eterna la dará Dios solamente á aquellos que combaten, que triunfan y consiguen victorias sobre sus enemigos; no será verdad que la gloria es una corona de justicia debida solamente al mérito y á la práctica de las virtudes sobrena-

turales, puesto que el no hacer cosa alguna sea suficiente mérito para adquirirla. Entonces fueron unos necios los santos en mortificarse, los mártires en abrazarse con los tormentos, los solitarios en pasar los días y los años en la amargura y el retiro, los penitentes en macerar sus carnes, puesto que hubieran ido al cielo del mismo modo gozando una vida poltrona, de regalo y comodidad, ó al menos, una vida sin austeridades, sin oracion y mortificaciones. Entonces no será verdad que la vida del hombre es una guerra continua sobre la tierra y que solo será coronado el que persevera hasta el fin esento del mal y sin sucumbir á la tentacion.

No digais que las mortificaciones y penitencias, que las austeridades y privaciones, la oracion, el abatimiento y desprecio de sí mismo, la humildad y las demas virtudes cristianas son simplemente consejos del evangelio que no obligan al comun de los fieles sino á aquellos que quieren ser perfectos y santos. Jesucristo al anunciar la obligacion de seguirle con la cruz por el camino estrecho hablaba con todos. *Dicebat autem ad omnes.* A nadie esceptua cuando habla de la vida mortificada y paciente. Con vosotros habla, grandes del mundo en la autoridad en que os ha colocado vuestro destino: con vosotros habla, ricos del mundo en la prosperidad de vuestra abundancia: con vosotros habla ya sea que esteis agobiados con el peso de los años, ó que esteis en el fervor de la edad y las pasiones: hombres y mugeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, con vosotros habla y á todos comprende á no ser que querais un evangelio distinto del de Jesucristo.

Si pues, en la vida ociosa y regalada no mortificais vuestros apetitos, no os perdonais gusto ni satisfaccion alguna, no os sujetais á las privaciones y ansteridades por seguir á Jesus ni os le proponeis por modelo como lo hicieron los santos, claro es que en ella y con ella arriesgais la salvacion porque no haceis obras buenas que os hagan dignos de ella, porque no peleais y triunfais como es necesario para conseguir el premio; por seguir el camino agradable, ancho y espacioso que lleva á la muerte; porque no obraís el bien y vivís en la indolencia y ociosidad sin dar fruto en ningun tiempo y ocupando la tierra en vano. No os tomáis la molestia de abandonar vuestras comodidades y reposo por seguir á Jesucristo, y no seréis alimentados y saciados de sus deliciosos manjares.

Sea una verdad enhorabuena, que no hay vicio en vuestros placeres, excesos en vuestros regalos, que no paseis la línea de lo justo, y que todas vuestras diversiones sean inocentes y en vuestras comidas y porte exterior no paseis los límites de una moderacion cristiana; sea una verdad que no obreis mal alguno; pero vuestra vida es una vida de alegría y de placer; y la del cristiano debe ser de mortificacion y penitencia; pero no obraís el bien ni dais un paso adelante en la virtud; vivís en un estado de inaccion y ociosidad sin hacer nada para la vida eterna, y la vida del cristiano debe ser una continua pelea en este mundo: pasáis una vida coronada de flores y no corresponde esta á los que siguen á un caudillo coronado de espinas.

Sin salir del evangelio hallamos el ejemplar del término desgraciado adonde conduce la vida ociosa y regalada sin

que se mezcle en ella algun otro género de delitos. El rico avariento nos dice Jesucristo, pasaba sus dias en continuos placeres, *Epulabatur quotidie*. Pero no nos dice que e los p'aceres fueran prohibidos. Su mesa era espléndida y abundante, *Epulabatur splendide*. Pero no nos dice que se manchase con la intemperancia y la embriaguez. Vivía con toda magnificencia y vestía con lujo y preciosidad, *Induebatur purpura, et bysso*. Pero no nos dice que la vanagloria fuese el motivo de su fausto ni que faltase á la decencia. Nada nos dice Jesucristo de él que no pueda decirse de vosotros; y sin embargo este rico, este hombre de bien segun el mundo que pasó su vida en comer, beber, cuidarse y no hacer mal á nadie, este hombre de quien no se notan grandes vicios ni grandes virtudes, murió y fue sepultado en el infierno. *Mortuus est dives et sepultus est inferno*. ¿Por qué? Porque vivió como vosotros y acaso menos mal que vosotros, porque no obró el bien ni se ejercitó en las buenas obras que pudo y debió hacer en su estado y su posicion. Luego es peligrosa la vida cómoda y regulada y se arriesga en ella la salvacion eterna porque, en semejante género de vida nose obra el bien.

Y lo es tambien porque en ella vive el hombre espuesto á cometer muchos males. No es posible vivir entre los placeres y regalos, entre las comodidades y pasatiempos sin pelear y sujetarse á sí mismos, sin huir y evitar las ocasiones, sin que al fin el corazon se corrompa y se precipite en los vicios. El atractivo de los placeres nos engañará. Es un peso que nos arrastra, dice el Espíritu-Santo, una ley que nos tiraniza, un lazo que nos ata, un hechizo que nos

engaña, una especie de embeleso que nos transporta. *Transvertit sensum* (1). Es una inclinacion perversa que nace con nosotros, reina en nosotros y á pesar nuestro nos lleva á lo que está prohibido y nos inclina á todo lo que puede pervertir el espíritu, ablandar el corazon, corromper los sentidos, irritar las pasiones siendo causa de que estas se arrojen con furor á lo que nos está vedado. Demasiado conocemos la guerra que nos es preciso sostener para refrenar el deseo y los términos á donde nos lleva la fuerza y atractivo de los placeres de este enemigo poderoso que ha marchitado la pureza de tantas vírgenes, la constancia de tantos mártires, las austeridades y el fervor de tantos penitentes y hace que todos los días le sacrifiquen muchos cristianos el honor, el reposo, los bienes, la salud, la vida y hasta el alma misma.

Ahora bien; dad buena acogida á los placeres, entregaos libremente á ellos á título de que son licitos y honestos y vuestro corazon se ablandará y corromperá, á no ser que querais decir que teneis un temperamento distinto del de los demas hombres. Si huyendo de los placeres, si mortificando la carne, si viviendo en la oracion y el retiro hay peligro de caer, arrojándose en medio de su incendio, buscándolos con diligencia, ¿podreis estar seguros de no ser abrasados en sus llamas? Jesucristo y los santos declamando con tanta vehemencia contra los alicientes del deleite, entregando sus cuerpos á las mortificaciones y reduciéndolos á la servidumbre, no concediéndose sino lo preciso para soste-

(1) Sap. cap. 4. v. 62.

ner la vida ¿Habrán sido unos necios y habrán combatido y peleado con un enemigo débil y que no debe temerse? Y si al mismo Jesucristo en el desierto, á un san Gerónimo en el pesebre del Señor, á un san Beato en medio de las zarzas, á un san Bernardo en los rigores de la nieve y á muchísimos justos en las austeridades y el retiro inquietaron los placeres y el recuerdo solamente de los deleites ¿sereis vosotros fuertes en medio de ellos y triunfareis de sus perniciosos asaltos sin resistirlos y entregándoos á ellos sin reserva y sin cautela?

Si pues, en esa vida libre no amortiguais vuestras pasiones, no refrenais vuestros apetitos y sentidos, no haceis esfuerzo alguno ni vivis sobre aviso con vosotros mismos, si vivis sin temor, sin inquietud y con una temeraria confianza, ¿qué esperais sino ser dominados de las pasiones que no quereis reprimir y arrastrados á los vicios? Bien sé que hay placeres licitos y permitidos; pero jamás podrá serlo el ocupar la vida en ellos, el no privarse de ellos, el no dejar pasar ocasion de entregarse á ellos. Jamás lo será el sacrificar á los placeres y diversiones el tiempo que se debe á los negocios serios y á la oracion y prácticas religiosas; el que se debe á la educacion de la familia y la administracion de la justicia, el sacrificar á la vanidad y el lujo lo necesario para el pago de los criados y el alivio de los pobres, el abandonar los deberes del oficio y del destino, el malgastar en ellos lo que la justicia y la caridad reclama para otras atenciones, el perder en ellos la salud.... Ved cómo y por cuántos caminos os conducen los placeres y deleites de la vida regalada y ociosa á los vicios y os hacen culpables y reos de crímenes que no conocéis porque los placeres mismos os ob-

cecan y no os dejan suficiente luz para ver, que por conservar esa vida poltrona y descansada abandonais vuestros deberes, olvidais vuestras obligaciones, mulgastais vuestra fortuna y os esponéis al riesgo de perder la conciencia, la honestidad, la justicia y todas las virtudes.

Seguid pues á Jesucristo hasta el desierto si quereis ser alimentados y saciados con la abundancia de su gloria. La ley de su evangelio, la ley que condena los deleites y declara la guerra á los placeres, la ley en que es preciso obrar el bien y apartarse de todo mal y peligro, he aquí el camino por donde es preciso seguir á Jesus. Ley de mortificacion, abnegacion y penitencia, camino estrecho y violento, vida de tristeza y de dolor, pero que es corta y concluirá con el gozo y el placer sólido é inamisible. Por mas que esa vida de descanso y comodidad sea gustosa, sea frecuente y sea el camino comun y espacioso que llevan casi todos los hombres, huyamos de él, hermanos míos, sometámonos al yugo del Señor, esforcémonos á entrar por el camino estrecho si hemos de llegar al fin de nuestra vida á recibir en premio de nuestras fatigas, nuestras victorias y nuestras virtudes la corona de gloria que nos haga gozar de los placeres puros y santos para siempre con los ángeles y santos alabando á Dios en el cielo. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA VII DESPUES DE PENTECOSTES.

Debemos huir del mal, y obrar el bien.

Omnis arbor quæ non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur. Todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Math. c. 7. v. 19.

El evangelio de este dia me autoriza para decir á los que la echan de justos y virtuosos sin serlo. «Hombres perversos disfrazados con los vestidos de la virtud, ocultaos: huid de los que aman la verdad, porque Jesucristo nos ha enseñado á conocerlos. El divino Maestro nos exorta á guardarnos de los que revistiéndose de un hábito exterior de piedad y de reforma tienen el corazon lleno de veneno: nos insta para que vivamos alerta, y observemos á los que aparentan

virtudes que no tienen para engañar á los que no los conocen: y guardaos, nos dice, «de los falsos profetas que vienen » á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos » rapaces.» El Redentor del mundo solícito por la salud de nuestras almas quiso ponernos á cubierto de las malignas asechanzas de los hipócritas y falsos doctores que tan infernal empeño habian de formar para alucinarnos y engañarnos; y al efecto, prosigue diciéndonos: «No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el malo puede darlos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Por sus frutos los conoceréis.

Nosotros, hermanos míos, somos los árboles de que habla Jesucristo en el evangelio que acabais de oír; los buenos frutos son nuestras buenas obras, y los malos, los pecados. Quiere la sabiduría eterna que todos seamos conocidos por nuestras virtudes ó por nuestros vicios, y que tengamos entendido; que siendo el hombre que obra bien, un árbol precioso en la presencia de Dios, será algún día trasplantado á la patria de los santos dejando en la tierra olorosos perfumes de perfeccion cristiana destinados á recrear con su celestial fragancia á los hijos de la gracia: pero que, el que no obra el bien, es una planta, por lo menos infructuosa, reprobada por Dios, y destinada al fuego eterno. No basta para salvarnos el huir del mal: es necesario además obrar el bien, hacer buenas obras, producir frutos de virtud, ser árboles fructíferos; porque todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. *Omnis arbor quæ non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.*

Para salvarnos, son absolutamente necesarias dos cosas:

«huir del mal, y obrar el bien,» como lo dice el Salmista (1). Una sin la otra es insuficiente: no basta abstenerse de obrar el mal; hay además que obrar el bien, hacer acciones meritorias, dar buenos frutos y adquirir con ellos la gloria eterna. El que no abraza mi cruz para seguirme, no es digno de mí, dice Jesucristo. El que no se declara por mí, trabajando en mi viña, como hijo de mi ev angelio, es mi contrario, y no tendrá parte en mi reino, añade nuestro divino Maestro, cuyas doctrinas se reducen á que cumpliendo con sus santos mandamientos hagamos las obras de vida eterna que segun la ordenacion divina deben servirnos como de pasaporte para entrar á ser dichosos y felices en la patria de las eternas recompensas. Debemos pues, ser los árboles que dan buenos frutos de virtudes cristianas, y no estacionarnos contentándonos con no obrar el mal, si no queremos ser cortados y arrojados al fuego eterno como lo dice Jesucristo y lo vereis demostrado en este discurso.

Virgen santa: vuestro santísimo Hijo quiere que todos seamos olivas fructíferas en la casa de Dios: que, como los siervos fieles, hagamos valer con nuestras buenas obras los talentos que nos ha concedido su bondad, y que nos presentemos al festín eterno de su gloria con las vestiduras de la gracia adornada con las virtudes propias de nuestro esta-

(1) Ps. 36. v. 27.

do. Protegednos, para que en nosotros se vean cumplidos los deseos de nuestro Redentor glorioso, y sed con vuestros devotos, Madre de piedad y misericordia, puesto que ellos os llaman Hija de la gracia con que os saludó el ángel diciendo.

AVE MARIA.

*Omnia arbor, quæ non facit fructum bonum excidetur
et in ignem mittetur.*

Al leer la sagrada Biblia, los santos padres y doctores de la iglesia y cuantos libros devotos andan en las manos de los fieles, no podemos dejar de convencernos de que para conseguir el paraíso es necesario *huir del mal, y obrar el bien*. Aunque vivais en silencio, ayuneis todos los días, hagais oración asidua, deis la mitad de vuestra hacienda á los pobres, y podais compararos con los antiguos anacoretas y cenovitas: si no huis el mal; si por ejemplo, alimentais sentimientos de odio ó menosprecio contra el prójimo: si murmurais de su modo de proceder; si no obedecéis á vuestro superiores, y os dejais llevar de la soberbia y vanagloria, vuestras obras nada valen; porque estais en pecado, y el que delinque en un manda-

miento se hace reo de todos, segun el apóstol Santiago (1): Las buenas obras dejan de serlo para conseguir la gloria si no son meritorias, y meritorias hechas en pecado ¿no es el mayor absurdo entre cristianos? Por otra parte, si os contentais con tener una vida tibia y negligente en que seais hombres de bien, no hagais mal á nadie y pongais el mayor esmero en evitar todo mal, si no os aplicais á obrar el bien, no habeis hecho mas que la mitad para salvaros: si no hacéis lo que os falta, sereis reputados como siervos inútiles, como árboles infructuosos destinados á arder en los infiernos: porque, «el árbol que no dá buen fruto, será » cortado y arrojado al fuego.»

Jesucristo no ha querido salvar á los hombres sin los mismos hombres: quiere que estos cooperen con su buenas obras á su justificacion, que las unan á las suyas, y «suplan » lo que falta á su passion,» como lo dice san Pablo. Este grande apóstol ejercitánlose en la oracion, en las vigiliás, en los ayunos y mortificaciones para reducir á servidumbre á su cuerpo, y tenerlo sujeto á la ley del espíritu, decia: «Cumpro en mi, y en mi propia carne lo que » falta á la passion de Jesucristo (2). Nuestro divino Salvador es el fundamento sobre el que debemos edificar el edificio espiritual en que se han de salvar nuestras almas, aquel fundamento es de humildad, de mansedumbre, de paciencia y de mortificacion: luego es menester levantar

(1) Jacob. c. 2. v. 10.

(2) Ad colos, c. 4 v. 24.

sobre él obras de justicia y santidad; obras de amor divino y de caridad cristiana, que son los frutos del árbol bueno que plantó Jesus en su iglesia santa para hermosarla, recrearla y hacerla digna de las dulzuras del celestial Esposo.

En la escritura santa es comparado el hombre á un labrador que siembra para coger. De él se dice, que si siembra obras de bendicion, de bendicion tambien serán los frutos que siegue en tiempo oportuno: pero que si nada siembra, nada cogerá: que si en maldicion sembrò, de maldicion tambien serán los frutos que recoja. La higuera del padre de familia, plantada en la viña, cultivada y guardada con la esperanza de coger frutos en ella, esplica perfectamente el destino de hombre que contentándose con no obrar el mal, no se cuida de hacer el bien que necesita para entrar en los eternos tabernáculos de la gloria: porque viendo su dueño que nada produce, la arranca, y la echa al fuego. El reino de los cielos se nos propone como premio: Jesucristo lo asemeja al salario de un jornalero á quien se le paga el trabajo despues de concluido: si pues la gloria es la recompensa de las buenas obras, no la espere el que no las haga. El jornalero que nada trabaja ¿se hace digno de la paga que merecen los que aplicados al trabajo ganan el salario convenido? sed vosotros mismos jueces de ello, y decidme: ¿Dareis vosotros el estipendio á un criado que estoviese mano sobre mano, sin que su servicio se redujese mas que á no hacer daño alguno en vuestra casa? ¿No quereis que vuestros jornaleros empleen fielmente todo el dia en las ocupaciones que le

señalais? Si convenidos en tanto ó cuanto, mandaseis á un hombre podar ó cabar vuestra viña, y volviese al anochecer diciendo: No he hecho mal á nadie, he estado todo el día descansando sin podar ni cabar en vuestra viña, dadme el salario convenido: ¿Os parecería injusticia el negarle la paga? ¿Cómo pues puede haber entre los cristianos quien exiga recompensas celestiales sin hacer obras que las merezcan? ¿No rechaza, como injusta, semejante pretension, la razon recta?

Debemos, hermanos míos, «asegurar con buenas obras nuestra vocacion, como nos lo encarga el apóstol. Jesucristo ha formado el diseño del edificio de nuestra salvacion ha echado los fundamentos, ha preparado los materiales por decirlo así, él mismo nos dirige y nos dá todos los socorros necesarios, nos anima y trabaja con nosotros: ¿permaneceremos inertes y sin accion como los cadáveres? Llegará nuestra indolencia hasta el estremo de ver los peligros de un naufragio horroroso con la mayor indiferencia é imposibilidad sin cuidarnos tan siquiera de clamar al cielo para que evite en su misericordia nuestra perdicion? ¡Ay Dios mío! Si lo hacemos así: si no tenemos buenas obras; si no producimos buenos frutos, seremos árboles malos, «y el árbol malo será cortado y echado en el fuego.» Dadnos Señor vuestra gracia: infundid en nuestras almas el don de inteligencia para conocer y practicar vuestra ley santa, y no nos dejéis en manos de nuestro propio consejo, porque en ellas todo es fragilidad, pecado y miseria: toda oposicion y contrariedad para obrar el bien y merecer vuestra gloria. Hacednos comprender que vuestros mandamien-

tos son fáciles de cumplir, y que cumpliendo con ellos son ciertos y seguros los frutos que dan á conocer al árbol bueno.

Asi es, amados mios. Nos son fáciles las obras buenas; y muy necios é insensatos seríamos si no las hacemos creyéndolas dificultosas é imposibles. El ayuno, la limosna y la oracion creen los mundanos que no son para todos; pero este es un error que quisiera haceros conocer. Por mas flacos, delicados, de débil complexion ó enfermizos que seais, hay para vosotros un ayuno muy fácil de practicar. ¿No os podeis privar de algunas cosas licitas, gustosas y agradables, como de diversiones honestas, de comidas esquisitas, de vestidos lujosos, de comodidades y ciertos adornos que no estén prohibidos, por agradar á Dios con este fácil sacrificio? Pues este es un ayuno de mucho mérito, y no hallo un cristiano, sea la que se quiera su condicion, que no pueda hacerlo. El ayuno no consiste precisamente en no comer y beber, sino en abstenerse de todo lo que fomenta el apetito, alhaga nuestra inclinacion y nati-
tre al amor propio. Tambien podemos mortificarnos y ayunar de un modo meritorio sufriendo con paciencia nuestras enfermedades y las de nuestros prójimos: podemos ser afa-
bles, condescendientes y caritativos con los mal humorados, tétricos y melancólicos ejerciendo con ellos las obras de misericordia por vencer nuestra repugnancia y ofrecer á Dios la mortificacion que en estas cosas tengamos. Por el amor á la penitencia podemos y debemos ofrecer á Dios el frio, el calor, el hambre, la sed, la desnudez, las fatigas y cuanto hay de penoso y rjido en nuestro estado. Al fin y al cabo tenemos que sufrir de cualquiera manera los ri-

gores de estas calamidades: ¿no seria mejor sacar de ellas los tesoros de buenas obras que encierran, con solo decir de todo corazon: Jesus divino: yo quiero juntar mis penalidades con las vuestras, mis trabajos con los vuestros; mi voluntad, mis deseos y mi corazon con el vuestro? No deseo, Dios mio, un estado menos penoso y mas feliz que el que me habeis dado. Yo bendeciré vuestro santo nombre en todos los dias de mi vida. En el invierno y en el verano diré con los tres niños de Babilonia: calor, frio, vientos, nieves, yelos y escarchas, bendecid al Señor (1). Con estos sentimientos, las fatigas, las mortificaciones y miserias de esta vida serian para vosotros en la hora de la muerte frutos preciosos, que declarándoos árboles buenos, os introducirian en el jardin celestial de la gloria en que deben ser trasplantados los que huyen del mal y obran el bien. Puede cada uno en su propio estado mortificarse de mil modos y maneras distintas, y practicar un ayuno tan marritorio, ó tal vez mas, que el de la abstinencia de comer y beber en que deben ejercitarse los que buenamente puedan.

Tambien hay una especie de *limosna* que todos pueden hacer, porque esta no consiste en dar de comer á los hambrientos y en vestir á los desnudos, sino en servir á nuestros prójimos con espíritu de caridad. ¿Hay un solo hombre en el mundo que no deba amar á su semejante, y no pueda mani-

(1) Dani. c. 3.

festarle de algun modo este amor? Supongamos un hombre pobre, desvalido y lleno de necesidades, y decidme: este que no puede ayudar á su vecino alligido, ¿no podrá consolarlo al menos manifestándole que está dispuesto á pedir á Dios por él? ¿No podrá dar buen ejemplo á su prójimo, y contribuir á que huya del mal y obre el bien? Pues si no puede hacer otras cosas, y hace estas con espíritu de religion y de caridad ha cumplido con el precepto de la limosna y sus frutos son los del árbol bueno. La oracion. Debemos orar sin intermision, dice el apóstol. Para orar, no son necesarias las palabras; el corazon es el que lo hace todo, y sabido es que oramos siempre que deseamos la gloria á Dios, y la gracia y santificacion á nuestras almas. Y si, como lo conocéis, podemos tener estos deseos en medio de los mayores afanes y ocupaciones, claro es que podemos orar en cuantas cosas hacemos, y que todas nuestras acciones pueden ser una verdadera oracion, si las hacemos por la gloria de Dios y provecho de nuestras almas. Hacen pues oracion desde la mañana hasta la noche, la madre de familia empleada todo el dia en la educacion de sus hijos, en el gobierno de casa y en el cumplimiento de sus deberes; el labrador, el artesano, el comerciante, el abogado, el soldado, el oficial y los hombres todos de cualquier clase y condicion que sean, todas las veces que en sus empleos se proponen agradar á Dios y hacer su santísima voluntad. ¿Tendreis ahora reparos justos que hacer contra el ayuno contra la limosna y contra la oracion manantiales fecundos de buenas obras?

Yo os he indicado ayunos que no quebrantan la salud, ti-

mesnas sin echar mano al bolsillo, y *oraciones*, que en nada estorban vuestras ocupaciones, con el fin de que con ellas produzcais frutos de virtud, dignos de gloria, y no seais árboles muertos destinados á ser cortados y arrojados al fuego eterno. A vosotros toca reflexionar y convenceros de que con una pequeña violencia y un poco de atencion sobre vosotros mismos podeis adquirir una infinidad de obras buenas contando con la gracia que no niega nuestro Dios al que se la pide con humildad y rectitud de corazon. No os tengo por tan estúpidos que no seais capaces de conocer que no tiene juicio el que pudiendo atesorar con facilidad muchas obras buenas y hacerse rico para con Dios, queda por su malicia pobre y desnudo como son los árboles estériles, esponiéndose á que encontrándolo Jesucristo sin fruto alguno lo arranque del campo de la Iglesia y lo arroje á los fuegos eternos porque pudo huir del mal y obrar el bien, y no lo hizo. Solo resta que sepais; que para que nuestras obras sean meritorias es necesario hacerlas por motivo sobrenatural; esto es, que se dirijan á procurar la honra y gloria de Dios y el provecho de nuestras almas: porque si se obra por motivos naturales, ó se hace bien al prójimo por compasion natural, como puede hacerlo un pagano, será una accion meritoria en la tierra, pero no en el cielo. La gracia es la que debe dar movimiento á todas nuestras obras para que sean dignas de premios eternos: ella debe ser el alma de todas nuestras acciones, hacer del hombre viejo el nuevo renovado por el Espiritu Santo: è imprimir en nosotros la imágen de Jesucristo segun san Pablo. Con ella, y obrando en nombre de Jesucristo con intencion de agradarle y hacer

su santísima voluntad se hacen meritorias nuestras obras, y estos son los frutos necesarios para que nuestro Dios nos tenga por árboles buenos escogidos para ser trasplantados al cielo.

Todo lo que se obre por propia voluntad, por capricho ó por respetos humanos, es perdido para la gloria, aunque no sea en sí malo. No hay otro nombre bajo el cielo, en que pueda el hombre salvarse segun san Pedro (1), que en el de nuestro Señor Jesucristo. Ante él doblan su rodilla todas las criaturas que hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y como ha dicho que el «árbol que no dá » buen fruto será cortado y arrojado al fuego,» y nosotros seamos los árboles de que habla nuestro Salvador, preciso nos es hacer que fructifiquen nuestras almas y produzcan las buenas obras de que os he hablado haciéndolo todo en nombre de nuestro Salvador con intencion de agradarle. Asi, seremos los árboles fructuosos llenos del vigor, lozanía y hermosura que quiere Dios para el cielo: no seremos cortados y arrojados al fuego eterno como el árbol que no dá fruto alguno: huiremos del mal y obraremos el bien, y nuestra dicha y felicidad será la que Jesucristo ha prometido á los que cump'len con sus preceptos y obsérvan su ley santa.

Su bondad inmensa quiera, que teniendo presentes estas verdades, nos decidamos á dejar los pecados; á conseguir

(1) Act. Apost. c. 4 v. 12

la gracia; á huir de lo malo y á obrar lo bueno, para que teniendo nuestra vida escondida en Jesucristo como lo dice san Pablo (1) vayamos á reinar eternamente con él en la gloria. Amen.

A. M.

(1) Colos. c. 3. v. 3.

SERMON

PARA LA DOMINICA VIII DESPUES DE PENTECOSTES.

De los frutos y utilidades de la limosna.

Facite vobis amicos de mammona iniquitatis. Conciliaos amigos de las riquezas de este mundo. Luc. cap. 16.

Nada perdonó Jesucristo nuestro Redentor y Maestro para inclinarnos á hacer limosnas y gravar en nuestros corazones la compasion y misericordia con los pobres. Es un efecto muy propio y muy consiguiente de aquel amor en que vino á encender al mundo, de aquella caridad que tanto nos recomendó, que nos dejó por señal de ser discipulos suyos y que es el precepto á que se encamina su ley, y así nos manda tantas veces que seamos misericordiosos, que hagamos limosnas, que distribuyamos aquello que nos sobra

á los pobres, que entendamos, que cuando damos de comer al hambriento, cuando vestimos al desnudo, cuando visitamos al enfermo ó encarcelado, cuando damos albergue al peregrino, cuando hacemos algun bien á nuestros prójimos se refunde todo en él, que acepta y recibe cuanto suministramos al pobre, y como si sus preceptos y consejos fuesen poco para inclinarnos y resolvernos á unas obras que estan tan conformes con la inclinacion de nuestros corazones, acomodándose á nuestra debilidad y flaqueza nos obliga por decirlo así, á ser limosneros, avivando nuestro propio interés poniéndonos delante y haciéndonos ver la utilidad de las limosnas y el modo con que podemos comprar el cielo con los bienes de la tierra.

Bajo la parábola de un administrador que hace mal uso y disipa los bienes del Señor principal, nos hace ver en el evangelio de este día que los ricos no son otra cosa que unos administradores de los bienes que el Señor ha puesto en sus manos, que son inicuos, perversos y disipadores si no los emplean segun la voluntad del Señor, en hacer bien á los pobres necesitados que quiere que sean socorridos por su medio, que los clamores de estos llegan hasta el mismo Dios y que ha de llegar el dia en que venga sobre ellos y los pida una razon estrecha de la administracion de los bienes que los ha confiado; y que si quieren ser alabados del Señor deben tener la prudencia del mundo por lo menos; hacerse amigos con los bienes que han adquirido con su avaricia y su mala administracion, distribuirlos entre los necesitados para que cuando concluyan esta vida y hayan de rendir cuenta de sus bienes al Señor hallen quien los reci-

ha en sus eternas mansiones en agradecimiento de los favores recibidos, que será el mismo Jesucristo que reputa por hecho á su persona misma el bien que se hace á los pobres, y los pobres tambien que con sus oraciones y ruegos á Dios alcanzarán su misericordia y sus gracias en beneficio de los que los ayudan y socorren en sus necesidades.

Bien sé, hermanos míos, que la limosna debe hacerse libre y espontaneamente, que debe ser desinteresada y sin miras de retribucion, sin aceptacion de personas, y solamente por Dios, por su amor, y en descargo y desempeño de la obligacion que Dios ha impuesto al que tiene de repartir sus bienes con el que está necesitado. Bien sé, que no debe hacerse limosna por vanidad y ostentacion, que merecen la indignacion de Dios las limosnas que recibe el pobre de la vanidad y del rico, y que en ellas y por ellas deben atender los ricos unicamente á servir á Dios que los manda ser misericordiosos. Pero la dureza de corazon, la poca fé y la falta de virtud nos hace buscar en las pasiones mismas del hombre lo que no podemos hallar en el corazon del cristiano. Nuestro ministerio es enseñaros los deberes de la religion y ya que nos vemos en la necesidad de conocer que no basta deciros: «Dios lo manda, Dios lo » pide y exige de vosotros,» nos valdremos á ejemplo de nuestro divino Maestro de escitar vuestro propio interés, vuestro provecho y utilidad, y deciros: *sed misericordiosos*, porque si dais, recibireis; porque os tendrá mucha cuenta para el último dia; procuraos amigos con esas falsas riquezas y bienes engañosos de la tierra; no os sirvan para la iniquidad y los vicios; sino para negociar con ellos los bienes

verdaderos del cielo. Sed misericordiosos para tener propicio al Señor y que derrame sobre vosotros sus gracias y bendiciones. *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis.*

Los frutos y la utilidad que lleva consigo el hacer limosnas es lo que voy á demostraros en este rato para resolveros por este medio á que seais caritativos y misericordiosos con los pobres

Pidamos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Facite vobis....

El peso de la necesidad y del precepto oprime y obliga á los ricos á dar limosna; pero esta limosna es un aceite exprimido, un bálsamo útil que sirve para procurarse y aumentar los bienes espirituales y temporales. A nada mas puede aspirar el cristiano que á la alta y admirable perfeccion evangélica que Jesucristo nos trajo del cielo y enseñó á conseguir, y él mismo nos enseña, que si queremos ser perfectos debemos empezar por vender nuestros bienes, distribuirlos á los pobres y seguirle desahogados del peso y

embarazo de los bienes temporales. Hé aquí el fruto de la limosna; nos encamina á la perfección y nos dispone para seguir á Jesucristo y conseguir un tesoro que no nos faltará jamás en el cielo.

No queramos enhorabuena aspirar á tanto, porque Jesucristo tampoco nos obliga á ello y lo deja á nuestra voluntad; pero jamás dejará de sernos útil el hacer limosnas, jamás hallaremos mayores réditos de nuestros bienes, que depositándolos en los pobres, jamás aseguraremos mejor un ciento por uno y despues la vida eterna, ni jamás sembraremos en tierras mas féculdas que desparramando en las manos de los pobres, que trasladarán al cielo nuestras limosnas y el Señor nos dará una cosecha doblada concediéndonos bienes temporales y eternos; bienes de la tierra y de los cielos; bienes de parte de Dios y de los hombres.

La piedad, dice el apóstol (1) es útil para todas las cosas y á ella ha prometido Dios conceder todos los bienes, así los que pertenecen á la vida y el socorro de las necesidades presentes como los que pertenecen á la vida futura. Y esta piedad dice mi angélico doctor santo Tomás (2), es la recta distribución de las limosnas. Semilla se llama continuamente en la sagrada escritura á la limosna, para que entiendan los que la dan que no pierden lo propio, sino que lo mudan en mejor, lo acrecientan sembrando en las

(1) Timoth. cap. 4.

(2) 2. 2. q. 32, art. 3. ad. 4.

onios de Dios. Da al Altísimo según lo que te ha dado... porque es Señor que dá retribucion y te volverá siete veces mas, dice el Eclesiástico. Da alegremente á Dios, dice tambien, según lo que él te da, y verás como y cuanto te fructifica. Es un Señor que premia y da sin comparacion mucho mas de lo que recibe; y como no tiene necesidad de cosa alguna para sí, aprecia por cosa recibida de nuestras manos todo lo que damos á los pobres: suben al cielo nuestras limosnas, y á la manera que los vapores inútiles que se levantan de la tierra y forman las nubes vuelven á ella despues en lluvias y rocíos con que fertiliza y dá vigor á sus plantas, así los bienes inútiles, sobrantes y tal vez perjudiciales de que nos desprendemos para socorrer al pobre vuelven á nosotros con mas abundancia desde la mano pródiga y benéfica del Señor.

Es verdad que no siempre se nos pone de manifesto el fruto abundante de las limosnas, y que vemos á las veces llenas las troges del avaro y duro de corazon con el pobre, cuando no sale de su estado de medianía el que es compasivo y limosnero; pero Dios tiene muchos modos de dar, hermanos míos, y lo dá tal vez sin que lo advierta el mismo que lo recibe. Tal vez en premio de las limosnas os conserva una salud que no tiene el avaro, os libra de un peligro y de las asechanzas que os preparaba un ladrón ó un enemigo, hace que desista un contrario del pensamiento de moveros un pleito; la conservacion de vuestros bienes, lo que adelantaís, lo que no perdeís, las inquietudes de que estais escentos y otros beneficios que gozaís, todo es fruto de la misericordia que usáis con los pobres. *Domínus retri-*

Quans est. El Señor es fiel y poderoso y no deja de dar la retribucion.

Por ventura os persuadís que Dios necesita hacer un milagro para multiplicar lo que dais á los pobres; y como los milagros son raros os retraéis de dar limosna porque creéis que vuestra retribucion y ganancia será rarísima; pero no es así; es obra de la providencia ordinaria del Señor el multiplicar la hacienda de los limosneros y es una especie de milagro el que así no suceda, y la razon es, porque todas las virtudes con el ejercicio y práctica frecuente de sus actos se acrecientan. Adquiere mas aptitud para amonestar á su prójimo, para corregirle, para tolerar sus disgustos y defectos, para perdonarle y rogar á Dios por él, el que se emplea mas en estos actos, y si en la limosna segun el cálculo humano habría de suceder lo contrario, porque dando, y cuanto mas se dé se ha de concluir mas pronto y ha de cesar el alivio del pobre, no es así segun el cálculo cristiano y las promesas de que tenemos por fíador y responsable al mismo Dios, porque la limosna es como una cisterna en que el Señor refunde oportunamente tanta mas agua nueva, cuanto mas dispensa á los que la distribuyen, y con tanta mayor abundancia, cuanto sea aquella con que los limosneros la distribuyen. Así nos lo dice el mismo Dios por Isaias (1): «Cuando derramares al hambriento tu al na... Serás como la fuente de agua que nunca se agota.»

Distribuid pues sin temor de que os falte. El Señor ha

comprometido su palabra de proveeros con abundancia, no como en premio de vuestras limosnas, porque no es esta la recompensa que os tiene preparada ni son sus galardones tan bajos y mezquinos, sino como socorros que os suministra para que no se agote nunca vuestra caridad y no dejéis jamás de ser misericordiosos. No dejéis de ser limosneros por el temor de disminuir vuestras riquezas y perjudicar á vuestros hijos. El medio de perpetuar vuestros bienes segun la promesa de Dios es el ser misericordiosos y compasivos con los pobres. Los varones de misericordia cuyas piedades no faltaron, con sus hijos permanecen los bienes (1). Hé aquí el secreto que os señala el Espíritu Santo para que duren en vuestros hijos aquellos bienes que los dejais. Hé aquí el modo de establecer las riquezas; fundarlas sobre la limosna. Esta es la herencia que se pone en seguro y se conserva porque tiene por guardia al mismo Dios, y esto es proveer para despues y mirar con piedad paternal á los hijos, dice el padre san Cipriano.

Dad y se os dará, derramad en vuestros prójimos, y el Señor derramará sobre vosotros, os echará su bendicion y la bendicion de Dios se apresura para paga del justo. Han algunos los bienes ajenos y siempre son pobres ni salen jamás de su miseria y otros distribuyen las propias y se hacen ricos dice el Espíritu-Santo (2) y la experiencia nos lo pone de manifesto. La bendicion de Dios, los bienes

(1) Eccl. cap. 44. v. 40.

(2) Prov. cap. 41. v. 24.

temporales, la salud y otros muchas beneficios son frutos que el Señor ha concedido á la virtud de la limosna y á los que son misericordiosos sin dejar por esto de darlos otra recompensa mayor con los bienes del cielo.

Los hombres tambien hacen justicia á la limosna y dan testimonio de la utilidad de la misericordia con el pobre. Vivid á vuestro antojo, entregaos á medida de vuestro placer á los vicios, no os perdoneis las comidas espléndidas, los banquetes, los espectáculos y cuanto lisonjee vuestras extraviadas pasiones, pero sed limosneros y misericordiosos y los hombres os lo perdonarán todo, os lo disimularán todo, cubrirán vuestras faltas lejos de murmurar y quejarse de ellas; os disculparán, os defenderán y os llenarán de bendiciones. Dadme un hombre que sea modesto, bondadoso, que sea el refugio, el amparo, el padre de los pobres y el mundo le aplaudirá y celebrará su nombre y su memoria, y vereis que no solamente el mundo bueno y piadoso, el mundo que se gobierna por las luces de la fé y la religion sino que el mundo tambien disoluto y corrompido, e-e mundo que no puede alabar lo bueno sin condenarse á sí mismo, le llena de elogios y prodiga sus alabanzas. Dadme un hombre compasivo y misericordioso y las gentes llorarán su pérdida mas que la de los conquistadores mas célebres, publicarán los socorros que han recibido sobre su tumba, implorarán al Señor pidiendo su eterno descanso y su gloria pasará de generacion en generacion, repetido con honor y haciendo una grata impresion á pesar de las injurias del tiempo. El mundo ha conocido bien esta maravillosa virtud y poder de la limosna y anticipa á sus teorías y proyectos de destruccion

y esterminio las voces encantadoras de beneficencia; humanidad, filantropía, bienestar y socorro de los pobres, atención á las necesidades públicas, alivio de los pueblos y otras de que estan sembrados sus programas. Sabe que este es el medio y el camino mejor para robar los ánimos, captarse los corazones, hacerse prosélitos y para que se disculpen y defiendan los vicios. No es mi ánimo que obreis el bien porque os alaben los hombres; el evangelio nos dice que no sepa nuestra mano siniestra cual es la limosna que á larga al pobre la derecha y que obremos en secreto sin esperar recompensa ni alabanza sino de Dios; pero esto mismo, esta justicia que el mundo dispensa á la beneficencia nos manifiesta bien que la limosna nos es útil para con Dios, para con los hombres; que nos produce una cosecha abundante de bienes temporales en favor de nuestros intereses, de nuestra salud, de nuestros sucesores y de nuestra reputación y buena fama.

Nos produce tambien una cosecha abundante de bienes de mas aprecio y estimación, una cosecha segura de bienes para el alma, de bienes de gracia y de gloria.

Multiplicará el Señor por vuestras limosnas vuestros hijos, y aumentará las creces de las mieses de vuestra justicia, dice el apóstol (1). ¿Sois pecadores? Pues la limosna resiste á los pecados; es el agua que apaga un fuego encendido. El medio mas propio para contener y apagar el fuego es echar agua sobre él, y la limosna es el agua abundante para

(1) 2. Cor. cap. 9. v. 10.

el fuego del pecado. Verdad es que no le apaga, porque esto es obra de la gracia, pero le resiste, consigue que no pase adelante y dispone al pecador para recibir la gracia que apaga y borra el pecado. La limosna libra del pecado, no porque limpie las almas de sus manchas y las reduzca á la amistad de Dios, sino porque dispone á Dios para que use de su misericordia y sea compasivo con los que son misericordiosos; y dispone á nuestras almas para que reciban las misericordias de Dios, se rindan á sus inspiraciones y se resuelvan á salir del pecado. ¿Sois pecadores? ¿Teneis necesidad de la gracia divina para salir de vuestro pecado? Pues arda en vuestro corazon la llama de la caridad y misericordia y ella consumirá vuestros vicios y os llenará de virtudes. Parte con el hambriento tu pan y entonces irá delante de tí tu justicia, dice el Señor por Iaias (1). Las oraciones de los infelices socorridos llegarán hasta el trono del Señor y alcanzarán para vosotros la divina misericordia; con las limosnas podeis comprar el cielo. Dad limosna si sois hijos de ira y recibireis de Dios su gracia, dice san Juan Crisóstomo. Dad al pobre y enjugad sus lágrimas en los dias de su afliccion y Dios os redimirá y os librará en los dias malos.

¿Sois justos que habeis tenido la dicha de salir del estado de la culpa? Pues haced limosnas porque este es el medio de cubrir vuestros pecados, no como un paño que los oculta sino como un bálsamo que esconde á un mismotiempo las llagas y las hace desaparecer. Redimid vuestras almas y pagad

(1) Cap. 58. v. 7.

vuestras deudas con vuestras limosnas porque con ellas paga á Dios el pecador convertido el resto de pena que le queda de sus culpas. Sumergid vuestras culpas en el mar de vuestras limosnas y quedarán lavadas y purificadas. Es la limosna en sentir de los santos padres, un bautismo por la fuerza que tiene para hacer borrar las manchas contraídas, un baño saludable que se puede repetir muchas veces y de que puede usar el pecador cuantas veces se vea manchado. Es una redencion que preserva de la esclavitud porque detiene al justo para que no recaiga en aquellos pecados que ha detestado, pero que por el hábito vicioso que habia contraído se vé á su pesar arrastrado á repetir. Y si en el pecador la limosna resiste al pecado, hace que no pase adelante el mal, que no se aumenten y multipliquen los pecados y abre el camino á su conversion, en el justo, en el que ya está convertido y ha conseguido el perdon de sus culpas, hace que alcance la virtud de enervar y destruir aquellos malos hábitos que quedando aun despues de conseguida la gracia, sirven frecuentemente de soplo para levantar de nuevo el incendio no bien apagado: hace que consiga la perseverancia final, que conserve y aumente la gracia recibida y que permanezca su justicia por los siglos de los siglos. «Dad limosnas y ved aqui que todo está limpio para vosotros,» dice el Señor por el evangelista san Lucas (1). Porque si no tienen virtud para perdonar los pecados, tienen una fuerza maravillosa para preservarnos de ellos, para que recobre-

(1) Cap. 11. v. 41.

mos la gracia, para borrar las manchas que quedan despues de perdonado el pecado, para conservar y aumentar la gracia, logrnos la perseverancia en ella y despues en premio la gloria de los santos.

¿Quereis ser admitidos al reino de Dios, recibir una sentencia favorable, ser colocados al lado de los escogidos y recibir las bendiciones eternas? Pues dad de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, y socorred á los necesitados, y llamándoos benditos del Padre os llevará consigo Jesucristo al reino eterno que os tiene preparado desde el principio del mundo.

El precepto del Señor que nos intima repetidas veces en su evangelio: el consejo de dar limosna que nos propone como medio y camino seguro para ser perfectos y semejantes á los ángeles de Dios; los bienes temporales con que favorece á los limosneros en sus personas, en sus familias, en sus haciendas y en todo lo que los interesa; los bienes de la gracia que tanto necesitamos ya seamos justos ó pecadores y que eficazmente se consiguen por medio de las limosnas: el premio eterno de la gloria despues de recibir el cielo por uno que parece que el Señor ha reservado esclusivamente para los que son compasivos y misericordiosos; la ley de Dios, la ley de nuestra conciencia y nuestro corazon, la ley del mundo, aun el mas vicioso y corrompido que no nos perdona el ser duros con el pobre y nos lo perdona todo si somos generosos; nuestros intereses temporales, espirituales y eternos, todo nos manda hacer limosnas, y tantos son los bienes que conseguimos por medio de las limosnas.

Sed pues misericordiosos. Ricos, hé aqui el medio de

asegurar vuestros bienes y de compraros la salvacion de vuestras almas. No dejéis vuestras limosnas para despues de vuestra vida, cuando acaso llegarán tarde, acaso no tendrá en ellas parte la virtud y si una vana ostentacion, acaso vuestros herederos retrasarán ó frustrarán vuestros deseos, cuando son forzadas porque no dejais vosotros á los bienes; sino que los bienes os dejan á vosotros y vuestra avaricia los ha retenido al lado de vuestro corazon y sin salir de vuestro seno. Son las limosnas una luz que alumbra en el camino del cielo, y la luz no debe quedar detrás sino ir delante. Pobres, no creáis que la escasez de vuestra fortuna os priva de los favores y beneficios inmensos de la limosna; tambien vosotros segun vuestros medios podeis ser misericordiosos y socorrer á los que son mas pobres que vosotros, y tal vez en vosotros encuentra el miserable mas amparo, mas auxilio, el pan y el albergue que se desdeña de darle el opulento que tiene á mengua que los infelices entren en el zaguán de su casa; y cuando no, podeis consolar al triste, visitar al enfermo, compadeceros y llorar con los que lloran, orar por todos y hacer obras de misericordia espirituales y corporales con vuestras súplicas y vuestros servicios. A todos dice el Espiritu-Santo: haz bien á tu amigo antes de la muerte y dá al pobre distribuyendo segun tus fuerzas (1). A todos manda Jesucristo ser misericordiosos, y todos podemos lograr los beneficios y coger los frutos abundantes de la limosna. Negociad, pues, con los bienes temporales que el

(1) Eccl. c. 14. v. 43.

Señor ha puesto en vuestras manos segun su voluntad en mas ó menos aumento, negociad con ellos, no una vida regalada, no una vida viciosa, no oprimir y vejar al pobre tiranizándole á vuestros caprichos, atropellando la justicia y la razon, no el oro y los bienes terrenos que se pudren y corrompen y que al fin no llevareis con vosotros porque nada tragisteis y nada llevareis; sino amigos que lo sean verdaderos, amigos á quienes alivieis, socorrais y levanteis del abatimiento de su miseria, amigos que os grangeeis con vuestras limosnas que pidan al Dios de las misericordias y Padre de todos por vosotros, que os alcancen sus gracias y que por fin os proporcionen la entrada en los eternos tabernáculos. Amen.

F. L. G.

DOMINICA IX DESPUES DE PENTECOSTES.

Es intolerable, monstruoso, impío y diabólico el no estar en los templos del Señor con respeto y veneración.

Domus mea domus orationis est. Mi casa es casa de oración.
Luc. c. 19. v. 46.

Al ver de lejos nuestro amable Redentor á Jerusalem lloró sobre ella diciendo: ¡O ciudad ingrata á quien tanto he amado y distinguido entre todas las ciudades! Si ahora tan siquiera que vengo á tí en traje de mansísimo cordero y de médico soberano convidándote con la paz y con la salud cayeres en la cuenta, y reconocieses á tu libertador que viene á traerte infinitos bienes: ¿cuánta sería tu dicha? Pero

no es así: permanecerás en tu obstinacion é ingratitud, y esto dará ocasion al terrible castigo que te espera: te derriharán en tierra tus enemigos, perecerán tus hijos, no dejarán en tí piedra sobre piedra, porque no quisiste recibir al que te ha visitado convidándote con la gracia y perfecta reconciliacion. Ved aquí al hijo del hombre, tierno, compasivo, misericordioso y lleno de bondad, entregado en los brazos de nuestra débil naturaleza, y adoradlo como lo adoraran los ángeles, los arcángeles, los serafines y querubines. Las desgracias que amenazaban á una Jerusalem amada por sus prevaricaciones, arrancaron lagrimas de dolor á nuestro Jesus divino, llenaron de amargura su amoroso corazon, se afligió como la madre mas tierna cuando ve padecer al hijo de sus entrañas. Pero como el tropel de males que veia nuestro Redentor era ocasionado por el desprecio con que era tratada la divinidad en el lugar santo, justo es que sigamos la historia del evangelio que acabais de oir, y sepais: que habiendo entrado Jesucristo en Jerusalem se fué derecho al templo, de donde revestido del zelo mas santo por la honra de su casa, echó á todos los que la profanaban comprando y vendiendo en ella diciéndoles: «Escrito está, que mi casa es casa de oracion. *Scriptum est domus mea, domus orationis est.*

Allí tenéis al Hijo de Dios lleno de fortaleza y de un poder superior al de los hombres, defendiendo la santidad del templo y enseñando el respeto y veneracion con que debemos asistir á las iglesias en que todo nos habla de nuestro Dios, de nuestra vocacion, de nuestras esperanzas, de lo que hemos sido, de lo que somos, y de lo que hemos de ser. ¿No

es cosa estraña que la cosa mas seria del mundo sea justamente aquella en que menos atencion se pone: y que cuando entre los cristianos se trata del culto divino, de asistir al templo, y tratar con su Dios, se note una frialdad y tibieza propia de los que en vez de respetar, desprecian, profanan y escarnecen las cosas santas que deben tratarse santamente? El juez, el abogado, el escribano, el comerciante, el labrador, el artesano, el jornalero y todo el que tiene cualquier negocio piensan con atencion en él; y siempre los vemos absortos en sus pensamientos preponderantes: y los cristianos, cuando se trata de Dios y de su culto, de nuestra santificacion y de mejorar nuestras costumbres ¿hemos de ser remisos, tibios, indolentes y descuidados, sin pensar cuando concurrimos á los templos, mas que en cumplir con una práctica y costumbre puramente material, indignas del ser inteligente con que Dios nos hizo á su imagen y semejanza? Esto es intolerable, monstruoso, impio, diabólico é infernal, como os lo voy á demostrar con el fin de inspirar en vuestros corazones aquellos sentimientos y disposiciones que deben tener los católicos cuando vienen á la casa del Señor, ó al templo santo.

Virgen santa: A vos que sois vaso insigne de devocion recurrimos confiados en vuestra clemencia. Alcanzadnos la gracia que necesitamos para venir al templo santo del Señor á santificarnos, á bendecir y alabar su adorable magestad, y á meditar las misericordias eternas del que quiere habitar con los hijos de los hombres para alimentarlos con su gracia y llevarlos á la gloria. Otorgándonos, Señora, este beneficio propio de vuestra piedad, tendremos un

consuelo imponderable en saluarnos diciéndonos con el Angel.

AVE MARIA.

Domus mea, domus orationis est.

Es de fé que nuestro Dios inmortal, sábio, benigno, sumbe, dulce, piadoso y omnipotente se halla en el santísimo sacramento del altar, no como cuando se apareció á Moises en medio de una zarza ardiendo, como dejó verse en la misteriosa escala de Jacob, en el imponente aparato del Sinay, en el monte Tabor, ó en el estado de su resurreccion gloriosa, sino bajo las apariencias y accidentes del pan eucarístico en que reconocemos un misterio en nada inferior al del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en Belen. La mansion de nuestro Amantísimo Redentor en nuestros tabernáculos no es menos oculta que su morada en Nazaret; lo adoramos en aquel altar, y alli sabemos, que al imperio de la voz de los sacerdotes baja todo; los dias á sus manos nuestro Dios transformando los elementos como en las bodas de Caná. Sabemos que en aquella fuente de las gracias aguarda á las almas perdidas como á la Samaritana; que todos los dias vienen á rendirle adoraciones Magdalenas penitentes, Zaqueos convertidos y Lázaros resucitados; que

á todas horas renueva su vida, su muerte y resurreccion; que aquel altar santo es el propiciatorio en que nuestro Dios se hace accesible á los hombres, y que de allí han de descender sobre los mortales todas las gracias y beneficios con que se digna favorecerlos. Sabemos que cuando venimos á los templos nos acercamos á la casa en donde habita el Rey de los reyes y el Señor de los señores ante el que el Universo es como un grano de arena, ó como una gota de rocío antes de ser disipada por el sol; que en estas casas de oracion recibe Dios nuestras visitas, oye nuestras súplicas y nos reparte sus gracias; que en aquel sagrado altar está el trono de la misericordia, el manantial de todos los bienes, y los tesoros de la bondad del Omnipotente que tiene puestos sus ojos sobre nosotros; y que aquí es, en donde debemos rendirle nuestros homenajes, alabar su santo nombre, cantar sus alabanzas, meditar su santa ley, esponerle nuestras necesidades y miserias, oir la palabra divina, y nutrir nuestras almas con la gracia en que abunda el que habita en aquel sagrado tabernáculo. Sabemos en fin, porque así nos lo enseña la fé, que nuestro Señor Jesucristo se halla en este templo augusto en un estado de satisfaccion habitual por los pecados de todos los hombres, y que en el santísimo sacramento se vé, que el fuerte lleva al débil, que el soberano se une al pueblo, que el lego se incorpora al sacerdote, y que el justo absuelve y perdona al culpable. Todas estas cosas y otras muchas concernientes á la santidad magestuosa de los templos sabemos los que nos hemos formado en la escuela cristiana. Pero hermanos míos, ¿qué uso hacemos de esta ciencia de salvacion cuando llamados por las cam-

panas se nos convoca al templo, que es la casa de oracion, como lo dice Isaias y lo repite Jesucristo? ¿Venimos á esta iglesia, como á un paraíso terrenal lleno de delicias espirituales en que se encuentran cuantas hierbas balsámicas se necesitan para curar nuestras dolencias y fortalecernos en nuestra peregrinacion? ¿Asistimos á los divinos oficios con aquel respeto, veneracion y espíritu reverencial que deben tener los que se asocian á los ángeles para que eleven sus súplicas al trono del Altísimo? Dolorosa en extremo tiene que ser la contestacion franca que nos vemos precisados á dar á estas preguntas, si hemos de atenernos á los hechos que vemos, palpamos, sentimos y percibimos todos.

Nosotros, Dios mio, deberíamos venir á esta santa iglesia á bendeciros y daros gracias por vuestros beneficios; á pedirlos con humildad los dones que necesitamos, porque en vuestras manos están nuestra salud y nuestra vida, nuestra suerte y nuestra eternidad. Deberíamos venir á hablaros de nuestra flaqueza para que nos fortalezcáis; de nuestras penas y aflicciones para que nos consoléis; de nuestros pecados para que nos perdoneis; de nuestras familias para que las bendigáis, y de nuestros pesares y congojas para que las disipeis. Pero ¡oh dolor sobre todos los dolores! No son estos los pensamientos que nos traen á vuestro santo templo, sino los de la carne y de la sangre que nos preocupan, ilusionan y arrastran, porque voluntaria y maliciosamente nos dejamos llevar de ellos. Traemos la imaginacion ocupada en negocios mundanos de material interés, abandonada el alma á infinitas distracciones, transportado el corazón en afectos carnales y terrenos, la memoria entretenida con re-

cuérdos criminales, y los sentidos embelesados con objetos sensuales capaces de reducirnos á la condicion de las bestias. Venimos al templo forzados por una precision mundana, y en ellos nos fastidia la monotonía de los divinos oficios; se nos hacen largas y pesadas las instrucciones de los párrocos y predicadores evangélicos, no pensamos mas que en salir para entregarnos á los devaneos y diversiones del siglo reprobado por Jesucristo, y no; no es nuestro elemento el de la casa del Señor. Si en ella se diera culto al Dios del dinero, á la diosa de los placeres, al ídolo de la ambicion; y á la falange de demonios que presiden las pasiones y vicios que nos deshonran, habria un placer, gusto y satisfaccion que no se nota en los fieles que vienen al templo, no á orar y á pedir á Dios mercedes, gracias y beneficios, sino á profanar este lugar sagrado, á insultar á Dios en su angusto trono; y á escandalizar á los devotos con esas desenvolturas, libertades y escesos indignos de los que por escarnio se llaman «gente culta, fina, atenta é ilustrada.» Jesucristo echó del templo á los que en él vendian palomas y cosas para los sacrificios, pero muchos cristianos vienen á la iglesia á vender sus almas, á crucificar á Jesus, á pasar el rato como en un festin profano con asombro y admiracion de los mismos gentiles y mahometanos que aborrecen nuestra religion porque la deshonran los que la profesan sin observar sus preceptos. ¿No es todo esto cierto? Examinad atentamente vuestro corazon, juzgaos con imparcialidad y decidme, si no es verdad que en lugar de venir á buscar en aquel nuevo calvario; en que se representan los misterios de la cruz; las virtudes que tanto necesitáis, no acudis mas bien á los tem-

plos por buscar la suya satisfacción de brillar, vuestros adornos, de ver y ser vistos, de agrandar á las criaturas con ofensa del Criador: que yo deduciré de todos estos excesos y abominaciones, que es «intolerable, monstruoso, impio, » diabólico é infernal» el dedicar todas las atenciones y cuidados á los perniciosos entretenimientos de los mandanos, siendo flojos, tibios é indolentes en prepararnos para ir y asistir en los templos con el respeto y veneración que se merece el Dios que habita en ellos.

¿Y por qué, amados míos, esta conducta tan extraña, por parte de los ingratos que se revelan contra su Dios en el mismo sitio en que se sacrifica por éllo? Acaso porque no han sabido *entrar, estar y salir* de la iglesia. Voy pues á enseñároslo á ver si logro con la gracia de Dios inspirar en vuestros corazones aquellos sentimientos piadosos que deben tener los católicos cuando vienen á la casa del Señor. Renovad vuestra atención.

Jacob, favorecido de una visión celestial en Betel, exclamó y dijo «este lugar es terrible, esta es la casa de Dios y la puerta del cielo.(1)». Para inspirar, Dios á Moises un respeto religioso á su presencia le dice: «ascálzate, la tierra que pisas es sagrada(2).» Llama, *su casa, su trono, su santuario y su lugar santo* al tabernáculo y al templo en que quiere ser adorado, y á los judíos les manda, que no so-

(1) Genes. c. 28. v. 47.

(2) Exod. c. 3 v. 5.

acerquen al santuario sin un pavor religioso (1). Son menos dignos de veneracion y respeto los templos de los cristianos en que moran los ángeles con el Señor de la gloria, como lo dice san Gregorio? Acercaos pues á las iglesias como á la casa de Dios, contando con que el Dios que ama, quiere ser amado de los hijos á quienes vino á buscar para salvarlos, redimirlos, alimentarlos con su cuerpo y con su sangre y llevarlos á la gloria. Al entrar en la iglesia vereis la pila del agua bendita, figura del agua invisible de la gracia que purifica nuestras almas. Tomadla, y confesando que sois impuros é indignos de presentaros delante de Dios humildes y anonadaos en su presencia. Despues de esto lo primero que se os presenta á la vista es la imagen de un santo Cristo. El es, el gran libro de los cristianos, siempre abierto y tan inteligible á los sabios como á los ignorantes. Leed en él, y vereis como condena los trajes inmodestos, el aire presuntuoso, la soberbia, la vanidad y la altaneria y os convenceis de que Jesucristo crucificado debe ser el modelo de la vida que debeis tener en la tierra para ir al cielo. Pasad mas adelante y mirad al altar en que Jesus renueva el sacrificio que ofreció en la cruz por nuestra salvacion. Aqui Dios mio satisfacedis enteramente á vuestra justicia sacrificando á vuestro Hijo. Aqui nos mostrais el colmo de vuestro amor dándonos al Hijo de vuestras complacencias en manjar de nuestras almas. En ese altar sagrado, verificais los oráculos de los profetas y descubris todas las figuras y ceremonias

(1) Levit. c. 26. v. 2.

de la ley antigua. En ese altar, Jesús divino, naceis como en el pesebre, sois sacrificado como en el calvario y estais sentado sobre las alas de los querubines como en el cielo. Ahí devorais la muerte para darnos la vida, satisfacéis y rogais por nosotros. En ese sagrado tabernáculo consolais á los afligidos, fortaleceis á los flacos y dais mayores fuerzas á los fuertes: juntais y renovais todas las maravillas de vuestra omnipotencia. ¡Ah queridos míos! ¿Podremos después de esto mirar á ese altar sagrado sin estar penetrados del mas profundo respeto, arrebatados de admiracion, encendidos en amor divino, y conmovidos á la vista de la dignacion del Dios que nos alimenta con el pan celestial que dá la vida al mundo?

Por si sois demasiado carnales para contemplar el misterio que es la perfeccion y como el compendio de los demas y volveis curiosamente la vista á otras partes, observa! en la entrada del templo la pila bautismal en que habeis sido hechos hijos de Dios, y traed á la memoria las obligaciones que contragisteis al recibir la gracia regenerativa de la inocencia que debisteis conservar á todo trance. Mirad á esos confesonarios en donde está el tribunal de la misericordia, el asilo, la esperanza y el consuelo de los pecadores, y ellos os recordarán vuestros pecados, vuestras promesas, vuestras infidelidades, vuestras recaídas, y tal vez vuestras profanaciones y sacrilegios para que conozcais la necesidad que teneis de curar vuestras llagas, y la facilidad con que podeis lograr vuestra conversion. Mirad tambien á este púlpito desde donde tantas veces se os ha declarado el evangelio, explicado la ley santa y enseñado

la verdad. Miradlo bien y entended, que se levantará contra vosotros en el día del juicio en que Jesucristo se vengará del desprecio y poco caso que habeis hecho de la divina palabra que os hemos anunciado en su nombre. Poned la vista en cualquiera parte de esta santa iglesia, y si teneis fé considerad que las supulturas que pisais son el paradero en donde tienen que desvanecerse la vanidad, las glorias, las riquezas, dignidades y gustos del mundo. Ved las imágenes de los santos que con su ejemplo, doctrinas y súplicas nos llaman hácia el cielo, y observad que fueron peregrinos como nosotros. Contemplad tambien esas paredes que formando un solo edificio significan la union perpetua de todos los escogidos en el cielo. Y sobre todo hermanos míos muy amados: ¿hay ni puede haber una sola iglesia en que no se vea la imagen de la «Madre de la gracia conocida por el refugio de los pecadores, por la consoladora de los afligidos, por el consuelo y esperanza nuestra; María Santísima?» Pues fijaos en ella; estad en que en sus manos está nuestra salud; y en que siendo imposible que se condene un verdadero devoto de esa Reina de los ángeles y emperatriz del universo debeis amarla y encomendaros á su piedad y clemencia seguros de que con la proteccion que ofrece á los que la aman no hay males que temer, si bienes inmensos que esperar.

Y si con solo mirar lo que se presenta á nuestra vista en nuestros templos se aviva nuestra fé, se escitan en nuestros corazones sentimientos de respeto y de piedad cristiana, y los justos se ven precisados á decir como san Pedro en el Tabor. *Bueno es estar aquí: qué será, si añadimos á todo*

«to las augustas ceremonias de nuestra santa religion, los sagrados ornamentos de los sacerdotes, las bendiciones, los cánticos, los himnos, las solemnidades y aquella pompa exterior que nos transporta á la morada de los bienaventurados en que esperamos ver algún dia cara á cara á aquel Dios, cuya grandeza, gloria y magnificencia nos anuncia la iglesia con sus santas ceremonias! Y pensando en todas estas cosas ¿podríamos distraernos, fastidiarnos, tener tan poca devocion, tanta inmodestia é irreverencia, posturas tan libres como indecentes, y esos modales profanos que tan frecuentemente se ven en la casa del Señor? No: no habria en los templos tantas profanaciones como vemos en ellos, si los fieles supieran *entrar, estar y salir* del lugar santo como hijos de un Dios que los llama á su santuario para alimentarlos con el pan del cielo, fomentar y aumentar su piedad y hacerlos santos y perfectos. Pero todo esto se descuida, se desprecia, para nada se tiene en cuenta. Por eso os dije, que el venir al templo sin motivos de piedad y religion á profanar las cosas santas es «intolerable, monstruoso, impío, » diabólico é infernal.»

Dios quiera que mi voz dirigida por el Espíritu Santo haya penetrado en vuestros corazones y esteis resueltos á decir, como David, en cuanto oigais la campana que os llama al templo: «Me he regocijado cuando se me ha dicho, » iremos á la casa del Señor (1):» á entrar en la iglesia con el mas profundo respeto para orar y contemplar las co-

(1) Ps. 124. v. 4.

sas concernient es á vuestra salvacion, y á salir de ella pensando en el agua bendita, en la cruz de Jesucristo, en el altar y el santísimo sacramento que en él adoramos, en los confesonarios, en el púlpito, en las imágenes de los santos y en la Reina de todos ellos: pues que sabiendo de este modo como se debe *entrar, estar y salir* del templo, entrareis, estareis y saldreis de él inflamados con la llama del amor divino que ha de introducir os en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA X DESPUES DE PENTECOSTES.

Los hipócritas y falsos devotos no son justificados en los ojos del Señor. Sí, los pecadores que humildes y arrepentidos le piden misericordia.

Non sum sicut cæteri hominum. No soy como los demás hombres. Luc. c. 18. v. 11.

Contra los hipócritas y falsos devotos amigos de aparentar virtudes que no tienen: contra los que ponian todo su cuidado en aparecer justos, santos y perfectos, sin serlo: contra los ostentosos fariseos, que llenándose de vana complacencia al considerarse á sí mismos miraban con desprecio á los demás hombres, se fulminan en este dia terribles anatemas, condenaciones justas, cargas severos. ¡Y con cuánta

razon! Jesucristo al ver á los maestros y doctores de la ley tan solícitos por barnizarse con las apariencias de la verdadera piedad, y aparecer entre los hombres con el exterior de una virtud reconocida siendo en realidad unos perversos los avergonzó públicamente llamándolos «serpientes, raza » de víboras, sepuleros blanqueados, guías sin tino, hipócritas, y lobos rapaces bajo la piel de mansos corderos.» Ni aun se contentó con esto el Dios de la verdad, sino que para dejar de una vez confundida la mentira, castigada la soberbia y premiada la humildad propuso á los fariseos la parábola que se espresa en el evangelio de este día. «Dos hombres, les dijo, subieron al templo á orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo puesto en pié, oraba de este modo: gracias te doy, Dios mio, porque no soy como los demas hombres, ladrones, injustos y adúlteros; ni como este publicano. Ayuno dos veces á la semana, y pago el diezmo de todo lo que poseo. El publicano al contrario, desde un rincon del templo, lleno de confusion, convencido de su propia indignidad y sin atreverse á levantar sus ojos al cielo á quien consideraba ofendido, dándose golpes de pecho con grandes muestras de dolor, arrepentimiento y compuncion se contentaba con decir: Dios mio, sedme propicio. Yo soy pecador, tened misericordia mí.» En verdad os digó, continuó nuestro Redentor, que no el fariseo, sino que el publicano fué el que descendió justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.»

Claro es, amados mios, que con esta parábola nos ha querido enseñar Jesucristo que aun los mayores pecadores

cuando se arrepienten y se humillan delante del Señor pidiéndole misericordia consiguen el perdón de sus culpas y pecados: pero que al contrario, los que en el exterior parecen los mas justos y ejemplares, porque practican algunos actos piadosos, no con intencion de agradar á Dios, sino con la de granjearse la estimacion popular, y se jactan de ser mejores que los demas hombres, estos falsos devotos son condenados por el juez de las conciencias y entregados á los remordimientos del crimen, raiz, principio y causa de todos los horrores, desgracias y miserias que se han visto, se ven y verán en el mundo. Aprendamos, dice san Agustin, á merecer ser justificados en los ojos de Dios por una humilde confesion de nuestros pecados, y huyamos de la hipocresia, orgullo y ostentacion de los que por querer pasar por santos y perfectos se cubren con las apariencias de la virtud para que nadie vea la fealdad de su alma llena de los vicios y pecados mas abominables. Convenzámonos de que las devociones exteriores que no reforman el corazon, ni mejoran las costumbres arreglándolas por las máximas del evangelio, solo sirven para hacer hipócritas y perversos; orgullosos, altaneros, soberbios, estúpidos y fatuos hasta el extremo de decir con arrogancia: «no soy como los demas hombres.» *«Non sum sicut cæteris hominum.»* Contra estos enemigos de la santidad de nuestra religion adorable voy á hablaros en este breve rato para que no seáis como el arrogante fariseo del evangelio, sino para que imiteis al arrepentido y humilde publicano que se justificó por confesar sus pecados.

Virgen prudentísima que dirigida por el Espíritu-Santo

lograsteis ser el modelo de todas las virtudes cristianas, y el reclinatorio en que se sentó el Dios de la santidad: infundid en nuestros corazones deseos eficaces de imitaros en vuestra humildad siendo fieles observadores de los mandamientos de la ley santa, y no permitais que nos arrastre el infernal Dragon que ruge por devorarnos. Sois, Señora, nuestra Madre, y nosotros los hijos que se complacen en deciros con el ángel

AVE MARIA.

Non sum sicut cæteri hominum.

No hay obra meritoria, verdadera devocion, virtud sólida, gracia ni gloria sin la caridad, que describe el apóstol cuando dice á los de Corinto. «La caridad es paciente y
» benigna; la caridad no es envidiosa; no obra vanamente;
» no se ensoberbecé; no es ambiciosa; no atiende á su interés; no es desdeñosa; no juzga mal; no se alegra con
» los males ajenos, sino que se complace en la verdad;
» juzga bien de todo, todo lo cree, todo lo espera, y todo
» lo sufre (1).» Si vuestras devociones no parten de este

(1) I. Corint. c. 13. v. 4.

principio de vida, aunque repartaís todos los bienes á los pobres, ayúneis todos los dias y os empleeis en oracion y buenas obras, vuestra devocion será falsa; producida por el amor propio y por la vanidad, y creadora de hipócritas, de perversos, de orgullosos y soberbios perturbadores del orden público y enemigos de la sociedad, como el ostentoso Fariseo de que nos habla Jesucristo en el evangelio de este dia. Un hombre fundado en su propia fragilidad y miseria, atendido á sus propias fuerzas, y dirigido por el espíritu de vanidad y soberbia que posee su corazon ¿qué lia de producir? ¿Qué obras nos lo darán á conocer? Vamos á verlo en los hipócritas, en los falsos devotos, en los que honran á Dios con los lábios teniendo su corazon tan distante de él, como lo dice Isaias (1).

Asistir á los divinos oficios en la iglesia, frecuentar los sacramentos, amar el retiro, hacer algunas penitencias, renunciar á las diversiones ruidosas y peligrosas del mundo, y vivir sóbria y modestamente, son cosas buenas y laudables que aconseja el evangelio y recomiendan los santos padres á los fieles: pero esto solo no basta para ser *verdaderos devotos*, y estar fundados en una sólida piedad. Es necesario ademas para ser piadosos y tener una verdadera devocion, ser caritativos, compadecerse de los males del prójimo, estar prontos para conocerlos y aliviarlos, ser sufridos, humildes, resignados y sumisos á la voluntad santa del Señor. La reunion de todos estos caracteres hacen á un cristiano «virtuo-

(1) Isai. c. 29. v. 43.

» so, amigo de Dios y de los hombres, y digno de las hon-
 » ras universales» con que celebra la iglesia santa la memo-
 ria de los justos que vivieron cristiana y devotamente, y
 murieron en olor de santidad. No es verdadero devoto sino
 el que imita á Jesucristo que oraba sin cesar, que pasó
 cuarenta días y cuarenta noches en el desierto ocupado en
 la meditacion, que rendia sus adoraciones en el templo, que
 alabó la piedad de la profetisa Ana, las ofrendas de la vida,
 la oracion humilde y el esterior penitente del publicano que
 mereció ser propuesto como modelo de verdadera devocion
 á los fieles que aman á Dios y todo lo esperan de su mise-
 ricordia. Fuera de esto todo es hipocresia, todo ficcion, todo
 mentira y apariencia con que podrá engañarse á los hombres
 por algun tiempo, pero jamás al Dios que profundiza los
 corazones, y conoce la intencion de los hombres todos, co-
 mo se dice en la escritura santa y se ve en el evangelio de
 este dia. ¿Por qué si no nos asegura Jesucristo que el fariseo
 haciendo pomposa ostentacion de virtudes que no tenia,
 descendió á su casa injustificado, entregado en manos de
 su réprobo sentido, y esclavo de su amor propio y de su va-
 nidad? Porque su devocion era falsa, aparente, llena de
 ficcion y engaño, producida por la intencion perversa de
 formar su propio elogio, de despreciar á su prójimo, y de
 erigirse en ídolo de sí mismo. Este patriarca de los hipó-
 critas no podia producir otras obras que las que vió Jesucristo
 cuando decia de los orgullosos fariseos, que eran «serpientes,
 » tes, raza de víboras, ciegos y guías de ciegos, destinados
 » á caer precipitados en los abismos.»

Para conocer á los hipócritas y falsos devotos no hay

mas que ver á los que oran por costumbre, rezan por hábito, oyen misa y asisten á la iglesia, y murmuran del prójimo, desprecian la ley santa y se contentan con una corteza de santidad que pudiera llamarse la *librea de la mentira*: á los que siempre traen en la boca las palabras de «piedad, de Dios y de religion,» y se vengan sin misericordia presentándose, bajo el pretesto de celo santo, con un genio mal inclinado y nada sociable, sin rectitud de corazon, sin ánimo generoso y sin caridad: á los que desacreditan la religion apareciendo en las iglesias como unos ángeles, y siendo en sus casas unos demonios: á los que despues de haber leído en un libro devoto sobre la paciencia, se irritan, juran y enfadan con un criado por no haber sido pronto y diligente en una vagatela; á los que en lugar de hacerse agradables, sufridos y condescendientes se hacen insufribles con el genio acre y amargo que manifiestan á los que debieran tratar con amor y caridad: á los que siendo sabios á sus propios ojos todo lo resuelven por su propio juicio, y no por la ley santa de Dios que debiera ser la pauta y regla de todas sus decisiones: á los que reducen en fin, todas sus obligaciones á un exterior de piedad y religion modelado por un capricho extravagante, y sostenido por una virtud aparente que es una verdadera vanidad. Estos son los hipócritas y falsos devotos que adiestrados en el arte de fingir afectan sobriedad en público, siendo desarreglados privadamente; que son modestos en el rostro, y lascivos en el corazon; humildes, agradables y pacientes en lo exterior, y llenos de hiel, hinchados con la soberbia y vanagloria interiormente. De aquí aquel tono y continente afectado, grave y circunspecto, con

que quieren ser tenidos por modelos de perfeccion cristiana; aquella postura devota y gestos desmedidos ignorados de la verdadera piedad, y todas las demas especialidades que se ven en los héroes de la falsa devocion y de la mas refinada hipocresía. Estos discipulos de los fariseos son los que logrando sorprender al vulgo para que admiren sus virtudes y los tengan por hombres de bien hacen el mayor mal á la religion, como lo dice san Gregorio: ellos se revisten tal vez de la religion para destruirla: suelen ostentar gran celo por la verdad; á fuerza de hipocresía logran adquirir el concepto de santidad que engaña á los pueblos, y unas veces predicando caridad, humildad y mortificacion; otras aparentando celo por la casa del Señor con la intencion de descubrir los defectos mas ocultos de los que quieren desacreditar; ya infundiendo poco á poco en los corazones de los fieles principios contrarios á los del evangelio, fingiendo ahora unas cosas y despues otras, su intento no es otro que el de derramar gota á gota todo el veneno de su corazon en los de sus prójimos y hacer prevaricar á todos, para vivir ellos mas seguros y acreditados en sus prevaricaciones. Estos maestros de la mentira vienen con capa de virtud y piel de ovejas, dice Jesucristo; pero siendo en lo interior lobos rapaces debeis huir de ellos y salvar en la paciencia vuestras almas.

Hagámoslo así, hermanos míos; huyamos de ese mundo lleno de farsas, de apariencias, de ficciones, de simulacion, de engaño y de mentira, y entremos en el de la verdad, en el de las realidades, en el de la creacion santificado por Jesucristo. ¿Somos pecadores, nos hemos pervertido, estamos relajados, pecamos, y ofendemos á Dios de mil mo-

dos y maneras? Pues confesémonos culpados, y convertidos á nuestro Dios, humillémonos en su presencia y digámosle como el publicano; «Señor sedme propicio; tened misericordia de mí, pecador» y Dios nos mirará con piedad, nos perdonará nuestros pecados y saldremos justificados de este santo templo. El fariseo ostentando, fingiendo, teniéndose por santo y perfecto, y queriendo ser tenido por egemplar de perfeccion reconcentró en su corazon con la soberbia todos los vicios y pecados que hacen al hombre indigno de la divina clemencia, y constituido en idólatra de sí mismo se dedicó á estimarse, á engrandecerse, á adorarse, á rendir culto y veneracion á su vanidad, y á no reconocer en el mundo otro mérito que el que fingia y afectaba para ser admirado de los demas. ¿Es esto ser religioso, devoto ni aun racional? Y seamos francos, claros y explicitos: ¿El mundo en que vivimos no cuenta con muchos mas discípulos y sucesores del orgulloso fariseo, que del humilde publicano? Vergeünza es decirlo; pero si hemos de ser veraces, preciso es confesar que en la sociedad llamada ilustrada con las tinieblas del error no se ven mas que gentes llenas de doblez y afectacion acostumbradas á disfrazarse con la máscara de las virtudes que ensalzan y preconizan para pasar por virtuosos, para acreditarse de hombres probos, morigerados y honrados, siendo en realidad unos impostores, unos hipócritas, unos refinados soberbios que teniéndose por semi-dioses no se detienen en decir «al mismo Dios» No soy como los demas hombres, ni como este publicano pecador que os deshonra. *Non sum sicut ceteri hominum velut etiam hic publicanus.* Vemos hipócritas y falsos devo-

tos en cuantos hablan el lenguaje de la piedad y viven libre y licenciosamente despreciando las máximas y doctrinas del evangelio: en los que clamaudo y diciendo *Paz, Paz*, porque son los reguladores de nuestros destinos, no conocen mas que la *paz* del pecador, que no es *paz*, segun los oráculos sagrados: en los que aparentando virtud y ciencia carecen de la que se funda en el santo temor de Dios: en los que viendo una mota en el ojo del prójimo, no ven la viga en los suyos: en los que tienen la audacia de dirigir á los demas por el camino de la perdicion asegurándoles que los llevarán la felicidad prometida á los justos; y en cuantos se forjan una religion acomodada á sus pasiones para vivir en la anchura del camino florido de los vicios que conduce á los fuegos sempiternos. En todos estos vemos la hipocresia que reprueba Jesucristo en el evangelio de este dia presentándonos en la parábola del fariseo y del publicano, los fraudes, las ficciones, los aparatos de la decepcion, los ardidés de la soberbia y los artificios de la vanidad con que pretenden engañar á Dios y á los hombres los que para vivir desprecian el evangelio por seguir los instintos del egoismo; y las humillaciones de los que arrepentidos de sus pecados y confiados en la divina clemencia se postran á los pies del Redentor del mundo implorando su misericordia. La sentencia que recayó sobre el uno y sobre el otro es la que pronuncia el Dios de las virtudes sobre todos los que los imitan, siguen y defienden. El fariseo diciendo con orgullo y vanidad que *no era como los demas hombres*, no fue justificado, agravó su conciencia con nuevos pecados y descendió á su casa, envanecido sí,

pero vacío de las virtudes que le hacían ver su hipocresía y falsa devoción. Lo mismo sucede á todos los que guiados por su amor propio y el deseo de ser admirados de los demás hombres, aborrecen la humildad que nos enseña el divino Maestro y desprecian á sus hermanos. El publicano diciéndose humillado y compungido «Señor tened misericordia» de mi pecador» fué perdonado, favorecido con la gracia; justificado, hecho amigo é hijo de Dios, asociado á los que forman la numerosa falange de los que han de acompañar eternamente al cordero sin mancha, digno de recibir la virtud, la divinidad la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición, como lo dice san Juan en su Apocalipsis (1); y esta es la suerte destinada á los que se humillan y siguen en sus devociones el modelo perfecto de la verdadera piedad trazado en el evangelio; de la piedad sencilla que nada tiene de singular, de ostentacion, ni engrandecimiento; aquella piedad que reformando las costumbres y corrigiendo las imperfecciones del que la practica hace amigos de Dios con derecho á recibir la corona inmarcesible de la gloria prometida á los que con corazon contrito y humillado piden á Dios misericordia.

Ved hermanos míos, si en vuestras prácticas piadosas, en vuestras oraciones, en vuestra conducta y en todos vuestros actos sois de los que imitan y siguen al fariseo altanero, ó si pertenecéis á los que como el publicano se humillan arrepentidos y contritos delante del Señor pidiéndole mise-

(1) Apocalip. c. 5. v. 12.

ricordia. Yo os he manifestado el carácter, las tendencias, inclinaciones y frutos de los hipócritas y falsos devotos, que como el fariseo se jactan de ser los héroes de la perfección cristiana, siendo viciosos, criminales y enemigos de la virtud, con el fin de que los detesteis y huyais de sus fraudes y viciosas enseñanzas, y sigais el ejemplo del humilde publicano, que inspirado por el cielo buscó el bien en donde se halla; en las eternas misericordias del que ha muerto por nosotros. Acudamos todos á él y llenos de confusión por haber pecado, formemos votos de vivir con la vida de la caridad que Dios infunde en las almas de los que resueltos á cumplir con los divinos preceptos le dicen compungidos: «Señor tened misericordia de mí pecador.» Así nuestra devoción será verdadera, y á ella se seguirán las gracias que Dios concede á los que ha predestinado para la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA XI DESPUÉS DE PENTECOSTES.

De la vanagloria.

Præcepit illis ne cui dicerent. Los mandó que no dijeren cosa alguna á nadie. Marc. cap. 7. v. 36.

Presentan un sordo y mudo á Jesus y le ruegan que imponga sobre él sus manos y le sane. Jesucristo toma saliva en sus dedos y toca con ellos los oídos y la lengua del sordo y mudo, levanta su vista á los cielos y le manda que abra los ojos y que hable, y en el momento desapareció su sordera y empezó á hablar con toda perfeccion. Jesucristo los mandó en seguida que nada dijeren ni publicasen de lo que acababan de ver. Asi nos refiere el evangelio de este dia esta curacion milagrosa de las muchas que obraba nuestro divino Salvador. Acaba Jesus de hacer una obra, no solamente buena, sino digna de toda alabanza, una obra que manifestaba su poder y su divinidad, una obra de que no

podia menos de resultarle gloria y engrandecimiento; y sin embargo encarga con empeño que nada manifiesten ni publiquen como pudiera hacerlo el que hubiera sido sorprendido en una accion reprensible y criminal. ¿Con cuánto esmero buscan los hombres las alabanzas y aplausos de los demas, cuánto se sacrifican por la buena fama y reputacion, de cuántos medios se valen para mendigar unos elogios que compran con el dinero, una aura popular y un rumor favorable que se procuran á costa de sacrificios y abusando tal vez del ascendiente que los dá su fortuna y el destino en que se hallan colocados? ¿Cuánto hacen valer los hombres del mundo las pocas obras buenas que hacen y cuánto se engríen y ensoberbecen aun con los méritos que no tienen y quieren que el mundo los dé á costa de ser ellos bajos y viles con el mundo? Pero Jesucristo no busca la gloria de los hombres ni el testimonio de los hombres falaz y engañoso muchas veces; no busca los honores y distinciones, sino la gloria de Dios.

Habia dicho muchas veces que no obrásemos la justicia delante de los hombres para ser vistos y alabados del mundo, porque entonces perderíamos la merced que nos tiene preparada en los cielos el Padre celestial. Que no anunciásemos á sonido de trompeta nuestras limosnas y buenas obras, sino que las hiciésemos en oculto donde no pudiesen ser vistas sino de Dios, y Dios que vé en lo escondido nos las premiará. Que no diésemos parte de lo que hace nuestra mano derecha á nuestra mano siniestra; ni buscásemos en nuestras buenas obras nuestra propia gloria y las alabanzas de los hombres, sino la gloria de Dios y el deseo de hacer la vo-

Junta de Dios, y nos enseñó con su ejemplo esta misma doctrina. Encargó al sordo y mudo milagrosamente sanado y á los que habian presenciado el milagro que no lo publicasen ni digesen cosa alguna de lo que acababan de ver, para enseñarnos con su ejemplo á evitar la vanidad, la vanagloria y las alabanzas de los hombres. A evitar este enemigo tan perjudicial y temible cuanto es mas interior y menos se deja conocer: este vicio, que desvirtúa y arrebató el mérito de las buenas obras, y hace que sean odiosas á Dios las que sin él serian agradables á sus ojos: este vicio, sin embargo, tan común y jeneral, porque nadie se quiere tener en menos de lo que es, nadie que no oiga con gusto que le alaben los demas, nadie que no apetezca su gloria y que se publiquen sus virtudes, nadie hay, ó muy pocos son los que no se refieran á sí mismos y se congratulen consigo mismos del bien que tienen y miran con desprecio al que no le tiene; pocos son, en una palabra, los que no incurran en el pecado de la vanagloria.

Valiéndome del ejemplo de Jesucristo y de su doctrina voy á ocuparme en haceros ver la macilia de este vicio y el esmero con que debemos evitarle, ayudándome antes á pedir la gracia al Señor por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Præceptis illis....

El deseo de gloria no es de suyo vicioso. El que calla uno conozca el bien que tiene y que le apruebe, no es pec-

do, dice mi angélico doctor santo Tomás. El apóstol decia: no hemos recibido nosotros el espíritu del mundo sino el espíritu de Dios, para que sepamos cuales son los bienes que el Señor nos ha dado. Tampoco es pecado, dice el mismo santo Tomás, el que el hombre quiera que sean aprobadas sus obras buenas, puesto que el mismo Jesucristo nos dice: luzca vuestra luz delante de los hombres y vean vuestras buenas y glorifiquen por ellas á Dios. Pero el deseo de una gloria vana es pecado, porque siempre es vicioso amar la vanidad, buscar la mentira, y apetecer lo que nada vale. La gloria puede decirse que es vana por tres motivos principalmente á saber: por parte de aquello de que se busca y apetecese la gloria que es un bien que no tiene y presume el hombre falsamente que le tiene y desea ser alabado por él como si le tuviera, ó es un bien que aunque le tenga no merece gloria alguna, es un bien frágil y perecedero como lo son los honores, la hermosura, los bienes corporales y la buena fortuna: por parte de aquellos de quienes busca el hombre la gloria, á saber si la quiere tener y ser alabado de los demás hombres cuyo juicio no es cierto: y por parte del que apetecese la gloria si no la refiere al debido fin que es el honor de Dios y el bien de su prójimo.

Conocer, y dar gloria á Dios por los bienes verdaderos que nos dá, desear que el Señor nos honre y nos bendiga, nos alabe y nos premie; y enderezar y referir al mismo Dios las alabanzas que nos dieran los hombres reconociendo que no á nosotros sino á Dios debe darse la gloria y confesando que nada somos y que todo don nos viene de Dios, no es vicio alguno y podemos y debemos en este sentido desear la

gloria y las alabanzas de los hombres, procurarnos un buen nombre, y atender á que seamos reputados por buenos, no solamente delante de Dios, sino tambien delante del mundo. Pero fuera de esto; gloriarnos del bien que no tenemos ó que no es digno de gloria; buscar ser alabados de los hombres; y referirnos á nosotros mismos las alabanzas que merecen nuestras obras, es vicioso y reprehensible, es vanagloria que debemos evitar á ejemplo de Jesucristo.

No seamos, pues, nos dice por esto el apóstol (1), no seamos deseosos de vanagloria; no obremos cosa alguna por emulacion ni por vanagloria. ¿Y qué bienes tenemos para podernos gloriar? ¿Qué tenemos que no hayamos recibido y sea un don de Dios? Todas nuestras buenas obras las obra Dios en nosotros. Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar con buena voluntad. No somos suficientes, ni aun para pensar una cosa buena y toda nuestra suficiencia nos viene de Dios. Nuestros méritos no son otra cosa que los dones de Dios y cuando nos remunera no hace otra cosa que coronar sus dones en nosotros. «Lejos pues de todo » cristiano, infiere de esta doctrina el santo Concilio de » Trento, el confiar en sí mismo y vanagloriarse de sí » mismo y no gloriarse solamente en el Señor cuya bondad es tanta que nos dá sus dones y nos los premia como » méritos. Y porque todos hemos ofendido en muchísimas » cosas á Dios, cada uno debe tener continuamente muy » presente no solo su bondad y su misericordia, sino tam-

(1) Galat. c. 5. et Philip. cap. 2.

» bien su severidad y el juicio que le espera, conociendo
» que aunque nada le remunere su conciencia, no debe
» darse por satisfecho de sí mismo porque la vida del hom-
» bre no ha de ser juzgada por el juicio humano, sino que
» será examinada y juzgada por el juicio de Dios que ilu-
» minará lo mas escondido, manifestará hasta lo mas íntimo
» de los corazones y entonces cada uno recibirá la alabanza
» de Dios quien, como está escrito, dará á cada uno segun
» sus obras.» En nada, pues, debemos gloriarnos puesto
que nada es nuestro, dice san Cipriano. Todo se debe á Dios;
dice san Agustín, porque él es quien prepara la buena vo-
luntad, y ayuda á la voluntad preparada, y no es el bien del
que quiere, ni del que corre, sino de Dios que usa de mise-
ricordia, segun enseña el apóstol. Esta es la perfeccion que
pueden tener los hombres, dice san Gerónimo, el tenerse
siempre por imperfectos.

Si entramos en nosotros mismos ¿qué hallamos para
podernos gloriar? ¿Qué somos sino polvo y ceniza? Nuestra
fortuna, nuestra salud nuestra ciencia, nuestros honores y
distinciones ¿son mas estables y sólidos que una oja seca que
arrebata el viento? En nuestras obras ¿qué descubrimos sino
innumerables defectos que muchas veces nos son descono-
cidos? En la presencia de Dios todos somos inmundos. Lo
que á nosotros nos parece un mérito, el exámen de aquel
Señor, que segun Job, descubre manchas en los mismos áni-
geles, será tal vez una injusticia. Y aunque hagamos alguna
obra buena ¿cuántos son los pecados que hemos cometido y
que nos deben tener para siempre humillados delante de
Dios como hijos pródigos, indignos de llamarle Padre y di-

chosos porque nos admita en su casa aunque sea en clase de criados? Digo mas. Aunque hiciéramos todo cuanto el Señor nos manda, en nada deberíamos gloriarnos sino decir como nos encarga Jesucristo (1): «Somos unos siervos inútiles, nada hemos hecho sino lo que debemos hacer.» Si no puede gloriarse y debe reputarse por inútil el que cumple con exactitud todo cuanto Dios le manda ¿cómo se atreverá á gloriarse el que no cumple lo que Dios le ordena? Y cuando tuviésemos la dicha de caminar con rectitud por la senda de la perfeccion de la vida espiritual y haber obrado mucho bien ¿cuánto nos falta que andar hasta concluir, y cuántos peligros que vencer? ¿Cuánto tenemos que perfeccionar, cuántos esfuerzos nos son necesarios hasta llegar á conseguir el premio que reciben solamente los que perseveran hasta el fin? Dame Señor á conocer mi fin, debemos decir con el real profeta, para saber lo que me falta.

Si no debemos gloriarnos de los mismos bienes naturales ó sobrenaturales que tenemos porque no son nuestros, sino de Dios que nos los dá; de nuestras buenas obras porque no hacemos con ellas sino nuestro deber y cumplir lo que nos manda el Señor ¿cuánto mas criminal y reprehensible será gloriarnos del bien que no tenemos y aun de lo que es digno de vituperio y castigo; de los mismos crímenes y de aquellas obras que son contrarias al amor de Dios y á su divina ley? Sin embargo ¿cuántos cristianos hay que se jactan de ser pecadores, de obrar públicamente el mal, de

(1) Luc. cap. 17.

hablar contra Dios, su religion y sus ministros, de vomitar impiedades y blasfemias y ser desobedientes y rebeldes á lo que el Señor los manda por medio de su ley y de su iglesia? ¿Cuántos cristianos hay que publican su pecado como Sodoma; y que buscan su gloria y su celebridad en sus crímenes? ¿qué desean ser alabados y bendecidos por los depravados deseos de su corazon? ¿Cuántos hay que, como confiesa de sí mismo san Agustin se avergüenzan de ser menos malos que los otros y al oír alabarse á los demas de sus vicios se alientan á cometerlos, no tanto por el deleite del crimen, cuanto por el deseo de ser alabados, y se declaran y publican mas viciosos de lo que son, se jactan del mismo mal que no han hecho por no ser tenidos en menos, por no pasar por inocentes ó cobardes, por no ser menos elogiados cuanto sean ó aparezcan mas virtuosos? Jóvenes libertinos y licenciosos ¿no es este el retrato de vuestras costumbres y el asunto de vuestras reuniones?

Vanagloria es anteponer el testimonio de los hombres al testimonio de Dios, y moverse á obrar el bien ó el mal por amor ó temor de los hombres y no por el amor y temor de Dios. Los que se glorian en sus opiniones y sus errores opuestos al sentir comun de la iglesia, los que temen obrar el bien por no ser censurados de los demas, los que no se detienen en obrar lo que es contra la ley de Dios por amor de Dios y cumplir lo que Dios los manda sino por miedo de la infamia que se los seguiria, por los respetos del mundo y los intereses temporales que habrian de perder ó la mancha que recibiria su reputacion, obran por vanagloria, no buscan agradar á Dios sino agradar y complacer á los hom-

bres; pero no serán defendidos por los hombres cuando Dios los juzgue; no serán detenidos y puestos á salvo por los hombres cuando Dios los castigue. ¡Hombre sediento de gloria y de ser tenido en algo por los hombres! Mira los caminos por donde has subido á esa elevacion en que no te conoces á ti mismo; mira los derechos que has atropellado, los artificios de que te has valido, los escesos y bajezas que no has tenido cometer, contempla tambien las virtudes que has practicado y los vicios de que has procurado librarte; pero si todo lo has hecho por agradar á los hombres, sino has temido desagradar á Dios, sino has buscado sino la honra y las alabanzas de los hombres, busca tu merced y recompensa en los hombres, nada tiene Dios que agradecer, y los hombres lejos de protejerte cuando Dios te abandone, cuando decaigas del favor, de la fortuna, de la elevacion, de la hermosura, te despreciarán y burlarán, se mostrarán de ti con la mas negra ingratitud; y cuando todo te suceda bien ¿qué esperas de Dios?

Hé aquí otro mal que lleva consigo la vanagloria. Aunque nos pudiésemos asegurar á nosotros mismos, que todas nuestras obras son buenas, aunque nos esforcemos por obrar las acciones mas piadosas y heróicas, si las hacemos por agradar á los hombres, si buscamos su aprecio y sus obsequios, si no las referimos á Dios como á nuestro último fin, si nos las referimos á nosotros mismos, si nuestra intencion es la de la vanagloria, la de ser tenidos por santos y virtuosos, si con ellas y por ellas queremos agradarnos á nosotros mismos y no á Dios, quedaremos sin esperanza de recompensa de parte de Dios. Recibisteis vuestra merced, nos dirá el

Señor, nos desconocerá y no nos tendrá por siervos que han trabajo en su heredad. Enhorabuena que anunciemos las obras del Señor, que prediquemos y llevemos su nombre y su doctrina á los países remotos y empleemos nuestro celo en convertir á las almas, que frecuentemos sus templos y cantemos las alabanzas divinas, que hagamos largas oraciones y demos muchas limosnas, aunque hagamos grandes penitencias, si todo lo hacemos por vanidad, sino miramos á Dios como á nuestro fin y nos proponemos por único objeto agradar á Dios, perdemos todo el fruto de nuestros trabajos, y esta vanidad, este espíritu de vanagloria y amor propio al paso que es un veneno que vicia, corrompe y destruye todo el mérito de nuestras buenas obras, es demasiado sutil y se introduce sin sentir en nuestras almas. Acomete al impío que se jacta de blasfemar contra Dios, y al ministro de Dios en el púlpito, en el confesionario y cuando anuncia la doctrina de humildad y sumisión á Dios: á la mujer altiva y orgullosa que provoca á liviandad con sus trages, sus miradas y movimientos deshonestos, y á la que lleva un traje pobre, los ojos sumisos y hace profesion de devota y de apeteecer el retiro del mundo: al libertino y al solitario; al pobre y al rico; al sábio y al ignorante; en el teatro y los placeres, en el templo y en el altar, en las mortificaciones, en todas partes nos persigue y acomete este enemigo que derribó á los ángeles del cielo y arrojó á nuestros primeros padres del Paraíso. En todas partes nos quiere robar y despojar del mérito de nuestras obras y viciar nuestras virtudes. Obraremos milagros en nombre del Señor y el Señor no nos recompensará si tenemos la vanidad de

gloriarnos de que se nos sujeten los espíritus infernales. No os alegréis por esto, decia á sus discípulos Jesucristo, acordaos que por semejante movimiento de soberbia y amor propio cayeron los ángeles del cielo.

Tal es, hermanos míos, la malicia de la vanagloria, de la hinchazon y amor propio que tan frecuentemente nos acomete en las malas y en las buenas acciones. Aumenta la maldad de los crímenes y deja sin mérito á las virtudes, dejan de ser virtuosas las buenas obras inficionadas de la vanagloria porque no se busca en ellas la gloria de Dios y agradar á Dios, sino á los hombres y á nosotros mismos y nada tiene Dios que premiarnos porque nada obramos por él.

No busquemos pues nuestra gloria en nuestras buenas obras, tenemos un Señor que la buscará y nos juzgará: no busquemos agradar á los hombres, porque entonces dejaremos de ser siervos de Jesucristo: como el apóstol, posponiendo nuestros aplausos y glorias mundanas, despreciando la confusion y las burlas, sin temor al mundo y sin dejarnos llevar de sus obsequios abracemos la cruz de Jesucristo. No se glorie el que es sábio en su sabiduría, el que es fuerte en su fortaleza, el que es rico en sus bienes, si no gloriense todos en el Señor y reconózcaule por el dueño y dador de todo. Apartemos de nosotros con todo el esmero posible la vanagloria, y pidamos al Señor como el profeta, que aparte nuestros ojos para que no vean la vanidad. Si nuestro ojo fuere bueno, todo nuestro cuerpo lo será tambien, segun la sententia del Señor. Este ojo es la intencion y el fin con que obramos segun los sagrados espositores. Conviene pues, dico

san Agustín, que cuando obramos el bien atendamos principalmente al fin y la intencion con que lo hacemos, y no hemos de medir nuestras buenas obras por lo que son, sino por el fin con que obramos; que consideremos, no solo si es bueno lo que hacemos, sino tambien si es bueno el fin por el que nos movemos á hacer el bien. Estos ojos con que debemos observar por qué hacemos lo que hacemos, hemos de pedir á Dios que los aparte de la vanidad. cuando obramos el bien, ¡y en esta vanidad ocupa el primer lugar el amor y deseo de ser alabados de los hombres. Por este deseo de gloria humana han hecho cosas grandes muchos en el mundo, han obtenido un gran nombre, han sido alabados de los pueblos, han vivido con prudencia, con justicia, con fortaleza y con templanza; pero como no buscaban agradar á Dios sino á los hombres, fueron vanos y recibieron una merced vana. De esta vanidad debemos apartar nuestros ojos y el Señor nos lo manda espresamente diciéndonos: « atended, no obreis vuestra justicia delante de los hombres » para que seáis vistos y alabados por ellos, porque entonces no tendreis merced alguna por parte del Padre que » está en los cielos. »

La nada de los bienes de que somos depositarios, nuestros continuos pecados y miserias infinitas, el pensamiento de que nada tenemos que no sea un don de Dios y que no somos suficientes para nada, lo engañoso y falaz de las glorias y alabanzas de los hombres, el no perder la recompensa y el mérito de nuestras buenas obras, el juicio que nos espera en que nuestras acciones serán examinadas por Dios y recibirán la gloria ó el castigo en su tribunal

inexorables, debe resolvernos, no ya á no gloriarnos como los impíos en la impiedad y los escándalos haciendo pública ostentacion de los crímenes y declarando guerra al mismo Dios como los demonios, sino á evitar la vanidad y vanagloria aun en las obras justas y santas, á obrarlas en secreto sin buscar ni proponernos otro fin que agradar á Dios ni esperar ni querer otra recompensa que la de la gloria á buscar á Dios por Dios apartando nuestras intenciones de la vanidad. Y sobre todo, debe animarnos el ejemplo y doctrina de Jesucristo. Aprended de mí, nos dice, á ser humildes, y todos sus esfuerzos parece que son el enseñarnos la humildad; la abnegación y buscar solo agradar á Dios. Obra milagros, hace que vean su gloria y majestad los discípulos en el Tabor y encarga que nada digan ni publiquen, quieren las gentes hacerle Rey y se oculta huyendosolo. Asi debemos huir de la vanidad y los aplausos del mundo. El Señor ve nuestras obras en el retiro y en lo oculto y él las premiará y siendo como Jesucristo humildes y sin vanagloria seremos exultados y recibiremos la merced en el cielo. Amen.

SERMON

PARA LA DOMINICA XII DESPUES DE PENTECOSTES.

Los que aman á Dios de todo corazon, vivirán.

Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon. Luc. c. 10 v. 27.

Nuestro Dios es el Criador y gobernador soberano de todo el universo: es el legislador de todos los hombres, el vengador del crimen y el remunerador de la virtud. De los tesoros de su omnipotencia ha salido la belleza: suya es la verdad con todo lo bueno que admiramos en sus criaturas. EL nos ha infundido las ideas de lo justo, de lo honesto y de lo útil, para que seamos virtuosos: nos ha ofrecido la gracia: nos ha prometido la gloria, y desde su escelso trono dice á todos, y á cada uno de los hombres *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon.»*

Este, amados míos, es el máximo de los divinos precep-

tos; el epilogo del evangelio; el compendio de nuestras obligaciones; la fuente del mérito; el manantial de todas las gracias; el principio, el medio y el fin de nuestra santa y adorable religion. Amando á Dios, dice el angélico doctor, se cumple con todo lo que se manda en la ley y en los profetas: es el hombre justo, y su marcha no es otra que la del cielo. Es ademas este amor tan razonable, tan justo, y aun tan natural, que no hay una sola criatura que no se asocie á las demas para rendir homenaje al que las dió el ser y decir to. las á una voz «EL nos ha hecho, á nosotras, y no nosotras á nosotras mismas» como lo dice el Salmista (1). Aun cuando pecamos y llevamos una vida incompatible con el amor de Dios creemos que lo amamos. Tan sólida es la idea que tenemos impresa en nuestros corazones acerca del amor, respecto y veneracion con que debemos adorar y servir al Señor nuestro Dios que nos poseyó, nos hizo y nos crió, como se dice en los libros santos (2). Con ella se explica perfectamente el pasage que se nos refiere en el evangelio de este dia para nuestra instruccion y aprovechamiento de nuestras almas. Un doctor de la ley, dice el sagrado testo, se acercó á Jesucristo y le dijo: «Maestro, ¿qué deberé hacer para conseguir la vida eterna?» Jesus le contesto: ¿Qué se ha escrito sobre esto en la ley? ¿Cómo la lees? El legislador le dijo: «Amarás el Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma, de todas tus fuerzas y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo como á tí mismo.» Bien has respondido, le repuso

(1) Ps. 99. v. 3.

(2) Deut. c. 32. v. 6.

la sabiduría eterna; hazlo así, y vivirás: ama á tu Dios y conseguirás el reino de los cielos: ama á tu Dios con todo tu corazón y te salvarás.

Lo mismo os diré yo en este breve rato, hermanos míos. A esto reduciré todo mi discurso: en el amor con que debemos corresponder al que por derecho de creación y de redención merece nuestros obsequios, insistiré, bien convencido de que si lo amamos sobre todas las cosas, cumpliremos con todos los demás preceptos, viviremos con la vida de la gracia y nos salvaremos. *Diliges dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*

Madre del amor hermoso: acanzadnos la gracia que necesitamos para conocer que todos los bienes posibles están vinculados en el amor con que debemos corresponder al que nos tiene, el que habitó nueve meses en vuestro vientre virginal. Hacednos participantes de aquel amor ardiente que produjo en vuestra alma santísima la gracia con que os felicitó el ángel cuando os dijo:

AVE MARIA.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.

Convenientísimamente, dice santo Tomás (1), se ha impuesto al hombre el precepto de amar á Dios para que

(1) 2.^a 2.^a g. 44. a. 1.

dirigido por la caridad pueda conseguir fácilmente el último fin para que fué criado y redimido. «Amarás al Señor tu » Dios de todo corazón,» dice la ley: y los santos padres y sagrados expositores para explicárnosla añaden: «Amarás al Señor, porque es Señor, y porque es tuyo: lo amarás por sí mismo, por todas sus cosas, y por tí;» porque siendo bueno, deleitable, útil y lleno de gracias es siempre amable sobre todo cuanto puede amarse. Lo amarás, dice san Basilio (1), *total y absolutamente* de manera que en tu corazón no tengan la menor parte el diablo, el mundo ni el pecado por haber entregado toda tu alma al Señor tu Dios. Lo amarás como al objeto y término final de todas tus obras; deseos y pensamientos. Lo amarás, dice el Crisólogo (2), de modo que no pienses, hagas ni ejecutes cosa alguna que no se dirija á su mayor honor y gloria. Lo amarás en fin mas que á tí mismo, mas que á todas las cosas; ó te amarás á tí y á todo lo criado por amar á Dios haciendo su santísima voluntad. El que me ama, dice el mismo Jesucristo, guarda mis mandamientos; el que no me ama los desprecia y no los observa. Esta voz del autor de nuestra fé se ha hecho escuchar de todos los hombres sin distincion de clases ni condiciones. Nuestro legislador divino habla á los grandes y pequeños, á los ricos y á los pobres, al que manda y al que obedece. A todos dice. «Si amas á Dios con todo tu corazón, vivirás: pero mira que no lo ama sino el que cum-

(1) Homil. 42. in Ps. 44.

(2) Serm. 447.

ple la voluntad del Padre que está en los cielos. » No se salvará, dice tambien nuestro Redentor, el que dice, *Señor, Señor*, sino el que cumple la voluntad de mi Padre celestial. Amar pues á nuestro Dios de todo corazon y cumplir con sus divinos preceptos es una misma cosa, segun la ciencia de la salvacion. Si vosotros decís que lo amais sin guardar sus mandamientos, *mentís*, dice san Juan (1), y no hay verdad en vosotros. Veamos cual es la voluntad de nuestro Dios y ella nos dirá si lo amamos ó le aborrecemos.

Es la voluntad de Dios que cumplamos con las obligaciones de nuestro estado sin ambicion, sin enfado, sin impaciencia, sin injusticia ni engaño, sino con verdad y buena fé, como lo dicta la ley santa del Señor. Es su voluntad que seamos obedientes y rendidos á los que la divina providencia ha puesto sobre nosotros: que mandemos sin arrogancia y sin dureza á los que nos obedecen, y que seamos dulces, complacientes y caritativos con nuestros prógimos y hermanos. Dios quiere que si alguno nos alaba, nos humillemos, que si nos insulta, lo perdonemos; que si nos calumnia ofende y maltrata, lo suframos con paciencia, oremos por él, y volvamos bien por mal. Nos manda la sobriedad en el comer; la prudencia, circunspeccion y modestia, en las conversaciones y trato social; en las diversiones, la inocencia y la moderacion; en las adversidades, trabajos y aflicciones, la resignacion y conformidad

(1) 1. Joan c. 2. v. 4.

con la divina voluntad. Quiere en fin nuestro Dios que busquemos en todo y sobre todo el reino de los cielos y su justicia; que hagamos servir á su gloria y al bien de nuestras almas, las riquezas y la pobreza, los honores y la humillacion, las penas y los placeres; los bienes y los males de esta vida. Tal es la voluntad de nuestro Dios terminantemente expresada en el evangelio en que se declara y se nos dice: que el que ama á Dios, observa, guarda y cumple los divinos mandatos; pero que el que los traspasa y los desprecia es un amante falso y fingido, un rebelde á la ley santa, un traidor alevé que vende ignominiosamente al que lo ha criado, redimido, salvado y llenado de beneficios, y un lujo de la mentira que se atreve á decir que ama á Dios, cuando lo ofende; insulta y contradice pecando sin pudor, como los que con diabólica audacia dicen al Altísimo; *Non serviam*. No te quiero servir.

Sed ahora francos y decidme, amados míos; ¿jamais á Dios cumpliendo fielmente con las obligaciones de vuestro estado segun los mandamientos de la ley? Pues es que es necesario que no olvideis, que diciéndo el Legisperito del evangelio que para salvarse era necesario «amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á sí mismo,» le contestó su divina magestad: «Bien: hazlo así, y vivirás.» Es decir: ama al Señor tu Dios sobre todas las cosas cumpliendo su santísima voluntad, observando sus preceptos, y viviendo segun las máximas y doctrinas de mi evangelio y vivirás en gracia; morirás en santidad y serás eternamente feliz en la gloria. Es preciso que examineis todas vuestras acciones y conducta y veais, si cumpliendo con la ley ó quebrantándo-

la, amais ó no á vuestro Dios. Recorred los pasos de vuestra vida, y si hallais que habeis tenido buenos pensamientos, devociones y enternecimientos al oír un sermón, que habeis hecho bellas reflexiones sobre la bondad de Dios, sobre su misericordia y justicia, sobre la brevedad de esta vida y vanidad del mundo, y que de continuo arrojaís suspiros al cielo en protestacion del amor que teneis á Dios, entended que todas estas cosas son meras ilusiones y golpes de imaginacion engañada, si por otra parte no haceis lo que Dios os manda, ni procurais huir de lo que os prohíbe. ¿Qué importa que digais: Dios mio, os amo con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, si al momento siguiente pecais y le ofendeis gravemente quebrantando sus santos mandamientos? ¿Qué decís vosotros del que llamándose vuestro amigo, os roba, os injuria é infama correspondiendo á vuestros beneficios con la mas negra ingrátitud? Pues vosotros sois este amigo infiel, ingrato y desconocido, cuando en lugar de amar á Dios de todo corazon cumpliendo con sus divinos mandatos, lo repudiáis por seguir vuestros vicios y apetitos militando en las banderas de los enemigos de vuestras almas con deshonor de la religion que alabais con los lábios, pero que aborreceis real y verdaderamente con vuestras obras pecaminosas. «Amarás al Señor tu Dios de » todo tu corazon y al prójimo como á ti mismo,» dice el sagrado testo: «hazlo así, y vivirás,» dice Jesucristo al doctor que le preguntó por el camino de su salvacion: luego por una necesaria consecuencia, el que no ama á su Dios ni al prójimo, quebrantando los divinos preceptos, no vivirá, morirá con la muerte del pecado, será en esta vida el es-

túndalo de la naturaleza; y en la eterna pasto de las llamas infernales. ¿Hay cosa más justa? ¿Qué haceis vosotros con los que os sirven fielmente y con los que os dañifican é irrogan daños y perjuicios? Premiais á los perversos; y castigais á los virtuosos que no piensan mas que en amaros y servirlos? Sed ingénuos; y dad vosotros mismos la sentencia que debe recaer sobre los que dicen fingidamente que aman á Dios deshonrándole con una conducta indigna de les que en el bautismo renunciaron de Satanás, del mundo, sus pompas y vanidades, y ofrecieron seguir los impulsos del Espíritu-Santo que se les infundió cuando recibieron la gracia regenerativa á que debieron ser fieles y no lo fueron: mientras que yo insistiendo en mi propósito de que améis á vuestro Dios de todo corazón, os descubro y patentizo todo lo que en nuestra conducta se opone á este amor necesario para nuestro bien y eterna felicidad.

Todos los días, á todas horas, á cada paso que damos, tenemos ocasiones de manifestar nuestro amor al Dios que nos ha criado, redimido y salvado. Los pensamientitos de soberbia, los movimientos de ambicion, los deseos de venganza, los impulsos de ira; de odio y de envidia las impacencias, las tentaciones de la carne, el amor á las riquezas, empleos y dignidades, y otras mil pasiones que se anidan en nuestro corazón nos arrastran hácia el mal, y se coligan para precipitarnos en los abismos del crimen, mientras que nuestra conciencia y las impresiones de la gracia nos retraen y apartan de los precipicios y nos inclinan hacia el bien. Cuando resistimos á las pasiones y seguimos los instintos de la gracia damos una prueba de que amamos á Dios sobre todas

las cosas, que estamos dispuestos á sacrificarlo todo por agradarlo, que nada nos importa perderlo todo por no perder al Señor con quien todo lo tenemos. Feliz mil veces el que así se conduce, porque este hace lo que Jesucristo le manda, y *vivirá*: será un justo en la tierra y un bienaventurado en el cielo. Y valga la verdad hermanos míos: ¿Nos conducimos nosotros así? ¿Por quien hacemos mayores sacrificios? ¿por Dios ó por nuestras pasiones? Ah! Cuantas violencias no nos hacemos por complacer y ganar la voluntad de los grandes y poderosos que creemos pueden favorecer nuestros intereses terrenos y carnales, perjudiciales muchas veces á los espirituales y celestiales! ¿Cuántas cosas no se sacrifican á la ambicion, á la avaricia, á la venganza, y al libertinage? ¿No estamos viendo en medio del cristianismo, que al descanso, á la reputacion, á la grandeza humana, y á la vida sensual y regalada del cinismo mas vergonzoso se sacrifican la virtud, la justicia, la religion, la conciencia y el alma? ¿Y es esto amar á Dios? ¿Es cumplir con sus divinos preceptos? ¿Es ser ni aun cristianos en la apariencia? No señores. Esto es escandalizar al mundo entero: es insultar y provocar al mismo Dios, es aborrecerlo y deterrarlo de nuestro corazon: es decirle que no queremos tener parte en él, que nos condene y precipite en los infiernos. Si creéis que me enfervorizo para exagerar, decidme vosotros lo que es sufrirlo solo por las cosas de este mundo y nada por Dios; poner todo el cuidado posible por aumentar las riquezas, caudales y bienes de esta vida, y no hacer caso de las cosas que se nos mandan en el evangelio para ganar el reino de los cielos: esmerarse en fin por agradar á los

hombres con ofensa del Dios que nos ha criado, redimido y salvado. ¿Se os figura que este es el camino que conduce á la vida eterna? Creéis que invirtiendo el significado de las cosas podreis ir á la gloria por los caminos anchos y florecidos que os llevan derechos al infierno? Pues estais lastimosamente equivocados: caminais por las sendas del error: vais perdidos, os hallais muy cerca del precipicio y os amenaza una condenacion eterna. Escuchad los gritos de la razon recta, juzgad con calma, discurrid con juicio y vereis que no declamo con furor cuando os digó que no aman á Dios de todo corazon como lo manda la ley, los que aprecian mas las cosas terrenas que las celestiales; los que se sacrifican por lo humano, despreciando lo divino; los que se afanan por servir al mundo sin hacer la menor cosa por ganar el cielo. Desengañaos para corregiros y estad en que si en lugar de hacer la voluntad de Dios haceis la vuestra, en que si el temor de ofenderlo no os contiene en la carrera del vicio; en que si el temor de disgustarlo no reprime los ímpetus de vuestra soberbia, ambicion y avaricia: si no modera vuestros sentimientos, no refrena vuestra ira, no sofoca las impacencias, no mortifica vuestras malas inclinaciones, ni os obliga á apartaros del mal, aborreceis, despreciáis, ofendeis, os conjurais diabólicamente contra Dios, y os declarais contra el máximo de los divinos preceptos que dice; «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon.» *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*

Os he señalado el precipicio para que huyais de él: os he indicado los peligros para que los eviteis: os he manifestado los errores en que se halla la multitud, para que re-

flexioneis, entreis en cuentas con vosotros mismos y tratais de amar á Dios con todas las veras de vuestro corazón. Haced, hermanos míos, lo que nos manda Dios en el primer mandamiento de su ley, y vivireis. Amemos á Dios con una caridad perpétua, cumplamos su santísima voluntad; observemos fielmente sus preceptos y esperemos con confianza la gloria que Dios ha prometido á los que lo aman de corazón en esta vida.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA XIII DESPUES DE PENTECOSTES.

De la deshonestidad.

Occurrerunt ei decem viri leprosi. Le salieron al encuentro diez leprosos. Luc. cap. 17.

La deshonestidad, la corrupcion de la carne, ved aquí la lepra que hollamos á cada paso en el mundo y que nos sale al encuentro como á Jesucristo, pero no clamando en alta voz y pidiendo los leprosos quedar limpios y sanos, sino manifestando con descaro toda su inmundicia y fetidez, infestando con su olor pestilencial á todos cuantos se los acercan, abrasando con su fuego infernal á todo género de personas y siendo el escándalo y mal ejemplo de los pueblos. ¿Qué

vemos por las calles y las plazas, en las ciudades y los pueblos, en los ricos y en los pobres sino desenvoltura y liviandad, trages inmodestos y provocativos, bailes y diversiones impúdicas y abominaciones que no es lícito nombrar en el lugar santo? ¿Qué escuchan nuestros oídos sino palabras escandalosas, canciones deshonestas, músicas irritantes? ¿Qué se representa y á qué se provoca en los teatros y en los bailes? ¿No podemos decir, que toda la carne ha corrompido sus caminos?

No es mi ánimo detenerme á manifestaros el enorme vicio que es y la mucha maldad que lleva consigo la deshonestidad; lo mucho que desagrada y ofende á Dios, los castigos tan generales y terribles que el Señor ha hecho sentir á los hombres por este pecado; el agua que inundó á la tierra, el fuego que cayó del cielo y abrasó las ciudades nefandas, las guerras y las pestes, la destruccion y ruina de los mas florecientes imperios, y tantos males con que ha sido afligido el mundo en justo castigo de sus corrompidas costumbres y desenfreno de su lujuria. No voy á arrecordaros la ruina que ocasiona la deshonestidad á los particulares y á los pueblos enteros, los infinitos vicios y desórdenes que nacen de este vicio capital que lleva á tantas almas al infierno, el escándalo con que corrompe é inficiona á los demas, la ignominia, infamia y deshonor con que están marcados los deshonestos aun para el concepto del mundo, la pérdida de la salud, de los bienes y de la misma vida que acarrea... Todo seria tolerable y todo podria remediarse; pero ved aquí su mayor mal y sobre lo que voy á hablaros en este rato. La deshonestidad es una lepra incurable, un vicio que

no deja esperanzas de remedio, una enfermedad de que con dificultad se sana y que pone al hombre en un peligro manifiesto de su salvacion.

Cuando no podamos hacer otra cosa los ministros del Señor para contener á tantos infelices que corren á su ruina y perdicion eterna por los anchurosos caminos de la deshonestidad, dadnos, Dios mio; que los demos voces y clamemos llamando su atencion y haciéndolos ver su peligro, que los hagamos conocer la lepra asquerosa de que están cubiertos para que se presenten á vuestros sacerdotes á quedar limpios en el sacramento de la penitencia.

Madre de toda piedad, alcanzadme de vuestro santísimo Hijo la gracia necesaria que os pedimos saludándoos con el ángel

AVE MARIA.

Occurrerunt ei....

La deshonestidad es una lepra incurable, no porque no haya poder en Dios para sanarnos de ella; los leprosos de que nos habla el evangelio quedaron enteramente sanos al dirigirse á hacer lo que Jesucristo los ordenó, sino porque es muy difícil el que un deshonesto se convierta, deteste su pecado y pida de todas veras perdon á Dios y que le limpie de

su inmundicia como lo hicieron con viras instancias los leprosos del evangelio de este dia. No desconocemos los cristianos el poder absoluto de Dios y su misericordia infinita para con los pecadores. Sabemos que por grandes que sean nuestras iniquidades es mayor su clemencia y su poder y que si nuestros pecados fuesen mas que las estrellas, los méritos de Jesucristo nuestro Señor son superiores á nuestra malicia y que en virtud de ellos el Señor nos perdona y nos admite á su gracia y amistad quedando borradas nuestras culpas y sepultadas en un olvido eterno nuestras maldades. Sin embargo, sabemos tambien que Dios no nos perdona si nosotros no nos arrepentimos y enmendamos, si no podemos el perdón é imploramos su clemencia. Dios no nos perdona si nosotros no queremos ser perdonados y este es el término á donde lleva la deshonestidad.

El deshonesto no conoce su mal, y mal puede salir de él; el deshonesto aunque conozca su mal no le aborrece; y aunque le aborrezca no se resuelve á salir sóriamente de él, de donde resulta que no quiere ser perdonado por Dios y que está en un manifesto peligro de condenarse.

Es la deshonestidad un fuego del infierno que no deja ver la luz del sol de justicia, su materia es la gula, la llama es la torpeza, la ceniza es la inmundicia, la infamia el humo y el fin es el tormento. Obceca el entendimiento y no ve el deshonesto, lo que todos advierten en él; sus escándulos, el hedor pestilencial que respira y el mal estado en que se halla. Separa al hombre de Dios y le une demasiado á las criaturas y por el amor de estas llega á olvidar y desconocer á Dios y desconocerse á sí mismo. No permanece

con él el espíritu de Dios y apostata fácilmente de él el que se entrega al amor de las mujeres, dice el Eclesiástico (1). No puede menos de sentir los clamores de su conciencia, no puede menos de percibir lo detestable de sus obras, pero se familiariza con ellas, ahoga y sofoca sus remordimientos y sacrifica su religión y su fé. Esos vicios tan detestables y esas obras de la oscuridad que se avergüenzan de ver la luz, esas mismas que hacían temblar al hombre antes de sumergirse en ellas, no son ya en concepto del deshonesto sino unos recreos permitidos y lícitos, unas diversiones en que no hay peligro ni ofensa de Dios; esos pecados tan enormes y terribles no son pecados para el deshonesto, ó si lo son, no pasan de unas faltas ligeras que Dios no toma en cuenta. ¿Qué mal hago yo á nadie? ¿En qué ofendo yo á nadie ni falto á los deberes de un hombre de bien? Así llega á obsecarse el hombre y la mujer deshonesto y corren sin freno de placer en placer sin dejar prado esento á su lujuria ni flor de que no quieran coronarse; así atropellan las leyes divinas y humanas; y viven tranquilos en su vida escandalosa sin temor á Dios ni á los hombres; así se burlan locamente y tienen por tontos é insensatos á los que no los acompañan ó imitan en sus devaneos y alegrías criminales; así vienen á mofarse, despreciar y procurar la ruina de una religión y un evangelio que los condena y pone al descubierto sus torpezas; así se obceca el deshonesto y desconoce su pecado sin reparar la voz y el testimonio de Dios que es

mas creíble que el de los hombres, los oráculos sagrados, las amonestaciones de los sacerdotes, los gritos de su conciencia.... La llama de su impureza se interpone entre Dios y su alma y no le deja ver la luz hasta que conozca al fin que erró y que fué un insensato cuando no pueda evitarlo. Y como no conoce su mal, como se congratula en su pecado, como nada desea sino continuar y aumentar su pecado, ni le llora, ni se arrepiente de él, ni pide el perdón ni la salud; y como no recurre á Dios en busca de su remedio por la oracion que es el único medio de salvarse que queda al pecador, como no levanta su voz é implora la misericordia del hijo de David, morirá en su mal y se condenará para siempre.

No sea el deshonesto tan obcecado y corrompido que no quiera confesar y reconocer su relajacion y sus pecados; pero aunque los conozca no los aborrece y no aborreciéndolos nada tiene adelantado para salvarse. No desea sino continuar en su pasion y su placeres ilícitos, nada teme tanto como quedar privado de ellos, nada procura sino sostenerlos, quisiera vivir siempre para gozarlos siempre y aunque le abandonen las fuerzas no le desampara el deseo y la voluntad. Lejos de sentir el oprobio, y confundirse y avergonzarse de sus excesos cada vez se une mas y mas á ellos, cada vez aprieta y estrecha mas los vinculos y ligaduras que le atan al pecado y se forma un hábito tan arraigado en su alma que viene á serle como natural. A una niñez mala y libre se sigue una juventud escandalosa, una edad varonil y una vejez en que no se apaga el fuego de la impureza que se prendió en el corazon. Ha penetrado hasta sus huesos y los

consumirá hasta más allá del sepulcro en que se 'aumentará con las llamas del infierno. Seguirá el jóven junto á su camino y aunque llegue á viejo no se apartará de él. Habitados á la sensualidad no piensan en salir de ella. Bien pueden conocer y lo confiesan alguna vez, que van estraviados, que ofenden á Dios, quieren al fin salir y esperan abandonarsu mala vida, pero no hacen el mas pequeño esfuerzo para ello, lo dilatan, lo dejan para la vegez, temen que llegue el momento de abandonar sus gustos, piden á Dios que los libre del mal y sienten en su corazon que Dios los oiga. Lejos de evitar las ocasiones, huir de los peligros y apartarse de las compañías perjudiciales se desean, se solicitan, se buscan y apetecen cada vez mas; lejos de aborrecer el deleite se complacen cada vez mas en él; y por no separarse del pecado y la compañía de la maldad no hay pretexto que no se alegue, no hay interés que no se haga valer, no hay mal que no se tema; la reputacion, el respeto del mundo, la salud propia, los intereses de la casa, todo lo alega el deshonesto para coonestar su deshonestidad y continnar con una compañía ilícita y en un género de vida que no le es permitido.

Decidme ahora, si continuando un cristiano en el amor y apego al vicio, si no evitando las ocasiones y compañías, si uniéndose cada vez mas al pecado, si repitien lo pecados y pecados sin número, si siendo su vida un pecado continuo en sus pensamientos, en sus deseos, en sus obras, en sus miradas, en sus pasos y hasta en los movimientos de su corazon, si despues de ser desenfrenado en su lengua y hablar sin modestia ni recato, vivir con escándalo, pasar años y años sin enmienda, haciendo mas pesada cada vez la carga

de sus pecados y la cadena que le arrastra al infierno; sitia aborreciendo ni detestando su pecado podrá salvarse. Y decidme también, si es posible que aborrezca de repente lo que ha amado y seguido toda su vida, que lllore y deteste lo que con tantas ansias ha apetecido y buscado por tantos años; que obre todo lo contrario de lo que continuamente ha obrado; que se aparte de las compañías que han formado las relaciones y los intereses de toda su vida. Y si el deshonesto no aborrece, no llora, no se arrepiente ni enmienda de su mal ¿qué esperanza le queda de sanar de su lepra? ¿Qué vale para él que el Señor sea misericordioso y compasivo? ¿De qué le sirve conocer su mal?

Direis que os arrepentís, que os confesáis y que nada dejáis por decir al confesor. Sea así, pero ese arrepentimiento no es verdadero; esas confesiones son nulas, esas lágrimas y palabras de enmendaros son fingidas, no os arrepentís como es necesario para que Dios os pordone. Nada vemos con más frecuencia que confesarse los deshonestos, pero nada es mas común que verlos continuar en sus deshonestidades. Si hay alguno que como la Magdalena se desprende de todos sus afectos y entrega sinceramente su corazón á Dios y su cuerpo á la austeridad y la penitencia, son los mas los que vuelven al vómito, á sumergirse en el mismo cieno, á buscar las mismas compañías, los mismos diversiones y á esponerse á los mismos peligros. Demasiado vemos los escándalos, oímos las palabras y canciones provocativas; vemos los bailes y juegos demasiado atrevidos y licenciosos; la infamia que no puede ocultarse, vemos al vicio que camina con la frente erguida y la cabeza levantada; pero ¿dónde hallare-

mos los verdaderos penitentes, los que huyen á la soledad y á los cláustros á llorar sus extravíos y remediar sus malos ejemplos, los que toman el saco y la ceniza para aplacar á Dios, los que corrigen sus lenguas torpes y deshonestas y se apartan de las compañías y las ocasiones de pecar? «No darán sus pensamientos para volverse á Dios, dice el Señor» por el profeta Oseas, porque está en medio de ellos el espíritu de la fornicion.»

Este vicio lleva de ordinario consigo la impenitencia final y es el que mas aviva y procura estender en el mundo el demonio porque sabe bien que es muy pegajoso y que difícilmente se libra el hombre de él como observa mi angelico Doctor santo Tomas. «Ninguno de los que entran en la deshonestidad, volverá ni tomará las sendas de la vida,» dice el Espíritu-Santo (1). Dejará, como lo observamos, alguna vez el deshonesto sus pecados, pero esto nos es sino interrumpirlos como dice san Agustin, hacer algunas treguas para volver despues á ellos con mas avides y sumergirse mas de lleno. ¿Qué diremos del enfermo que toma la medicina y no sana, que la vomita al momento que la recibe? ¿Pues tal es el arrepentimiento de los deshonestos y por aqui conoceréis que su enfermedad es de muerte, que su lepra es incurable, y que están en un peligro muy inminente de condenarse.

¿Direis ya que esos pecados tan frecuentes, que esas

(1) Prov. cap. 2.

conversaciones impúdicas, esos chistes que teneis por tanto mas agradables y gustosos cuanto son mas deshonestos, son recreos inocentes en que no se ofende á nadie ó unas fragilidades que Dios no toma en cuenta, ó de que hace poco aprecio? ¿No os llenareis de horror y espanto al ver una multitud enlazada de pecados que os arrastra á la perdición eterna, y no temereis á un vicio que os obceca, que no os deja luz para conocer el mal que obráis, que os rebela contra el mismo Dios y os lleva á disputarle lo que os manda y os prohíbe, y no temereis reflexionando que no conociendo vuestro mal, no aborreciéndol, no pidiendo á Dios salir de él, deseando pasar vuestra vida en él, estais en un peligro casi cierto de condenaros? ¿No os estremecéis al conocer que la deshonestidad os tiene sepultados en el sueño de la muerte?

Reconozcamos con el Apóstol, que los que viven segun la carne no pueden agradar á Dios. Que no somos deudores á la carne para que vivamos segun sus concupiscencias, sino á Dios que nos ha criado y nos ha redimido á costa de su sangre y que si vivimos segun la carne moriremos para siempre. Que ningun fruto sacamos de la torpeza y obscenidad sino la confusion y la ignominia. Que somos miembros de Jesucristo y no debemos unirnos al cuerpo de una meretriz cometiendo esta afrenta y este sacrilegio contra Jesucristo. Que llevamos la imágen de Dios en nuestras almas, y la afeamos, la desfiguramos con las impurezas y mucho mas los cristianos y los que alimentan sus almas con la sagrada eucaristia y hospedan dentro de si mismos á Jesucristo sacramentado. Que somos templos vivos de Dios y el templo

de Dios debe ser santo y no debemos mancharlo, ni abrasarlo con el fuego impuro de la sensualidad.

¿Queremos conseguir nuestra salvacion? Pues la deshonestidad nos pone en un peligro manifesto de perderla. Dediquémonos á conocer su malicia, resistámosla, huyámosla que es el mejor remedio contra este enemigo que nos persigue en todas partes. Evitemos las ocasiones, apartémonos de las compañías, mortifiquémonos con la penitencia y el ayuno. Velemos y oremos como nos manda Jesucristo. Inútil es conocer el mal si no aplicamos los remedios. Inviquemos y clamemos á Jesus que tenga misericordia de nosotros, que se compadezca de nuestra debilidad y flaqueza, que nos libre de la lepra que nos hace tan aborrecibles. *Jesu praeceptor, miserere nostri.* El Señor quiere oirnos y consolarnos; nosotros somos los que nos hemos separado de él. No quiere nuestra perdicion y muerte eterna. Para eso ha de ja lo sus sacerdote, á ellos nos envia para que nos limpien, nos purifiquen y libren de todas las inmundicias de la deshonestidad en los tribunales de la reconciliacion. Acudid á las aguas saludables de la penitencia, limpios y lavaos mas y mas, y no ceséis de rogar al Señor hasta que os conceda el ser limpios y puros en pensamientos, palabras y obras, la virtud apreciable de la castidad. «Esta virtud es, dice san Agustin, la que limpiando las almas, las da el ver á Dios y de ella dice el mismo Jesucristo: bienaventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios, y es como si nos dijera; que los que no son limpios, los que tienen sus corazones manchados con la concupescencia carnal son miserables y serán sumergidos en las

» penas eternas.» ¿Queremos ser bienaventurados y tener la dicha de ver á Dios? Pues limpiémonos de la lepra de la deshonestidad, y seamos limpios de corazon y no solamente le veremos, sino que le gozaremos para siempre con los ángeles y santos en el cielo. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES.

Los que buscan primeramente el reino de Dios y su justicia recibirán todas las cosas necesarias para pasar esta vida, y serán felices eternamente en la gloria.

Querite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis. Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os añadirán. Math. c. 6.º v. 33.

Todo, amables oyentes: todo debe referirse al fin último para que fuimos criados y redimidos: al Señor Dios nuestro en quien se halla la felicidad que puede llenar y satisfacer nuestro corazon. A este Ser supremo, á este abismo de riquezas, á este centro de bienes, dichas y venturas deben caminar nuestras almas con la velocidad que lleva el

ciervo sediento á la fuente de las aguas, como lo dice el real profeta (1). Asi lo hicieron aquellas almas puras é inocentes, tan queridas de Dios, aquellos amigos del celestial Esposo que aunque vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos y menospreciados, siendo unas veces el asco, y otras la compasion del mundo, acabaron sus dias trabajosos en la virtud para comenzar á vivir dichosa y felizmente en la gloria. Su memoria permanece en bendicion, hasta sus cenizas son veneradas pública y solemnemente; mirad á esos altares y ved en ellos la suerte de los que volaron en alas de su fé hácia el Dios que los llamaba con su gracia. Igual, hermanos míos, puede ser la nuestra, si imitamos á los santos en buscar el reino de Dios y su justicia: si apartándonos de esos colosos del orgullo que no aman sino lo que halaga, brilla, y nutre al espíritu mundano, vivimos humillados y mortificados sin pensar mas que en obedecer y agradar al Dios de las virtudes á quien debemos amar de todo corazon, con todas nuestras fuerzas, potencias y sentidos. ¡Oh qué bueno es andar en los caminos de la gracia que tan suave y dulcemente nos conduce á la gloria! Es mucho mejor pasar un dia en la casa del Señor que mil en los tabernáculos de los pecadores decia el Salmista (2). Es mil veces mas dulce la privacion de los deleites mundanos que todos los placeres de los vicios y pasiones, segun sera

(1) Ps. c. 44. v. 4.º

(2) Ps. 83. v. 44.

Agustin (1). No hay cosa mas deliciosa, útil y conveniente que seguir á Jesus hasta entrar con él y por él en la mansion de los bienaventurados.

¿No lo creéis así? ¿No estais convencidos de que buscando ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, se os darán por añadidura todas las cosas que necesiteis para pasar la vida, como lo dice Jesucristo en el evangelio que acabais de oír? Pues así lo asegura nuestro Redentor y Maestro al encargar á sus apóstoles que no viviesen afanados por buscar la comida y el vestido; al decirles que mirasen á las aves del cielo y á los lirios del campo, que sin sembrar, hilar, ni atrojar tenían alimento y vestido mas precioso que el que usaba Salomon en medio de su gloria; al animarlos para que no alzasen la mano en el importante negocio de su salvacion, sino que siempre estuviesen sobre él, seguros de que tratándolo segun las máximas y doctrinas celestiales que les dejaba consignadas en su evangelio santo conseguirian la vida eterna y se les daria ademas todo lo que el hombre necesita para vivir en esta vida. ¡Oh si yo pudiera inspirar en vuestros corazones deseos eficaces de conduciros por estos avisos indefectibles del hijo del Altísimo, como lo pretendo! En este caso, ¿podiera haber placer igual al que experimentaria mi alma al deciros como Jesucristo á sus discípulos: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y se os darán por añadidura todas las demas cosas necesarias á la vida?

(1) I. Confes.

No, Dios mio, no hay gozo comparable con el que infundis en las almas de los que en vuestro nombre predicán la paz y evangelizan los bienes que vuestra bondad ha traído al mundo. Haced que mi voz sea la vuestra, que mis palabras sean dictadas por vuestro divino espíritu, que al sembrar y regar como ministro vuestro, deis Vos el incremento necesario para que todos salgamos de este santo tiempo decididos á buscar ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia. Os lo pedimos por intercesion de la Madre de la divina gracia María Santísima á quien con la mayor devocion saludamos con las palabras del ángel diciendo:

AVE MARIA.

Querite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

Inspirado el real profeta bendijo al Señor, pronunció sus alabanzas y dijo á los hombres todo: «Venid á gustar y ver por esperiencia, cuán grande es la dulzura y suavidad del Señor. ¡Dichoso aquel hombre que pone en él toda su esperanza! Temedle almas justas, como quiere ser temido: pues que á los que así lo hacen nada les faltará. Nuestro Dios siempre colma de bienes y felicidades á los que lo buscan

y siguen. Venid, hijos míos, escuchad mi voz, que yo os daré lecciones, y os amaestraré en el temor casto del Señor. ¿Quién es el hombre que aspira á tener una vida larga y dichosa en este mundo, con seguridad de tenerla eternamente feliz en el cielo? ¿Quién es el que desea tanto al presente como en la eternidad pasar sus días felices y gozosos? ¿Eres acaso tú? Pues evita el pecado: haz todo el bien que pudieres: ama la paz, y procura por todos los medios conseguirla y conservarla. Atento está el Señor á las acciones de todos los hombres: á las de los justos para escuchar sus ruegos y ayudarlos: á las de los que le ofenden para borrar su memoria de la superficie de la tierra. Los justos se llegan y claman al Señor; y él los oye y los saca de todas sus allicciones. Cerca de sí tienen á su salvador, todos los que con un corazón contrito se humillan y anonadan en su presencia (1). Así convidaba David á los hombres á buscar el reino del cielo y su justicia, profundamente convencido, de que este es el único medio de asegurar bienes para esta vida y para la otra. El Señor, *decía*, solamente pone sus ojos sobre aquellos que lo temen, sobre los que á él se acogen y se dejan en las manos de su misericordia. A estos acude con especial providencia, para librarlos de la muerte y hacer que no perezcan de hambre en la penuria (2). Estas seguridades dictadas por el Espíritu-Santo no pueden faltar, son infalibles, los justos las experimentan. Si vosotros quereis verlas sensi-

(1) Ps. 33, desde el verso 8.^o

(2) Ps. 32. vv. 48 y 49.

bles y palpables, venid; haced lo que os manda Jesucristo en su evangelio santo, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y en esta resolución veréis como se agolpan y salen al encuentro para vuestro placer y regalo todos los consuelos que derrama la gracia sobre los justos.

No creáis, hermanos míos muy amados, que se os piden grandes sacrificios para buscar el reino del cielo y su justicia, ni que se obliga á abandonar las cosas que poseéis y amáis legítimamente. Nada de esto. El servicio de Dios se acomoda perfectamente á vuestro estado, á vuestra fortuna, á vuestros adelantamientos y á vuestros mismos placeres con tal que sean justos y honestos. Ejercitad vuestra profesion, atended á vuestros negocios, aumentad vuestros bienes, poned en buen estado vuestra familia, amad á vuestros parientes, vivid alegres y contentos con vuestros amigos y dad tiempo al recreo de vuestro cuerpo y de vuestra alma como conviene á los hijos de la gracia: el evangelio no prohíbe las diversiones honestas y razonables, las virtudes sociales, la afabilidad, la condescendencia prudente y discreta ni todas aquellas demostraciones juiciosas que presentan al hombre honrado, justo y virtuoso entre los demás hombres. Solo se prohíben los excesos, las demasías, las protuberancias que afean al hombre recto. Lo que se os manda es que en lugar de obrar por ambicion y vanagloria, trabajéis con la mira del bien público, con espíritu de caridad y sumision al Dios que nos ha condenado á la fatiga: que en vez de dar limosna y favorecer al prójimo por compasion puramente humana, le deis por amor de Jesucristo con deseos de agradarle: en una palabra, que

santifiquéis todas vuestras acciones refiriéndolas á la mayor honra y gloria del Dios encargado de premiarlas: ¿No os parece esto justo, racional suave, y mas dulce que la miel y el panal, segun la frase de la escritura santa (1)? ¿Y no se os ocurren los bienes que esta conducta santa deja en los cuerpos y en las almas de los que con ella buscan primeramente el reino de Dios y su justicia? El tener siempre el ánimo sossegado y contento el corazón; el lograr una buena fama, el merecer el aprecio, la amistad y confianza de todos los hombres honrados; el disponernos y proporcionarnos una vegez feliz, libre de muchos achaques y enfermedades que son ordinariamente el fruto de la juventud desordenada; el no padecer tantos remordimientos en la hora de la muerte, y el morir en paz con la esperanza de recibir en el cielo la recompensa de vuestras virtudes y buenas obras, ¿no son bienes estimables para vosotros? ¿Los hallais mayores en los caminos de la impiedad y del crimen?

¡Ay amados míos! No puede haber comparacion entre los sufrimientos, penas y dolores que atormentan á los viciosos, y los que labran la corona de los justos. ¿A cuántas penas no se espone el ambicioso que busca riquezas, honores y gloria mundana? Viaja de noche y de dia, en todo tiempo y estacion: sufre el frio, el hambre y la sed: sacrifica su descanso y su salud, espone á mil peligros su vida, vive en una agitacion congojosa, y su vida no puede ser mas penosa. El mundano deseoso de proteccion, pasa por la humillacion

(1) Psal. 48 v. 11.

de cortejar á personas dignas de desprecio; de hacer mil demostraciones de afecto y benevolencia con los que aborrece; de ocuparse en fastidiosas visitas, idas y venidas enfadosas; de andar de continuo entre instancias, movimientos, enredos, intrigas, planes, proyectos é inquietudes capaces de rendir las fuerzas del hombre mas animoso. ¿Y qué es lo que viene á sacar en líquido de tan afanosas ocupaciones? ¿En dónde estan las recompensas debidas á tantas penalidades?

El sabio despues de haber reflexionado sobre la fluctuante vida del hombre que no teme á Dios, dice resueltamente. «No hay en ella mas que vanidad de vanidades, y afliccion de espíritu (1).» Nada tiene que ver el infierno en que vive el impío con la cruz que hace trabajosa, mortificada y aflictiva la vida del discípulo de Jesus. El impío rabia y se desespera en sus penalidades, cuando el justo se consuela con imitar en la paciencia y sufrimiento al Dios que lo conforta con la gracia: el vicioso se disgusta de sí mismo á cada paso, es objeto de abominacion á sus propios ojos, se ve precisado á maldecirse y condenarse; pero el virtuoso al mirarse con los ojos de la fé vé retratada en su alma la imágen de la divinidad y se regocija: considera su flaqueza, recuerda su origen, su pasado, su presente y su porvenir, medita sobre el reino de Dios y su justicia, é inspirado por la gracia hace un nuevo esfuerzo, se eleva sobre sí mismo, piensa en las cosas de arriba, como se lo manda

(1) Ecclesiastes c. 1. v. 14.

el apóstol, y no, no busqueis penas, aflicciones y dolores en este Hijo de la cruz, porque para él es alegre el padecer, gozoso el sufrir, suave y dulce el seguir á Jesucristo. Justos y pecadores, gentes piadosos y libertinos entregados á la mas espantosa disolucion, decid sinó es exacto lo que acabo de indicar. Sed francos y decid si no he trazado vuestra propia historia.

Sí, pues, los que siguen sus vicios y pasiones pasan su vida en la amargura, y de abismo en abismo se van precipitando en el caos espantoso que ha de tragar á los réprobos, y los justos por buscar ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, son consolados y atendidos con deliciosos transportes de placer en esta vida: ¿cómo no nos decidimos de una vez á amar á Dios sobre todas las cosas cumpliendo con sus divinos preceptos? Si tantos santos de todo sexo, de toda edad, de toda complexion, de todos los paises y regiones, de todos los tiempos y circunstancias, buscando, como lo manda Jesucristo, el reino de Dios y su justicia, tuvieron en esta vida todo lo que necesitaron, y experimentaron la especial providencia con que Dios cuida de los que lo aman y sirven en esta vida ¿temeremos que nos falte á nosotros el Dios de bondad que alimenta á los polluelos de los cuervos que lo invocan en sus necesidades? Jamás he visto al justo abandonado, decia el real Profeta; tampoco he visto á los suyos andar buscando el pan (1). No se lee en las historias, no hemos oido ni visto, que haya muerto de

(1) Psal. 36. v. 25.

hambre ó de frío por no tener vestido una sola persona que haya busca lo ante todas las cosas el reino de Dios y su justicia, y si no mostrádmelo. Yo si que diré: que las Pelagias y Egipcíacas desde el día en que inspiradas por el Espíritu-Santo buscaron el reino de Dios y su justicia, y se retiraron del bullicio del mundo para tratar con Dios en la soledad, nada les faltó: que san Pablo primer hermitaño, y mi gran padre san Benito recibian en el desierto el pan que necesitaban para su preciso alimento: que Dios siempre solícito por los que lo buscan se complace en favorecerlos, y regalarlos con unos consuelos tan dulces que no es dado al hombre carnal explicar, ni al terreno percibir: que en fin, siendo nuestro Dios tan rico para todos los que lo invocan, es imposible que se muestre duro con los que lo sirven buscando primeramente su reino. ¿Hay, ni puede haber, quien se atreva á contradecir ó impugnar estas eternas verdades? Necesitaré acaso fatigarme para haceros percibir, que amando y sirviendo á Dios segun el tenor de sus divinos preceptos, sereis protegidos, colmados de bienes, y asistidos por una mano omnipotente levantada en favor vuestro?

No, hermanos míos, no hay necesidad de grandes esfuerzos para haceros comprender, que todo lo tiene el que posee la amistad y gracia del Señor. Vosotros sabeis que con Dios son ricos los pobres, poderosos los débiles, grandes los pequeños y humildes los que lo aman y lo buscan. Toda la dificultad está en vuestro corazon. Sabeis que debeis buscar el reino de Dios y su justicia para ser dichosos y felices en esta y en la otra vida, pero no quereis romper con el mundo, con vuestras pasiones, ni con vuestros malos

hábitos. Quisierais unir el servicio de Dios, con el del diablo; la ambicion y soberbia con la humildad cristiana; la virtud con el vicio; la luz con las tinieblas, el cielo con el infierno. Lucifer con Jesucristo, y esto es imposible. Quisierais una religion que permitiera el odio, la venganza, la fornicacion, los adulterios, todos los deleites vergonzosos de la carne, la libertad de conciencia y la ambicion de los impíos: pero Dios no quiere estas cosas; las aborrece; vino á destruirlas. Nos manda que nos hagamos violencia á nosotros mismos para romper con todo lo mas estimable y seguirlo por los caminos de la mortificacion y penitencia; que nos humillemos, y no nos ensalcemos, que perdonemos y no nos vengemos; que seamos puros y cástos, y no lascivos; que no hagamos nuestra voluntad, sino la del Padre que está en los cielos. Esto es lo que debemos hacer para buscar el reino de Dios y su justicia; para llenar de bienes nuestras casas, de delicias la sociedad y de consuelos nuestras almas. Jesucristo nos propone el medio indefectible de conseguir con la felicidad eterna todas las cosas que necesitamos para pasar esta vida; y os lo he manifestado llamando vuestra atencion sobre los azarosos compromisos en que se ven los pecadores, y sobre la paz y delicias de los justos; y á vosotros toca escoger. El infierno de los viciosos en esta vida y el de los réprobos y condenados en la eternidad: ó la vida angelical de los que buscan el reino de Dios y su justicia por los caminos de la virtud que conducen á la felicidad eterna.

La religion, la razon, el sentido coman, nuestra misma conveniencia: todo clama y nos dice que busquemos el reino

de Dios y su justicia como nos lo manda Jesucristo. Debemos pues decidírnos, implorar la proteccion divina, pedir la gracia, y hacer todo lo que nos manda el médico celestial para conseguir la felicidad eterna en la gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA XV DESPUES DE PENTECOSTES.

De la muerte que dá al alma el pecado.

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ. Llevaban un difunto hijo único de su madre. Luc. cap. 7.

Lloraba la viuda de Nain la muerte de su hijo único que era conducido al sepulcro, y todos los dias vemos llorar en el mundo las muertes de toda clase de personas que dejan de vivir y vuelven á ser polvo de donde salieron en castigo del pecado y en cumplimiento de la sentencia del Señor. Un rostro descolorido y desfigurado, las luces de los ojos apagadas, unos labios desangrados, los miembros todos yertos, el hedor, la corrupcion y todo el horror que presenta

la muerte hace que lloremos y lloremos y que se conmueva nuestro corazón con el espectáculo de tristeza, desolación y dolor que presenta á nuestros ojos un difunto. ¿Por qué no se llora la muerte sin comparación mas terrible y espantosa y el estado de horror y fetidez en que queda el alma por el pecado? ¿Esa alma que lleva el pecador en un cuerpo sano, pero muerta y hecha cadáver por la culpa? ¿Esa muerte del alma sin comparación mas sensible que la del cuerpo? Si lloramos las muertes y los difuntos que vemos ¿por qué no lloramos las muertes espirituales é invisibles, sí, pero no menos ciertas y mucho mas deplorables y mas destructoras, que dá el pecado á las almas privándolas de la vida de la gracia?

Este estado desgraciado del pecador, esta muerte horrible que dá al alma el pecado es el que Jesucristo nos significa en el difunto hijo de la viuda de Naim que halló con sus discípulos á las puertas de la ciudad cuando se llevaban al sepulcro, y esta muerte á que condena á su alma el pecador quisiera yo daros á conocer no para llorar inútilmente á los muertos dejándolos en la muerte y el sepulcro, como sucede con los que mueren corporalmente, sino para excitarnos á resucitar, llorando y detestando el pecado, destruyendo el pecado que es el que dá la muerte á las almas.

Avivemos nuestra fé, hermanos míos, y apliquémonos de veras á conocer la muerte pésima del pecador; la muerte que recibe en estipendio y recompensa del pecado, la muerte desventurada de nuestras almas por la culpa para evitarla, para llorarla en nosotros y los demás, para salir de ella y apresurarnos cuanto antes á volver á la vida de la gra-

ria. Sea este Señor, el fruto de mis palabras. Os lo pedimos por la intercesion poderosa de vuestra santisima Madre.

AVE MARIA.

Ece defunctus...

No son unas amenazas ni unas astucias ingeniosas de que nos valemos para aterraros y llenaros de odio y detestacion al pecado, no os anunciamos fábulas cuando os aseguramos la muerte que dá á las almas el pecado; son verdades de fé anunciadas por el mismo Dios y de que no nos es lícito dudar. «El alma que peque, morirá,» dice el Señor por el profeta Ezequiel. «El pecado luego que llega á » consumarse engendra la muerte. Por el pecado ha venido » la muerte al mundo.» La muerte terrible de las almas, aquella muerte con que amenazó el Señor á nuestro primer padre en el Paraíso si comia del árbol vedado: aquella muerte que Jesucristo nos manda que temamos muchísimo mas que la del cuerpo, aquella muerte que es la retribucion y merced que dá el pecado á los que le cometen.

Examinemos en que consiste esta muerte terrible del alma y los estragos espantosos que causa. Lo que es el alma para el cuerpo, dice san Pedro Crisólogo, es Jesucristo para
TOMO IX.

el alma. El cuerpo sin el alma no vive y así tampoco vive el alma sin Jesucristo. Apartándose el alma empieza inmediatamente la fetidez del cuerpo, la corrupción, la podredumbre, los gusanos y el horror y las inmundicias que obligan á separar la vista de un cadáver. Apartándose Dios, inmediatamente viene al alma la fetidez de sus pecados, la corrupción de sus crímenes, la podredumbre de sus vicios, los gusanos roedores de su conciencia, la ceniza de sus vanidades, el horror de su infidelidad y en el sepulcro de su cuerpo vivo lleva el féretro de su alma muerta el pecador.

El espíritu es el que vivifica, dice Jesucristo por san Juan. Según esto, dice un espositor, la muerte del alma inmortal, es la separación del Espíritu-Santo del alma, porque no tendrá su domicilio en un cuerpo sujeto al pecado. Como el cuerpo vive teniendo presente y unida el alma, así vive el alma estando presente el Espíritu-Santo, y como separándose el alma queda el cuerpo muerto, así el alma, separándose de ella el Espíritu-Santo pierde la vida bienaventurada, no reduciéndola á la nada, sino dejándola en una vida peor que la muerte.

Así como el alma es la vida del cuerpo, dice san Agustín, así Dios es la vida del alma, de donde así como por la muerte de la naturaleza el cuerpo pierde la vida que es el alma, así por la muerte de la culpa el alma pierde su vida que es Dios. El perder el alma es la muerte del cuerpo, el perder á Dios es la muerte del alma. No pierde á Dios el alma pecando como autor de la naturaleza; pero le pierde como autor de la gracia. Debemos pues entender por la

muerte del alma la separacion de Dios, la pérdida de la divina gracia, la falta del amor y caridad de Dios que alienta y vivifica á las almas. Dios no se aparta de las almas; á todas está presente por su gracia así como el sol alumbra á todos los hombres, pero los pecadores aman mas las tinieblas que la luz, y por eso apartándose ellos de Dios, perecen.

Ahora bien, ¿qué viene á ser un alma sin Dios y sin la gracia ni caridad divina? Por la gracia, de la nada que somos por nosotros mismos pasamos á un ser que es verdadero ser porque participamos de la naturaleza divina, vivimos de la vida preciosa de Jesucristo y somos templos de Dios y mansion del Espíritu-Santo. Por la gracia se nos infunden las virtudes que son el mejor adorno de nuestras almas y de nuestras potencias: y si las operaciones son proporcionadas á la naturaleza del que las ejercita, las operaciones del alma que está en gracia habremos de decir que son mas estimables y de mas precio que cuanto podemos concebir; son operaciones proporcionadas á la naturaleza divina. Un cristiano que está en gracia de Dios no se distingue en el ser, de un bienaventurado que esta en la gloria, solo se diferencia en el gozar. Si como dice mi angélico Maestro santo Tomas, la gracia del camino no es diversa de la gracia de la patria, tendremos que decir que es uno mismo el ser y vida sobrenatural que tiene el justo en el cielo, y el que tiene en la tierra. Es verdad que la gracia en la tierra no es igual á la gloria en acto á la manera que la simiente de un árbol no igual en acto al árbol que produce; pero es igual en virtud, porque la gracia tiene vir-

tud de producir la gloria. Ved lo que son las obras del que está en gracia, obras de una virtud casi infinita, obras que producen y merecen un bien infinito, el mismo bien que gozan y gozarán para siempre los bienaventurados en el cielo. Pnes el alma separada de Dios, el alma que ha perdido la gracia de Dios, que ha muerto por el pecado nada puede obrar en orden á la vida eterna y todas sus obras ó vienen á quedar inútiles y estériles si son buenas ó ser castigadas con las penas eternas si son malas. El pecado corta el hilo á todas sus operaciones, deja al alma sin accion, sin vida, muerta, separada de Dios, queda como un cadáver, sin movimiento alguno respecto á las obras meritorias de la gracia: es como una yedra no solamente caída del árbol que la servia de arrimo, sino arrancada de raiz y privada totalmente de todo principio de operacion saludable. «Se ha secado su raiz y jamás llevarán fruto» dice el Señor por el profeta Oseas.

Reflexionad ahora si es digna de llorarse la muerte de un alma, la vida de una sola alma que vive por la gracia, vale mas que todas las vidas de los hombres juntos por la naturaleza. El estrago del diluvio universal y el que Dios hiciera si de nuevo inundara la tierra y murieran todos los hombres que ahora viven seria infinitamente menor y mas lijero que el que recibe un alma por la culpa. Aunque de un golpe cortarais la vida á todos los hombres y entre ellos á vuestros mismos parientes y amigos no hariais tanto mal como quitando la vida espiritual á una sola alma, y sin embargo sois tan necios que obraís el mal como por risa y en tretemimiento; y no os asustais ni estremeceis al pervertir y

escandalizar á un alma y quitarla la vida de la gracia que tanto vale.

Si el homicida que quita injustamente la vida á un padre debe restituir á los hijos huérfanos los daños que se los siguen á juicio de un hombre práctico y prudente ¿quién podrá decir la restitucion que debe el homicida de un alma, el que pervierte á una alma buena y la reduce á consentir en un pecado, si muere en aquel estado de infelicidad? ¿Dónde hallará bastante caudal para resarcir tantos daños? Pero este es el colmo de la infelicidad del pecador que ni conoce sus miserias, ni los daños que ocasiona á los demas, y como no las conoce, ni las siente, ni las llora, ni desea salir de ellas. Parece que está vivo y en la realidad está muerto. Su alma que por saciarse de placeres vedados se ha embriagado con el cáliz venenoso de Babilonia, está viva y muerta juntamente; está viva á los ojos del cuerpo que ella rige, pero está muerta á los ojos de Dios que la aborrece y la abomina.

Ved otro efecto del pecado y otra miseria á que queda reducida el alma por la muerte que recibe por la culpa. Que- da hecha enemiga de Dios, Dios la aborrece y aparta de si, Dios la abandona y desconoce, queda sin la hermosura que la dá el amor de su Dios. Son enemigos de su alma los que cometen el pecado porque la ponen en enemistad con Dios. Destruyen en ella la imágen de Dios y la hacen esclava del demonio. A la manera del cuerpo muerto, el alma que ha perdido su union con Dios no tiene movimiento ni sentido alguno espiritual, se corrompe, es llevada al sepulcro, se pudre y si su pecado es público exhalará un hedor pestilen-

cial. El escándalo es un olor de muerte, la conciencia son los gusanos que la correen, y la ignorancia, la concupiscencia, el temor y la soberbia son los portadores que la llevan al sepulcro. El alma queda cerrada en el sepulcro de sus malas costumbres, y si el Señor no se compadece de ella, la sale al encuentro, hace parar á los que la llevan y la resucita, se arrojará al profundo de los males, despreciará todo lo que mira á Dios y Dios la abandonará del todo, se olvidará de ella, la borrará del libro de la vida y parecerá para siempre. Aunque el hombre sea hermoso, delicado y amable, inmediatamente que muere queda horrible, asqueroso y es indispensable separarle de la vista de los demás hombres; y así el alma llena de virtud y hermosura antes de cometer el pecado, sin mancha y amiga de Dios, después del pecado queda horrible, despojada de todos los bienes y gracias sobrenaturales, herida aun en las facultades y dones naturales, abominable delante de Dios, llena de miserias y enemiga de Dios y de los ángeles. La muerte natural no pasa mas allá de devorar la carne, desnudar los huesos y reducirlo todo al polvo; pero la muerte de los pecadores, esta muerte pésima que dá el pecado al alma penetra hasta su interior, consume y arrebatá la divina gracia, destruye la caridad, los dones, las virtudes, los méritos, cuanto bueno hay en ella que pueda hacerla digna de Dios y del cielo, y la condena al mismo tiempo á unas penas atroces y que han de durar para siempre en el infierno. Es el mayor mal que podemos conocer y que nos puede venir. Es mayor que el infierno y es menos mal si fuera posible, dice san Anselmo, estar en el infierno sin culpa, que en la gloria con ella. La

vida misma del cielo seria insufrible y peor que todas las muertes si se pudiera entrar en él con el pecado. Debe preferirse el infierno á la muerte del alma que causa el pecado, porque el infierno y todos los males de pena no pueden llamarse absolutamente males; como la culpa es la que puede llamarse absolutamente mal, así ella sola es el mayor de todos los males. No es malo ser castigado, sino el ser acreedor al castigo y digno de la pena. El ladrón y asesino no es malo por el mal de la horca á que es condenado, sino por los delitos que cometió y la llevaron al cadalso; y segun esto el infierno no es absolutamente un mal, sino el merecer el infierno. Entended pues, hermanos míos, el estrago á que reducis al alma dándola muerte por el pecado; la separáis del sumo bien, la ofeáis y denigrais privándola de la gracia de Dios, la priváis de toda obra y accion meritoria, la hacéis un mal mayor que si fuerais condenados á ser separados para siempre de la gloria sin pecado, y seria menos mal ser arrojados á las llamas devoradoras del infierno y no pecar jamás, que pecar y quedar libres de los castigos con que serán atormentados los pecadores.

¿Quién habrá que contra todas las leyes de la naturaleza se aborrezca tanto á sí mismo que se dé una muerte por la que no solo perezca para esta vida, sino que muera para siempre? Solo el pecador es este enemigo implacable é irreconciliable de sí mismo que cometiendo el pecado por la libre eleccion de su voluntad dá la muerte á su cuerpo y á su alma juntamente. Los que obran el pecado son los enemigos de su alma: los que aman la iniquidad son los que aborrecen á su alma, dice el real profeta, y aun á su cuerpo,

añade san Bernardo, porque la culpa mortal pierde al cuerpo y al alma llevando á uno y otro al fuego eterno. No hay veneno tan agudo y pestilencial, que dé la muerte á la serpiente que le lleva consigo; solamente el pecado es de esta índole péxima que hiere de muerte al alma misma que le concibe, porque muere el alma que peca, dice el Señor por el profeta Ezequiel: *ánima, quæ peccaverit ipsa morietur*; y el veneno del alma se trasfunde al cuerpo, por que, por el pecado ha venido al mundo la muerte; el pecado es el aguijón de la muerte y la muerte es el estipendio y paga del pecado. ¿Qué se ha de temer en el mundo, sino se teme una muerte tan horrible como la que dá el pecado con su veneno? Yo veo á los hombres y á los niños llenarse de horror al ver un mal de este mundo, una pérdida, una desgracia, la muerte corporal de sus amigos y parientes que no son verdaderos males, y no temen el mal que es el verdadero y único mal, el mal único que los puede suceder, el mal del pecado que deja sin vida á las almas. Tiemblan de temor donde no tienen por qué temer. Y veo que ellos mismos se causan este mal. Sí, hermanos, vosotros mismos siendo vuestros verdugos mas crueles os dais la muerte y nadie sino vosotros puede dárosela. Si el Señor diera licencia, no á un demonio solo, sino á todos juntos para armarse contra vosotros como contra Job, si ellos maquinasen contra vuestros cuerpos y almas todos los males que los sugiriese su rabia, todos juntos no os podrian hacer tanto mal como el mal y la muerte que os dais vosotros mismos pecando; porque bien podrian incitaros á pecar pero jamás os obligarán á ello contra vuestra voluntad. Dire mas, sin

temor de que me digáis que exajero ni que digo cosa alguna que no sea doctrina sentada (1). Si Dios quisiera castigaros con todo el poder de su justicia, no podría con toda su fuerza hacer en vuestras almas, aun aniquilándolas un estrago igual al que vosotros haceis consintiendo en el pecado, porque jamás puede querer positivamente que pequeis y solo puede permitirlo sin estar obligado á estorbarlo.

¡Qué mal y qué muerte tan funesta es la que causa en el alma la culpa! ¡Cuánto gozo tendrá á su modo el infierno al ver que nosotros mismos nos damos la muerte y causamos el daño que no alcanza á darnos con todo el poder de sus furias! «Vosotros tenéis por padre al demonio,» dice el Señor (2) «y le queréis cumplir sus deseos.» Por vuestra propia voluntad ejecutais contra vosotros lo que con toda su envidia os desea, pero que no puede lograr y os arrojáis al precipicio que él no puede hacer mas que señalaros y sugeriros. Lo peor es, que de estos homicidas de su alma está lleno el mundo cristiano y no se halla quien lllore su desgracia. Preciso es buscar lágrimas y preguntar con Jeremías, ¿Quién dará á mis ojos una fuente de lágrimas? Y lloraré día y noche los muertos de la hija de mi pueblo. Como la muerte del alma viene sin ruido no halla quien vuelva los ojos para mirarla. No la lloran los pecadores, porque están muertos siendo inconsolables en la pérdida de un bien

(1) S. Tom. 1. 2. quæst. 79, art. 4.

(2) Joann. c. 8 v. 44.

temporal, son insensibles y aun se congratulan en la pérdida de su alma. No la lloran los otros por compasion reservando su llanto para la muerte del cuerpo. El pecador es tanto mas digno de lástima cuanto que él no la tiene de sí mismo. «Dime hombre, te diré con san Cipriano, si muriese alguno
» de tus amigos te afligirias, llorarias y te llenarias de dolor. Y has perdido miserablemente tu alma, y llevas á
» tu alma muerta espiritualmente ¿y no lloras ni te entristeces? ¿No te abochornas ni con la vergüenza de tu crimen,
» ni con la frecuencia de tu llanto? Hé aqui unas heridas
» mayores que las del pecado, hé aqui mayores delitos, pe-
» car y no satisfacer, haber delinquido y no llorar los de-
» litos.» Pero ya que no llora el pecador su miseria y muerte espiritual, llora por él su madre la iglesia significada en la viuda de Naim. El Señor oye muchas veces los gemidos de esta paloma cándida y atiende á las lágrimas de los justos que lloran y piden la conversion de los pecadores, y movido de misericordia obra con frecuencia en su iglesia el milagro de resucitar á estos muertos. Juntemos nuestros suspiros y lágrimas con las de la iglesia y lloremos con ella por los pecadores, y aun por nosotros mismos que somos de este número.

¿Será posible que queramos darnos á nosotros mismos esta muerte en cuya comparacion la muerte del cuerpo y aun el infierno es una sombra? ¿Y se podrá creer que no la demos, no obligados de la necesidad sino por un entretenimiento? ¿No por conseguir algun bien, sino por un humo, un placer, una ganancia, un aplauso que pasa á no volver de cabeza? ¿Qué león, qué tigre, qué fiera se ha

visto jamás tan sedienta de sangre que se devore á sí misma? Acordémonos cuando estamos á punto de consentir en el pecado del estrago que vamos á hacer en nuestra alma, que quitamos la vida á nuestra alma con el pecado, que la despojamos de la gracia y alejemos de ella al Espíritu-Santo, que la acarreamos el mal de la culpa que es el mayor que se puede imaginar y nos tomamos mayores males que los que nos pudiera dar todo el infierno. Pero si hemos pecado, si hemos ejecutado el desventurado homicidio de nuestras almas, no puedo deciros mas sino que lloreis con abundancia, que unais vuestras lágrimas con las de la iglesia y con las de los ángeles de paz que lloran amargamente vuestra muerte, que lloreis como lo pide el mérito y el valor de la vida que habeis perdido, que hagais los esfuerzos que hariais por volver á la vida á una persona á quien amais, que oigamos la voz del Señor que nos dice á cada hora y cada momento: *Adolescens, tibi dico, surge*. Joven, á tí te digo, levántate. Levantémonos por la contrición, comencemos á hablar confesando nuestras culpas y volviendo á la gracia por el sacramento de la penitencia, y resolvámonos á salvar la vida del alma aunque sea con riesgo de perder la del cuerpo, porque nada vale vivir ni lograr todo el mundo si perdemos el alma, y aunque lo perdamos todo por salvarla, alegrémonos porque así seremos eternamente felices.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XVI DESPUES DE PENTECOSTES.

El domingo debe consagrarse á Dios y á la santificación de nuestras almas.

Si licet sabbato curare? Si es lícito curar á los enfermos en sábado? Luc. c. 14. v. 3.

Alabando el real profeta el poder de Dios, esclama y dice lleno de reconocimiento: «vuestros son, Dios mio, el día y la noche: el sol que alumbra al mundo obra es de tu mano omnipotente: vos hicisteis las tinieblas y el silencio de la noche para que los hombres cansados del trabajo prueben las dulzuras del sueño, y recobren fuerzas para trabajar el día siguiente. De vos ha recibido la aurora los colores con

que se adorna cuando nos anuncia la venida del sol que nos convida á cumplir la sentencia que fulminasteis contra el hombre condenándolo á comer el pan con el sudor de su rostro. *Tuus est dies, et tua nox: tu fabricatus es auroram et solem.* (1). »

Sí, amados míos; todos los días son del Señor, y todos debemos consagrarlos á su gloria. Cada uno de ellos es un beneficio de la divina providencia, una parte del tiempo que se nos concede para llegar á aquel día eterno, dichoso y feliz, cuya luz es el mismo Dios. Pero aunque esto sea así, hay sin embargo un día especialmente consagrado al servicio de nuestro Dios. Este día santo fué el *sábado* para los del pueblo hebreo, y el *domingo* para los cristianos. ¿Qué nos enseña y dice nuestra santa y adorable religion acerca de este día llamado *del Señor* porque en él debe ser alabado, glorificado y ensalzado con especial culto y obras piadosas aquel Dios que nos ha dado el ser con todas sus consecuencias para hacernos dignos de poscerlo en la gloria? ¿Cómo debemos santificar el domingo? Profundicemos con la guia de nuestra fé la conducta que tuvo Jesucristo con los doctores de la ley, espresa en el evangelio que acabais de oír, y ella nos instruirá, nos señalará el camino cierto y seguro que debemos seguir y nos dejará tranquilos y satisfechos.

Los fariseos que en los puntos de su ley tenian las ideas mas groseras, llegaron á persuadirse que el día dedicado al Señor

(1) Ps. 73. v. 46.

ni aun era lícito ejercitarse en obras de piedad y caridad. Jesucristo enseñando al pueblo en los dias festivos, curó á una mujer atormentada de una enfermedad incurable, y tomando la palabra un príncipe de la Sinagoga dice indignado contra Jesus: «seis dias hay en que se puede trabajar: en estos podeis venir á que os cure, pero no en el sábadó que es el dia del Señor (1).» Es convidado nuestro Redentor á comer en la casa de un príncipe de los fariseos en un sábadó, y todos llenos de malicia observaban todas sus acciones y movimientos para ver si faltaba á algunos de sus ritos y observancias. Un hidrópico se presenta delante del Médico celestial, y Jesucristo bien enterado de lo que pasaba en los interiores de los doctores de la ley les pregunta, ¿si es lícito curar á los enfermos en sábadó, *si licet sabbato curare?* Todos callaron sin saber que contestar: pero Jesus cojió al hidrópico y lo curó; enseñándonos con esto, segun el comun sentir de los santos padres, que las obras de piedad y misericordia son las propias para santificar el domingo dando con ellas honor y gloria al Dios que es la misma caridad segun san Juan (2).

No es pues, el domingo un dia de reposo afeminado, destinado á los placeres y diversiones de los sátuos con desprecio de la ley santa del Señor, como pudieran creer esos hombres y mujeres que con sus abusos, profanaciones y escándalos, no diferencian el dia festivo de los otros, sino en

(1) Luc. c. 13. v. 14.

(2) I. Joan. c. 4. v. 8.

que lo tienen por un día de ocio, de diversion, de impiedad y de bullicio. Es un día que debemos consagrar á Dios y á la santificacion de nuestras almas, como os lo voy á demostrar en este breve rato. Bien sé que los desórdenes que se ven entre los cristianos en los domingos son de difícil remedio: pero por grave que sea una enfermedad, ¿se ha de abandonar al enfermo? ¿No es Dios poderoso para sanar á los incurables? ¿No curó al hidrópico del evangelio para manifestar que podemos y debemos ejercitarnos en los oficios de piedad y misericordia en los días consagrados al Señor? Pues otro tanto podrá hacer con todos los criminales y viciosos figurados por el hidrópico curado por Jesucristo como lo dice el venerable Beda.

Pidamos á la Reina de los ángeles que pida á su Santísimo Hijo que nos cure de la hidrópica sed que nos aqueja en el camino de los vicios que nos tiranizan, y confiemos en su piedad. Digámosla con el ángel

AVE MARIA.

Si licet sabbato curare?

El domingo es el día en que Dios crió la luz que nos alumbra: el día en que Jesucristo, sol de justicia, Dios de Dios y luz de luz eterna salió glorioso del sepulcro y perfec-

cionó la grande obra de nuestra redencion: el día en fin en que bajando el Espíritu-Santo sobre los apóstoles dispó las tinieblas del error en que estaba el mundo haciéndonos pasar á la luz admirable del evangelio. ¿No deberemos santificarlo haciendo aqui en la tierra que los ángeles y santos hacen en el cielo? «Santificarás el domingo, sirviendo á Dios» devotamente», dice la ley. Trabaje el pueblo enhorabuena, seis dias, dice Dios á Moises, pero el séptimo lo quiero todo para mí: este es un dia santo en que no debeis trabajar como en los otros, el que no le observase será castigado con pena de muerte (1). Siempre debemos amar, alabar y bendecir al Señor que nos ha criado y redimido, pero como hay tantas cosas que nos estorban y distraen de ocupacion tan santa y deliciosa, y solo es dado á un pequeño número de almas escogidas el meditar dia y noche en silencio, la paz, los dias antiguos y los años eternos, y el resto de los que viven en la sociedad se emplea en trabajos propios de su estado, nuestro Dios que es todo para todos quiso que todos le rindiesen cultos y homenages especiales en el primer dia de la semana destinándolo por completo á su servicio para que su santidad relluyese en los demas. De Dios reciben los hombres los talentos, la habilidad, la industria y la ciencia: él preside nuestros trabajos, guía nuestras acciones, dirige nuestras obras; pero quiere que despues de haber trabajado seis dias en las cosas de este mundo y cumplido la sentencia á que fuimos condenados por el pecado, dedi-

(1) Exod. c. 31. v. 45.

quemos el domingo á trabajar por el cielo ocupándonos en la oracion, en la meditacion de las cosas concernientes á nuestra salvacion, en dar gracias al Padre celestial por los beneficios con que nos favorece, en manifestar con obras de piedad que somos hijos del evangelio. La iglesia santa siempre solícita y cuidadosa de la salud espiritual de los fieles manda tambien que en el domingo se interumpa todo trabajo y acudamos á los templos á celebrar con mayor devocion los misterios sacrosantos, á oir la divina palabra, á cantar alabanzas al Señor, á postrarnos humillados y contritos ante la magestad de aquel Dios que dá la vida al mundo y todo lo gobierna con órden, peso y medida, como se dice en los libros santos. Bien sabe la Esposa de Jesus que amando, sirviendo y venerando al Redentor de nuestras almas labramos nuestra propia santificacion y nos hacemos fuertes y poderosos para manejar las armas de la fé y vencer con ellas los enemigos de nuestra dicha y felicidad. Por eso es esta reunion solemne de sus hijos en esta santa Iglesia; por eso esta predicacion; por eso la gravedad imponente de las sagradas ceremonias con que da culto al Señor; por eso el decirnos por boca de los santos Padres «Hijos míos: santificad el domingo y entended, que en su descanso para dedicarlo todo al servicio del Señor está figurado el descanso eterno que despues de los trabajos de esta vida tendrán los que cumplen con los divinos preceptos en la mansion de la felicidad eterna.»

Es de fé todo cuanto acabo de decirlos; amables oyentes. Nosotros no inventamos ni fingimos, como dicen los

que nos infaman: predicamos lo que está escrito en la ley santa del Señor: no nos fiamos de nosotros mismos: nuestro oficio es el de estudiar las doctrinas saludables en las fuentes en donde las depositó el Espíritu-Santo, y comunicáoslas para que os conduzcáis por ellas, pidiendo á Dios que os asista con su gracia para que os lleneis del espíritu del Señor y obreis segun sus inspiraciones. «Santificarás el » domingo, sirviendo á Dios devotamente,» nos dice el mismo Dios. Esto quiere decir, segun nos lo enseña la iglesia santa, empleemos el domingo en oracion, en ejercicios de piedad y buenas obras. Luego si queremos salvarnos, debemos seguir á nuestra Madre maestra de la verdad, y hacer lo que nos manda. Sin esto, todo es error y engaño: vértigos de cabezas desorregladas y aberraciones de gente que está reñida con la fé, con la virtud y con la santidad. Bien lo conoceis: demasiado sabeis lo que Dios exige de nosotros para santificar el domingo, día del Señor; por milésima vez se os dice hoy desde esta cátedra de la verdad, que el domingo debe emplearse en alabar, bendecir y glorificar al Dios que nos ha criado y redimido, y no, no ignorais que la santificacion de vuestras almas se asegura cumpliendo con el precepto de santificar las fiestas, del modo que nos lo manda y enseña nuestra madre la iglesia. Pero el saber, entender y comprender todas estas cosas obrando en sentido opuesto y contrario al de su significado ¿de qué nos sirve? De poner en claro nuestra malicia, de hacernos inexcusables; de firmar nuestra eterna condenacion y de poner un muro de bronce entre la misericordia de Dios y nuestra indignidad.

Para santificar el domingo se os prohíben los trabajos ordinarios y se os prescriben actos de religion. Y qué os parece, hermanos míos, el que manda que os abstengais de trabajar, y os ocupeis en obras santas; ¿no os prohíbe tambien que empleeis el día santo en profanaciones, en escandalosas diversiones, en pecados y crímenes incompatibles con la santidad del domingo, día consagrado al Señor? ¿Querrá Dios que para santificar su día hagamos lo que los gentiles en las fiestas de Baco, y que las diversiones, los desórdenes, los bailes, el juego, la embriaguez, la vanidad, los placeres, la lujuria y todos los vicios sean las muestras de nuestra espécial devocion en aquel día destinado á la gloria del Señor y á la santificacion de nuestras almas? ¡Ay Dios mío! Por los que así se portan en el domingo decís por Isaías. «No me ofrezcáis mas sacrificios, porque aborrezco los de los malvados. Yo no sufriré vuestras fiestas; mi alma aborrece vuestras solemnidades; me son enojosas; cansado estoy de sufrirlas. Cuando me llameis apartaré mis ojos de vosotros; no os oiré cuando multipliqueis vuestras oraciones, porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestro corazón no es recto, justo ni virtuoso (1).» Así trata Dios á los que desprecian sus mandatos y viven sin respeto y sumision á su ley santa. De este modo se explica con los que entregados en manos de su propio consejo cometen mas pecados en el domingo que en el resto de la semana. Estos que así faltan habitualmente á mi precepto form:

(1) Isaí. c. 4. v. 43. y siguiente.

y á una de las obligaciones mas graves de la religion se hacen reos cada ocho dias de un pecado mortal; viven enemistados con Dios, esclavos de Satanás, al borde del precipicio, espuestos á caer en los fuegos infernales, y sin embargo son tan frenéticos é insensatos, que volviéndose contra el médico que quiere curarlos exigen que sus párrocos callen, y no les hablen una palabra sobre negocio tan importante; quieren que familiaricemos la severidad de la ley con la perversion y relajamiento de las costumbres; que nos conformemos con el siglo: que llamemos y tengamos por bueno lo que es malo, por lícito lo que está prohibido, por venial al pecado que es grave y mortal, y que ensanchando el camino del cielo prediquemos una religion y un evangelio nuevo fabricado en los conventiculos de los pecadores. ¿Son otras las pretensiones de los que esperan que llegue el domingo para entregarse á toda clase de excesos sin reparar en los escándalos con que ofenden al público, y sin querer conocer que para ellos el dia de gracia ha llegado á ser dia de pecado; el dia de bendicion, dia de maldicion, y el dia del Señor, dia de las potestades infernales? Pues hijos mios, acordaos de que vuestras ideas, razones, pretestos y excusas podrán ser las que se quiera; pero en nada mudarán los mandamientos de Dios, ni los de la iglesia. Sabed que para santificar el domingo, es preciso que os empleéis en el servicio de Dios y aprovechamiento de vuestras almas; que aunque el domingo es dia de descanso en las cosas de la tierra, es sin embargo de trabajo para las del cielo y para el negocio de la eternidad. Esto es cierto, es infalible, es lo que Dios nos dice y la iglesia nos propone y no puede ser otra cosa.

Entendedlo así, y si las verdades que os dejo espuestas os hacen impresion y os convencen, formad un firme propósito de obedecer humildemente á vuestro Dios santificando el domingo con obras de piedad y misericordia. «La-
» vaos, purificaos, dice Dios por el profeta; apartad de mis
» ojos la malignidad de vuestros pensamientos: cesad de
» obrar perversamente. Aprended á hacer el bien: buscad
» lo justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano,
» defended á la viuda, y si os va mal, venid y acusadme,
» os dice el Señor, Despues que esto hubiereis hecho, que-
» jaos de mí si yo os salto á mis promesas: si yo no os admi-
» to á mi gracia: sino os libro de todos los enemigos y ma-
» les que os oprimen: si no os lavo de todos vuestros pecu-
» dos por muy abominables y multiplicados que sean; y sino
» os vuelvo tan blancos como la nieve ó como la lana muy
» limpia (1).»

Pudiérais desear mas; ¿qué padre por tierno amante y compasivo que sea, viéndose despreciado, maltratado, herido y ofendido por sus hijos ingratos y desconocidos, habria de hacer iguales promesas? Y qué hijos tratados de este modo por un Dios que está pronto á olvidar sus agravios y ofensas, podrán resistirse á tanto amor, á tanta benignidad y dignacion? ¿Tendreis vosotros toda la impiedad que se necesita para despreciar la voz de caridad inmensa con que os llama nuestro Dios á su santo servicio imponiendos el precepto de santificar las fiestas? ¡Dios tan solícito por vuestra

(1) Isai c. v. 46 y siguientes.

santificación, felicidad y ventura, y vosotros tan abandonados, tan viciosos, tan aficionados á las pompas y vanidades del mundo y tan retraídos de las cosas santas y piadosas que hacen tan santo el domingo! Esto es maravilloso, es lamentable, es digno de hacer derramar lágrimas á los que viendo tanta relajación é impiedad en los dias festivos se desconsuelan con la idea de que predicán en desierto por el poco caso que se hace de lo que predicamos en nombre del Señor.

Yo, amados míos, os exorto á que santifiquéis el domingo con obras de piedad y misericordia, á que respetéis con sumisa veneración al día del Señor; á que imitéis á aquellas almas piadosas que buscan en Dios todos los bienes que facilitándoles la gracia en esta vida les proporcionan también la felicidad eterna en la Gloria, que á todos deseo. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA XVII DESPUES DE PENTECOSTES.

No puede haber sociedad sin verdadera religion.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el primero y mas esencial de todos los mandamientos. Matth. cap. 22. v. 37, 38.

La paz á los hombres, la felicidad y bienestar de los pueblos, ved hermanos míos lo que anunció nuestro divino Maestro y legislador Jesucristo. ¿Y qué leyes y principios estableció para afianzar esta paz y felicidad á todas las naciones y á todos los hombres del mundo? ¿Sobre qué bases consolidó el edificio de una sociedad pacífica y feliz? So-

bre el cimiento sólido é indestructible de la ley de Dios. Bien lejos de anunciar teorías y proyectos sociales llenos de la hinchazón y vanidad de la ciencia y prudencia humana, de un modo claro, sencillo y perceptible redujo toda su ley á un solo precepto que intimó de nuevo á cada uno de los hombres repetidas veces: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento.»

Los hombres también y acaso nunca con mas frecuencia y mas empeño que en nuestro siglo anuncian y brindan con la paz y la felicidad. Jamás se han oído mas promesas de bienestar, de prosperidad, de mejoras y adelantos, de cultura y civilización: jamás se han ocupado tanto los ingenios y los que creyéndose seres privilegiados y destinados para ilustrar á los demás se miran con derecho para señalar la ley, jamás han sido mas abundantes ni mas secundos en proyectos para proporcionar la paz y felicidad á sus semejantes. ¿Pero cuáles son las bases que ponen para su edificio social? ¿Por qué caminos quieren llevar á la felicidad á los hombres? ¿Qué lecciones se dan y se escuchan en esas escuelas de socialismo, en esas declamaciones de hombres que parece que han perdido la razón? ¿En qué fundamentos apoyan sus máximas y teorías esos publicistas que nos quieren llevar á la perfección de la vida social? ¿Sientan por principio y precepto esencial el amar á Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el entendimiento, como Jesucristo?

Vosotros veis como yo, que la ciencia de este siglo consiste en desentenderse y no echar de menos para nada la

religion. Es una fatuidad, un anacronismo el valerse de los principios religiosos para la política y el régimen social. El nombre de Dios y de religion se mira como una cosa que nada vale y para nada sirve en el mundo, ó como una cosa indiferente consintiendo que cada cual sea libre en creer ó no creer y en elejir esta ó aquella religion. Sobre las ruinas del evangelio se pretende levantar la construcción de una sociedad filosófica y hacer que los hombres dejando de ser cristianos sean felices obrando por amor al bien público, por patriotismo, y reducen todas sus obligaciones á los deberes de una vida civil, de mútua tolerancia sin querer reconocer otras reglas ni principios, ni otra norma de sus costumbres, y sus acciones. Se cree que al hombre para vivir en sociedad le basta ser hombre de bien y que para esto no necesita ni mas leyes ni mas religion que la de su razon y los motivos humanos y naturales. Por estos caminos nos quieren llevar á la felicidad. Si conservais algun amor á vuestra fé, si amais á vuestra patria, si apreciáis á vuestras familias y quereis el bien de los hombres, no podreis menos de tomar parte en mi dolor al ver el caos y las desgracias en que sepultan á la sociedad entera esas máximas detestables y antisociales; esas escuelas en que se dá por principio sentado para establecer la doctrina del socialismo que el hombre es animal y nada mas, y que no tiene ni puede esperar otra vida ni otra felicidad que la presente. Permitidme que desentendiéndome hoy de que los hombres sean cristianos como deben, me limite á llamar su atencion para que sean hombres nada mas; para que sean hombres de bien, sin otras virtudes que las que los exigen los filósofos doctrinarios para que vivan

como es necesario é indispensable vivir en la sociedad, y afirmo desde luego y voy á manifestaros en este dia que sin la religion, sin el amor á Dios de todo corazon no puede darse un hombre de bien, ni aun en el sentido que le piden los filósofos, que no puede haber paz ni felicidad, y que ni hay ni puede haber sociedad si se destruye el mandamiento de Dios, el amor á Dios que es el cimiento no menos de la religion que de la sociedad.

Ayudad mi celo, Dios mio, y asistidme con vuestros auxilios que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre á quien saludamos con el ángel.

AVE MARIA.

Diliges Dominum....

No temo decir que sin la religion que se funda en el amor á Dios de todo corazon no puede el hombre tener probidad ni puede subsistir la subordinacion, la paz, la concordia, ni puede haber bienestar, ni felicidad, ni por consiguiente haber sociedad. Sea enhorabuena el hombre atento al cumplimiento de las obligaciones que debe al mundo; sea prudente, equitativo, desinteresado, benéfico, obediente, no se deje arrastrar de sus inclinaciones y arregle su conducta á cuanto las leyes del mundo le ordenen. Puede pedirse mas para

que un hombre sea hombre de probidad? Sea el que fuere el dictámen de los que quieren reir y hacer felices á los pueblos, sin otra luz que la escasa de nuestra razon , como-cemos y no pueden menos de convenir todos con uosotros en que la concordia y felicidad pública no pueden subsistir sino en tanto que presida la justicia y la humanidad y se forme de todos los hombres un solo cuerpo, por decirlo así, y un solo hombre de todos á quienes los genios, las inclinaciones los intereses, los empleos, y tantas distintas cualidades y circunstancias diferencian entre sí: en que para que la sociedad sea firme y duradera es necesario que haya ingenuidad en las palabras, fidelidad en el cumplimiento de las promesas, rectitud en el proceder, que el hombre mire la felicidad ajena como suya propia, que tenga por ignominia engrandecerse sobre las ruinas y despojos ó con detrimento de los demas, que no apetezca la ociosidad ni se desviva por el propio interés, que sea compasivo, benéfico, que no sea altivo ni orgulloso, taimado ni engañador, que no se deje arrastrar de las desenfrenadas pasiones de la avaricia, de la ambicion, de la venganza, de la sensualidad que tantos escándalos y calamidades acarrean al mundo, que cada uno de los hombres en fin, ademas de sus obligaciones personales atienda á las de su estado y condicion y sea buen padre, buen esposo, buen ciudadano, buen magistrado, buen rey, buen súbdito, buen soldado. Pues digo, que ni este hombre, ni esta sociedad pueda darse ni pueda existir sin la religion y amor de Dios como no puede existir un edificio que no tiene cimiento. Dejad á los hombres sin Dios, no echeis mano de la religion para construir y sostener la so-

ciudad, romped los vínculos que unen al hombre con Dios, y ya tenéis destruidos los que unen y enlazan á los hombres entre sí.

La razon condena esas perniciosas doctrinas, esa moral falsa y sediciosa que no atribuye á la autoridad otro origen que la violencia madre de la tiranía, y la flaqueza principio de la esclavitud; esas opiniones que clasifican á la equidad, la sumision, la modestia, el agradecimiento y buena fé, de preocupacion y efectos de una educacion y politica astuta que abusa de la credulidad y sencillez de los hombres á quienes alucina con el pretesto del bien público. Esos sistemas espantosos de socialismo llevan consigo su reprobacion: esassofisterias con que ocultan su veneno, caen por tierra á vista de las consecuencias necesarias que de ellas se deducen: las pasiones mismas puede decirse que se avergüenzan de verse tan autorizadas, y que es menos infamia el ser un hombre vicioso por fragilidad é inclinacion, que serlo por sistema y por principios: pero esos sistemas de tan poca fuerza contra una razon auxiliada de la religion tienen un vigor irresistible contra una razon que no tiene fé, porque desde el momento en que la razon no quiere reconocer á un Dios por autor y protector de la sociedad, la razon misma suministrará máximas para trastornar las leyes de la sociedad. Sin Dios el hombre queda libre é independiente, no tiene superior, y como es hechura de sus manos todo se lo debe á sí mismo. Los vínculos de la sociedad no serán otra cosa que un convenio recíproco y contrato mútuo en los miembros que se asocian y forman un cuerpo político; contrato que debe su ser y principio á la esperanza y deseo de

hallar la felicidad y seguridad particular en la pública, pero contrato de que podrá burlarse el hombre cuando quiera y cuando la sociedad le exija algún sacrificio. Haced que el hombre olvide lo que debe á Dios y fácilmente negará las obligaciones que debe á los demás hombres. No hay cosa alguna mas íntimamente conexa en nuestro entendimiento que las ideas de ley y de legislador; de religion y de virtudes intimadas por ella, de preceptos naturales y de un Dios autor de la naturaleza. No puede destruirse lo uno sin derrivarse lo otro. Por eso los filósofos de la gentilidad prefirieron unos dioses modelo de algunos vicios, á la irreligion que hubiera destruido todas las virtudes. Por eso han sido aborrecidos siempre los que han derramado en el mundo la ponzoña del Ateismo; y la razon y la esperiencia han demostrado que los que se declaran enemigos de Dios no son menos enemigos de los césares; que los tiros que se disparan contra el altar, reflejan contra el trono, y que al paso que se ha pretestado libertar al pueblo de la servidumbre y los temores de la religion se le ha abierto la puerta para el desenfreno de las pasiones, la rebelion y la anarquía.

Bien podrá tener probidad el hombre que no tenga religion, y la tendrá en algunas circunstancias; pero será una probidad de costumbres y conducta, una probidad de que será dendor á la religion misma que ha abandonado y cuyas huellas quedan á pesar suyo en su interior, una probidad nacida de educacion, de carácter, hija del honor, del interés, porque una probidad de entendimiento, derivada de luces puras, de conocimiento cierto y de máximas sólidas, inalterables y consecuentes, sola la religion puede comunicarla.

Verdad es que la razon nos dicta ideas de órden, de justicia, de sumision, de fidelidad, de bien público..... Pero cuando intenta elevar estas ideas á la esfera de obligaciones, de preceptos, de leyes que obliguen al hombre, si no nos pone delante al mismo tiempo ni al legislador que tiene derecho á nuestra sumision, ni los premios con que sea recompensada una virtud antepuesta á la felicidad y los placeres. ni las penas con que ha de ser castigada una felicidad y placer gozado y adquirido con detrimento de la virtud, entonces, la razon se subleva contra la razon misma y derriba por un lado el edificio que intenta levantar por otro. La religion es la que todo lo allana. Levantad los ojos á Dios principio y origen de todas las cosas y hallado habeis el cimiento sólido é inalterable para fundar la felicidad pública. La religion nos declara el misterio de nuestra dependéncia, nos manifiesta el origen de donde se derivan los vínculos y las leyes de la sociedad; hace que entendamos y oigamos en la voz de la razon, la voz de Dios que ha gravado con caracteres eternos su voluntad en nuestras almas. Levantad los ojos al Dios que os habla por la religion y la razon y hallareis que esa sociedad en que vivis, no es una sociedad de hombres empezada por la casualidad, fomentada por el instinto y propension, arraigada por el interés y conservada por la política; sino una numerosísima familia cuya cabeza y Padre, cuyo Señor y protector es el mismo Dios. El solo es el superior, tanto de los que obedecen como de los que mandan en el mundo. Dios es el que reina en los reyes, el que sentencia en los jueces, el que manda en los superiores, el que gobierna en los padres, á él solo deben referirse todos los

obsequios, él oye los suspiros, venga las lágrimas del pueblo, premia las virtudes y castiga los vicios. Es Padre de todos y todos debemos amarle y amarnos como hijos de un mismo Padre. Destruid la religion, olvidad á Dios, la existencia, el amor á Dios sea una fábula que nada tenga de realidad, y que el hombre no reconozca otro superior, otro legislador, ni otro fin que á sí mismo y no hallareis sino voces vacías, máximas pomposas, virtudes llenas de orgullo y vanidad, aliento para la rebelion y el crimen, horrores en que no puede fijarse la atención sin sentir un fatal estremecimiento. Destruid á Dios y derriudad las ideas sólidas que suministra la religion y echasteis á la vez por tierra todas las virtudes, y habreis concluido con el bien público y con la sociedad misma cuyo bien y progresos invocais con tanto celo. Sustituíd las lecciones de socialismo que queráis, yo me reiré y lloraré vuestra fatuidad y locura y os diré: que el hombre que tiene religion y ama á su Dios no tiene necesidad para ser bueno, fiel, justo, veraz, de los auxilios escasos que suministran á la virtud las esperanzas humanas, el rigor de los castigos, ni los alicientes de los premios de la tierra. Obra por miras mas altas y sólidas. Obedeced á vuestros superiores, dice el apóstol, aunque sean soberbios, extravagantes é ingratos porque Dios os remunerará los servicios que ellos no os premien. Dios os ve, penetra vuestro corazon, nada se le oculta, os ha de tomar cuenta de todo y ha de castigaros ó premiaros. Os diré que el hombre sin religion y sin Dios se burlará del honor, del premio, del castigo, y de todas esas vanas máximas y teorías que quieren sustituirse al evangelio y formar con ellas el cimiento y el

apoyo de la sociedad, y que si no lo hære, es por una especie de contradiccion consigo mismo, por una inconsecuencia porque nada mas consiguiente y natural que romper con las obligaciones y respetos del mundo y de los hombres despues de haber negado y desconocido á su Dios. Y si la paz y felicidad, la estabilidad y solidez de la sociedad depende de los vicios ó virtudes del mayor número de los hombres, ¿qué felicidad ni solidez podrá tener una sociedad compuesta de unos hombres á quienes se despoja de todas las virtudes despojándolos de la religion? ¿de unos hombres á quienes se quita el freno del temor de Dios y sus venganzas eternas, y de la esperanza de sus premios y recompensas incomprendibles y superiores á nuestros deseos? Y si el justo que se alimenta de las verdades de la religion; el que cree firmemente que la perspicacia de los ojos divinos penetra las iniquidades mas ocultas de los hombres; que llegará el dia en que á los ojos del mundo entero se han de descubrir aquellos delitos que supo ocultar con el disimulo y la hipocresia; el que vive plenamente persuadido de que todos los bienes temporales no resarcen la pérdida de los eternos, flaquea, se rinde y cae muchas veces en los vicios sin embargo de su fe viva y su firme religion ¿qué hará el hombre sin fé, el hombre acometido de las pasiones, desprovisto de todo freno para contenerlas? ¿Atenderá á la voz del bien público, del heroísmo, de la buena fama y reputacion?

No, hermanos míos, no puede haber virtudes sin religion y amor de Dios; y sin virtudes no puede haber sociedad ó habrá una sociedad sin paz, sin felicidad, enemiga de sí misma y que esté en una continua guerra y agitacion,

Los enemigos del evangelio le acusaban en su origen de ser la causa de la decadencia de las buenas costumbres del imperio. Examinad, decia Tertuliano á los césares para disipar esta calumnia, y yo puedo decirlo para haceros ver lo que es un pueblo gobernado segun la verdadera religion. Examinad ese pueblo infamado con tantos edictos, asolado con tantas y tan sangrientas persecuciones y no hallareis en él ni vicios que reprender, ni virtudes que desear. ¿En qué nacion se pagan los tributos con tanta fidelidad, ni se exigen con tanta moderacion? ¿Dónde son mas raros los pleitos, mas integra la administracion de la justicia, las mujeres mas honestas y respetables, el comercio mas arreglado en sus negociaciones y mas observante de la buena fé, los soldados mas formidables al enemigo y mas fieles al Principe? Siendo como somos el fundamento y apoyo de vuestro trono, nada teneis con que darnos en rostro sino con el delito de que profesamos una religion á que sois deudores de la obediencia que no sabe sino venerar vuestros mandatos, dolerse de vuestro engaño y morir sin haceros resistencia. De nada podeis acusarnos sino de que detestamos unos dioses en cuyos templos se conciertan todos los dias las conjuraciones que ponen al imperio en peligro de perderse.

Figuraos una nacion verdaderamente cristiana y hallareis paz, union, concordia y felicidad; lo que puede apotenciarse en una sociedad. Vereis superiores sin orgullo, domésticos sin murmuraciones ni ociosidad, majistrados sin dejarse llevar de la pasion ni el interés, soldados enemigos de la disolucion y el libertinage y dispuestos á defender su patria, amigos fieles, súbditos obedientes, reyes padres de

sus súbditos, padres cuidadosos, hijos sumisos y dóciles, esposos castos y unidos santamente, vereis un pueblo dichoso. Todos serán felices y se esmerarán en hacer que se amen y sirvan los unos á los otros. ¡Espectáculo encantador y delicioso! Ved de lo que el mundo se priva cuando sacude el yugo de la religion. Bien sé que no son estas nuestras costumbres sin embargo que vivimos en la ley de Jesucristo: pero en comprobacion de la verdad que voy manifestando diré; que sigamos el hilo de nuestras historias y hallaremos que las buenas costumbres se han perdido al paso que la fé, que ha faltado el hombre de bien al paso que el cristiano, que los tiempos que se notan de mas depravacion de costumbres son los que han sido mas sueltos y libres en punto de creer, y que si ahora se observa tan poca modestia en los jóvenes, tanta deshonestidad en las mujeres, tanta falta de justicia, de orden, de seguridad, tanta relajacion de costumbres y tan pocos hombres de bien es porque en el cristianismo han quedado pocos cristianos.

Insulten y desprecien á nuestra religion esos reformadores de la sociedad, pero entiendan que ellos mismos la vengán con la soltura escandalosa de costumbres, con las fatales consecuencias que abortan sus teorías. Y si del hombre sin fé no se puede esperar probidad, virtud, ni sinceridad; sino puede ser amigo fiel, súbdito obediente, ni miembro útil de la sociedad, ¿qué podremos pensar del hombre que combate, que impugna, que habla, disputa y escribe contra la religion? ¿Qué frenesí, qué delirio, qué falso celo le agita y le arma contra el cielo, contra la tierra, contra sí mismo y contra sus semejantes? ¿Por qué interés

se mueva y hace el loco empeño de que los hombres queden sin la religion de sus padres? ¿Qué mal puede hacer, ni qué perjuicios puede causar á la felicidad y civilizacion de los hombres un evangelio de paz, de caridad, de sumision y de paciencia? ¿Qué recelos ni temores pueden causar la ambicion, las calumnias, las tramas, las perfidias, las atrocidades del que es verdadero cristiano y ama á Dios de todo su corazon? Que su fé sea verdadera ó falsa, lo que de seguro es, que cuanto mas religion tenga á menos pasiones estará sujeto y que no se hará temible aun para los impíos mientras no empiece á imitarlos en su impiedad. ¿Mueve acaso á estos reformadores á despreciar y declamar contra el evangelio y contra Dios el deseo del bien público? Hablad reyes que dominais, majistrados que presidis los tribunales, padres que gobernais vuestras familias, ¿os atreveréis á fiar á hombres enemigos de la religion el gobierno de vuestros estados, la administracion de justicia, la autoridad de las leyes, la modestia, obediencia y recato de vuestros hijos? Si alguna vez lo habeis hecho ¿no habeis tenido que llorar vuestra indiscreccion y no ha hablado bien claramente en mi favor la esperiencia?

Se empeñan en hacer creer á los hombres á fuerza de gritar y defender cada dia que la religion no es obra de Dios, que es una invencion politica de los reyes que han querido levantar con astucia entre el trono y las insolencias del pueblo un muro que no puedan romper las pasiones. ¿Y por qué razon estos hombres que muestran tanto celo por el bien de la sociedad y la patria; por qué razon destruyen la obra grande de la sabiduria humana en su opinion, rompiendo

el velo que oculta los arcanos de un engaño necesario y derribando el cimiento en que estriva el edificio social? Si este es un error y quieren sacar de él á los hombres ¿no es un error mas útil al mundo y á la patria que las verdades fabulosas que quieren enseñarles? Si es error ¿no sirve para acarrear al hombre la felicidad que puede apetecer, para contenerle, para moderarle, para mantenerle en la paz y para formar una sociedad amable? La religion cualquiera no es otra cosa que una farsa y un misterio politico inventado para esclavizarnos. Asi se afanan por persuadirlo al mundo. Reyes de la tierra, magistrados y defensores de las leyes y de la tranquilidad pública; padres de familias, pueblos, de este modo dispiertan vuestro celo y vuestra vigilancia contra sus máximas detestables, que no sé por qué se les permite propalar con tanta impunidad y descaro. El hombre sin religion os avisa y os está demostrando que si la religion perece, el estado caerá sin remedio envuelto entre sus ruinas, y que estais obligados no solamente por Dios sino por el bien público, por la patria, por vuestra propia utilidad á contener y castigar á esos hombres insolentes que no quieren reconocer superior en el cielo ni en la tierra. El hombre sin religion os avisa que vuestra obligacion principal como cristianos, como magistrados, como políticos es el enfrenar esos delirios y esos contagiosos errores que solo combaten la religion para destruir la probidad y que afectan delicadeza para ocultar los horrores del libertinage. El hombre sin religion nos avisa á todos con sus máximas detestables y acaso tambien con su escandalosa conducta que solamente la religion es capaz de producir hombres de bien y de formar la

paz y tranquilidad de las naciones. Nos dice bien claro con los resultados perniciosos y detestables de sus sistemas que sin la religion no puede haber una sociedad apetecible que haga la felicidad de los pueblos.

Grandes y poderosos, los que mandais y los que obedecéis, hombres de toda condicion y de todas las clases, fundad vuestra política y arreglad vuestras costumbres al gran principio de la religion, al primero y mas esencial de todos los mandamientos que nos intimó Jesucristo, al precepto de amar á Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todo vuestro entendimiento, y formareis una sociedad de paz, de felicidad, de placer, de concordia; sereis felices en la tierra y despues bienaventurados en el cielo.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTES.

Las enfermedades sufridas con paciencia y resignacion nos proporcionan la santificacion que tanto necesitamos para salvarnos.

Confide fili remittuntur tibi peccata tua. Hijo ten confianza, porque te son perdonados tus pecados. Math. c. 9. v. 2.

Inútiles son los trabajos que empleamos para hacernos felices en la tierra: nuestra vida es un tegido de miserias: escusado es buscar en ellas mas que dolores, angustias y enfermedades. Somos hijos de ira: parece que la divina justicia nos persigue como reos de grandes crímenes, desde el instante en que fuimos concebidos, hasta el momento en que exalamos el último suspiro. Así lo vemos demostrado en la flaqueza y peligros de la niñez; en las pasiones de la juven-

tud; en las inquietudes y fluctuaciones de la edad media; en la debilidad, achaques y conflictos de la vejez. Como hijos de un padre pecador, el pecado es nuestra herencia, sus efectos y consecuencias todas las calamidades que nos afligen. La vida humana, dice el santo Job, es flor que se marchita, sombra que se desvanece: el hombre nacido de mujer, viviendo un tiempo muy corto, está repleto de miserias (1). Estas verdades, amados míos, son de la clase de aquellas que se ven, se palpan, se sienten y perciben con los sentidos. Registrad sino vuestro seno, estudiad vuestra fragilidad, inferid de lo pasado el porvenir, consultad con los que os han precedido, y si no os bastan las calamidades que pululan á á vuestro lado, entrad en los hospitales, visitad las enfermerías y decidme sino es cierto que preside á los hombres un genio maléfico encargado de afligirlos y atormentarlos.

Pero sea lo que se quiera de lo que vemos, percibimos y entendemos los hombres espuestos al error aun en nuestras materiales evidencias: la religion infalible en todo lo que nos enseña: ¿no nos confirma cuanto acabo de indicaros? en el evangelio de este dia ¿no se nos demuestra que el pecado es la causa de todos los trabajos y enfermedades que aquejan á los mortales? Viniendo Jesucristo á la ciudad, dice el sagrado testo, le presentaron un paralítico postrado é inmóvil en una cama: lo vió el médico celestial, y deseando curarlo, le dijo tierno y compasivo «Hijo, ten cofianza, porque te

(1) Job. c. 14.

son perdonados todos sus pecados. *Confite fili, remittuntur tibi peccata tua.* » Es decir, según m. angélico doctor santo Tomás (1). Ten confianza hijo mío, porque perdonándote tus pecados como te los perdono, se ha quitado la raíz de tu enfermedad, y sanarás.

Ved aquí, hermanos míos muy amados, como la enfermedad corporal del paralítico fué ocasión de su santificación. Observad que siendo las enfermedades del cuerpo justos castigos del pecado, pueden sernos provechosas para la vida eterna, como lo dice san Basilio (2), y entended, que los dolores, angustias y padecimientos que sufrimos en este valle de lágrimas, siendo efectos del pecado, los ha convertido nuestro divino Jesús en beneficios de su mano poderosa: porque pueden y deben servirnos para mudar de vida, convertirnos y ponernos en el camino de la gloria. Para que vosotros esperimenteis esta verdad, os demostraré en este breve rato: que las enfermedades corporales con que el Señor suele afligirnos en esta vida, sufridas con paciencia y resignación, nos proporcionan la santificación que tanto necesitamos para salvarnos.

Reina del cielo: Vos Señora que sois la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos y el refugio de los pecadores: alcanzadnos la gracia que necesitamos, yo para hablar, y mis oyentes para escucharme, con aprovecha-

(1) Math.

(2) Reg. 55.

miento de nuestras almas. No desecheis las súplicas de vuestros hijos, pues que os saludan feliz y dichosa diciéndoos con el ángel.

AVE MARIA.

Confide fili, remittuntur tibi peccata tua.

Las desgracias, las aflicciones y los dolores que sufrimos en las enfermedades nos despiertan del sueño peligroso en que nos tienen los vicios y pasiones: nos convencemos de que somos pecadores y mortales, de que nuestro fin puede ser infausto y desastroso. Ellas recordándonos que hemos pecado, ofendido al Dios que es dueño de la vida y de la muerte nos estimulan y mueven á purgar nuestras culpas con la penitencia; nos traen á la memoria el peligro de morir en que nos encontramos, y hacen que pensemos con juicio y cordura acerca del negocio importante de nuestra salvacion, olvidado en los días de nuestra salud y lozanía. Los hijos de Jacob no reconocieron el mal tratamiento con que habian alligado á su hermano José, ni lo que habian ofendido al Señor con su crueldad, hasta que se vieron presos en el Egipto (1). El soberbio é impío Antioco,

(1) Genes. c. 44.

cuando cruel y desapiadado mandó atormentar á los siete hermanos macabeos, y corría furioso hácia Jerusalem, jurando sepultar en sus ruinas á la ciudad santa ¿pensaba que era pecador y mortal? No por cierto: pero se acordó y pensó en ello cuando caído de su carro fue trasladado al lecho del dolor en que se vió comido de gusanos, con un hedor insufrible, y hecho el horror de sí mismo y de su ejército. Entonces se acordó que era pecador y mortal; en aquel lance terrible fue cuando dijo. «Justo es someterse á Dios, y que un mortal no pretenda apostárselas con el Omnipotente (1).» El famoso Alejandro que alcanzó tantas victorias, tomó posesion de las ciudades mas fuertes, avasallaba todas las naciones y reyes, y obligaba al universo á callar en su presencia, segun la escritura santa, jamás pensó en su fragilidad y miseria. Pero se vió tendido en una cama, y entonces conoció lo que antes habia ignorado: entonces conoció que era igual á los demas hombres y que pronto iba á morir: *Cognovit, quia moreretur* (2). Naaman, principe de la milicia del rey de Siria, hombre fuerte, poderoso y rico en grande manera: ¿hubiera sido imagen y figura de los que reciben la gracia de los sacramentos, sino hubiera estado leproso y hablado con este motivo al profeta Eliseo? No, señores: la escritura santa nos dice, que el privado del rey de Siria fue á buscar en el profeta del Dios de Israel el remedio de la lepra que lo afligia y

(1) Mach. lib. 2. c. 9. v. 42.

(2) Mach. lib. 4.º c. 40.

atormentaba; que despues de lavado siete veces en el Jordan sanó; y que volviendo á dar gracias por su recuperada salud al profeta, le dijo: »Conozco verdaderamente que no hay otro Dios en la tierra que el de Israel.... No ofrecerá tu siervo holocausto ni víctimas á dioses ajenos, sino solamente al que crió todas las cosas y gobierna el universo (1). Enfermó gravemente Ezequias, y un profeta le dice que disponga las cosas de su casa porque iba á morir muy pronto: pero Ezequias postrado en su cama y vuelto hácia la pared hace oracion, se humilla delante del Señor, y el Dios de las misericordias lo sana, le dice que aun vivirá quince años y que vencerá á sus enemigos, y en señal de ser todo cierto hace que retroceda la sombra diez líneas en el reló de Acaz (2). Si amados míos, llenas estan las sagradas escrituras de testimonios que nos convencen de que en el tiempo de la afliccion y de la enfermedad es cuando el pecador vuelve la vista á la vida pasada y entra en cuentas consigo mismo acerca del negocio importante de su salvacion.

Mientras gozamos de una salud perfecta, muy poco ó nada pensamos en los pecados que hemos cometido; no nos acordamos de que tenemos en el cielo un perfecto testigo de todas nuestras acciones y pensamientos: no vemos el mal en donde le hay: no nos cuidamos de meditar sobre los dias antiguos y los años eternos que debieran nutrir nuestra fé y encender nuestra caridad. Pero cuando el Señor nos

(1) Lib. 4. Reg. c. 5.

(2) Lib. 4. Reg. c. 20.

hiere con una enfermedad y nos derriba en el lecho del dolor, entonces conocemos que hemos hecho servir nuestro cuerpo á las pasiones; que hemos vivido torpe y desarregladamente, que hemos ofendido la santidad del juez tremendo que halla manchas en el hombre mas puro, y que es necesario vengar las ofensas cometidas contra el cielo con la penitencia que se nos presenta como el único consuelo en el conflicto en que nos pone el dolor de la enfermedad. Entonces invocando la proteccion de la consoladora de afligidos y refugio de pecadores miramos los dolores y padecimientos como un remedio para sanar el alma, besamos la mano del Médico celestial y Omnipotente que hiere para sanar, confesamos que nos castiga porque nos ama, y aunque los dolores, desazones é incomodidades de la enfermedad nos arranquen ayes lastimeros, bien pronto se mudan en suspiros dirigidos al cielo para protestar nuestra resignacion y ofrecerle todos nuestros sufrimientos como otros tantos actos de penitencia. Las almas que ven levantada la mano del Señor sobre su iniquidad para castigarla y destruirla, y sumisas á las divinas ordenaciones reconocen como David, que Dios acrecienta los dolores para que mas pronto se compunjan y hagan penitencia, se conforman con la divina voluntad, la bendicen, alaban y veneran, se dejan poseer del espíritu de penitencia y con un corazon contrito y humillado dicen deseosos de sufrir y padecer por Dios. «Caiga en mí la malignidad de la calentura, penetre el dolor todas las partes de mi cuerpo, paguen mis miembros la pena que merecen por haber servido al vicio y á las pasiones desordenadas.» Penetrados de estos sentimientos los fieles movidos

por la enfermedad, prorrumpen en llantos y gemidos de verdadero arrepentimiento y dicen con el santo Job. He pecado: ¿qué haré para aplacaros, divino Salvador de los hombres? *Peccavi: ¿quid faciam, tibi ó custus hominum* (1)? Sufren los dolores y angustias de la enfermedad con una resignacion capaz de edificar á todos los que los observan: los remedios y medicinas que les dan los hacen servir á la penitencia: la dieta, las bebidas amargas y las curas dolorosas les son meritorias por la resignacion con que las sufren.

¿Qué consuelo para los enfermos cristianos encontrar en los mismos remedios alguna imágen de la pasion de nuestro Señor Jesucristo! ¿Les propinan bebidas repugnantes, y mandan los facultativos que se aguanten en esta ó la otra postura incómoda, trabajosa y desagradable? Pues los enfermos cristianos dicen, «Divino Jesus: os dieron á beber hiel y vinagre puesto en la cruz, siendo vos inocente; y yo que soy pecador ¿no he de sufrir con paciencia esto que se me prescribe?» Consideran la cama, como la cruz en que estuvo estendido su Redentor, se acuerdan de que el profeta llamaba á Jesucristo «varon de dolores; y padecer, padecer y morir por vos» es lo que repiten conformándose con la divina voluntad. «De buena gana me gloriaré en mis enfermedades» para que habite en mí la gracia de Jesucristo, dicen tambien con san Pablo (2). Ah ¡hermanos míos!

(1) Job. c. 7, v. 20.

(2) 44. Corinth. c. 12, v. 9.

¿cuántos pecados purgados; cuántos merecimientos para el cielo se logran en el tiempo de una enfermedad en que el cristiano se porta de este modo! Sufrir con paciencia y resignacion los trabajos y dolores que Dios nos envia uniéndolos con los que por nosotros sufrió Jesucristo: santificar los remedios y medicinas que nos recetan para aliviarlos; y ser la imagen de Jesús crucificado y de los que fueron martirizados por su fé: ¿no es lo mas grande y sublime de nuestra religion santa? Al fin los dolores, incomodidades y angustias de la enfermedad hay que sufrirlos á la fuerza: queramos que no, tenemos que padecer. Pues para que los padecimientos nos sean provechosos recibámoslo con espíritu de sumision como cosas que provienen de la mano de Dios, reconozcamos que nuestros pecados merecen mucho mas, sufrámoslos con paciencia y ánimo de purgarlos: convenzámonos de que las enfermedades del cuerpo son beneficios de la divina bondad cuando las miramos con los ojos de la fé, y hacemos buen uso de ellas: no dudemos, en suma, de que si humillados, contritos y sumisos bajo la poderosa mano del Señor le pedimos piedad y misericordia, su divina magestad nos dirá lo que al paralítico del evangelio: «ten confianza, hijo mio: porque han sido perdonados todos tus pecados. *Confide fili, remittuntur tibi peccata tua.*

Felices mil veces los que así reciben, tratan y se conducen en las enfermedades: porque en este caso, del lecho del dolor pasarán al lugar de los consuelos celestiales, y sus padecimientos los purificarán, los dispondrán para comparecer en el tribunal de la divina justicia y en él oirán la sentencia de bendicion que han de oir los justos por premio de

su paciencia. En la enfermedad estrema cada uno de nuestros miembros levantará su voz, y como lo espresa el santo Job, dirá á la pudredumbre: *tu eres mi padre*; á los gusanos: «vosotros sois mi madre y mis hermanos»; á la tierra: «*tú eres el lugar de mi descanso* (1).» En las enfermedades es donde se ven las cosas como son en realidad: en ellas conocemos nuestra fragilidad y miseria: que el hombre es semejante á una flor que dura poco; á una nube que se desvanece sin dejar señal alguna; entonces vemos que nuestros dias desaparecen como la sombra, que nuestro cuerpo se va secando como la yerba del campo; que la salud del hombre mas robusto es un soplo. Estas, amados mios, son las saludables y provechosas reflexiones que escita la fé en el tiempo de una enfermedad peligrosa en los cristianos que saben que han nacido para morir y recibir el premio ó el castigo en la eternidad, segun sus buenas ó malas obras. ¿No os parecen las mas apropiadas para lograr la santificacion que tanto necesitamos para salvarnos? ¿No son las mas propias para merecer la infinita misericordia del que murió atormentado con los dolores mas crueles por salvarnos y redimirnos? ¿No son las que nos sugiere la fé, las que nos dicta la religion las que inspira el Espíritu-Santo á los escogidos, y las que pueden purificarnos dejándonos sin pecados, como Jesucristo dejó sin ellos al paralítico del evangelio? Pues á ellas: no las olvidemos, tengámoslas presentes: porque si hoy estamos sanos, mañana podremos enfermar. La salud que gozamos

(1) Job. c. 7.

en este instante nos está diciendo que no durará siempre. Reflexionemos y hagámonos cargo de que los mismos alimentos, al paso que sustentan la vida, la destruyen, la debilitan y la abrevian: que los manjares mas saludables, bien considerados, son un veneno que vá royendo poco á poco los intestinos, que nuestro cuerpo en fin es un vaso de lodo, que el mas mínimo viento puede derribarlo. ¡Cuántos ejemplares nos conspiran á comprobar y demostrar estas verdades! No hay quien no las conozca, quien no las siente latentes y en la masa de su cuerpo. Si pues, segun el paciente Job, «nuestra vida es viento» (1), nuestra carne está vestida de podre y de inmundicia (2): «y el hijo del hombre es un gusano (3)»: ¿en qué fundamos esa altivez insufrible con que escandalizamos al mundo entero, cuando nos dominan las pasiones y nos tiranizan los vicios? Somos polvo y ceniza, y en ceniza y polvo nos hemos de convertir, y sin embargo, en el herbor de la cólera, y cuando la ambicion, ó el odio, ó la venganza nos roen y despeduzan el corazon, nos dejamos llevar de la soberbia, y convertimos nuestras casas en un infierno afligiendo y contristando á nuestras familias y al vecindario con nuestras palabras, voces ó gritos destemplados, hijos del furor frenético que se apodera de nosotros, como de Saul, porque lo llamamos y abrigamos en nuestro corazon. Es esto ser cristianos? No hermanos

(1) Job. c. 7. v. 7.

(2) Job. c. 7. v. 5.

(3) Job. c. 25. v. 6.

mios, esto es ser hijos mimados del padre de la mentira, del príncipe de las tinieblas, del furioso enemigo de vuestras almas. Huid de sus diabólicas sugestiones, escuchad la voz enérgica y penetrante de vuestra fé. disponed para decir en vuestras enfermedades como el santo Job. «Yo sé que » vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar » de la tierra para verlo yo mismo en mi propia carne. Esta » esperanza la tengo depositada en mi pecho (1).»

Así, os conducireis como fieles hijos de la gracia en la salud y en la enfermedad, os santificareis, y presentados por María Santísima y los santos de vuestra devoción á nuestro Señor Jesucristo os dirá á cada uno de vosotros lo que al paralítico del evangelio. «Confía hijo mío, por que te se han perdonado tus pecados.» *Confide fili, remittuntur tibi peccata tua.* A esto vá unida la gracia que ha de abriros las puertas del cielo para que entreis á ser eternamente felices en la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

(1) Job. c. 19. v. 25. 26. y 27.

SERMON

PARA LA DOMINICA XIX DESPUES DE PENTECOSTES.

Del infierno.

Tunc dixit Rex ministris: ligastis manibus et pedibus ejus mittite eum intenebras exteriores; ibi erit fletus et stridor dentium. Entonces dijo el Rey á sus ministros: Atadle de pies y manos y arrojadle á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crugir de dientes. Matth. cap. 22.

Con demasiada frecuencia nos manifiesta Jesucristo en su evangelio el amor con que busca y solicita á los hombres; la misericordia con que los recibe, el cariño con que los llama y los obsequios con que los convida. Su ley es toda amor y quiere que los hombres amen á Dios por su bondad; por

su providencia, porque es su Padre, su Criador, porque dependen de él y no pueden tener cosa alguna si el Señor cierra su mano y deja de alargársela. Pero como no desea sino que todos sean perfectos y santos, que ninguno perezca sino que todos tengan vida y vida abundante y feliz, que todos se salven y entren á las bodas del cielo, se acomoda á todas las condiciones y los genios y nos alienta y escita unas veces con las recompensas y el torrente de delicias de que participarán los que aman y sirven al Señor su Dios, y otras con las penas terribles y horriboras con que han de ser castigados los que no le temen ni le aman. Interesa nuestra comodidad, nuestro provecho, nuestro bien y felicidad, y hace valer tambien el terror y los castigos para que lo que no haríamos por el amor, lo hagamos por el temor de la pena. Un fuego eterno, un suplicio espantoso, una condenacion terrible de que no podrá evadirse el malo, se nos recuerda y anuncia repetidas veces en el evangelio; y el mismo Señor que con una bondad y misericordia llena de dulzura convidó á las bodas y mandó á sus criados á recoger á cuantos encontrasen en las calles y caminos para que viniesen á participar de su convite, lleno de indignacion y furor mandó tambien que atasen de pies y manos y arrojasen á las tinieblas al que tuvo la temeridad y atrevimiento de entrar sin la vestidura nupcial. ¿Qué es esto, hermanos míos, sino decirnos que si hay premios y delicias en recompensa de los méritos de los buenos, hay tambien suplicios para castigo de los que no conservan la vestidura nupcial, la gracia que se los dió y recibieron en el bautismo, para los que no tienen la caridad y amor de su Dios? ¿Qué se nos recuerda con las

:

tinieblas y el llanto á donde fué arrojado el que asistió sin limpiarse al convite del Señor, sino las penas del infierno á que han de ser destinados los que no se limpian de las culpas con que han manchado su alma?

¡Infierno! Ved lo bastante para contener al pecador mas atrevido, para detestar los vicios mas arraigados: ved lo que pobló los desiertos, llenó los claustros, hizo famosos penitentes de grandes pecadores. ¿Habrá perdido su virtud y dejado de ser terrible para nosotros, ó habrá mitigado el Señor las penas de este lugar de tormentos? ¿Quién podrá habitar en medio de las llamas devorantes? Escuchad impíos, escuchad pecadores, escuchad los que habeis rasgado y ennegrecido con vuestros crímenes la vestidura que recibisteis en el bautismo; el infierno es vuestro destino, es el lugar que os está preparado desde el origen del mundo; por mas que aguceis vuestros ingenios y pongais en juego vuestras vanas sutilezas, enmudecereis á la presencia del Juez, nada podreis responder á sus severos cargos y no podreis evitar el que sus ministros ligándoos de pies y manos os arrojen á las tinieblas exteriores. He dicho mal, hermanos míos, estais á tiempo de evitarlo; aun podeis reclamar la piedad y misericordia infinita de Dios; con este fin nos hace el Señor saber los castigos de los malos, para que los evitemos con tiempo y nos movamos á amarle y obedecerle, al menos por el temor de las penas; y con este mismo fin voy á hablaros hoy de las penas con que han de ser atormentados por una eternidad los cuerpos y las almas de los condenados.

Imploremos antes los auxilios de la divina gracia por

la intercesion de la abogada de los pecadores María Santísima diciéndola con devocion:

AVE MARIA.

Tunc dixit....

No son por lo comun los justos en la tierra los que gozan mas prosperidad y abundancia, y hallamos á cada paso á los pecadores disfrutando las riquezas, las comodidades y regalos. Dios es justo y dejaria de serlo si no diera á cada uno segun el mérito de sus obras. En la vida presente quiere probar al virtuoso y reservarle las recompensas de sus buenas obras para despues de su muerte dándole tanta mas gloria y felicidad quanto fuese mas aerisolada su virtud. Y si dá bienes temporales al pecador es para premiar alguna buena obra que hace con la prosperidad de esta vida reservándole para la otra tanto mayor dolor y tormento quanto mas se entregó á los vicios y deleites que el Señor ha prohibido. Su presente felicidad es una señal de su desgracia y tal vez un castigo con que empieza el Señor á afligirle en este mundo. Sea la que fuere la suerte de los buenos y los malos en la tierra, lo que nos enseña la fé es: que los malos irán al fuego eterno y los buenos á la vida eterna. El alma recibirá la sentencian en el momento de separarse del cuerpo y será pre-

miada ó castigada mientras el cuerpo queda en el sepulcro: y al tiempo de la resurreccion de la carne, cuando los hombres todos se presenten al tribunal del juez de vivos y muertos volverán á unirse las almas á sus propios cuerpos para participar con ellas los premios ó los castigos á que fueron justamente sentenciadas. ¿Qué castigos son estos reservados por la ira y justa venganza de un Dios ofendido y despreciado por el hombre?

No intento llenaros de horror y espanto valiéndome de los egemplos y comparaciones de los hornos encendidos, de las calderas de aceite hirviendo, de los lagos de azufre y otras con que suele darse á entender á los cristianos la triste y afflictivo de aquel lugar de tormentos. Los impíos se mofan y se rien de estas sencillas y perceptibles comparaciones de que se vale el ministro de Dios para dar á conocer á los fieles lo terrible de las penas del infierno. Pero ¿Qué tienen que ver los males todos y todos los tormentos juntos de esta vida con los castigos de un Dios que deja caer el brazo de su indignacion sobre el miserable que ha provocado sus venganzas? ¿Cómo podremos conocer la affliction, los tormentos, la intension de las penas con que han de ser aflijidos los que en justo castigo de sus culpas sean destinados al infierno? Valiéndome de lo que la fé nos enseña, lo que el evangelio nos dice y los santos padres nos esplican, os diré cuales son las penas, en cuanto podemos llegar á conocerlas, con que son atormentados los cuerpos y las almas de los condenados.

Los cuerpos serán aborrecidos de Dios por haber sido contaminados con el pecado y los instrumentos de tantas

ofensas y tan graves contra Dios de las que ha de tomar una digna venganza, y serán entregadas á los demonios. Recordad las desgracias y desventuras temporales, la enfermedad y los dolores á que redujo el demonio con la permission de Dios al cuerpo del santo Job á quien hallaron sus amigos en un muladar y estuvieron con él siete dias y siete noches sin hablar palabra enmudecidos al ver la fiereza de los dolores en que estaba sumido. Recordad á un Tobías de quien dice el libro sagrado de su historia que permitió Dios que quedase ciego para hacerle ejemplo de paciencia. Pues si Dios para dejar á los hombres un ejemplar de paciencia permitió que el demonio mortificase tan cruelmente el cuerpo de Job, inocente, recto y amigo de Dios ¿quién podrá imaginar con qué penas permitirá que los demonios mortifiquen y castiguen á los cuerpos de los condenados enemigos suyos y aborrecidos por él para manifestar en ellos su justicia? ¿Quién puede conocer todo el furor, la rabia y la tiranía de los demonios, y los estragos que harán en unos cuerpos entregados por la ira de Dios á su libre disposicion? Serán arrojados al fuego como nos dice Jesucristo, pero á un fuego que nunca se apaga, que nunca deja de atormentar, que nunca destruye ni aniquila y siempre hace sufrir y nunca dá la muerte: á un fuego que por virtud de Dios, dice san Agustín, tiene la eficacia de quemar sin consumir jamás aquellos cuerpos infelicitísimos; y así siempre sentirán el excesivo dolor sin que los quede la esperanza de morir. No puede explicarse con palabras, dice san Juan Crisóstomo, lo horrible de este fuego que quema perpétuamente á los que caen en él y jamás se apaga; pero para que formemos una idea

aunque escasa valiéndonos de las cosas de este mundo, imaginad que habeis caído en un baño de agua hirviendo, ó que vuestras entrañas se obrasan por una calentura ardiente, ¿qué tormento no experimentaríais, cuánto dolor, cuánta inquietud? ¿Qué será el estar sumergido en un rio de llamas devoradoras y que nunca se acaban? Piensa tú, hombre delicado que no cuidas sino dar cuantos gustos puedes á tu cuerpo aunque sea con perjuicio de la virtud, piensa que si aun en tiempo de invierno no puedes sufrir una chispa que te salta por aproximarte al fuego y te quejas y apartas al momento ¿qué harás cuando estés sumergido en el rio del fuego del infierno para nunca salir de él? Piensa tú lascivo que alimentas de continuo tu corazón con las llamas del amor impuro y no buscas sino los placeres sensuales ¿qué harás entre aquellas llamas eternas que penetrarán hasta tus tuétanos? Piensa tú, mujer que idolatras á tu cuerpo para hacerte la piedra del escándalo y la abominacion de cuantos te miran, que no puedes sufrir una arruga de tu vestido, ni la picadura de una mosca ¿qué harás cuando rodeada y penetrada del fuego del infierno pagues las penas de tus escándalos y de tus impuros amores? Pensad vosotros pecadores todos que tanto ofendeis á Dios por complacer á vuestros cuerpos y entregares á la avaricia, á la gula, á la sensualidad, á la ira y la pereza ¿qué hareis cuando os halleis rodeados del fuego devorador del infierno?

Sin embargo de que el fuego será el tormento general de todos los condenados y de todo su cuerpo y que por consiguiente con él serán atormentados todos sus sentidos, sus entrañas y hasta la mas pequeña parte de sus miembros; así

como los cuerpos bienaventurados ademas de la gloria de todo su cuerpo tendrán en premio de haber mortificado sus sentidos una gloria especial y experimentarán en cada uno de ellos objetos deliciosísimos, de igual manera y en el sentido opuesto los sentidos de los condenados que fueron los instrumentos de su iniquidad tendrán una pena especial sufriendo continuamente objetos desagradables conforme á la recta justicia de Dios y segun nos dice el Espíritu-Santo que cada uno será atormentado por aquellas mismas cosas por medio de las cuales pecó (1). Los ojos verán continuamente los horribles espectros de los demonios que infundirán un terror y espanto inconcebible. Aquel fuego devorador dice san Juan Crisóstomo, así como no consume, así tampoco huee; estarán entre tinieblas que no permitirán ver la luz que tanto consuela, pero no estorbarán aquellas tinieblas densas el que vean las caras horribles y los cuerpos de los demas condenados y los espectros de los demonios que los atormentan. Tendrán para su mayor tormento dice san Gregorio Magno, la suficiente luz en medio de aquellas tinieblas de horror para ver á los cómplices de sus maldades, á aquellos á quienes sedujeron y arrastraron á pecar con sus escándalos, á quienes adularon con sus bajezas, á quienes perjudicaron con sus injusticias, á quienes pervirtieron con sus ejemplos y malas doctrinas.... Allí será la rabia y desesperacion, el horror y el desorden sempiterno.

Los oidos oirán y serán atormentados con los clamores

(1) Sap. c. 11. v. 17.

de aquellos infelices en quienes no habrá resignacion ni esperanza de alivio y blasfemarán de Dios y de las criaturas. El olfato tendrá el tormento continuo de un hedor y corrupcion insufrible: ¿con qué amarguras y sinsabores y al mismo tiempo con qué hambre devoradora y qué sed tan rabiosa será atormentado el sentido del gusto? Y los miserables no tendrán otra bebida que la hiel de los dragones y el veneno de los áspides. Todo su cuerpo en fin ademas del fuego cruel sentirá toda suerte de dolor interno y externo, un temblor, un descoyuntamiento que no podemos explicar dice el Crisóstomo, porque una infinidad de tormentos y una borrasca de martirios lloverá por todas partes sobre aquellos miserables. ¡Y este conjunto de penas no se acaba. á!

Si en este mundo se condenase á alguno á sola la pena de estar encerrado y con grillos en una cárcel oscura por toda su vida en compañía de otros malhechores ¿no tendria por una pena mas dura que la misma muerte el haber de estar siempre en la oscuridad, amarrado y con un hedor insufrible? Pues pensad dice el mismo san Juan Crisóstomo, lo que será cuando sea quemado con todos los réprobos el condenado. Y si tanto aflige y perturba la oscuridad sola, ¿qué será cuando con las tinieblas se junten los dolores, la combustion del fuego y el conjunto de todos los males?

Aprendamos pues á temer lo que debemos temer por lo que tememos en esta vida, dice san Agustin. ¿Temeremos la cárcel y no temeremos el infierno? ¿Temeremos á los verdugos y no temeremos á los demonios? ¿Temeremos los tormentos temporales y no temeremos los eternos? ¿Teme-

remos morir pronto y no temeremos morir para siempre? Temamos, hermanos míos, al infierno, pero temamos mas, como nos dice Jesucristo á aquel Dios que nos ha de enviar á él si le ofendemos. Y si le dedemos temer por los tormentos que ha de sufrir el cuerpo en el infierno; debemos temerle mucho mas por lo que ha de padecer el alma porque son una sombra los males del cuerpo en comparacion de los que padecen las almas de los condenados.

Una pequeña pena del alma es mas sensible y atormenta mas que una grande del cuerpo aun en este mundo, porque el alma es quien siente y experimenta el tormento mucho mas que el cuerpo. ¿Qué impresion pues tan terrible harán en el alma del condenado las penas tan atroces del infierno? ¿Aquel fuego sempiterno preparado y encendido por Dios para el demonio y sus ángeles? Sea el modo como fuere y el medio dispuesto por Dios; lo que sabemos por la fé es que el fuego atormenta en el infierno á las almas aunque con modos maravillosos y que no comprendemos, pero muy ciertos y verdaderos dice san Agustin. Sienten y padecen todas las almas de los condenados el tormento del fuego que las mortifica perpetuamente sin que jamás las aniquile ni destruya.

Sus patencias serán atormentadas tambien sin piedad. Entonces el entendimiento del condenado conocerá que erró el camino de la verdad, los tormentos que tiene que sufrir para siempre, las felicidades eternas que en vez de aquellas penas podia haberse adquirido, el pesar, la desesperacion, el pensamiento siempre vivo de haber perdido para siempre la gloria será el gusano que siempre le roerá, una

pena dice san Agustín, mayor que todos los demás tormentos. ¡Verse privada una alma para siempre de Dios y de su gloria! Esta es la pena mas creencial de las almas. Nosotros no la conocemos porque estamos demasiado apegados á los sentidos y envueltos en las cosas terrenas, porque no sabemos lo que es Dios y el ímpetu con que son arrebatadas á él nuestras almas, pero el alma separada del cuerpo conoce su destino, vé que Dios es su centro, que nada puede saciarla sino Dios, no puede tener gozo ni descanso sino en Dios. ¡Qué privacion, qué pena tan inesplicable! ¡Conocer su destino y no poder llegar á él! ¡Tener siempre vivo este pensamiento: he perdido á Dios y con él la bienaventuranza, y jamás podré ver á Dios ni gozar la gloria! ¡Najidad al avaro, al ambicioso, al sensual que en un instante se ve privado de sus bienes, de todas sus dignidades de aquella mujer á quien amaba ciegamente. A una esposa, á una madre privada de su esposo y de sus hijos sin esperanza de recobrarlos jamás.... Pues todo su dolor, su pena, su afliccion, llantos y locuras, es nada en comparacion de la afliccion del alma de un condenado viéndose sin esperanza de unirse á su Dios á quien conoce claramente para mayor tormento suyo como á su centro y su único fin.

La memoria presentará continuamente al alma del condenado para su tormento, los deleites que gozó en las ofensas de Dios y comparándolas con las tinieblas en que se vé arrojado, con la gloria de que se vé escludido, con la dicha de los que vivieron con él y los tuvo por necios é insensatos porque anteponian la virtud á los locos placeres del mundo sabiará y se desesperará: *ibi erit fletus et stridor dentium*.

Esta memoria de lo pasado dire san Gregorio, es el gusano roedor que nunca morirá, que aumentará cada vez mas la afliccion y orgüirá y confundirá al condenado sin que tenga remedio el error ni oiga ya el Señor su arrepentimiento.

La voluntad por fin no hallará placer alguno y roerá al alma condenada con una multitud de odios que la llenarán de rabia y afliccion. Odio contra sí misma que por dar satisfaccion á sus deseos y apetitos desordenados se verá reducida á aquel estado tan horrible y tan irremediable. Odio contra aquellos amigos que fueron cómplices de sus maldades: contra aquellos que estando obligados á ello no la avisaron ni corrigieron: contra los demonios, ministros de sus crueles penas: contra las almas justas y bienaventuradas acompañada de una envidia devoradora por la gloria que disfrutaban. Odio en fin contra el mismo Dios á quien experimenta como vengador justo de las ofensas que le hizo sin haber recurrido en este mundo á su misericordia. Sus pasiones todas estarán desencadenadas y jamas podrá lograr el mas pequeño desahogo. Aborrecerá y no podrá vengarse, maldecirá, blasfemaré, llamará á la muerte y la muerte huirá de ella y estará penando para siempre sin esperanza de alivio ni remedio. Llamará á los montes para que la sepulten y la oculten, dará voces á Dios y Dios se burlará y reirá de ella en justo castigo de haberse burlado y despreciado á su Dios.

¿Qué os parece amados míos, de este lugar de dolor y de llanto sempiterno? Sin embargo, yo no he hecho, ni puedo hacer el hombre en este mundo sino un diseño muy imperfecto de las penas del infierno, asi como no podemos comprender las delicias y dulzuras de la gloria. Uno y otro esce-

de á todo cuanto podemos imaginar en este mundo. ¿Qué dicta la razon, la fé, la comodidad, el interés y el provecho propio? Hermanos míos, muchos de los que ahora padecen en el infierno fueron cristianos como vosotros, oyeron como vosotros y lo creyeron también, lo mucho que se padece en aquel lugar destinado por Dios para castigar á los malos, pero fueron unos insensatos, no se ocuparon de evitar con tiempo aquellas penas, enmundecieron y no desplegaron sus labios para pedir á Dios perdón; no cuidaron de limpiar y blanquear con la penitencia y las lágrimas la vestidura nupcial que recibieron en el bautismo, se presentaron con las manchas de sus pecados en las bodas celestiales, al tiempo de ser juzgados por el Señor y atados de pies y manos fueron arrojados al lugar de las tinieblas. No seamos tan necios y tan enemigos de nosotros mismos. Para evitar tanto mal no nos pide el Señor sino que obremos el bien, que espiemos y lloremos los pecados que hemos cometido, que recurramos á su misericordia y volvamos al estado de gracia labando nuestra alma de todas nuestras culpas y volviendo por la penitencia á la pureza de hijos suyos que recibimos en el bautismo. Arguyámonos, reprendámonos, castigémonos antes que el Señor nos reprenda y nos castigue; llamémosle antes que nos vuelva la espalda.

Ahora es el tiempo de misericordia, de propiciacion, de amor: todo lo hallaremos en un Dios dispuesto á oírnos y perdonarnos. Ahora podemos salvar á poca costa nuestras almas de los rigores del infierno y despues no tendremos remedio. Bajemos con frecuencia al infierno, mientras estamos vivos como nos aconseja san Bernardo. Recorramos

con los ojos de la fé aquellos lugares de horrores y de penas terribles destinados para los pecadores y huiremos de los vicios, abhorreceremos los pecados, clamaremos al Señor que nos salve, que nos ayude y con su gracia obraremos el bien y conseguiremos la gloria.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XX DESPUES DE PENTECOSTES.

*Nuestra Religión es amable por las verdades que enseña,
por sus leyes y preceptos, y por lo mucho que nos ama.*

*Cum audisset quia Jesus adveniret á Judea in Galilæam
abiit ad eum. Habiendo oído que Jesus venia de la Ju-
dea á Galilea fué á él. Joan. c. 4. v. 47.*

En el evangelio de este día se nos dice: «que habia en
» Cafarnaum un régulo, ó sea uno de los principales de la
» corte del rey Herodes, cuyo hijo estaba enfermo: y que
» habiendo oído aquel cortesano que Jesus venia de Judea
» á Galilea fué á él, y le rogaba que descendiese y sanase
» á su hijo, porque se estaba muriendo. Jesus le dijo «Sinó
» veis milagros, prodigios y maravillas no creéis.» «El corte-

» sano le instó diciéndole: «Señor, ven antes que muera mi
 » hijo:» y entonces nuestro Redentor le contestó: «Ve, mar-
 » cha, que tu hijo vive y está sano.» Creyó el hombre á Je-
 » sus y se fué: pero le salieron al camino sus criados y le
 » digeron que su hijo vivia y estaba bueno. El les preguntó
 » la hora en que habia comenzado á mejorarse, y dicién-
 » dole que ayer á las siete le habia dejado la fiebre, enten-
 » dió que aque lla era la hora en que Jesus le dijo: tu hijo
 » vive y está sano: y creyó él y toda su casa.» Estas, her-
 manos míos, son las palabras del evangelio que acabais de
 oír. Están llenas de misterios, contienen doctrinas importan-
 tísimas, nos pueden ser de grande provecho si reflexiona-
 mos sobre ellas como los santos padres y espositores sagrados.

El Régulo gobernador en Cafarnaum como un prefecto
 de los romanos, no hay duda en que habria acudido á los
 médicos para que curasen á su hijo; en que no dejaria de
 apurar todos los recursos humanos para conseguirle la salud
 y en que perdida toda esperanza prestó oídos á los que pa-
 blicaban la virtud omnipotente de Jesucristo, y que por ver
 si pintaba este último esfuerzo, se determinó á salir al en-
 cuentro á nuestro divino Redentor y suplicarle que sanase
 á su hijo. No se movió por una fé viva, dicen el Crisóstomo
 y el santo Tomás, pero al fin, sin pensar mas que en ver á su
 hijo sano, fué á Jesus, y en él halló mucho mas que lo que
 podia prometerse; la vida corporal del hijo, y la espiritual
 de todos los que componian su familia numerosa. Ved aquí
 lo que pasó con nuestra santa y adorable religion. Muchos
 acuden á ella por motivos puramente humanos; la buscan
 cuando la necesitan, van á ella como el Régulo á Jesucris-

to por pedir gracias y beneficios; pero aun cuando sean favorecidos, no todos á la vista de las gracias recibidas creen como creyó aquel hombre poderoso con toda su familia. Se hallan entre nosotros hijos ingratos de la religion que la aborrecen, la persiguen y llenan de afliccion con sus excesos, libertinages y abominaciones, contra los que voy á levantar la voz para probar en este breve rato, que «nuestra santa y adorable religion es amable por las verdades que enseña, por sus leyes y mandatos, y por lo mucho que nos ama.» ¡Ojalá que esta demostracion importante nos lleve á todos hácia nuestra religion como aconteció con el Régulo del evangelio que habiendo oido que Jesus venia de la Judea á Galilea, fué á él! *Cum audisset quia Jesus adveniret á Judea in Galilæam, abiit ad eum.*

Virgen prodijiosa, alcanzadme la gracia de hablar dignamente sobre nuestra santa y adorable religion. Haced que yo sepa defenderla, predicarla y hacerla amable á todos mis oyentes, para que nuestro Dios sea bendito y alabado, Vos reconocida por nuestra Madre piadosísima, y todos llenos de las gracias que por vuestra intercesion fluyen del trono de las misericordias sobre los hijos de los hombres. Sea este uno de los beneficios que otorgais tierna y compasiva á los que con devocion os saludan diciéndoos con el ángel

AVE MARIA.

Cum audisset quia Jesus adveniret á Judea in Galilæam, abiit ad eum.

Las verdades que nos enseña nuestra santa y adorable

religion forman las esperanzas, la gloria, el consuelo, el gozo y el placer de los cristianos. Ella propone á nuestra fé un Dios infinitamente digno de nuestra adoracion, de nuestro agradecimiento y de nuestro amor. Un Dios que nos ha sacado de la nada para hacernos tener una vida eternamente feliz y dichosa en su corte celestial; que quiere que lo llamemos con el dulce nombre de Padre, y nos ama como á la niña de sus ojos. Un Dios que sufre á los malos con paciencia y los castiga contra su voluntad; pero que cuando se trata de conceder gracias, alarga la mano y derrama sobre los hijos de los hombres todas las riquezas de su bondad. Este Dios nos ha criado á su imagen y semejanza, nuestra alma es un soplo suyo: de él procedemos, somos hechos para él: él es nuestro principio, es tambien nuestro fin último. Llenos de estos pensamientos, aspiramos por volver al centro de que hemos salido; no nos detiene la tierra, no nos arrastra el mundo, «Dios mío, y todas las cosas,» decimos con san Agustín. ¿Hay, ni puede haber delicias comparables con las que nos proporciona nuestra santa y adora-ble religion en las verdades que nos enseña acerca del Dios que nos ha criado y conserva para sí? Meditadlo, y seguid escuchando con atencion las lecciones con que nos enseña y doctrina la Maestra de la verdad, el órgano del Espíritu-Santo, la Esposa de Jesus, la iglesia santa, la religion divina que bajó del cielo para felicidad de los hombres.

Pecó el primer hombre, nos dice la fé; pero el Dios clemente se propuso sacarlo del caos de miserias en que su desobediencia lo habia sumergido y le ofreció un Redentor glorioso que fué esperado por los patriarcas, anunciado por

los profetas, representado en un infinito número de figuras, pedido con oraciones y sacrificios por espacio de cuatro mil años, y hecho la ocupacion de todos los siglos, como lo dice mi melitino padre san Bernardo. Nace este libertador omnipotente de la Virgen Maria en el portal de Belen: y ¿no se os ha predicado mil veces lo que hizo y enseñó este divino Redentor de nuestras almas? Jesucristo es el mediador entre Dios Padre y los pecadores: se hizo hombre el Hijo del Altísimo para ser el modelo y ejemplar de todas las virtudes, para padecer y morir por salvarnos y redimirnos. Está sentado en los cielos á la diestra de Dios Padre para ser nuestro abogado con él; está tambien entre nosotros tan real y verdaderamente como está en el cielo; se nos dá en comida y bebida: no se desdeña de habitar con los hijos de los hombres; tiene un placer en descender á nuestro pecho y morar en nuestras almas aquel Dios ante cuyo nombre doblan su rodilla las potestades celestes, terrestres é infernales como lo dice el apóstol. ¡Qué fuente tan abundante de consuelos encuentran los cristianos en estas verdades de su santa y adorable religion! Ellas hacen que la afliccion, el dolor, la humillacion, la muerte misma consagradas por Jesucristo muden, por decirlo así, de nombre y de naturaleza; porque leed la vida de los santos, y vereis como todos ellos deseaban, buscaban y amaban las penalidades, trabajos y mortificaciones por asemejarse á Jesucristo humillado y afligido por nosotros. Ellos se gozaban en las tribulaciones, miraban la muerte como una ganancia, como la destruccion del muro que los separaba de su divino Jesus: y ellos, ellos mucho mejor que nosotros pueden decir que

no hay cosa mas amable en la tierra que la religion que con sus doctrinas celestiales, muda lo amargo en dulce, la afliccion en alegria, la humillacion en gloria, el dolor en contento, las espinas en rosas. Si, religion augusta: eres amabilísima por las verdades que nos enseñas.

Tambien lo es por sus leyes y mandatos: porque ¿qué es lo que nos manda hacer para agradar al Señor, y obtener la vida eterna? Amarás, nos dice, á tu Dios de todo tu corazon, y al prójimo como á ti mismo. Ved aqui el compendio de todas sus leyes, el mandamiento que comprende á todos los demas. Amad á Dios en todas y por todas las cosas; porque en todas es infinitamente amable. Si castiga, amad su justicia; y si perdona amad su misericordia. Amadlo en las riquezas, porque de él vienen: en la pobreza, porque nos visitó pobre: en las aflicciones y amarguras porque les ha dado la virtud de purificarnos; en las alegrías y contentos porque nos recuerdan las del cielo, y en todo, porque es inmenso y ocupa todos los lugares. Amadlo en vuestros amigos, porque sin él no hay ninguno verdadero; en vuestros enemigos porque son hermanos nuestros; en todos los hombres, porque son su imágen; en todas sus criaturas porque todas ellas son obras de su poder, de su sabiduria, de su providencia y de su bondad. Amadlo en vuestros pensamientos y deseos, en vuestras palabras y acciones, porque en todo esto se encuentra alguna parte de aquel fuego que el mismo vino á encender en la tierra. Amadlo en fin, porque sin el amor divino desfallece la fê, y vacila la esperanza: porque amándolo sereis necesariamente dichosos y felices; llegareis á ser una misma cosa con

Dios, porque el que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él, como lo dice san Juan (1).

Amaos tambien los unos á los otros en Jesus y por Jesus. Estiéndase vuestra caridad á todos los hombres; sean ellos grandes ó pequeños; ricos ó pobres; parientes ó extraños; amigos ó enemigos; buenos ó malos, cristianos ó infieles; nada importa; porque todos se encierran en el corazón de Jesus, porque la naturaleza humana de nuestro Redentor es igual á todos. ¡O religion santa y divina! Si, estas son las leyes con que educas á tus hijos y enseñas á los hombres ¡qué amable eres en tus mandatos! Fingid, hermanos míos; fingid un reino en que todos observen exactamente las leyes de nuestra santa y adorable religion, y en tan grata suposición vereis desterrados los vicios y reinar de lleno la virtud. Vereis á los superiores justos, sóbrios, afables, atentos y benéficos, y á los inferiores humildes, obedientes, quietos y tranquilos. Los ricos serian caritativos y desinteresados; los pobres laboriosos, contentos y sufridos.

No habria pleitos, disputas, discordias ni disensiones: cesarian los fraudes, la maledicencia, la destemplanza, la impureza, el libertinaje y la infidelidad. Los padres serian la felicidad de sus hijos, y entre todos la alegría y el consuelo de sus padres. Todos se verian unidos, en todas partes se verian reinar la verdad, la buena fé, la dulzura y la paz; aquel reino seria un remedo del cielo, una imágen del paraíso. Y si todo esto seria precisamente un reino en que todos

(1) Joan. 1. 4. v. 46.

observasen las leyes y mandatos de la religion cristiana ¡qué amable se hace esta por lo que manda, ordena é inspira! Santidad, virtud, perfeccion, amor divino, caridad acendrada, gozo celestial, delicias inesplicables, dulzuras del Espíritu-Santo, consuelos de Jesus, paz interior, vida de la gracia, deseos de la gloria... yo no sé decir mas. Todo esto arrojan en la viña del Señor las leyes y mandamientos de nuestra religion divina. Ved pues si es, ó no, amable.

Pero, amados míos, si nuestra religion es amable por las verdades que enseñan, y por sus leyes y mandatos ¡cuánto lo es por la ternura con que nos ama! En cuanto nacemos nos imprime su carácter sagrado, nos señala con el sello de Jesucristo, nos coge en sus brazos, nos coloca en su seno, y jamás nos pierde de vista. Apenas entramos en el uso de la razon, nos confirma en la fe con un nuevo sacramento, y nos dá el Espíritu Santo con la abundancia de sus gracias. En cuanto tenemos conocimiento para discernir el cuerpo y sangre de Jesucristo nos hace sentar á su mesa, nos alimenta con el pan de los ángeles, nos exorta á que frecuentemos el altar santo, y nos dirige hácia la patria destinada á dar honor y gloria al cordero que venció al mundo y redimió á los hombres. Si pecamos, nos llama al tribunal de la penitencia, nos convida con su misericordia, abre sus entrañas de piedad para recibir á los que se estravian, é interesa al cielo, á la tierra y al infierno para que esciten pensamientos de conversion y penitencia en los que viven entregados á los vicios, pasiones y desaciertos de los criminales. Nuestra santa religion, hijos míos, preside en vuestros eulaces y alianzas, bendice y santifica vuestros matrimonios,

os ofrece la gracia para vivir virtuosamente en esta vida, os acompaña en la muerte, os fortifica y alienta en los últimos momentos, y os presenta tierna y cariñosa en los brazos de su autor Divino pidiéndole gracia, perdon y misericordia. Ella mantiene un gran número de ministros entre quienes distribuyen los diferentes ministerios que cada uno debe ejercitar, y levanta su voz llena de amor para decir.

Pastores del rebaño santo, doctores, párrocos y predicadores, instruid á mis amados hijos: ofreced por ellos el cuerpo y sangre de Jesucristo: amaestrados en la ley, resolved sus dudas, enseñadlos, corregidlos y reprendedlos: animad á los flacos, mantened á los fuertes, llamad á los que se extravían, id á buscar á los que huyen, y acoged con cariño y alegría á los que vuelven: perdonad los pecados, predicad la divina palabra en todos tiempos segun el carácter, disposicion y capacidad de cada uno. Sed sencillos con los que lo son, sábios con los sábios, flacos con los flacos, y fuertes con los fuertes. Haced un todo para todos: velad por la conservacion de las almas; no las perdais de vista, pues que os hace responsables y me habeis de dar cuenta de ellas. Ni se contenta con esto el amor ardiente, tierno y cariñoso de nuestra divina religion. Su celo no se limita á los que están en su gremio, se estiende tambien á los que viven fuera de su redil. Pasa los mares, vuelade uno al otro polo por acrecentar su rebaño: no se cansa de pedir al buen Pastor por la conversion de los judios, de los paganos y de los hereges; ruega por sus mismos enemigos y perseguidores: es todo amor, todo dulzura, todo respira en ella ama-

bilidad, es deseable, toda hermosa, sin arruga ni mancha.

¿Podiera ser mas amable, tierna y cariñosa con sus hijos? No amados míos, no hay cosa mas amable que nuestra religion, bien sea que se la considere enseñándonos verdades importantes, ya que se la mire dando leyes y mandatos cuya observancia nos haga santos y perfectos, ó bien que atendamos á la ternura con que nos ama como os lo he indicado: Unámonos á ella con una fé viva que produzca buenas obras.

Y vos Dios mío: haced que encontremos nuestra gloria y nuestro consuelo en las verdades que nuestra religion nos enseña: nuestra dicha en el cumplimiento de sus leyes y mandamientos, y nuestro bien en la abundancia de los auxilios que nos procura para vivir y morir en gracia y pasar á reinar con vos eternamente en la gloria. Amen.

A. M.

SERMON

PARA LA DOMINICA XXI DESPUES DE PENTECOSTES.

De la necesidad y conveniencia de ser misericordiosos.

Omne debitum dimisi tibi quoniam rogasti me :nonne oportuit et te misereri conservitui, sicut, et ego tui misertus sum? Te he perdonado toda tu deuda porque me lo has suplicado, ¿no era conveniente que tambien tú perdonases á tu consiervo, así como yo he tenido misericordia de tí? Matt. cap. 18.

Dios es benigno y misericordioso con nosotros: Dios nos perdona y se compadece de nosotros en el momento que le pedimos y nos acogemos á su clemencia, luego nosotros tambien debemos compadecernos y ser benignos y misericordiosos con nuestros hermanos. Esta es la doctrina que con tanta frecuencia nos repite Jesucristo y la que nos

hace percibir en la parábola que nos propone en el evangelio de este día. Un rey que perdona diez mil talentos á uno de sus siervos porque se lo suplica, nos manifiesta bien la piedad de nuestro Dios pronto y beniguo para perdonarnos; este mismo siervo que hallando á uno de sus compañeros que le debe cien denarios le oprime, le sofoca, le pide sin piedad lo que le debe, y que sin oírle ni tener compasion de él le pone en la cárcel hasta que se los pague, nos dá á conocer la perversidad y dureza de corazon de los hombres inhumanos y crueles entre sí mismos, y la reconvenccion y los castigos que hizo sufrir el rey al siervo malo hasta obligarle á pagar el último cuadrante, nos ponen á la vista la terrible suerte del que no perdona á su prójimo y los castigos que esperan á los que no son compasivos y misericordiosos. Todo nos lleva al blanco de la divina ley de Jesus, á la mira dominante de su evangelio, al amor, la caridad y á aquella perfecta union de los hombres que debe formar su felicidad en la tierra y abrirlos el camino para el cielo.

Si Dios, que es este rey compasivo, nos perdona ¿no es muy conveniente que nos perdonemos tambien nosotros? Si nosotros oprimimos y castigamos, ¿no es muy justo que esperitemos tambien el rigor y los castigos de la venganza de Dios? Luego será mala nuestra suerte si no perdonamos de todo corazon á nuestros hermanos. Luego porque Dios nos lo manda, porque Dios usa de misericordia con nosotros, porque nos castigará tambien si nosotros castigamos debemos ser compasivos. El ejemplo de un Dios que nos perdona y tiene compasion de nosotros: la indignacion de Dios y los castigos preparados por Dios para los que no

perdonan nos manifiestan la necesidad y conveniencia de ser misericordiosos y benignos con nuestros hermanos.

Al paso que ois la doctrina del evangelio, recibireis también lecciones de humanidad, de beneficencia, de mutuo consuelo y alivio que puestas en práctica os harán amables para con Dios y con los hombres. Pidamos antes á la intercesora y abogada de todos que nos alcance del Señor la gracia diciéndola con el ángel:

AVE MARIA.

Omne debitum....

Los hombres todos somos deudores á Dios de todo cuanto tenemos; él nos ha dado el ser y de su bondad hemos recibido los beneficios y dones con que ha querido enriquecernos tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural. Suyas son tantas gracias y mercedes como á cada paso recibimos. Si el retirarse de nosotros su proteccion y el influjo benéfico de su providencia quedaríamos reducidos á la miseria y la nada, y sin merecerlo nos ha hecho lo que somos y dado cuanto tenemos. ¿Quién ha dado primero á Dios para que pueda en justicia demandarle la retribucion? Todo es suyo y de él dependemos en todo. Para nada nos necesita y solo por su bondad nos sostiene y llena de favo-

res y mercedes. Nosotros no solo no le agradecemos los bienes que nos dá, sino que los disipamos viviendo en los vicios; nos servimos de ellos para ofenderle; los despreciamos y malgastamos en las vanidades y locuras, ¿cuántos son nuestros pecados de pensamiento, de palabra, de obra, de ignorancia, de malicia, de omision, propios y ajenos? Nuestras iniquidades sobresa'en sobre nuestra cabeza y como una carga pesada gravitan sobre nosotros y nos oprimen fuertemente. Perdimos cuantos dones de su gracia nos dió el Señor y mas miserables y perdidos que el siervo del evangelio, ni tenemos con que pagar, ni tenemos la gracia y amistad de Dios, ni hallamos medio de satisfacer á su justicia.

Reducidos á la última miseria, vendidos al pecado y á la esclavitud del demonio por nuestra misma disipacion y locura, no nos queda sino el castigo, la abominacion y la venganza de un Dios vilipendiado y ofendido. Pero si nos humillamos, si conociendo nuestra miseria recurrimos al mismo Dios, imploramos su misericordia y su clemencia; si con un corazon contrito y reconocido le pedimos que tenga paciencia; que no descarge sobre nosotros las penas en que con tan poco temor y respeto hemos incurrido; si con una confianza firme invocamos su piedad y ofrecemos con una sincera voluntad satisfacer á su justicia por la penitencia en cuanto podamos, si valiéndonos de su inmensa bondad y misericordia y poniendo nuestra esperanza en los méritos infinitos de la sangre de Jesucristo le suplicamos que tenga compasion y nos espere á penitencia: si movidos del odio y detestacion al pecado, y de un amor á Dios que es nuestro

Padre, nuestro Señor y dador de todo bien imploramos su misericordia, el Señor no solo aparta sus castigos, sino que nos perdona todas nuestras deudas y pecados.

Un Dios que derrama sobre nosotros abundantemente sus dones, un Dios que levanta sus castigos y perdona generosamente nuestros pecados en el momento que nos postramos en su presencia é imploramos su piedad, es un Dios misericordioso que debe servirnos de ejemplo para hacer participantes de nuestros bienes á nuestros hermanos y perdonarlos de corazón las injurias que nos hacen. Si Dios nos dá ¿por qué no hemos de dar nosotros al pobre que no tiene? Si cerramos nuestras entrañas al indigente y no socorremos al tribulado y perseguido, ¿cómo seremos hijos de un Dios de misericordia y formar una familia de hermanos? ¿Cómo nos ha de reconocer por suyos el Señor? Y si el Señor á quien tanto hemos ofendido y ofendemos, que nos puede castigar tan terriblemente y hacernos desgraciados para siempre nos perdona con tanta prontitud y generosidad librándonos de la pena y de la deuda ¿por qué no hemos de perdonar nosotros unas ofensas y perjuicios pequeños y que nada valen á nuestros hermanos? Amparar y socorrer con nuestros bienes y nuestra asistencia á los demás hombres, perdonarlos los agravios y ofensas que nos hacen, ved lo que nos manda repetidas veces el Señor y lo que nos enseña el mismo Dios con su ejemplo que nos colma de bienes y nos perdona los infinitos pecados que cometemos: pero ved todo lo contrario de lo que obran los hombres.

Dureza é inhumanidad, ambicion y avaricia, olvido y desprécio del pobre, hé aqui lo que generalmente se halla

en el mundo. Nada mas comun que la miseria, la indigencia y la escasez implorando la misericordia y compasion del que tiene bienes abundantes; pero nada mas comun que oidos sordos y entrañas endurecidas á los clamores del enfermo, ricos crueles que pasan al lado del pobre sin atender á sus lamentos; hombres sin piedad que tienen á mengua enjugar las lágrimas de sus hermanos y partir con ellos el pan que abunda en sus mesas. Si hay algun Samaritano compasivo que ejerce sin caridad y misericordia con el pobre desválido, ¿cuántos son los que pasan por delante sin volver sus ojos á mirarle, sin prestarle socorro alguno, sin desprenderse de lo que tienen de sobra para atender á darle algun alivio? Lejos de ser los bienes de los ricos y los ricos mismos el alivio y consuelo del que no tiene ¿no vienen á ser los verdugos y tiranos de los pobres, los opresores de los pobres, los que se creen con derecho á apoderarse de la poca sustancia de los pobres con contratos injustos, con usuras, con negociaciones reprobadas, con pleitos y demandas costosas que obligan á callar al débil y con tantos medios inventados para acrecentar las fortunas á costa de los pobres? Lejos de ser de los ricos el amparo y socorro de los pobres, los que se compadeczan y remitan sus deudas á los pobres, ¿no son muchas veces los que dejan de pagarlos el salario justo de su sudor y trabajo, los que se apresuran á exigirlos con usuras lo que los han prestado, los que con la sevicia y crueldad del siervo malo sofocan al pobre y le dicen: *redde quod debes*, y le hacen vender cuanto tiene hasta cobrarse del último maravedí, sin que oigan los clamores del que implora su piedad y los pide algun respiro? ¿No son los ricos

los que exigen de sus deudores sus débitos sin misericordia y los ponen en la necesidad de mal vender lo poco que tienen? ¿Dónde están los que se complacen en distribuir sus bienes entre sus hermanos y conociendo que todo se lo dá Dios, que todo los viene de Dios, que Dios se lo dá para que socorran al que no tiene, son misericordiosos y buscan al desgraciado para sacarle del polvo de su miseria, al enfermo para ayudarle á recobrar á la salud, al desnudo y al hambriento para vestirle y darle de comer? ¿Dónde están, y los alabaremos, los que no corren tras el oro y no ponen su esperanza y su afición en el dinero sino que se congratulan en tenerlo para dar y socorrer á los pobres que no tienen? Y si no son los hombres misericordiosos distribuyendo sus bienes y haciendo beneficios así como los hace el Señor, si no son benéficos socorriendo y amparando y aun pagando lo justo á quienes deben, ¿lo son perdonando las injurias y agravios que reciben? La calidad de la persona, la nobleza, el honor todo se hace valer y de todo se echa mano para sostener los odios, las enemistades y venganzas. Todos son pretextos para no perdonar unas pequeñas injurias en que hay que averiguar primero si fuimos los injuriadores ó los injuriados. Se llama debilidad, flaqueza, cobardía el humillarse y perdonar al que una vez nos ha ofendido. Es debilidad de ánimo y flaqueza de espíritu en el sentir del mundo el no tomar venganza de un agravio, el perdonar cristiana y generosamente un ultraje y el tener misericordia del que se nos humilla despues de habernos ofendido. ¿Qué vemos sino enemistades, discusiones, pleitos, contiendas y guerras y alarmados á unos hombres contra otros como

si fuerán sus naturales enemigos? Hijos malos puede decirnos el Señor; si yo os perdono á todos desde el momento que me rogáis ¿no es muy justo y conveniente que tambien os perdoneis unos á otros así como yo he tenido misericordia de vosotros? ¿Es posible que en el momento que yo acabo de perdonaros y daros además á manos llenas mis beneficios; que al salir de la iglesia de recibir la absolución de vuestras culpas que pedisteis con lágrimas á mi sacerdote; que apartaros de la mesa santa en que habeis sido alimentados con el pan del cielo; que cuando habiais de estar mas reconocidos y obligados no repareis en abogar y sofocar á vuestro hermano? ¿Es posible que no repareis que ese hombre á quien atropellais y quereis alligir sin piedad os consiervo vuestro, es vuestro hermano, es hijo mio tambien tan querido como vosotros y acaso mas que vosotros porque no es tan malo y perdido como vosotros? Os he perdonado lo mas ¿y no quereis perdonar lo menos? Os he tratado tan amorosamente siendo vuestro Señor y vuestro Rey ¿y pedis vuestras deudas con tanta soberbia y descortesia á los que son iguales á vosotros? Veis humillados á vuestros pies á los que os han ofendido, siendo iguales á vosotros se postran en vuestra presencia como si fuerais su rey y os dirigen las mismas súplicas que vosotros me habeis hecho ¿y habiéndos yo perdonado teneis la crueldad de no perdonar? ¿Y debiendo amar, orar, perdonar y hacer bien á los mismos que os aborrecen y persiguen ¿no teneis ánimo para perdonar á los que os buscan y os piden perdon y misericordia? Y que no solo no perdoneis sino que alijais, os vengéis, lleveis á la prision á vuestro hermano, y le mortifiquéis de mil modos

hasta que os pague el último cuadrante y quedeis satisfechos á vuestro placer?

¿Qué hará pues el Señor con unos siervos tan malos? ¿Qué haría un rey si acabando de perdonar á un reo incurrese inmediatamente en un delito y provocase su enojo? ¿Con qué castigos vengará el Señor este ultraje hecho á su divina magestad? El Señor se irritará y los entregará á los tormentos hasta que paguen toda la deuda. Vendrá sobre ellos la ira y la indignacion del Señor, y declarándolos por indignos de su misericordia los destinará á los tormentos del infierno á penar para siempre en castigo de su crueldad, de su dureza y de su ingratitud. Olvidará el Señor todas las ofensas anteriores y perdonadas, pero el nuevo crimen de no perdonar á un hermano, ni ser misericordioso con él, le llenará de indignacion y hará que se descarguen los tormentos del infierno en el siervo inhumano y vengativo.

No perdonará Dios, hermanos míos, el pecado de no perdonar á los demás, y cuando está tan dispuesto á perdonar las ofensas contra él, ninguna perdonará si nosotros no perdonamos antes las que han cometido contra los otros. El no perdonar nos pone en estado de no ser perdonados y de caer en las llamas del infierno. No perdonando atesoremos mas y mas la ira del Señor sobre nosotros, nos haremos cada vez mas indignos de su misericordia, y caeremos en los horrores del infierno hasta pagar nuestras deudas á Dios por entero. Y como jamás tendremos medios con qué satisfacer á Dios, no nos queda esperanza de salir de las prisiones y habremos de sufrir para siempre. Si no

somos compasivos y misericordiosos, Dios no nos perdona y sufriremos en castigo las penas y los horrores del infierno.

El ejemplo pues de Dios que tiene compasion y misericordia de nosotros; que nos dá con tanta abundancia y liberalidad sus bienes y nos perdona las deudas de nuestros pecados; el enojo é indignacion con que castiga Dios nuestra dureza y crueldad; los castigos que tiene preparados en el infierno para los que no perdonan las ofensas que reciben de sus prójimos deben darnos á conocer la voluntad de Dios, lo que Dios quiere de nosotros y lo necesario y conveniente que nos es el ser misericordiosos, el amparar á nuestros prójimos en sus necesidades con los bienes que para eso mismo ha puesto el Señor en nuestras manos, el socorrer al pobre sin exigirle con usuras y devorando la sustancia de lo poco que tiene aquello mismo que le damos, sino dando por Dios y porque Dios nos dá á nosotros, y el perdonar las ofensas y agravios que recibimos de los hombres porque Dios nos perdona y para que Dios nos perdene.

Obremos ya segun las máximas y doctrina santa del evangelio; formemos los hombres una familia sola de hermanos queridos; supla la abundancia de los unos á la escasez de los otros; no llore el pobre sin hallar quien le consuele, ni haya suspiros y miserias que no nos apresuramos á remediar; no se oiga la voz de la venganza ni los clamores del odio, perdonemos de todo nuestro corazon á nuestros enemigos y hagamos con los demás lo que quisiéramos que hicieren con nosotros. Así gozaremos las dulzuras de la paz, hallaremos misericordia en nuestro Dios, le invocaremos con

confianza en los días de nuestra aflicción, evitaremos los castigos terribles del infierno; hará que vengan sobre nosotros sus gracias, y con estas seremos ayudados y fortalecidos en este camino de trabajos y conseguiremos ser admitidos por una favorable sentencia á las eternas delicias de la gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XXII DESPUES DE PENTECOSTES.

Debemos respetar y obedecer á las potestades eiviles y á las eclesiásticas para salvarnos.

Cujus est imago hæc et superscriptio? ¿De quien es esta figura é inscripcion? Math. c. 22. v. 20.

Los fariseos, siempre ocupados en perder á Jesus porque predicaba la virtud y condenaba el vicio, trataron de comprometerlo obligándole á responder á una pregunta cuya contestación, tenia que ser odioso á los romanos que dominaban en la Judea, ó á los que enseñaban que las leyes de la religion prohibian pagar censos y tributos á los Principes estrangeros. Se presentaron pues á nuestro Redentor los discipulos de los fariseos con los Herodianos milita-

res del Cesar, segun el Crisóstomo (1) y alabándolo con adulacion, segun el estilo de los que tratan de engañar, le digeron «¿Qué te parece, es licito dar tributo al Cesar ó no?» A esta pregunta llena de malignidad y sutileza les contestó el Hijo del Altísimo diciéndoles «Por qué me tentais hipócritas? Mostradme la moneda que pagais por el tri buto» Le presentaron un denario; moneda equivalente á poco mas de dos duros españoles, y Jesus les dijo: «¿de quién es esta figura é inscripcion?» Del Cesar, le dijeron: y entonces la eterna subiduría les dijo: «pues pagad al Cesar lo que es del Cesar: y á Dios lo que es de Dios.» Al oir esto los enviados se maravillaron, y retirándose, lo dejaron sin poder hacerle cargo alguno.

¿Qué os parece de este suceso, amados míos? ¿No lo reconocéis preparado por la divina Providencia, para enseñarnos á rendir respeto y homenaje á los príncipes que imperan, establecen leyes y hacen justicia en su nombre, y para no saltar por esto al cumplimiento de los deberes que nos impone nuestra santa y adorable religion? El solo ha dado mas bienes y luces á los pueblos que cuanto han escrito los licurgos y solones: á él se debe la paz y concordia entre las potestades y los que están obligados á obedecerlas; su enseñanza basta para poner todas las cosas en su lugar haciéndonos formar una idea justa de lo que debemos al estado civil, y de lo que debemos al eclesiástico. No hay oposicion contraria entre el trono y el altar, entre el Rey y el

(1) Homil. 74, in Math.

sacerdote, entre las potestades civiles y las eclesiásticas, puesto que Dios se ha propuesto reñir y gobernar al mundo con los brazos de ambas potestades, supremas é independientes en sus respectivas funciones, pero que unidas y armonizadas se ayudan mutuamente, se defienden y protegen como los miembros de un mismo cuerpo, reconociendo las dos por su cabeza al mismo Dios de quien han recibido su autoridad. Esta es la doctrina del evangelio de este día. Según ella voy á habláros de las obligaciones que tenemos de obedecer á los reyes, príncipes y autoridades constituidas, y de las que debemos cumplir con respecto á la religion santa que profesamos. No espereis una sola especie de las que los políticos alegan para defender sus sistemas de soberanía, carácter de los príncipes y derechos de los pueblos; porque este púlpito no es cátedra de discusion, sino de verdades evangélicas comunes á todas las formas de gobierno y á todos los hombres del universo. No hay cosa exterior que no lleve el sello ó figura que la distingue de las demas. Si pues vemos un rey, un magistrado, una autoridad civil, un militar, un párroco, un sacerdote ó un ministro del altar digámonos á nosotros mismos: ¿de quién es esta imágen, ó inscripcion? *¿Cujus est imago hæc et superscriptio?* Y contando con que nos habla el evangelio de este día aprendamos á «dar al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios,» como nos lo manda Jesucristo. Este será mi empeño en el presente discurso.

Dios omnipotente, que con tan admirable providencia manteneis el órden en todo el universo: inspiradme, para que sin salir un ápice de vuestra ley santa, acierte á espli-

car á mis oyentes los deberes que les imponen la sociedad civil á que pertenecen , y la religion santa que profesan. María Santísima apoya mi súplica, porque siempre se declara en favor de los que devotamente la dicen con el ángel

AVE MARIA.

Cujus est imago hęc et superscriptio?

Hoy tengo la fortuna y ventaja de hablar á un pueblo que siempre ha distinguido con particular celo y tierno afecto á los reyes, á los magistrados y autoridades constituidas. La naturaleza parece que ha impreso en el corazon de cada español los sentimientos de amor, de respeto y obediencia á la magestad de sus principes. La religion, hijos míos, santifica estos sentimientos y os dice: que considereis á los Reyes que os mandan como á la imagen de la divinidad; como á la representacion del poder supremo que crió, conserva; y gobierna el Universo; como á los ministros de aquella providencia universal que atiende á todas las cosas, y provee á todas las criaturas; como al encargado de manifestar á los pueblos que su mision no es otra que la de obrar segun la inmutable justicia que premia á los buenos, castiga á los malos, y trata á cada uno segun merece. El rey

dice san Pablo (1) es ministro de Dios; de él se vale el Omnipotente para castigar el crimen; para premiar y defender al virtuoso; para regir y gobernar el pueblo que se le ha encomendado. De su autoridad puede el mismo rey dar alguna parte á algunos de sus súbditos, quedando en él la suprema de que se derivan las que comunica. A la manera con que el sol dá su luz sin que jamás le falte, así tambien el criador comunica á los reyes una porcion de su poder, sin quedarse sin él. Del mismo modo los principes ponen su poder, autoridad y confianza en los magistrados, generales, empleados de justicia, alcaldes y demas encargados de velar sobre las leyes que aseguran el orden público y el bien de la nacion, sin que por eso pueda decirse que no conserva integro el depósito del poder supremo con que lo revistió el Señor de los señores y dueño del universo. Al ver pues un ministro del Rey ó empleado del Soberano, (sea el que se quiera) se nos ocurre el decir: *¿Cujus est imago hæc?* ¿De quién es esta imagen? ¿A quién representa? Y reconociendo nosotros en aquellas personas una porcion de la autoridad que el Monarca les ha confiado, las acatamos, las respetamos y obedecemos, no precisamente por temor, sino por amor y por cumplir con los deberes de la conciencia que nos dice que toda alma debe estar sujeta á las potestades del orden superior, como lo expresa el apóstol (2). ¿De dónde sino procede el amor, res-

(1) Roman. c. 12.

(2) Roman. c. 13. v. 1.^a

peto y veneracion que nos merecen los ministros de justicia? Procede; hermanos míos, de que unos son como boca del Monarca que juzga; otros, como el brazo del Rey que pelea; los de aquí como los ojos del Soberano que mira é inspecciona, y los de allí, como los centinelas que vigilan en nombre del Señor, sobre el pueblo que se le ha confiado. Procede de que Jesucristo nos manda por sus apóstoles que honremos al Rey como al que nos manda en nombre de Dios, y á sus ministros y empleados como á los encargados de cumplir sus órdenes y hacer que se observen las leyes.

La razon nos dicta que debemos ser agradecidos para con los que nos protegen; que debemos venerar á los que en nombre de Dios nos dirigen, gobiernan y defienden; que debemos acatar sumisamente á las potestades bajo cuya sombra vivimos asegurados, quietos, pacíficos y ordenados. Lleno está de la Magestad real el templo de la justicia: ella presidiendo en todos los tribunales los hace respetables. Allí el Príncipe en la persona de sus ministros vela sobre los derechos de cada ciudadano: allí es el amparo de la viuda, la defensa del huérfano y el padre de su pueblo; allí justifica al inocente falsamente acusado, castiga al reo, y hace dar á cada uno lo que le pertenece. Si pues, nuestros bienes, reputacion y vida están seguros: si descansamos pacíficamente en nuestros lechos: si caminamos con seguridad y vamos protegidos por las autoridades á las ciudades, pueblos, aldeas y campos, y somos deudores de estos beneficios á los ministros cuyo arreglo y buen orden dimanan del Príncipe dirigido por las leyes establecidas en nombre de

Dios, ¿no deberemos amarlo, respetarlo, obedecerlo y contribuir por nuestra parte á que tengan efecto sus determinaciones dirigidas al bien comun y particular de los que componemos la sociedad? El mismo Dios declaró el modo con que debian consagrarse las cabezas de su pueblo y á quienes la Escritura Santa llama los ungidos del Señor. De aquí el respeto con que David veneraba la persona de Saul aunque Dios lo habia reprobado. De aquí la sujecion que nos manda nuestra religion tener á las potestades de la tierra. De aquí el enseñarnos Jesucristo con su ejemplo y doctrina á pagar con religiosidad los tributos que nos pide el Príncipe, pues que él mismo, sin estar comprendido en la ley, los pagó por sí y por san Pedro (1). De aquí en fin, el que los cristianos de los primeros siglos eran los súbditos mas fieles de los emperadores, aunque idólatras, enemigos y perseguidores de la iglesia. Y si los primitivos fieles respetaban á sus príncipes y paganos, y les obedecian en todo lo que no se oponia al evangelio de Jesucristo Rey de Reyes y Señor de los Señores. ¿Con cuánta mas razon deberemos nosotros respetar la autoridad real viéndola en unos Príncipes que por su celo, piedad y ortodoxia han merecido el honroso título de católicos? Ellos protegen á la iglesia de Jesucristo contra los intentos y esfuerzos de la herejia: contra los atentados de los orgullosos que se desdennan de humillar su erigida frente á la fé que los deslumbra: contra los protervos que se esfuerzan por destruir todo lo sagrado y divino

(1) Math. c. 47. v. 26.

que hay sobre la tierra. Con su fé, piedad y religion descansan sosegadamente los fieles bajo los pabellones de Jacob y tiendas de Israel. Asi como el Serafin armado con la resplandeciente espada defendia las entradas del paraíso contra los desterrados, el Rey defiende las puertas del santuario y protege á los ministros de los misterios sagrados contra las asechanzas de los impíos y malvados que en su furor frenético han jurado arrancar hasta los cimientos del templo de la divinidad.

Respetemos, pues, amados míos; á los que Dios ha puesto á la cabeza del gobierno de nuestra nacion católica: atengámonos á las palabras del evangelio de este dia: *cujus est imago hæc, et superscriptio?* De quién es esta imágen é inscripcion? ¿No es la del César? Pues dad al César lo suyo, y á Dios lo que es de Dios, como nos lo manda Jesucristo. No restrinjamos ni limitemos nuestra veneracion, amor, respeto y obediencia á los reyes ó príncipes: estendámoslos á sus consejeros y ministros, á los caudillos y oficiales del ejército; á los que nos mandan en nombre de la autoridad suprema y trabajan porque se cumplan las leyes; á todos los que son la imágen del rey y funcionan con su autoridad: dice san Pablo, «el tributo á quien se debe el tributo; » los impuestos á quien debeis los impuestos; el miedo á » quien debeis el miedo; y el honor á quien es debido el » honor (1).» No olvidemos jamás estas doctrinas celestiales, no las contrariemos y resistámos con nuestra conducta:

(1) Roman. c. 12. v. 7.

démonos á conocer por nuestra fidelidad, obediencia, amor y respeto al rey y á los que nos mandan en su nombre. Todo esto es lo que nos manda Jesucristo cuando dice: «Pagad » al César lo que es del César.»

Pero tambien añade y manda nuestro divino Maestro, «que demos á Dios lo que es de Dios;» y al hablaros de esta obligacion preciso es decirlo, que si debemos venerar, obedecer y respetar á la potestad civil y temporal, tambien debemos igual veneracion, obediencia y respeto á la potestad espiritual y eclesiástica. Esta como aquella se derivan de Dios; ambos proceden del principio, origen y causa de todo ser. Asi como no se concibe una nacion sin potestad civil, tampoco puede comprenderse una sociedad sin religion. Aunque son independientes, la una descansa en la otra. Lloro, se entristece y clama al cielo la iglesia, cuando sufre quiebras el estado, y el estado se estremece, pelagra y corre riesgo cuando se destruyen los fundamentos de la religion. Estos fundamentos, hijos mios, se apoyan en el carácter y autoridad que dió Jesucristo á sus sacerdotes y demas ministros de su iglesia. Debemos pues venerarlos y respetarlos, obedecer las leyes eclesiásticas y ser fieles ob-servantes de las prácticas religiosas. Sin esto no puede haber virtud, gracia ni gloria. Asi lo dice el autor de nuestra fé y Dios de nuestra religion. Dios nos instruye á todos por medio de sus ministros sagrados; estos nos enseñan á ejercitarnos en las virtudes que hacen al hombre buen cristiano, buen patricio y buen súbdito; á respetar al rey y á los que lo representan; á que paguemos los impuestos sin quejarnos; á no defraudar en lo mas minimo los derechos del

príncipe; á temer la justicia y respetar á los que la ejercitan. Ellos nos reciben al nacer para hacernos hijos de la iglesia, y jamás nos dejan. Nos administran los santos sacramentos; nos ayudan, protejen y consuelan en nuestros mayores conflictos; nos acompañan con maternal solicitud en nuestras enfermedades; en la hora de nuestra muerte nos auxilian y presentan un santo crucifijo diciéndonos: «De quién es esta imagen é inscripcion? *Cujus est imago hæc et superscriptio?*» Los que de este modo se conducen con nosotros; los que tanto se afanan por nuestra dicha y felicidad; los hombres sagrados sin los que no podemos salvarnos; los fieles ministros del Señor que nos dispensan la divina palabra sin reparar en peligros de ninguna especie, y están siempre prontos á guiarnos y conducirnos por la senda recta que lleva á la vida eterna; ¿no son dignos de veneracion y respeto, y acreedores á que los consideremos como nuestros dioses en la tierra, en cuanto á que con su carácter sagrado y jurisdiccion eclesiástica, ordenan, mandan, obran y se conducen en nombre del Dios vivo?

Respetemos á los ministros del santuario, amados oyentes, porque de ellos pende nuestra salvacion segun la ordenacion divina: veneremos á los que ha puesto Dios por custodios y centinelas de su pueblo, y no nos dejemos llevar del torrente de malos ejemplos y conversaciones pestilentes que se tienen en todas partes contra la iglesia y sus pastores. No os degeis corromper del hedor y apestado aliento de los que blasfeman contra Dios y su Cristo; de los que pisan, escarnecen, injurian y maltratan á sus sagrados ministros; de los que destruyen los templos, las costumbres y el evan-

gelio; porque todos estos son hijos del diablo y os conducen al infierno. Mostraos dóciles á la iglesia católica, apostólica, romana, en cuyo seno habeis nacido: recibid con respetuosa sumision todas sus decisiones y respetad en los ministros del Señor la imágen de la divinidad que Dios imprimió en sus sagradas personas con el carácter que los hace tan venerables. En una palabra: ved de quien es la imágen é inscripcion que llevan los hombres todos, y dando á cada uno lo que le corresponde, manifestad que sois hijos obedientes del que llenó de bienes al mundo cuando dijo: «Pues pagad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sunt Dei, Deo.* Hacedlo así vosotros. Lo que es del rey, al rey: lo que es del estado, al estado: lo que es debido á las autoridades civiles, ofrecédselo. Pero lo de la iglesia, á la iglesia; lo del santuario, al santuario; lo que se debe á los sagrados ministros, no se lo negueis. De este modo, podreis lograr con la gracia tener en la hora de vuestra muerte la «imágen é inscripcion de los justos,» que es como el título para entrar en los eternos tabernáculos de la gloria que á todos do. seo. Amen.

A. M.

SERMON .

PARA LA DOMINICA XXIII DESPUES DE PENTECOSTES.

Necedad de los que dilatan el convertirse á Dios.

Domine, filia mea modo defuncta est. Señor; mi hija acaba de espirar en este momento. Matth. c. 9.

Uno de los principales de la sinagoga se llegó á Jesus, se postró á sus pies y le adoró diciendo: Señor mi hija acaba de morir ahora mismo; pero os suplico que vengaís, y pongais la mano sobre ella y vivirá. No habian sacado de la casa, ni levantado de su cama á la difunta, y corre apresurado el amante Padre en busca de Jesus y pide el socorro y la vida de su hija. El cristiano peca y dá la muerte á su alma mucho mas temible y horrorosa que la del cuerpo

y se queda tranquilo y no llora su desgracia y no busca á Jesus despues de un dia, un año y otro, ni se postra á sus pies y le pide que le imponga su mano y le dé la vida. No se resuelve el cristiano á vivir y morir en un completo desenfreno y licencia; no hay quien renuncie absolutamente á su salvacion, no tema el infierno y espere conseguir la gloria. Pero aunque no quiera que le coja la muerte en pecado, quiere pasar los primeros años, la juventud y mocedad en los placeres y el servicio del mundo, en la confianza de que despues se arrepentirá, se convertirá y morirá cristianamente. El demonio demasiado sagaz no presenta los peligros y los caminos de los vicios sin ofrecer remedio y algun esugio para evitar las penas eternas adonde conducen. El tiempo de la vejez, á la hora de la muerte, hasta el último suspiro señala como tiempo propio y suficiente para buscar á Dios para desagraviarle aplacarle y enmendar todo lo pasado y salvarse. ¡Vana confianza y loca presuncion! ¡Consejo infernal que ha arrastrado á tantas almas á los desórdenes y pecados y las ha despojado del cielo! Sin embargo esta imprudencia es demasiado comun. El cristiano peca y no busca inmediatamente á Jesus; no implora su piedad ni pide que rescite y dé nueva vida á su alma; quiere sanar, no quiere condenarse, espera que ha de ir á la gloria, detesta y abomina el infierno, pero dilata el convertirse á Dios y hacer penitencia para la vejez y destina la juventud para seguir en el pecado y entregarse á los placeres del mundo. ¡Necedad y locura lamentable! ¡Conducta reprehensible y criminal que no menos es injuriosa á Dios que perjudicial á las almas!

Así os lo voy á manifestar ayudado de los divinos auxi-

lios que pediremos al Señor : por la intercesion de María Santísima.

AVE MARIA.

Domine filia mea.

El resolverse libre y absolutamente á dejar á Dios mientras dura la juventud y no convertirse á Dios ni dejar los vicios sino al llegar á la vejez, es hasta donde puede llegar el desprecio y el ultraje; es hacer con Dios lo que no nos atreveríamos á hacer con los hombres y lo que los hombres no nos perdonarian. Semejante conducta equivale á decir: yo sé que si he de salvarme y evitar los horrores del infierno, no tengo otro medio que el salir del pecado y convertirme á Dios mas tarde ó mas temprano; pero mientras tenga fuerzas para entregarme á los deleites me abandonaré á ellos, y cuando ya me los haga desabridos la vejez me volveré á Dios. Equivale á decir: quiero amar al mundo y al pecado y no me separaré de su servicio hasta que me halle imposibilitado y sin fuerzas para servirlos; yo me entregaré y buscaré á Dios; pero será cuando el mundo me desprecie, y cuando todo huya de mí: primero me apartaré de Dios y me entregaré sin nienda á los gustos de los sentidos, y despues me volveré á él para asegurar la salvacion y lograr gozar así del mundo y de la gloria: mi alma desea vivir en

los deleites, pues yo no la privaré de ellos sino á mas no poder: Dios pide mi corazon todo enterò; pero yo no se le entregaré sino cuando no pueda menos; yo seré siempre un libertino y seré buen cristiano en lo que baste para no condenarme.

Semejante conducta, hermanos míos, ¿no es injuriosa al Señor? ¿Qué, el Señor que pide que le amemos con todo nuestro corazon, nuestras potencias y nuestra alma no tiene derecho á que le amemos y sirvamos siempre? ¿No son suyos todos los momentos, no dependemos de él en todos los instantes, no es el mismo Dios el que nos sostiene en la juventud y la vejez? Pues si siempre somos criaturas suyas y obras de sus manos, si en todos los instantes dependemos de él, si le hemos prometido una fidelidad y un servicio, una obediencia y sumisión perpetua, si no hay momento en que no tenga dominio y una suprema autoridad sobre nosotros, si nos ama tambien en todo tiempo, ¿con qué razon le tasamos el tiempo, ponemos límites á su autoridad, usurpamos una vida que no es nuestra y somos ingratos, desnaturatizados y perjuros?

Sea el que fuere el modo de pensar del mundo que mira como lícito y permitido ocupar la juventud en los deleites con tal que se reserve á Dios el tiempo de la vejez, la ley de Dios y el evangelio nos enseñan lo contrario. A todos obliga amar y servir á Dios en todos los instantes de su vida de todo corazon y con todas las fuerzas, en todos son reprecensibles y dignos de las venganzas eternas los pecados; no hay una ley distinta para los jóvenes y otra para los ancianos. Jesucristo no distingue en su evangelio ni señala

un camino ancho y espacioso para unos y estrecho para otros: á todos manda que se esfuercen á entrar por el camino angosto, á todos nos dice que tenemos necesidad de renunciarnos á nosotros mismos, llevar su cruz, imitarle y seguirle sin distincion de estados, condiciones, sexos, ni edades. Jesucristo en su evangelio habla con ricos y pobres, con grandes y pequeños, con jóvenes y ancianos. Lejos de gozar la juventud un privilegio de escepcion en ella, se manda mas vigilancia, mas temor, mas cautela, cuanto que son mayores los peligros, mas violentas las tentaciones y mas necesario el freno. En la juventud y desde la primavera de sus dias debe ofrecer el hombre á su Dios su corazón antes de contaminarlo con los amores inmundos y verse en la necesidad de tener que presentarle los despojos de sus pasiones. El apóstol amonesta igualmente á los ancianos que á los jóvenes; los encarga la sobriedad, la modestia y recogimiento, y está muy distante de que se tolere el desenfreno á la juventud y de permitir que los jóvenes den rienda suelta á sus pasiones.

Segun esto, es atropellar con descaro la ley de Dios, es burlarse del evangelio el abandonarse en la juventud á los vicios, el vivir de asiento en los placeres, el estarse en el cieno de las pasiones y en la muerte del pecado, destinando la vejez para enmendarse y buscar la misericordia de Dios. Es injuriar á Dios haciéndole de la misma índole del mundo y queriendo que con una condescendencia criminal apruebe los desvarios y maldades y que no castigue los excesos de la impureza, el escándalo de las blasfemias, el furor de los odios, ni los excesos de la destemplanza que se

cometen á su presencia por la juventud desenfrenada. Es quitar á Dios su dominio y general y suprema potestad, y obrar como si Dios no fuera Dios de todos los tiempos, de todas las edades y de todas condiciones. Es tratar á Dios como á un ídolo, y como si no fuera un Dios terrible y poderoso, como si no fuera siempre digno de nuestro amor y nuestra sumision, y ofrecerle solo un culto tardío y un corazón cansado y que ya es inútil al mundo. La conducta del cristiano que no se convierte á Dios luego que peca y lo dilata para la vejez es injuriosa á Dios.

Y también es perjudicial á las almas. Cuando el pecador se resuelve á seguir en sus vicios, no consiente por eso en precipitarse para siempre en el infierno. Conoce que obra mal, que incurre en la indignacion de Dios, que merece su condenacion eterna; pero confia en que se enmendará y borrarán con la penitencia y buen ejemplo de su vejez los pecados de su juventud. Y qué, pecador imprudente y joven obcecado y sin reflexion ¿pende de tu mano el vivir y eres tú el dueño de tu vida? ¿No es la vida semejante á una flor que se marchita en pocas horas y cuando está en su mayor lozanía? ¿Hay cosa mas frágil que el hilo de la vida del hombre? ¿Quién te ha asegurado que has de llegar á la vejez? ¿No has visto y estamos viendo todos, jóvenes que han muerto cuando menos lo esperaban? ¿No es demasiado común y frecuente que mueran los jóvenes y que sean pocos los que lleguen á la edad avanzada? El Señor irritado y cansado de sufrir los ultrajes de la juventud, viendo desairada su justicia, deshonrada su iglesia, escandalizados á los fieles á quienes inficiona el contagio de los malos ejemplos,

¿no observamos que ataja los pasos de los malos en medio de su carrera, acorta los días de la vida para que se acaben los escándalos, y desbarata los planes de iniquidad con una muerte que no se esperaba? ¿No es verdad que por mas encombrado que se halle el pecador, desaparecerá en un instante, y viéndole al pasar, al volver la cabeza hallaremos que no existe? ¿Y quieres asegurar tu conversion y la salud de tu alma sobre tan falsas esperanzas? ¿Y qué sería de tí si cuando menos pensáras te llamase el Señor al terrible tribunal de su justicia? ¿Cuántos pensaron como tú, vivieron como tú, quisieron morir como tú, y están ahora en los infiernos porque murieron antes del tiempo que destinaban para la penitencia? ¿Por qué no podrá sucederte lo mismo y que tus últimos años sean los que tú llamas los primeros?

Pero aunque el hombre tenga toda la vida que desea, ¿será verdad que se convierta á Dios á la vejez? Lo que vemos es que despues de muchos jóvenes licenciosos hallamos muy poquísimos ancianos penitentes; que el día de la conversion nunca llega, que jamás se rompe con el pecado, que cada vez aprisiona mas y se aprietan mas sus ligaduras, que á unas pasiones se siguen otras, que cuanto mas se alarga la vida se aplaza para mas adelante la conversion, y que nada es mas cierto que el joven no se aparta de su senda aunque llegue á la vejez. El que peca dice Jesucristo, se hace esclavo del pecado, se somete á la tiranía del pecado y no es dueño de salir de él cuando quiera. Y despues que haya tiranizado tu alma, despues que te haya dominado desde los primeros años, cuando haya inficionado todas tus inclinaciones, cuando despues de tantos años y de tantas

culpas haya penetrado hasta lo interior de tu alma, cuando haya enflaquecido tu razon, debilitado tu fé y pervertido tus sentimientos, cuando no solo seas un pecador sino un hombre poseido del pecado, te hallarás en estado de pelear con tus pasiones, con el enemigo comun á quien jamás has resistido, con tus sentidos á los que jamás has hecho resistencia? ¿Será posible que cambien de repente despues de muchos años tus inclinaciones, tus afectos, tus deseos y que aunque mires de cerca la muerte no pueda mas en tí la fuerza de la costumbre que el temor de tu condenacion y del infierno, único motivo que te hace abandonar el pecado y no el amor de Dios infinitamente amable?

Pero cuando el pecador tuviese el tiempo y la voluntad de convertirse necesita ademas que Dios no le abandone y le deje en su endurecimiento, que no le niegue las gracias y los auxilios necesarios para convertirse. Conviene saber para conocer esta verdad de tanta importancia que asi como ningun pecador que se arrepiente de todo corazon es desechado de la misericordia de Dios, asi tambien ningun pecador puede convertirse á Dios de todo corazon si el mismo Dios con su misericordia no le ayuda y le mueve á convertirse. La razon es porque el arrepentimiento y conversion es una obra sobrenatural y una resurreccion del alma volviéndola á la vida de la gracia y no puede ser obra del pecador, sino de Dios, de que resulta el error de los pecadores que creen poderse arrepentir cuando quieran como si estuviera en su mano el poder hacerlo. El hombre puede por sí mismo y con sus fuerzas naturales caer en el pecado, pero no puede levantarse de él despues de haber caído; á la

manera que un reloj puede descomponerse por sí mismo, pero no puede volver á su órden y composicion si no entra la mano del hombre. Puede caer el hombre, pero no puede por sí mismo levantarse, y si Dios no le libra quedará siempre en lo profundo dice san Agustin. Esto supuesto como una verdad de fé conviene hacer observar dos verdades para convencerlos plenamente de lo perjudicial que es para las almas el diferir el convertirse á Dios y son: que Dios sin haceros agravio ni injusticia alguna puede negaros los auxilios y la gracia que se requiere para arrepentirse bien. Que mas comunmente se la niega á los pecadores que no quieren buscarle, invocarle, ni pedirle su gracia para salir del pecado y convertirse hasta su vejez á lo último de su vida.

No podreis dudar de lo primero porque la gracia es puramente un don de Dios que dá á quien es de su agrado, y de otra suerte no seria gracia, y porque los pecadores por sus culpas han perdido todos sus méritos, se han hecho enemigos de Dios y no pueden alegar derecho para que Dios los auxilie sino únicamente implorar su misericordia. Respecto á lo segundo, si bien es verdad que Dios sufre y aguarda con paciencia al pecados, tambien lo es que no hallamos en los libros santos sino repetidos anatemas contra los pecadores morosos, endurecidos y negligentes de salvar su alma que reservan para lo último el convertirse á Dios. «Me in-» vocarán, se nos dice en los proverbios, y no los oiré; se» levantarán por la mañana y no me hallarán, por haber» aborrecido la disciplina y el temor de Dios. Clamarán al» Señor, dice el profeta Miqueas, y no los oiré, los escon-

» derá su rostro y se volverá á otro lado por no verlos, así
» como ellos le desatendieron y solo miraron al mal. Bus-
» carán la paz, dice el profeta Ezequiel, y no la habrá;
» vendrá conturbacion sobre conturbacion y tumulto sobre
» tumulto. Señor, Señor nos dice Jesucristo en la parábola
» de las vírgenes necias, abridnos; y el Señor responderá:
» ya están cerradas las puertas, no os conozco. Me llama-
» reis, nos dice tambien él mismo terminantemente: Me
» llamareis, no os oiré y os dejaré morir en vuestro pe-
» cado.»

Seria molesto si recordase los repetidos testos de los sagrados libros que nos manifiestan esto mismo y nos dicen bien claro que Dios no solo no está obligado á conceder su gracia á los que dilatan su conversion á la vejez y á la última hora, sino tambien que no suele concederla. Y si el favor de una penitencia y verdadero arrepentimiento se ha de negar á alguno ¿á quién mas justamente que al pecador que tan largamente ha abusado de la paciencia de Dios?

Direis que Dios es misericordioso. ¿Y porque Dios sea benigno y se aplaque con facilidad habeis de ofenderle con descaro? ¿Es motivo para que un hijo injurie á su padre el que éste le ame con ternura? ¿Con que si Dios fuera cruel y no os amara tanto, le ofenderiais menos? ¿Se puede imaginar mayor vileza y desprecio? Dios es misericordioso. Pero vosotros poneis unos estorbos muy grandes para que llegue á vuestras almas su misericordia, y á la manera de las aguas de un rio retrocede y vuelve contra su corriente y en busca de su origen impulsada de los estorbos en que tropieza. Es misericordioso; pero le obligais con vuestra

conducta en que preferís á todo el pecado, á que no se acuerde ni del ser que os dió, ni de los tormentos que sufrió por vosotros, ni de la sangre que derramó, sino solo de las culpas que vé en vosotros y que no puede menos de aborrecer y castigar.

Y si Dios os niega sus gracias ¿qué será de vuestra alma aunque tengais vida larga y querais convertirlos? ¿Cómo aplacareis su ira, dareis buen ejemplo, reparareis los escándalos, llorareis como conviene vuestras culpas y volveréis á la vida de la gracia? Luego esa conducta tan comun y reprehensible no solo es injuriosa á Dios sino tambien perjudicial á vuestras almas. Luego es una necedad, una locura el diferir el convertirse á Dios y dilatarlo hasta la vejez.

Evitemos este peligro de nuestra condenacion, amados míos, no caiga el sol sobre los pecados que hemos cometido en el dia. Mas amantes de nuestra alma que Jairo de su hija, en el momento que pierda la vida de la gracia recurramos á Jesus diciéndole: ahora mismo Señor, en este instante ha muerto mi alma por el pecado en que he tenido la desgracia de incurrir: pero venid, poned vuestra poderosa y benéfica mano sobre ella y volverá á la vida. Asi será momentánea vuestra muerte, será un sueño, el Señor os volverá la vida y con ella entrareis de nuevo á ser sus hijos y herederos de su gloria. Amen.

F. L. G.

SERMON

PARA LA DOMINICA XXIV DESPUES DE PENTECOSTES.

Todas las cosas de este mundo perecerán: pero las palabras de Jesucristo serán infalibles y eternas como El mismo.

Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Matth. c. 24. v. 35.

«Los cielos y la tierra, dice el Príncipe de los apóstoles, se reservan para acrecentar el fuego en el día del juicio, y perder á los impíos (1).» Este Universo tan hermoso en que Dios ha manifestado la magnificencia de su gloria, desaparecerá, según el evangelio de este día, á la

(1) 2. Petr. c. 3. v. 7.

presencia del Señor; se anonadará este mundo con el soplo del Dios que lo crió; todas las cosas pasarán, mientras que las palabras indefectibles de nuestro Salvador serán duraderas y eternas. Todo lo que las ciencias, las artes, la habilidad é ingenio de los hombres han añadido á la hermosura y riquezas de la naturaleza: todas las obras que han producido la fuerza y la flaqueza, la recta razon y las estravagancias de las imaginaciones estraviadas: esa mezcla de luz y de tinieblas, de mentira y de verdad, de bien y de mal; todo, todo esto en medio de las llamas será delante de Dios lo que á nuestros ojos es un puñado de polvo que lo disipa el viento. Todo perecerá: solamente quedará íntegra, pura, brillante y resplandeciente la palabra del evangelio santo, que se engolfará en el seno de la inmensidad de donde ha salido para producir eternamente las felicidades, dichas y venturas que ella misma ha prometido á los que la aman, siguen y respetan en esta vida, en espíritu y en verdad.

La divina palabra anunciada desde el principio del mundo por los patriarcas y profetas; el evangelio de Jesucristo predicado en toda la tierra por los apóstoles, y que pasando de boca en boca ha llegado hasta nosotros para pasar á las futuras generaciones, es, amados míos, la que perseverando sobre los estragos, ruinas y destrozos que anuncia Jesucristo en el evangelio que acabais de oír, la que tiene que ser el juez que nos ha de salvar ó condenar en el terrible juicio universal en que tienen que patentizarse los secretos de los hombres todos. Los que la han escuchado con respeto, y la han conservado en su corazón, practicando lo que enseña, santificaron sus almas: pero al contrario, los

que la han despreciado burlándose de su eficacia y virtud, se endurecerán en sus errores, y en el día de las venganzas eternas perecerán para siempre. Así nos lo asegura nuestro Redentor divino diciéndonos, que se acabarán los cielos y la tierra, pero que no perecerán jamás sus palabras. *Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.*

Sobre esta verdad importantísima os voy á hablar en este breve rato. Os hemos predicado las doctrinas celestiales segun se hallan espresadas en los evangelios que nuestra santa madre la iglesia ha dispuesto se propongan y expliquen á los fieles; y siendo este último domingo del año eclesiástico, adecuada y oportunamente se os dice; que todo se acabará; pero que las palabras de Jesucristo que se os han anunciado desde este sitio, serán eternas; y prevalecerán sobre todo lo criado, sobre las obras de los hombres, sobre cuanto hay de grande en la tierra.

Virgen purísima: sin vos: ¿Qué pueden los hombres por sabios, prudentes y virtuosos que ellos sean? Nada. Sois Señora, la Madre de la gracia: en vuestras manos está nuestra salud. Si nos protegeis, somos dichosos porque uniremos nuestra voz á la del Angel que os dijo:

AVE MARIA.

Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.

Todas las cosas se ven pasar: todas corren apresuradas hácia un abismo misterioso: todo es en la tierra deleznable,

transitorio y fugaz. Pero la divina palabra permanece inalterable, inmóvil, firme y eterna como Dios. Tan entera está hoy la religion de Jesucristo como lo estaba en el tiempo de los apóstoles, y lo estará hasta el fin del mundo: sus ministros conservan hoy el mismo carácter que entonces, no se han destruido la leyes de la fè, tan criminal es el que las viola en este momento, como el qñe las violó hace seis mil años, ó como el que las viole en lo sucesivo. ¿No veis como se forman, se condensan, aparecen las nubes, se desvanecen sin que se altere ni mude la luz del sol? Pues lo mismo, hermanos mios, lo mismo sucede con todo lo que pasa en el escenario de este mundo. Se forman mil fantasmas, aparecen otras mil, y deslumbran con su brillo; pero así como el viento aquilon disipa las nubes por cargadas que estén de tinieblas, del mismo modo pasarán todas las cosas de este mundo ante la divina palabra que permanecerá eternamente. Nuestras obras pasarán como las de nuestros predecesores, seremos semejantes á ellos, y si somos impíos se confirmará en nosotros lo que se lee en el libro de Job. «La gloria del impío luego se desvanece; la alegría del hipócrita no dura mas que un instante. Aunque su soberbia lo levante hasta el cielo, y toque con su cabeza las nubes, perecerá al fin, será arrojado como el estiércol, y el que vió su grandeza dirá: «¿En dónde está (1)?»

El grande apóstol san Pablo decia á su discípulo Timoteo para que lo tuviesen entendido los fieles de todos

(1) Job. c. 20, v. 5.º 6.º 7.º

los siglos: «Sabe, pues, que al fin llegarán tiempos escabrosos y llenos de peligros; porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos y malvados, ingratos, sin afecto y sin fé, calumniadores, incontinentes, y crueles, enemigos del bien, traidores, protervos, orgullosos amadores del deleite mucho más que de Dios. ¡Todos estos tendrán apariencias de piedad, pero negarán la virtud en ella (1)». Pero tú Timoteo, no les des oídos, hújelos no tengas trato con ellos. Semejantes á los magos que resistieron á Moisés resistirán á la verdad estos hombres corrompidos de corazón, y réprobos acerca de la fé. Mas no irán adelante; porque no permitirá Dios que hagan á su iglesia todo el mal que quisieran: porque se descubrirá su impostura, como la de los magos de Faraon, y no se les dará mas crédito. El ruido que estos hombres turbulentos moverán en el mundo pasará como un trueno. La verdad de la divina palabra semejante á los rayos del sol disipará con su luz todas esas nubes que tanto nos asustan, y ella nos hará ver, que las permitió Dios para probar nuestra fé, ejercitando nuestra paciencia, y hacer brillar mas la virtud de los que padecen persecuciones por la justicia. El cielo y la tierra se acabarán, pero las palabras de Jesucristo no podrán perecer *Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.*

Vedaquí lo que escribía el apóstol de las gentes inspirado

(1) Epíst. 2. cap. 3. y 4.

por el Espíritu-Santo en la infancia de la iglesia santa. Mas de diez y ocho siglos hace que los fieles estan oyendo aquellas palabras del llamado por Jesucristo «vaso de eleccion,» destinado para llevar su nombre por todas las naciones de la tierra, y en todos se ha reconocido su verdad y esactitud. En todos tiempos se han visto hombres perversos y criminales, altaneros, soberbios, orgullosos, y arrogantes: pero ¿quién no los ha visto desaparecer como las sombras, y confundirse en las regiones de los muertos? ¿En dónde estan aquellos héroes y célebres conquistadores, que tanto papel hicieron en el mundo de los necios? Se hundieron al principiar su carrera, y no dejaron tras sí mas que una memoria ignominiosa y execrable. La divina palabra es la que siempre permanece en su vigor y lozanía. Ella ha destruido la vana sabiduria de los que pretendian ser sabios sin el temor de Dios, y ha aniquilado la falsa prudencia de los que se vendian por discretos y prudentes. Ha confundido al judío, al gentil, al griego, al escita y al bárbaro: ha echado á tierra todos los cedros del Líbano: se ha levantado sobre las ruinas de las impías opiniones, sistemas y errores de los pretendidos filósofos; y haciendo que las blasfemias de los impíos y los sueños de los hereges apareciesen con toda la fealdad de su horrorosa fisonomía, ha logrado conservar intacta la pureza de la fè, santas las costumbres de los fieles, las doctrinas sanas como salieron de la boca de Jesus, y nuestra santa y adorable religion tan hermosa, tan agradada, tan celestial y divina, como deja admirarse de cuantos la conocen y contemplan. El evangelio es la regla infalible por la que han de ser medidos todos los hombres; con

la divina palabra tienen que cotejarse todos los movimientos de nuestra alma; ella es la que no ha pasado, la que os confunde, os oprime, os cierra la boca y os declara réprobos, si la despreciáis postergándola á las consideraciones y exigencias de los amigos y protectores, de los grandes y poderosos del siglo, de los cómplices en la maldad y de todos los que no sean piadosos. Sereis juzgados, amados míos, infaliblemente teneis que caer en las manos del Señor; en su tribunal presidirá la divina palabra, y ella pronunciará vuestra sentencia de eterna salvacion ó condenacion eterna, segun vuestras buenas ó malas obras. Ante la divina palabra caerán las opiniones, ideas y modos de pensar que han fomentado la ambicion, la avaricia y el libertinaje: caerán esos sistemas monstruosos que produce el infierno para destruir la fé; aquellas atrevidas máximas, aquellos libros abominables y edificios de error fundados sobre la mentira, sobre la maldad y la impureza: todo vendrá abajo al abrirse el evangelio; todo perecerá al oírse la palabra de Dios, las piedras de escándalo se quebrantarán y aniquilarán; solamente permanecerán las palabras de Jesucristo. Esto es más cierto que nuestra propia existencia. Las almas viles que despreciaron la divina palabra «Se han de obedecer antes á Dios que á los hombres,» y esos maestros del error que difunden, propagan, y esparcen el veneno de sus falsas doctrinas, serán arrojados á las tinieblas perpetuas del infierno de donde ellos mismos sacan hoy día tantas opiniones falsas, tantas mentiras, tantas blasfemias, y tanta abominacion, y entonces verán, cuán cierto es que pasarán los cielos y la tierra sin que falte una jota á la ley santa del Señor, sin que deje de

cumplirse todas las palabras de Jesucristo. *Cælum et terra transibunt, verba autem mea non preteribunt.*

En sumo, hermanos míos; perecereis sin remedio y vuestra suerte será desastrosa, si habeis oído la divina palabra con indiferencia, sin las debidas disposiciones, sin atención ni intención de observarla y cumplirla: si en vez de venir á recibir de vuestros párrocos y demás ministros del santuario el alimento que tanto necesitais, acudis al templo á ver si desde el púlpito se pronuncian discursos sublimes, elegantes y pomposos, arreglados á la sutil y vana elocuencia humana sin pensar en el aprovechamiento de vuestras almas: si en fin, disgustados de la vida de la gracia mirais con horror la virtud y con la predilección el vicio. En este caso, preciso es repetirlo, perecereis y caeréis en los fuegos sempiternos. Pero si habeis venido á escuchar la divina palabra con corazón recto y puro, y vuestra intención al oír las exortaciones de vuestros párrocos no ha sido otra que la de recibir el manjar de una educación cristiana, y firmes en la fé procurais aumentar vuestra caridad con los incentivos de las palabras de Jesucristo, en este caso, y oí tendré un placer en decir, que vuestro nombre y memoria como la del justo será ensalzado con elogios y bendiciones. *Memoria justí cum laudibus.* Dichoso el que no se ha dejado corromper de los consejos de los impíos, os diré con el salmista (1): dichoso el que no se ha dejado vencer de las máximas del vicio y del furor de

(1) Ps. I, v. I.

libertinaje, y no ha seguido el camino de los pecadores. Dichoso aquel á quien no han pervertido los malos libros, las modas, usos y costumbres de los mundanos, ni se ha dejado llevar de las conversaciones y malos ejemplos de los perversos. Dichoso, el que docil á las doctrinas del apóstol, no se conforma en el presente siglo, sino que juzga de la verdad y de la mentira, del bien y del mal, segun los principios de la fé y luces del evangelio. Bienaventurado el hombre que conforma sus pensamientos, deseos y vida segun la ley de Dios: que ama su divina palabra, y la reputa como el centro de la verdad y de la justicia; porque este vivirá perpetuamente como trofeo glorioso de la divina palabra, y siempre será lleno de horror y gloria.

Sed vosotros, amados míos, amantes de la ley santa, incorruptible, inmutable y eterna contenida en la divina palabra que se os ha anunciado con tanto amor y ternura por los ministros del Señor. Tened entendido, que nuestra fé es la regla infalible que todo lo decide, gobierna, ordena y dirige con independendencia de los lugares, tiempos, costumbres, personas y sus errores. Pedid al Señor que sea su religion santa la luz de vuestra conciencia, y la norma de vuestra vida, para que se disipen las tinieblas de las pasiones, quite vuestras dudas, guie vuestros pasos, destruya vuestras ilusiones, aniquile vuestro amor propio, y seráis fieles hijos de la gracia. De este modo vuestras almas suspirarán por las repromisiones eternas, y se gozarán al considerar que todas las cosas con los cielos y la tierra pasarán y se acabarán; pero que las palabras de Jesucristo no pueden faltar.

Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.

Divina palabra, que descendiste del cielo para hacer feliz á la tierra, y eres la misma sabiduría eterna: te consultarán estos fieles y no vivirán engañados; te oirán y no se pervertirán, te seguirán y no se perdonarán; se amarán y tú los conducirás á la fuente perenne de todo bien en los tabernáculos eternos de la gloria que á todos deseo. Amen.

A. M.

INDICE

	Páj.
Sermon para el día primero de Pascua de Pentecostés.	
El Espíritu-Santo nos enseña todas las cosas con- cernientes á nuestra salvacion.	7
Otro para el mismo día primero.	
Lo que es el Espíritu para los fieles.	20
Sermon para el día segundo de Pascua de Pentecostés.	
No puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo.	36
Sermon para el día tercero de Pascua de Pentecostés.	
La propagacion prodijiosa de la religion de Jesu- cristo nos dá á conocer su divinidad.	48
Otro para el mismo día.	
No hay otra entrada para llegar á salvarse que la verdadera fé, y la fé verdadera es la que Jesu- cristo nos enseña.	63
Sermon para el domingo de la Santísima Trinidad.	
Debemos bendecir, alabar, glorificar á la Santi- sima Trinidad como nos enseña la fé.	74
Sermon para la dominica de la Santísima Trinidad.	
De la limosna.	87
Otro para la misma dominica.	
Del juicio temerario.	105
Sermon para la solemnidad del Smo. Corpus Cristi.	
La eucaristia es un dón del amor infinito del Dios que tiene sus delicias en habitar con los hijos de	

los hombres.	124
Hemilia para la dominica infra-octava del Corpus.	
Amor de Jesus sacramentado para con los hombres é ingratitud de estos para con Jesus.	137
Sermon para la dominica III despues de pentecostés.	
Los que murmuraron contra los virtuosos, se de- claran en guerra abierta contra el evangelio.	150
Sermon para la dominica IV.	
Del modo de asegurar la salvacion.	163
Sermon para la dominica V.	
Sufriéndonos Dios justo es que nos suframos los unos á los otros.	177
Sermon para la dominica VI.	
Contra la vida cómoda deliciosa.	188
Sermon para la dominica VII.	
Debemos huir del mal y obrar el bien.	202
Sermon para la dominica VIII.	
De los frutos y utilidades de la limosna.	215
Sermon para la dominica XI.	
Es intolerable, monstruoso, etc. el no estar en los templos del Señor con respeto.	230
Sermon para la dominica X.	
Los hipócritas y falsos devotos no son justificados en los ojos del Señor. Si los pecadores humildes etc.	243
Sermon para la dominica XI.	
De la vanagloria.	255
Sermon para la dominica XII.	
Los que aman á Dios de todo corazón vivirán.	268
Sermon para la dominica XIII.	

De la deshonestidad.	279
Sermon para la dominica XIV.	
Los que buscan primeramente el reino de Dios, recibirán todas las cosas necesarias para la vida y serán felices en la gloria.	291
Sermon para la dominica XV.	
De la muerte que dá á el alma el pecado.	303
Sermon para la dominica XVI.	
El domingo debe consagrarse á Dios etc.	316
Sermon para la dominica XVII.	
No puede haber sociedad sin verdadera religion.	327
Sermon para la dominica XVIII.	
Las enfermedades sufridas con paciencia, nos pro- porcionan la santificacion.	342
Sermon para la dominica XIX.	
Del infierao.	354
Sermon para la dominica XX.	
Nuestra religion es amable por las verdades que enseña etc.	368
Sermon para la dominica XXI.	
De la necesidad y conveniencia de ser misericor- diosos.	378
Sermon para la dominica XXII.	
Debemos respetar á las potestades civiles y ecle- siásticas.	389
Sermon para la dominica XXIII.	
Necedad de los que dilatan el convertirse á Dios.	400
Sermon para la dominica XXIV.	
Todas las cosas de este mundo perecerán.	411

FE DE ERRATAS.

<i>Paj.</i>	<i>Lineas.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
8	17	despreocupados	de preocupados
Id.	22	dignos de ejemplares	dignos ejemplares
Id.	24	inexanta de bienes y gracias del Espíritu consolador	inexanta de bienes y gracias el Espíritu consolador
16	4	Santo	Saulo
Id.	15	que haya	que no haya
40	17	tendríamos	tendrian
44	24	tienen	tiene
45	14	de cuyos	cuyos
Id.	27	y descendientes	y de descendientes
47	17	ausiliándonos	ausiliadnos
127	15	con los	con lo
164	25	sus	en
180	14	humildad	humanidad
205	13	silencio	silicio
304	17	se llevaban	le llevaban
314	25	que no in demos	que nos la demos
320	5	que los ángeles	lo que los ángeles
322	10	empleemos	que empleemos
331	26	pueda darse ni pueda existir	puede darse ni puede existir
349	4	custus	custos
352	8	nos conspiran	no conspiran
354	Testo	ligastis	ligatis